



BAELO
CLAUDIA

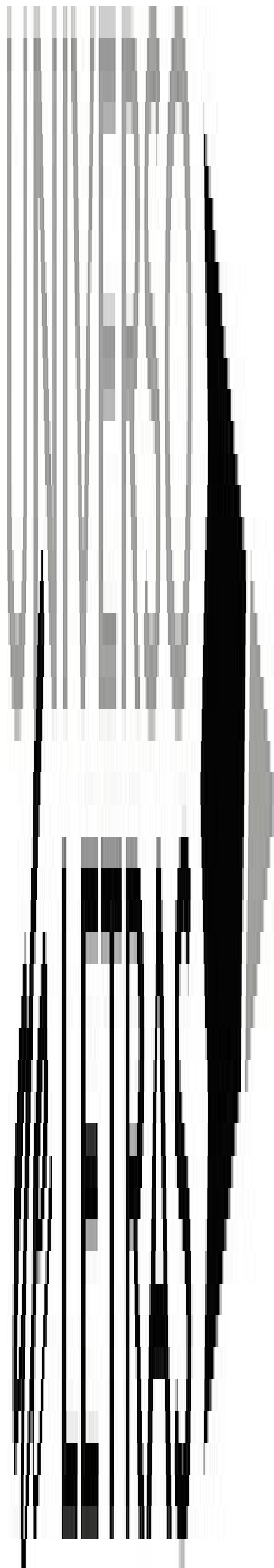
Maribel Díaz González

UNIVERSO
de LETRAS 

BAELO CLAUDIA

*BAELO
CLAUDIA*

Maribel Díaz González



Baelo Claudia

Maribel Díaz González

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Maribel Díaz González, 2019

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417740115

ISBN eBook: 9788417741228

Agradecimientos

Cuando empecé a escribir este libro tuve la suerte de contar con la ayuda y el apoyo de numerosos amigos y conocidos que tuvieron la paciencia de leer capítulo por capítulo, semana tras semana, dándome sus opiniones y realizando sus críticas siempre desde el más absoluto respeto y cariño. Tampoco puedo olvidarme de los numerosos lectores y seguidores de la plataforma de Wattpad que han leído y votado la historia desde un principio y que la han vivido tan intensamente que sus comentarios han hecho que me ilusionara enormemente por seguir escribiendo.

En especial, quiero expresar mi agradecimiento a: Maria Jesús, Isabel Sánchez, Puri, Marisol Sánchez, Paqui, Maricarmen, Marlene, Cristina Gj, Isabel Pardo, Encarni, Mariana, Marisol González, Pilar, las amigas de mi hija María y sobre todo a mi familia, Marcos, Rocío y María que me han apoyado siempre en todo lo que he decidido emprender. También quiero agradecer a @AleAvila16 y a @Wonderland Editorial por la realización del booktrailer de Baelo Claudia y al profesor Eduardo Barragán por permitirme usar sus magníficas representaciones infográficas en 3d de los edificios más emblemáticos de la ciudad de Baelo Claudia de su página web Itálica Romana en la plataforma.

Espero que sepan lo agradecida que me siento por ello, así que en especial quiero dedicarles este libro a todas estas personas que han hecho posible que hoy en día esté aquí, cumpliendo mi gran sueño. Muchas gracias a todos, espero estar siempre a la altura y emocionaros con mis historias.

Personajes

EMPERADORES (Y FAMILIARES)

- **Cayo César** (Calígula), padre de Julia Drusila
- **Milonia Cesonia**, madre de Julia Drusila.
- **Julia Drusila** (PROTAGONISTA): hija del Emperador Calígula.
- **Claudio**, tío de Calígula y sucesor de éste a su muerte.
- **Tiberio Gemelo**, primo de Calígula y sobrino de Claudio. Fue asesinado por su primo Calígula.

PATRICIOS

- **Sertorio Macrón**: Precepto del Pretorio Romano.
- **Casio Querea**: Tribuno del Pretorio y Jefe de la Guardia Pretoriana.
- **Tito Livio**: Jefe de la Casa de Livio. Tutor de Julia y de los hermanos Vinicius.
- **Tiberio Aurelius**: Jefe de la Casa de Tiberio.
- **Marco Vinicius** (PROTAGONISTA): Comandante del Ejército del Sur y General de la Novena Legión Hispana.
- **Máximus Vinicius**: hermano de Marco Vinicius. Jefe de las tropas y de la flota de Carthago Nova. Praefectus classis.

NOVENA LEGIÓN HISPANA Y GUARDIA PRETORIANA

- **Criso**: Soldado perteneciente a la Legio IX Hispana.
- **Lucio Flavius**: Centurión perteneciente a la Legio IX Hispana.

- **Tribuno Quinto Aurelius:** Segundo al mando y mano derecha del Comandante Marco Vinicius, perteneciente a la *Legio IX Hispana*.
- **Grato:** Soldado de la guardia pretoriana implicado en el asesinato de Calígula.

CASA DE TITO LIVIO

- **Helena y Paulo:** Niños esclavos, hijos de Horacio y Prisca.
- **Horacio:** Esclavo de la Casa de Tito Livio, padre de Helena y Paulo.
- **Prisca:** Esclava en la Casa de Tito Livio, madre de Helena y Paulo.
- **Claudia:** Esclava en la Casa de Tito Livio, amiga de Julia.

CASA DE TIBERIO AURELIUS

- **Valeria:** Mujer de Tiberio Aurelius.
- **Silo:** Esclavo y mano derecha de Tiberio Aurelius.
- **Servia:** Esclava de la Casa de Tiberio, sirviente de Valeria.

LIBERTOS

- **Spiculus:** Pirata mauritano.
- **Mesalla:** Prostituta del campamento de la Novena Legión Hispana.
- **Gaius:** Vendedor de aceite de oliva en el foro de Baelo Claudia.
- **Graco:** Capitán de uno de los barcos de la Casa de Tito Livio.

Capítulo 1

*“Cuando la situación es adversa y la esperanza poca,
las determinaciones fuertes son más seguras”.*

Tito Livio

Roma, 24 de enero, año 41 d. C.

Palacio del emperador Cayo César (Calígula).

Los dos niños corrían como alma que lleva el diablo por los senderos del jardín de palacio. Éste era todo un recreo para la vista: numerosos árboles traídos desde lejanos y exóticos países crecían a lo largo de las veredas junto con arbustos y flores de las más variadas clases que componían la frondosa vegetación del lugar. Y en el centro del vergel se hallaban pequeñas piscinas rodeadas de recortados setos que permitían que dos pequeños pudieran pasar desapercibidos sin ser vistos por los guardias pretorianos que vigilaban el jardín. La niña rubia de ojos verdes corría todo lo que sus infantiles piernas le permitían. Y el niño, varios años mayor que ella, la agarraba fuertemente de la mano, intentando arrastrarla para que se apresurara.

—¡Vamos Julia! Como no te des más prisa, mi hermano nos va a pillar—. Dijo Marco mirando a su pequeña amiga.

Encontraron un seto y se escondieron detrás del grupo de hortensias del jardín. Julia Drusila, era la primera hija del Emperador Cayo César y su mujer, Milonia Cesonia. Esa mañana, los niños no tenían ganas de estudiar y aprovechando un despiste del tutor se habían escapado al jardín trasero.

—¡Os pillé!, le diré a madre que os habéis escapado de la clase del maestro Tito—. Dijo enfadado Máximus, el hermano pequeño de Marco.

Ambos hermanos, Marco y Máximus Vinicius eran parecidos en extremo, hijos del Cónsul Marco Vinicius, provenían de una de las más poderosas e

ilustres familias patricias romanas, eran los compañeros de juego de la pequeña Julia. Su madre y la madre de la pequeña solían pasar muchas tardes juntas y de ahí, que los tres niños asistieran juntos a las clases del maestro Tito Livio, tutor ahora de los tres menores.

—¡Cómo digas algo, no volveremos a jugar contigo!—. Masculló furioso el pequeño Marco.

En ese momento, la pequeña dando un paso adelante empezó a llorar y le dijo a su compañero de juegos:

—¡Quiero ir a palacio!

Marco mirándola le dio un beso en la mejilla y agarrándola de la mano le contestó:

—Está bien Julia, no hace falta que llores.

Mientras tanto en una de las salas de Palacio, se encontraban las madres de los pequeños.

—¡Buenos días Cesonia!—. Saludaba alegremente la madre de los dos niños—. Acabo de dejar a mis hijos en el aula del maestro Tito, hoy hace un día espléndido, ¿no te parece? ¿Pasa algo?, no tienes buena cara—. Dijo la mujer mirando con preocupación a su amiga.

Cesonia hizo una señal de silencio para que no dijera nada más y cogiéndola de la mano señaló hacia la puerta, indicándole silenciosamente que habían guardias apostados en ella.

—Ven salgamos a dar una vuelta fuera de palacio, es verdad que hoy hace un día buenísimo y quiero salir al templo a hacer una ofrenda a los dioses.

Ambas mujeres salieron despacio por la puerta principal camino del templo.

—¿Ha pasado algo Cesonia? ¿Por qué quieres que los guardias no se enteren? No tienes buena cara y me has sacado de palacio sin querer decirme nada, no es normal en ti—. Dijo la madre de los dos pequeños.

—Estoy bastante preocupada por Cayo. Cada día está más fuera de sí. Aunque miro a otro lado por miedo, sé que prostituye a sus hermanas y viola a las esposas de sus súbditos como pasatiempo, sin importarle que estén sus esposos delante. No hay nadie que pueda decirle nada y que se atreva a

pararle los pies. Tengo miedo de que algún día me vea como un estorbo y piense que ya no le soy útil.

—Sí, algo de eso había sentido.

— ¿Has escuchado el último episodio que ha montado con lo de su caballo? ¿Dónde se ha visto que un emperador nombre a su caballo cónsul de Roma como si fuese una persona?, además le ha puesto un palacio al dichoso caballo y un montón de sirvientes para que se ocupen de él. Creo que está perdiendo la cabeza por momentos y no quiero verlo cerca de mí, ni de mi hija. Estoy preparando mi marcha hacia la villa de mi familia, pero Cayo no quiere sentir hablar de que me voy a llevar a Julia.

Ambas mujeres siguieron andando sin percatarse de que unos ojos las observaban desde lejos.

En palacio se estaba preparando una revuelta. Una enorme sensación de inquietud y preocupación fue infiltrándose poco a poco en Claudio, a medida que el día iba pasando. Estaba al tanto de la conspiración para matar a su sobrino. Y aunque nada podía hacer al respecto, salvo salvar su propio pellejo, era incapaz de dejar que asesinaran a la pequeña Julia, la hija de Cayo. No estaba al tanto de los detalles del complot, pero sabía que esa era la noche prevista. Había concertado en secreto una cita con su amigo Tito Livio y tutor de Julia, el hombre era una persona leal y honorable, y desde siempre habían mantenido una gran relación de amistad. Tito era conocedor de la situación tan extrema y peligrosa que se estaba fraguando esa noche. Le había pedido que salvase a la niña, pero para ello ambos debían marcharse a Hispania y desaparecer lo suficientemente lejos para que nadie pudiera dar con ambos. La niña estaría muerta en cuanto alguien tuviera la más mínima sospecha de su paradero. Claudio dirigiéndose hacia Tito le preguntó:

—¿Has entendido lo que tienes que hacer?

Su amigo Tito Livio asintió con la cabeza.

—Sí, llevaré a la pequeña Julia a Hispania y la haré pasar como esclava. Descuida Claudio, nadie sabrá nunca cuál fue el destino de Julia—. Respondió Tito.

—Toma sesenta mil sestericios. Esto te servirá para comenzar una nueva vida en Gadir. Un carro estará preparado en la salida sur de Roma, oculto detrás de un pequeño promontorio. He dispuesto que mi sirviente te acompañe hasta el camino principal para asegurarse de que llegáis perfectamente. En cuanto cojamos a la pequeña, os ponéis en camino hacia vuestro destino. Sígueme, vamos a por Julia, todo el mundo tiene que haberse retirado ya a descansar.

Cuando Claudio se aseguró de que no había nadie en las dependencias próximas a la habitación donde dormía la niña, abrió la puerta y ambos hombres entraron sigilosamente cuando los guardias del pasillo realizaron el cambio de turno. Claudio se aproximó silenciosamente a la cama donde dormía su sobrina y moviendo despacio a la pequeña, la despertó susurrándole:

—No hagas ruido Julia, el tío Claudio te va a llevar a jugar con tus amigos, ¿de acuerdo?

La pequeña asintió sonriendo. Miró hacia el lado donde estaba el maestro Tito pero con el sueño estaba desorientada y no percibió nada extraño en que los dos hombres estuvieran allí.

Claudio cogió a la niña en sus brazos y apresurándose por aquellos pasillos a oscuras salieron de palacio sin que la guardia pretoriana se percatara de la salida.

—Cuidala—. Susurró Claudio entregándole a la pequeña—. Te ayudaré desde aquí, lo prometo. Confío en que sabrás lo que hay que hacer y que la cuidarás. Pero por favor, ahora tenéis que marcharos ya, mi sirviente te estará esperando.

Su mirada se volvió hacia las puertas del palacio, temía que alguien diera la voz de aviso. Con rapidez Claudio se quitó del cuello el colgante familiar que pasaba de generación en generación y volviéndose hacia la pequeña, se lo puso en el cuello para inmediatamente darle un beso en la mejilla. Fue su forma de despedirse de aquella niña, sabía que en el destino de ambos jamás volverían a encontrarse. Su corazón estaba lleno de pena, pero sabía que había hecho lo correcto.

Horas más tarde, la luna confería un fantasmagórico resplandor al entorno, y nadie se percató de que un destartado carro con dos personas emprendían rumbo a lo que sería una nueva vida, un nuevo futuro lejos de aquella locura.

Nada podía salir mal, todo estaba ya preparado y ultimado para que el despótico e insufrible Calígula desapareciera de la faz de la tierra y con él, toda su maldita estirpe. El sudor perlaba la frente de Casio Querea, Comandante de la Guardia Pretoriana.

El deber era el deber y había que procurar el bien de Roma. Con la muerte de su primo Tiberio Gemelo y Sertorio Macrón, el emperador se había vuelto cada vez más despótico y tirano, así que la única posibilidad de apartarlo del trono era matándolo. Ya no aguantaba más sus constantes burlas y sus continuos excesos y desplantes, delante de todo el mundo. El pueblo estaba cada vez más empobrecido por pagar sus impuestos y sufrir su crueldad. Unos leves toques en la puerta llamaron su atención.

—Pase—. Dijo Casio mirando hacia la puerta mientras el tribuno Cornelio Sabino entró sigilosamente.

—¿Te ha visto alguien entrar?—. Preguntó Casio.

—No—. Contesto Cornelio—. Ya está todo listo. Un grupo leal de soldados de la Guardia Pretoriana están esperándonos. Si la fortuna y los dioses nos sonrían esta noche acabará toda esta locura y el emperador morirá.

Casio se dirigió a su escritorio y sacó la daga que tenía escondida, nadie debía sospechar nada. De cumplirse la tradición, Claudio debía seguir en la línea sucesoria. Era el títere perfecto para poder seguir manejando el poder desde la sombra.

—Sígueme, Cornelio—. Dijo Casio.

La invernal noche no era lo bastante oscura para la misión de los pretorianos, y aunque la mayoría de los sirvientes se habían retirado después de terminar sus tareas, Casio acompañado de los guardias estaban decididos a conseguir su objetivo.

—El plan parece demasiado sencillo. Quizás deberíamos haber traído más hombres para guardarnos las espaldas—. Comentó Casio a los soldados que

lo acompañaban en la penumbra.

—No se preocupe, sabremos hacer nuestro trabajo—. Dijo uno de los guardias.

Casio no contestó. Estaba pendiente del momento más acertado para introducirse en la habitación del emperador. Todo estaba listo, la guardia pretoriana solo aguardaba la orden. A pesar del peligro en el que se hallaban, los dioses no les abandonarían. El pequeño grupo se adentró en el pasillo que conducía hasta las puertas de una sala grande, la cual daba acceso a la habitación del emperador. El suave brillo de un incontable número de brillantes velas de cera de abeja confería a la habitación una apariencia majestuosa. Bellas pinturas cubrían las paredes y el techo, y las mayorías de las estatuas estaban hechas del mejor mármol y alabastro. Grato, uno de los soldados se adelantó, parecía el mismo espectro de la muerte, inspeccionando el lugar les indicó a los demás que avanzaran. Los soldados se movieron en silencio pero como si de un sexto sentido hubiera estado previsto, el emperador se despertó en ese momento soltando un grito que erizaba los pelos de la nuca a quien lo escuchara, era el sonido de una bestia a punto de ser atacado.

Calígula intentó incorporarse, consciente de que su vida dependía de ello. Totalmente desnudo y luchando cuerpo a cuerpo con Grato, trato de detener la daga que destellaba en el aire. Casio paralizado por la inesperada escena que se desarrollaba ante sus ojos, permaneció inmóvil mirando a los dos hombres en trance. Fue hacia ellos, sin pensar en el peligro, y se lanzó con un grito desaforado. Aprovechando el desconcierto, le clavó la daga al emperador, degollándolo de un movimiento certero.

Todos permanecieron en un estremecedor silencio de pie sobre el cuerpo sin vida del emperador viendo como la sangre encharcaba las sábanas donde unos instantes antes había estado descansando. La tensión del momento y el tosco espectáculo se rompió cuando Casio dejó caer el cuchillo y empezó a dar órdenes a los soldados diciéndoles:

—Matad a los demás.

Poco después, la guardia pretoriana asesinaba también a Cesonia pero la niña no estaba en su habitación, había desaparecido. El caos se había apoderado del palacio mientras buscaban a la heredera. Los guardias pretorianos privados de la presencia del emperador Calígula, aprovecharon el desconcierto para matar a varios aristócratas que en aquel momento se encontraban allí, a pesar de no estar involucrados en la conspiración. Claudio escondido detrás de una cortina, veía como eran asesinados algunos de sus amigos. Seis horas después, la guardia se hizo con el control del palacio.

Después de permanecer de pie escondido tantas horas, sin darse cuenta Claudio se movió un poco, lo cual hizo que uno de los soldados pretorianos percibiera el leve movimiento de la cortina. El soldado instantáneamente supo que alguien se hallaba oculto detrás y de un rápido movimiento la abrió.

—¡Vaya a quién tenemos aquí!— dijo Grato. Comunicarle a Querea que hemos encontrado a Claudio.

Claudio no dejó de gritar, maldecir y forcejear cuando los soldados lo sacaron por la fuerza de la habitación y lo llevaron ante Casio.

—¡Cállate de una vez, pareces una mujer! Eres una deshonra para los hombres y una vergüenza para todos nosotros. Se nos ha encomendado encontrar a la hija del emperador Calígula. Dinos dónde está si no quieres morir—. Ordenó uno de los soldados a Claudio.

—Yo, yo no sé donde está mi sobrina—. Afirmó Claudio asustado.

El soldado lo abofeteó echándole la cabeza hacia atrás con la fuerza del golpe.

—No lo sé, de verdad. Lo último que supe de la niña es que su madre la llevaba a la habitación para acostarla—. Volvió a gemir Claudio, temiendo por su vida.

Cuando el soldado volvió a levantar la mano para propinarle el próximo golpe, Querea dio la orden de parar.

—Claudio, parece que realmente no sabes nada —dijo Querea dando una orden silenciosa al soldado para que dejara de golpear a aquel sujeto fusilánime—. No buscamos venganza, simplemente implantar el orden y la cordura en Roma, ya que la heredera no aparece, el siguiente en la línea

sucesoria serás tú. Si accedes a ser proclamado emperador de Roma, toda la guardia pretoriana y parte de los senadores estaremos a tu servicio ¿Qué dices? ¿Accedes?

Aliviado de haber salvado la vida, Claudio accedió con un leve asentimiento de cabeza.

Al día siguiente, en la Villa de Marcus Vinicius, el hombre daba la noticia a su mujer y a sus hijos del asesinato del emperador y de su familia. Horrorizado, el pequeño Marco comenzó a patalear y a chillar, mientras su madre intentaba levantarlo del suelo y consolarlo.

—¡Suéltame! —gritó el niño a su madre.

Con la cara llena de lágrimas salió corriendo sin mirar atrás, pensando que iba a hacer de aquí en adelante sin su amiga Julia.

Capítulo 2

“Donde quiera se pueda vivir, se puede vivir bien”.

Marco Aurelio

Tarraco, Hispania,

Campamento de la Novena Legión Hispana.

12 noviembre, año 62 d. C.

Todavía sentía la adrenalina de la lucha en el campo de batalla, y aquella mujer del campamento era la vía de escape perfecta, siempre dispuesta y complaciente. Fue retirando toda la ropa de ese esbelto y proporcionado cuerpo. Atraído como un imán, tomó con ansia su cara para poder besarla. En un principio, el beso no pudo ser lento, la lengua de ella chocó con la de él, y el ardor de sus cuerpos les hizo responder llenándolos de pasión.

La muchacha oía las rápidas inspiraciones de él. Ese hombre estaba hecho para el pecado. Imponente, alto y musculoso, su cara manifestaba una especie de sensualidad dura. Sus ojos de color índigo mostraban una mirada fría, como si no tuviera alma. Era evidente que ese hombre era capaz de matar sin pensarlo dos veces. Nunca le pedía más de lo que estaba dispuesto a dar. Sabía su lugar. No era hombre para ella pero estar entre sus brazos era como alcanzar el paraíso.

Marco la tomó por la cintura y la atrajo hacia él. La mujer profirió un pequeño sonido, como si fuera un pequeño felino, y restregando su cuerpo inquieta contra él, se dobló hacia atrás para acercar sus sensibles pechos a su boca. Sin poder resistirse, Marco levantó las manos y enredó los dedos entre la larga y tupida melena negra azabache de ella. Bajó las manos por su espalda hasta encontrar sus caderas y atrayéndola más hacia él, la dejó pegada a su

cuerpo, un cuerpo demasiado caliente. Su erección, dura y gruesa, era resultado de una necesidad desesperada y prolongada.

Mesalla le rodeó la cadera con las piernas y encontró los firmes músculos de las nalgas masculinas, apretándose aún más. Él gimió con un sonido desgarrador que surgió de su garganta. Le cogió el pelo todavía más y la retuvo entre sus grandes manos.

—Estás jugando con fuego, pequeña gata salvaje —dijo el soldado sonriendo.

Ella alzando la vista le contestó:

—Has estado demasiado tiempo fuera Marco, sabes que la fidelidad no está entre mis virtudes. No consigo que nadie me satisfaga como tú lo haces.

El soldado sonrió y besándola de nuevo se propuso resarcir a aquella mujer por su ausencia.

Marco conocía su propia valía para su emperador Nerón. Tenía todas las características de un legionario perfecto: un cuerpo moldeado desde la infancia para el arte de la guerra, una mente privilegiada para las estrategias y tácticas militares y un cuerpo despojado de alma. Lo que mantenía con vida a Marco era, junto con su habilidad para la lucha, la aceptación de la muerte. Un soldado que luchaba con miedo cometía demasiados errores, nada le unía a este mundo, salvo su hermano Máximus. Con su muerte no habría nada que dejase atrás, salvo una carrera de batallas y éxitos. Todos recordarían al Comandante Marco Vinicius como un gran militar y estratega. Esa sería su herencia.

Mientras sus pensamientos se centraban nuevamente ante lo que tenía en las manos, volvió a prestar atención a su segundo al mando y repasando los mapas desplegados frente a ellos contemplaba la opción más viable para controlar aquel territorio, en ese momento la puerta de la tienda se abrió de repente. Marco y el Tribuno Quinto Aurelius se quedaron mirando al mensajero que pedía permiso para entrar. Asintiendo con la cabeza el Comandante se lo permitió y seguidamente el soldado con una extremada rapidez después de tantos años de entrenamiento, le entregó una misiva procedente de Roma.

Desplegándola sobre la mesa, Marco leyó las instrucciones y sin mirar a Quinto le ordenó:

—Nos marchamos, el emperador nos ha encomendado una nueva misión. Ordenad a los centuriones levantar el campamento y preparar la marcha.

El tribuno asintió y obedeciendo las órdenes de su superior, salió de la tienda para empezar a prepararlo todo.

*Baelo Claudia (Gades, Hispania),
02 de enero del año 63 d. C*

Uno de los centuriones del pequeño grupo de legionarios que se había adelantado a examinar el lugar, señaló hacia la entrada cuando divisaron una de las puertas principales de la ciudad. Marco examinó la muralla que se alzaba frente a ellos evaluando silenciosamente el estado de dejadez y deterioro en el que se encontraba y asintiendo encabezó el grupo hacia la nueva misión.

—¡Centurión! Volved al campamento y ordenad a los demás que se preparen para entrar hoy en la ciudad. En cuanto encontremos el sitio más adecuado, procederán a levantar otra vez el campamento—. Ordenó Marco.

—Sí señor—. Y seguidamente el soldado volteó su caballo camino del lugar donde esperaba el resto de la legión.

Julia sabía que estaba maldita. Toda su estirpe estaba condenada, pero en el más recóndito e infinito átomo de su cuerpo no cabía lugar para la lamentación, lo tenía totalmente asumido. Gracias a las enseñanzas de su maestro Tito, no había sido una mujer de mirar hacia atrás y regodearse en sus penas. Estaba de acuerdo con su maestro en que los hijos no tenían por qué pagar la herencia de sus padres, eran libres de elegir su propio destino: luchar por seguir viviendo. ¡Qué remedio! Y eso hacía. Aunque delante de todo el mundo Julia aparentaba ser una simple esclava, la realidad era totalmente distinta. Ahora era una esclava pero había nacido siendo una persona libre, y no cualquier persona precisamente, sino como la hija del emperador Calígula. Preparada desde pequeña, su maestro Tito siempre insistió en que el aprender

no estaba de más y podía decir que su saber versaba sobre todas las artes existentes: cálculo, lectura, literatura, retórica, latín, matemáticas, medicina,... e incluso había ciertas prácticas de defensa personal. Su maestro la había preparado para el oficio del cual estaba a cargo, era la mano derecha de Tito Livio. Por ella pasaban todas las decisiones relacionadas con la factoría de salazones y la producción del garum. La supervisión de la Casa de Tito también ocupaba parte de su tiempo, y tiempo era lo que le sobraba. Con una infancia marcada desde su nacimiento y con una condena para toda la eternidad, Julia no tenía ningún derecho a formar una familia,... pero ¿qué sacrificio era ese ante la posibilidad de perder la vida? Gracias a la rápida intervención de su tío Claudio y de su maestro seguía viva, en el anonimato, pero viva. Solo lamentaba la ausencia de su madre, de la que no guardaba ningún recuerdo en su mente.

Los esclavos de la Casa de Tito se habían convertido en su familia. La mujer esclava romana no tenía ningún derecho, excepto el de la vida y ni siquiera ese, era propiedad suya ¡Qué ironía la de los hombres! Como si una mujer no les hubiera dado la vida.

Ella, Julia Drusila, era conocida únicamente como Julia, la esclava de la Casa de Tito Livio. Su maestro y amo Tito, era un rico comerciante que se dedicaba a exportar a todo el Imperio las conservas y salazones que ellos mismos producían. La salsa garum era conocida y demandada por cualquier casa patricia de alcurnia que se preciara, por algo debían distinguirse los patricios del pueblo llano. Gustaban hacer alarde de su riqueza, y consumir el exquisito garum era uno de los placeres en todo el Imperio.

Vivía en un entorno privilegiado. Baelo Claudia era una ciudad situada en la Ensenada de Bolonia, en la provincia de Gades. Su estratégica situación la situaba como el principal puerto marítimo del Mediterráneo que permitía el comercio exterior con el norte de África y el resto del Imperio romano. Amaba esa ciudad, sus gentes cosmopolitas, su playa y ese clima que la hacía excepcional. Desde la sierra bajaban agua a través de diversos acueductos que abastecían a la ciudad, tanto para el consumo de la población como para la fabricación de los salazones. En la parte sur de la ciudad, junto a la playa,

contaban hasta con un puerto marítimo. Sin embargo, eso conllevaba el inconveniente de que en los últimos tiempos habían tenido varios saqueos de hordas de piratas mauritanos y germanos. Su maestro andaba estos días más nervioso y ajetreado. Roma había mandado el aviso de que un enviado especial llegaría en breve y se ocuparía de la vigilancia de la ciudad, resolviendo el tema de los pasados robos. El enviado iba a alojarse en la Domus de Tito, su maestro. Toda la casa andaba revolucionada preparando el recibimiento del importante e ilustre romano.

Mientras Julia atravesaba el atrium pudo escuchar voces que procedían de la cocina. Toda la casa era un hervidero de actividad, y ella no lograba hacer todo el trabajo a tiempo. Ocuparse de todo conllevaba mucho esfuerzo y dedicación y por desgracia la cantidad de tiempo con que contaban para prepararlo todo era escaso. Aunque contaba con la ayuda de su amiga Claudia, la joven siempre parecía estar en las nubes. No había sentido hambre en todo el día pero su estómago rugió avisándola de que no había probado nada desde la mañana. Conforme iba avanzando unas risas infantiles se escucharon procedentes del porche, por lo que salió a averiguar lo que tramaban ese par de pillos.

—¡Paulo!, ¿cuántas veces te he dicho que cuando se esperan invitados el amo no quiere que andéis jugando por aquí? ¿Qué estabais haciendo?, ¿y esas risas?... No me fío de ti ni de tu hermana, pero ni un pelo.

—Julia hemos visto meterse un ratón dentro de la casa y entre Helena y yo lo hemos cogido—. Señaló el entusiasmado niño.

—¿Dónde está el ratón? —preguntó Julia preocupada.

Metiéndose la mano en el bolsillo, Paulo sacó un pequeño animal envuelto en un trapo.

—Quiero que lo lledes a la huerta que hay detrás de la domus y lo dejes libre, ¿de acuerdo? Y mientras los invitados estén en el comedor no se os ocurra asomarse por ahí, ni hacer ninguna fechoría de las vuestras. Avisados quedáis los dos—. Dijo Julia mirando fijamente al niño y a su hermana, mientras les señalaba con el dedo.

Ambos niños se miraron y riéndose, prometieron portarse bien.

—¿Quieres venirte al macellum Paulo? Necesito ayuda con el pedido que le hice al carnicero—. Al pequeño le brillaron sus ojos de la emoción y asintiendo con la cabeza le aseguró a Julia que iría con ella.

—Llevo corriendo el ratón al huerto y enseguida me voy contigo —dijo el niño marchándose corriendo sin esperar la contestación de Julia.

—Está bien, te espero en la cocina, no corras—. Dijo Julia gritando para que el pequeño la escuchara.

Cinco minutos después ambos se encontraron en el portón de la casa, el pequeño se agarró de la mano de Julia y juntos salieron por el pasillo de la casa a recoger las provisiones que faltaban.

El mercado era un hervidero, por las mañanas era imposible moverse por calles que conducían a los distintos puestos. Mercaderes y comerciantes exponían sus mercancías para venderlas. Cualquier cosa podía comprarse en Baelo Claudia, desde los alimentos más básicos para comer hasta las extravagancias más raras traídas desde los distintos y diversos confines de la tierra. Saludando a la gente y a los comerciantes de las tiendas, Julia llegó al puesto del carnicero a recoger su pedido. Mientras el hombre le daba las provisiones, se escuchó un ruido procedente de las inmediaciones. Dándose la vuelta Julia miró hacia el jaleo, apreciando que unos soldados romanos montados a caballo estaban entrando en la ciudad. Por sus vestimentas debían ser personas importantes. El lujo de sus atuendos era solo comparable al de un emperador. Julia observó como el cabecilla llevaba la banda escarlata. Un Comandante de la *Legión* se diferenciaba del resto de sus oficiales superiores por su coraza musculada más elaborada, y por la capa que se sujetaba al hombro. También tenía alrededor de su coraza una banda de tela fina escarlata que se anudaba en arco alrededor de su cintura.

Marco se fijó desde el mismo momento que entró en aquella abarrotada plaza, cómo una muchacha lo contemplaba extasiada. La miró detenidamente, intentando encontrar una palabra para describirla. Perfecta, curvilínea, de esqueleto menudo y pequeña cintura, su pelo rubio como el oro caía por su espalda y atraía la atención hasta su monumental cuerpo. A Marco,

Comandante de la Novena Legión, se le cortó la respiración. Esa joven era exquisita, hermosa y deslumbrante. Con una piel de satén, que podía ser el deleite de cualquier mortal, poseía unos increíbles ojos verdes, del color de las colinas de Roma, bordeados de pestañas espesas y largas. Aunque se podía apreciar que era una esclava por su túnica, debía de pertenecer a alguna casa rica, puesto que la tela era de una calidad superior a la acostumbrada para los esclavos. La túnica se pegaba a su piel haciendo resaltar unos pechos altos, plenos y dejaba al descubierto la línea de su garganta, con unos perfectos y formados hombros. La expresión de su rostro era distante, había líneas de tensión en torno a su boca carnosa y sensual. Esa mujer no era libre, pero todo esclavo tenía un precio, y esa mujer sería suya. Estaba hecha para el placer de un hombre, el de él. De repente, se sintió conmocionado por el giro erótico que empezaban a seguir sus pensamientos, e imponiéndose su rígida disciplina volvió a estar atento a la calzada.

—¡Maldición! —pensó Julia— esos soldados tenían que ser sus inesperados visitantes. Se habían adelantado. Julia no se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento, hasta que percibió que el hombre estaba examinándola de arriba abajo como si de un trozo de carne fuera. Un vistazo a esos ojos deslumbrantemente azules como el mar hizo que le flanquearan las rodillas. Ahora estaba segura de que los dioses se estaban burlando de ella. Tensa y ensimismada en sus propios pensamientos, sin previo aviso, el enorme caballo de guerra del Comandante pareció exaltarse y encabritarse. Para su propio horror comprobó que iba derecho hacia el pequeño Paulo que se encontraba mirando un puesto cercano. Julia corrió intentando alcanzarlos, esquivando a la gente allí congregada, saltó sobre el pequeño y agarrándolo se tiró al suelo, metiéndose debajo de un pequeño carro de verduras que se encontraba por allí, protegiendo a su vez al niño con su cuerpo, mientras pensaba que iban a morir en ese mismo momento.

El enorme caballo negro bufaba y resoplaba, moviendo los ojos como enloquecido, nervioso, agitando la cabeza y tensando las patas. Totalmente encabritado, daba coces contra el carro donde el niño y la mujer estaban agachados, con unos golpes que hacían temblar hasta el mismo suelo.

Envolviendo al pequeño cuerpo con sus brazos, Julia se puso encima recibiendo la mayor parte de las sacudidas.

Sujetando el caballo firmemente, el jinete y la bestia eran uno solo. El dueño pudo hacerse con el descontrolado caballo después de unos momentos largos de tensión y peligro. Claudia se sentó en el suelo y con el dorso de la mano se apartó de la frente los mechones de pelo rubio que se le habían escapado, dejándose una mancha de tierra. Examinó al niño y palpándolo comprobó que no se hubiera hecho daño. Volviendo la cara hacia la comitiva allí parada, pudo detectar que el hombre la miraba desafiante y con cara de enfado.

El caballo de Marco se acercó un poco más hacia donde esos imprudentes se encontraban, y fijando sus ojos azules en los verdes de ella, el hombre sintió un tirón magnético. Él pasaba una y otra vez de la absoluta admiración por la belleza de aquella mujer a una rabia que lo consumía lentamente. Sintió cada uno de los golpes que se dio la joven cuando cayó al suelo como si los hubiera recibido él mismo. Su caballo podía haberlos matado.

Bajando del caballo se acercó y cogiéndola de la mano la ayudó a levantarse del suelo.

—¿Te has hecho daño esclava? ¿Puedes caminar bien? —le preguntó Marco.

Ella asintió confirmando que estaba perfectamente pero mientras le daba las gracias, el guerrero se había adelantado y cogiendo a Paulo de la oreja fuertemente lo miraba enfadado mientras le decía levantándolo unos palmos del suelo:

—A ti te voy a dar yo tu merecido ¿Qué has hecho para que se encabritara mi caballo?—. Preguntó el general al niño.

Paulo asustado y llorando, confesó que había sacado un ratón del bolsillo y que justo cuando el caballo pasaba por su lado se le había escapado del pantalón. Julia sintió como su cuerpo se encogía por el miedo.

—¡Paulo!, ¿de dónde salió ese ratón?, vi como se lo dabas a tu hermana —dijo Julia preocupada y enfadada por ver como retenía aquel hombre al pequeño.

—No te enfades Julia, pero llevaba dos ratones, solo deje uno—. Dijo el pequeño.

Enfurecida, se volvió hacia el hombre y con las manos entrelazadas con recato y mirada cabizbaja le pidió perdón por el suceso. Prometiéndole a su vez, castigarlo severamente en cuanto llegara a la casa. El orgullo era una cosa y la estupidez otra muy diferente. No podía hacer enfadar a ese soldado, su amo se molestaría enormemente si ofendía a sus invitados.

Marco en completo silencio dudaba sobre lo que hacer, por un lado no había dejado pasar nunca un hecho de semejante naturaleza sin un castigo pero por otro, no quería estar en malos términos con aquella mujer, contemplaba otros propósitos para esa esclava. Asintiendo con la cabeza aceptó la disculpa y volviéndose hacia sus soldados, cogió a su caballo y de un salto montó en él.

—¿Podrías decirme esclava donde se encuentra la Casa de Tito Livio? — dijo el Comandante con altivez.

—¡Tierra trágame!—. Pensó Julia, tendría que decirle a aquel sujeto donde estaba la casa de su amo y no hubiese querido que la relacionase con él de ese modo—. Señor, yo pertenezco a la Casa de Tito Livio, si quiere puedo guiarles a usted y a sus hombres y enseñarles el camino —contestó Julia con prudencia.

—¡Vaya! Los astros están de mi parte—. Pensó Marco en silencio.

Ofreciéndole la mano a la muchacha y sin dirigirle palabra alguna, le dio la orden silenciosa de subir con él al caballo. En cuanto la muchacha montó, dio la orden a los demás de que uno de los soldados montara al chico. El Tribuno Quinto Aurelius contempló la escena divertido desde su semental. Y agarrando al travieso e inquieto muchacho lo subió al caballo detrás suyo.

La Casa de Tito Livio se encontraba a orillas del Mar Mediterráneo. La pequeña comitiva descabalgó y los sirvientes atentos y eficientes, cogieron a los animales llevándolos a los establos para que descansaran mientras se ocupaban de ellos. Julia hizo pasar a los invitados dentro de la Casa. La vivienda era amplia, elegante y soleada. En la parte central de la domus, había un espacio abierto en torno al cual se disponía el resto de las dependencias. El atrium, estaba adornado con columnas de mármoles preciosos, e incluso del más caro alabastro. Sus paredes también parecían lujosamente revestidas de

piedra y con pinturas al fresco. Con mesas de mármol, estatuas y un estanque central, el atrio parecía ser un lugar verdaderamente delicioso. La esclava los hizo pasar a una sala espaciosa, bien decorada, abierta totalmente al pórtico en su extremo que era utilizada para recibir a las visitas y ofrecer un lugar privado para conversar. Ofreciéndoles asiento se disculpó y salió en busca de su amo.

Marco se volvió hacia su amigo Quinto y le preguntó:

—¿Qué te parece?

Quinto volviéndose le contestó:

—¿La casa o la mujer? —seguidamente, ambos se echaron a reír.

Capítulo 3

“La Grecia cautiva dominó a su fiero vencedor”.

Horacio

Tito Livio estaba en su despacho revisando los últimos pedidos que había que mandar a Ostia el próximo mes. El trabajo acumulado se le iba haciendo cada vez más cuesta arriba. Desde la última crisis que tuvo, se encontraba cada vez más agotado y exhausto. Su enfermedad no le daba tregua, era imparable como el destino de cada persona. Delante de Julia había intentado disimular pero la muchacha cada vez era más perspicaz, y suponía un esfuerzo demasiado grande el tener que engañarla. Su avanzada edad y el estrés acumulado, sumado a los últimos acontecimientos habían agravado su estado de salud, el médico no le daba muchas esperanzas de vida. Sin embargo, por Julia merecía la pena actuar, no quería que los últimos meses que le quedaban tuviera que ver la tristeza reflejada en los ojos de la joven. La muchacha se había convertido en la hija que nunca tuvo, y a lo largo de los años se había ido ganando su afecto y cariño. Su intuición para los negocios era insuperable, eso sumado a su inteligencia y carácter indómito la hacían inigualable. Era una verdadera tranquilidad saber que tantos años de esfuerzos y sacrificios no habrían caído en saco roto, podría dejar su legado en buenas manos. Podría cumplir la promesa hecha a Claudio tantos años atrás.

Unos leves golpes en la puerta llamaron su atención, Tito levantó la cabeza y poniendo su mejor cara se quedó mirando hacia el lugar dando permiso para entrar. Julia entró con paso acelerado y gesto ceñudo. Era evidente el enfado y la preocupación en su cara.

—¿Qué pasa Julia?—. Dijo él observándola.

—Maestro, acaban de llegar los mandatarios de Roma que estaba esperando. Como creía que los invitados tardarían unos días en llegar, los sirvientes no han terminado de organizarlo todo. Les he hecho pasar al salón de visitas—. Dijo Julia con cara de preocupación.

—Muy bien, no te preocupes. El que se hayan adelantado no supone ningún problema, era algo que tenía que suceder tarde o temprano, y que estaba esperando. Que vayan preparando el alojamiento y sirvan la comida en el salón principal—. Sonrió relajadamente Tito—. Les atenderé ahora mismo.

Julia asintiendo salió de la sala y apresuradamente marchó a dar las órdenes pertinentes a Horacio y Prisca.

Marco y sus acompañantes esperaban la llegada del amo de la casa desde hacía un buen rato. La esclava les había hecho pasar y les había dejado esperando sin dar explicación alguna. Marco no estaba acostumbrado a que le hicieran esperar tanto rato pero en ese momento preciso, Tito Livio hizo su aparición en la sala. Observando detenidamente al anciano, pudo detectar en él la huella del tiempo y la vejez, su cara se le antojaba conocida pero no sabía de qué. Su aspecto parecía cansado y enfermizo, aunque su rostro detectaba signos de una acusada afabilidad, así como de ingenio y conocimiento.

Marco levantando el brazo derecho saludó al anciano proclamando:

—Señor, se presenta Marco Vinicius, general de la Novena Legión de Hispania y Comandante del Ejército del sur. He recibido la orden desde Roma para reorganizar y dirigir la ciudad de Baelo Claudia. Según las ordenes en el despacho, debía ponerme en contacto con usted para que me pusiera al tanto de los últimos acontecimientos.

Tito haciendo una reverencia saludó a su vez al joven general y asintió con la cabeza.

—Así es general, estoy al tanto de las órdenes y ya está todo dispuesto para su estancia en la ciudad. No esperaba su visita tan pronto pero mis sirvientes ya están preparando todo para que sea de su agrado, por supuesto deseo que su

permanencia en mi humilde casa no suponga ningún inconveniente para usted—. Dijo Tito.

—No, no hay inconveniente alguno, está bien—. Contestó altivamente el general—. Si no es mucho pedir quisiera que también preparasen el alojamiento del Tribuno Quinto Aurelio, mi segundo al mando, así como de algunos hombres de mi ejército. El resto seguirá acampado en las proximidades de la ciudad, hasta el aviso de nuevas órdenes.

—Así se dispondrá —dispuso Tito— mientras preparan sus habitaciones, pasen a los baños para que se refresquen. Cuando estén preparados, podremos pasar a comer.

—Así sea— dijo escuetamente Marco.

Mientras tanto en la cocina, Julia daba las últimas órdenes de los preparativos de la comida. Prisca y la joven Claudia estaban encargadas de la tarea, siendo Prisca la cocinera principal y Claudia la que se encargaba de ayudar a la mujer. La joven había llegado a la casa cuando era pequeña y se había convertido en la sombra de Julia. Claudia era de estatura media, de pelo rizado y tez blanquecina. Su aspecto agraciado hacía que cuando las muchachas salían a la calle a realizar algún recado, la gente se quedara mirándolas por la belleza y simpatía que desprendían ambas jóvenes. Era raro no verlas juntas cuando no tenían quehaceres en la casa.

—Prisca ¿Qué has preparado para el banquete? Ese generalucho parece demasiado estirado y tiene que estar todo perfecto—. Preguntó Julia mirando a la cocinera. —He ordenado que subieran una ánfora de vino de la bodega y que calentaran el vino con las especias. Tu marido debe estar poniendo las jarras en la mesa.

—Como la última vez salió bastante bien y al amo le gustó, he preparado un asado de faisán con pimienta, manzana y miel que está para chuparse los dedos. Alcanza la cuchara y prueba, a ver qué te parece—. Cogiendo la cuchara de madera, Julia saboreó el asado de Prisca.

—¿Está bueno? —preguntó Prisca viendo saborear a Julia la cuchara—. A ver si tuviéramos la suerte de que no anduvieran muy hambrientos los

soldados estos que cuando nos quedemos solas vamos a dar buena cuenta de él.—Dijo Prisca riéndose con Julia y Claudia.

—¡Oye Julia! ¿Es verdad lo que me han dicho del general?, ¿es tan guapo como dicen? —preguntó Claudia con interés—. He sentido en el mercado que en Roma no hay mujer que se le resista, y que en el campamento llevan mujeres con ellos.

—¡Tiene una pinta de tonto y prepotente que no puede con su alma! De buena se ha librado Paulo con lo del ratón. Si lo llego a saber, la que le echa el ratón soy yo pero en medio de las patas del caballo para que se hubiera caído, ganas no me han faltado cuando lo he visto zarandear al chiquillo. Habrá que tener cuidado con él. Asegúrate que ninguna de las muchachas sirvan a los soldados cuando estén en la casa, no quiero que se sobrepasen y el amo se vea en un apuro. Dispón que cualquiera de los chicos los atiendan—. Dijo Julia mirando seriamente a Claudia y esta asintió, meneando la cabeza.

—Espero que Paulo se porte bien porque estoy preocupada por ese chiquillo. Su padre ya le ha regañado. Bueno ya está todo—. Dijo Prisca—. Y en ese momento como si las hubieran escuchado, un par de sirvientes entraron a recoger las fuentes de carne y demás viandas que estaban calientes para ser servidas.

El *triclinium* era la sala destinada a comer y aunque no muy grande, era de una belleza elegante y delicada. El fondo de las paredes estaba decorado con pinturas de un sorprendente rojo intenso. Este pigmento procedía de la misma Hispania y en Roma, sólo las clases más pudientes podían permitírselo por ser demasiado costoso. Los mosaicos de las paredes representaban escenas marítimas relacionadas con la fabricación del garum. El techo y artesonado estaba apoyado sobre unas vigas hechas de madera de olivo procedente de Corduba, con una fina y trabajada ebanistería. El suelo de mármol claro y verde, formaba hermosos cuadros geométricos, rodeado de frondosas y refrescantes plantas verdes, que daban al lugar un aspecto que invitaba al descanso.

Sobre las paredes habían adosados tres lechos con amplios y coloridos cojines destinados a que sus moradores pudieran comer recostados y cómodos, así como delicadas mesas de alabastro que ya estaban dispuestas con todo la comida del banquete: buey, faisán, cordero, marisco, aceitunas, frutas, panes para untar el garum, postres... eran algunas de las exquisiteces que iban a servirse ese día.

Los soldados hicieron su entrada junto a Tito Livio. El general iba hablando con aire altanero y regio, cuando este miró despectivamente hacia los sirvientes que se hallaban de pie en el extremo del salón. Julia sintió una antipatía instantánea al ver su altivez, si había algo que no soportaba era a las personas tan egocéntricas y narcisistas. Los invitados que iban elegantemente vestidos se lavaron las manos cuando se sentaron en los lechos y procedieron seguidamente a comer. La comida estaba resultando amena, los hombres hablaban contentos en un ambiente distendido y con un tono bastante formal, relataban los últimos sucesos y acontecimientos acaecidos en Roma cuando Julia se percató con disimulo de un leve movimiento debajo del lecho donde estaban sentados el Comandante junto a sus hombres. Desde el lugar donde estaba Tito era imposible percatarse de nada. Una tela decoraba el asiento y ninguno de los comensales pudo percibir el movimiento. Julia dio un codazo a uno de los sirvientes indicándole con la mirada el hecho de que se estuviera moviendo una de las telas del lecho. Tendrían que tener más cuidado al día siguiente al limpiar el lugar por si pudiera aparecer algún otro animal o roedor. Últimamente habían demasiados en el lugar, y no precisamente de origen animal.

Cuando todo hubo acabado, los hombres se levantaron del lugar, y agradeciendo la comida procedieron a retirarse. Inesperadamente, cuando el general dio un paso hacia delante, se cayó sobre una de las mesas de la comida con un estruendo tan alto que sonó por toda la casa, el Tribuno Quinto cayó encima de su jefe y Lucio Flavius, el centurión, también. Había comida esturreada por todos los lados. Los tres hombres estaban espatarrados unos encima de otros, no dando crédito a lo que estaba pasando. Tito sin poder reaccionar ante semejante suceso, se quedó blanco como la cal, aunque una

sonrisa asomó a sus ojos. Julia y los sirvientes enmudecidos se acercaron corriendo a retirar las mesas para ayudar a los soldados. Marco al caer se había golpeado la cabeza con una esquina de la mesa, y un hilillo de sangre corría por su frente. Enfadado, intentó levantarse del suelo pero volvió a caer sobre los demás. Cuando miraron hacia sus pies con detenimiento, vieron como habían atado los pies de los tres soldados. Los habían atado sin que se hubieran dado cuenta. Agacharon la cabeza debajo del lecho donde habían estado sentados y el pequeño Paulo, escondido debajo de los asientos los miraba con picardía. Un niño había atado los pies de los tres soldados, haciéndoles caer como chinches.

—¡Por los Dioses que esta vez lo voy a matar!—. Rugió Marco.

Intentando agarrar al niño no pudo por estar unido con los demás. Quinto intentó desatar los nudos mientras el pequeño gateaba desesperado por debajo del lecho intentando escabullirse para que no lo cogieran. Cuando pudo escapar de los asientos, corrió a esconderse detrás de Julia.

La joven observaba a los tres legionarios preocupada por la reacción del jefe. No sabía cómo iban a salir del atolladero, pero aquel energúmeno no iba a tocar ni un solo pelo del muchacho si ella lo podía impedir.

Cuando Marco se pudo poner de pie, avanzó hacia Julia y adelantando el brazo le pidió que le diera al chiquillo. Julia silenciosamente hizo un movimiento de cabeza negándose. Marco no podía creer que aquella esclava se estuviera negando a una orden suya.

—¿Te niegas a darme el muchacho esclava? —dijo Marco enfadado y con la vena del cuello a punto de estallarle.

—Sí —dijo Julia—. Paulo es un esclavo de esta casa y sólo al señor Tito le corresponde administrar justicia.

Marco cogió de la pechera a la joven haciéndola retroceder un paso hacia atrás.

—¡Eres demasiado irrespetuosa para ser una esclava!—. Confirmando Marco mirándola a los ojos.

En ese momento Tito Livio intervino intentado apaciguar la situación, y dirigiéndose hacia el joven romano le pidió que soltara a la joven. Marco

volvió la mirada hacia el anciano y se quedó por unos momentos mirándolo fijamente.

—¿Qué pide por ellos? Necesitan mano dura y yo se la puedo dar. Le ofrezco diez mil sestercios por los dos —dijo Marco sosteniendo la mirada al amo de la domus.

—¿Cómo? —preguntó Julia incrédula—. ¡Será imbécil!, ¡Pero qué se habrá pensado—. Pensó Julia enfadada por el atrevimiento de aquel romano.

Mientras tanto Tito seguía sosteniendo la mirada serenamente y le volvió a pedir que soltara a la muchacha. Marco le estaba haciendo daño a Julia a propósito con el fin de subyugar a la joven, pero esta no cedía ni un palmo. Julia no pensaba decir nada delante de aquel energúmeno que se había atrevido a comprarla, ni aunque la azotaran. El general volvió la mirada hacia Julia y ambos mirándose retadoramente esperaban en silencio la respuesta de Tito.

—Lamento decirle general que estos criados no están en venta, a pesar del deplorable comportamiento del niño, como comprenderán pertenecen a esta Casa. Soy el *pater familias* y están bajo mi responsabilidad. No se preocupe porque no volverán a ser molestados tanto usted como sus hombres y el muchacho será debidamente amonestado por su atrevimiento— dijo el anciano firmemente y con aire sereno.

La situación que estaba bastante tensa, pareció desvanecerse por momentos. Marco asintió y mirando fijamente a Julia con evidente interés se volvió y soltándola, salió de la sala con sus hombres.

—Julia pasa a mi despacho que hablemos —dijo Tito con un tono de enfado—. Y tú Paulo, vete a la cocina con tu madre a esperar a Julia, ella te dirá cuál será tu castigo, esto no puede continuar así. El muchacho cabizbajo salió de la sala, sin mirar atrás.

Una vez dentro de la sala, el anciano se dirigió hacia la joven:

—Esto no puede volver a repetirse Julia. Es la segunda vez que el chiquillo tiene un altercado con el general en menos de un día, y no podemos permitirnos el lujo de que se marche de aquí, su presencia es necesaria en esta casa. Intenta que Paulo no se acerque aquí mientras esté el general y que no se

meta en más problemas, ¡por favor!, búscale alguna hacienda, estas cosas no ocurrirían si estuviese bien entretenido y cansado—. Rogó Tito mirando a la joven.

Julia estuvo de acuerdo. No quería más problemas con esa gente, pensó enfadada. No entendía porque el general había intentado comprarla y eso era algo que le había molestado enormemente, pero en cuanto pudiera lo iba a averiguar.

—Bueno pasemos a los temas que nos conciernen—. Dijo Tito—. Y despachando los asuntos pendientes, el anciano y la joven pasaron la tarde.

Al día siguiente, Marco ya estaba preparado para empezar a ocupar su cargo. Tenía previsto una reunión con el anciano para conocer el alcance de la situación. Pero todavía no dejaba de darle vueltas a la cabeza, al episodio del día anterior. Él, Marco Vinicius, general condecorado con honores y descendiente de una antigua estirpe de familias patricias, derribado en el suelo por un simple mequetrefe. Estaba que hervía de rabia e indignación. Ya ajustaría cuentas con el par de dos. No sabía qué clase de inquietud experimentaba cada vez que veía a la muchacha, o bien estaba deseando llevarla a la cama más próxima o sacaba lo peor de él cuando estaban en la misma habitación.

—Quinto quiero que averigües que relación une al viejo con la esclava, lo más pronto posible. ¿Crees que se acuesta con ella?—. Preguntó inquieto Marco a Quinto.

—Sabes que es posible. Muchos amos utilizan a sus esclavos para sus propios vicios sobre todo si son los más jóvenes y hermosos, y desde luego a la muchacha no le falta bravura y belleza. Yo de ti no me encapricharía con ella, es evidente que el anciano le tiene cierto aprecio, cualquier otro los hubiera hecho azotar en ese momento a ambos—. Contestó Quinto mientras desayunaban esa mañana.

Marco seguía pensativo cuando vio entrar en la sala a un sirviente.

—Buenos días señores, el amo Tito desea que las habitaciones hayan sido de su agrado y hayan desayunado bien —dijo el esclavo—. Cuando hayan

acabado, pueden pasar al despacho, donde tendrá lugar la reunión. El amo les está esperando.

Ambos soldados asintieron con la cabeza.

A Marco no le pasó desapercibido cuando entraron en la sala que la esclava se encontraba al lado del anciano ocupando un lugar privilegiado. Aquello no le gustó. No le encontraba sentido a que una simple mujer estuviera allí, y precisamente esa—. Pensó malhumorado.

—Tomen asiento señores—. Dijo Tito sentándose en un sillón cercano a ellos—. Supongo que estarán deseando saber los sucesos por los que se encuentran aquí y conocer el alcance de la situación. En los últimos tiempos hemos estado experimentado varios robos en la factoría de salazones y aunque las pérdidas no han sido demasiado cuantiosas, lo más preocupante es la muerte de varios de nuestros hombres encargados de vigilar la fábrica de noche. Creo que alguien desde dentro de la ciudad ayuda a los causantes de los robos a entrar por una de las puertas de la ciudad, precisamente la que da acceso directo al puerto. Cuando acudimos se encontraba abierta y no mostraba signos de haber sido forzada. Los guardias por supuesto amanecieron degollados, con signos de evidente violencia.

La seguridad de la ciudad siempre ha estado a cargo de Tiberio Aurelius—. Siguió narrando Tito—. Tiberio es el jefe de la otra factoría que se dedica al salazón. La rivalidad entre ambas Casas siempre ha sido evidente, ambos competimos por el comercio del gárum y Tiberio nunca ha dejado de mostrar su antipatía hacia la competencia, en este caso yo. Siempre he intentado llevar la situación con la máxima discreción posible pero en los últimos días, la situación se ha vuelto bastante tensa. Mis hombres han podido detectar la presencia, dentro del recinto de la ciudad, de gente con apariencia procedente del Norte de África. Temo que alguna horda de piratas mauritanos se hagan con el control de la ciudad y del comercio por supuesto. Por eso, desde Roma les han enviado hacia aquí. Solicité urgentemente ayuda al Cónsul.

—Está bien —dijo Marco—. A partir de hoy estableceremos el campamento dentro del recinto amurallado, evaluaré la situación y en qué condiciones

defensivas se encuentra la ciudad. Mientras tanto necesito que sus hombres sigan averiguando todo lo que puedan y que se pongan a mis órdenes lo más pronto posible.

Tito asintió y mirando a Julia le dijo:

—Julia encárgate de mostrar el funcionamiento de la ciudad al general y de que tenga acceso a todo lo que necesite, yo mientras tanto mostraré al Tribuno Quinto Aurelius el sitio más adecuado para que procedan a instalar a sus hombres. Si me sigue ahora mismo podemos irnos inmediatamente—. Dijo Tito mirando al Tribuno—. Acto seguido ambos hombres salieron del salón dejando a Julia y a Marco solos.

El general se levantó del sillón y con fingida indiferencia se acercó a Julia. Esta sin apartar la mirada del hombre y con ojos perspicaces le sostuvo la mirada.

—Dime una cosa esclava —dijo Marco insolente—. ¿Desde cuándo te acuestas con tu amo?

Cuando Julia escuchó tales palabras sintió tal rabia y desagravio que sin pensárselo ni un momento le propinó tal bofetón al militar que instintivamente volvió la cabeza, pero éste agarrándola de los brazos la sujetó firmemente hacia él.

—Suélteme ahora mismo y no se atreva a acercarse más a mí—. Dijo Julia furiosa.

—Eso está por verse, esclava —respondió Marco sonriendo—. Porque me parece que vamos a pasar algún tiempo juntos, preciosa.

Capítulo 4

“Los hombres tienden a creer aquello que les conviene.”

Julio Cesar

La jornada empezaba a partir de las seis de la mañana en la casa, había que aprovechar al máximo la luz natural. Después de un desayuno sobrio compuesto de pan mojado en aceite y algunos frutos secos, Julia dedicó las primeras horas del día a despachar asuntos privados, supervisar las cuentas y consultar los quehaceres diarios con los demás sirvientes. Seguidamente fue a ocuparse del *pater familias*, su amo tenía la costumbre de situarse en el *atrium*, la sala principal de la casa para la *salutatio matutina* momento en que sus clientes iban a presentarle sus respetos, a pedirle ayuda o simplemente a darle los buenos días. El que su patrón devolviera el saludo, era una muestra de confianza y reconocimiento hacia las demás personas allí congregadas.

Después de que su amo se hubiera marchado al foro acompañado por sus clientes, Julia esperó la presencia de los soldados en el vestíbulo, debía acompañar al general a la ciudad y explicarle el funcionamiento de la misma. Ya le habían dado aviso de que los hombres habían terminado de desayunar. Por primera vez en su vida, esperaba con preocupación la llegada de los romanos, sin saber cómo manejar muy bien la situación. Lo que menos quería era despertar ningún tipo de interés y perspicacia en el militar, y el interrogatorio del romano el día anterior le había resultado bastante incómodo. En la casa todo el mundo conocía la relación entre ella y su amo. Desde niña el hombre la había tratado siempre más como una hija que como un esclavo. Desde el primer momento que tuvo uso de razón, el hombre le explicó su procedencia así como las circunstancias tan peligrosas en las que se podía encontrar si alguien averiguaba su paradero. Se sintió insultada con ese

comentario, y sumado al episodio con Paulo, la situación estaba bastante tensa entre el militar y ella. Sabía que el soldado se iba a desquitar tarde o temprano. Este hombre no iba a dejar pasar las cosas tal como estaban, estaba segura. Debía andar con los pies de plomo y evitar enfrentamientos abiertos con él, que no la hubiera delatado era señal de que se traía algo entre manos.

Camino de la fábrica, Julia iba pensativa junto al general y el tribuno Quinto. Parecía que el condenado disfrutaba de su presencia, lo cual le hacía enfadar más todavía. Cuanto más silenciosa e incómoda se sentía ella, más contento y relajado se veía al legionario. Conforme iban pasando por las tiendas del mercado, la gente se quedaba mirando al pequeño grupo de tres personas. Todo el mundo que conocía a Julia tenía la costumbre de saludar a la muchacha alegremente, pero esa mañana alzaban levemente la mirada con un leve temor y respeto reverencial, tal parecía que les habían comido la lengua un gato. No era habitual encontrarse dentro de la ciudad a todo un general de la Legión, el soldado impresionaba no solo por su estatura y aspecto duro, sino por el aura de seguridad y poder que emanaba de él.

Aunque Marco iba pendiente de los puntos débiles de la ciudad, era consciente de la proximidad de la esclava, el recuerdo del día anterior se mantenía todavía fresco en su mente. Pocos hombres se hubieran mostrados tan firmes ante su presencia en una situación semejante. Había que reconocerlo, la osadía y valentía de la joven era estimulante, no había conocido a ninguna mujer que se hubiera atrevido a contradecirlo nunca, era todo un reto y sobre todo que le alzara la mano. Sin dirigir la mirada hacia ella le preguntó de un modo altivo:

—Dime esclava, ¿desde dónde le llega a la ciudad el abastecimiento del agua?

Julia enfadada por el tono tan despectivo con que decía lo de esclava, lo miro seriamente. Estaba haciéndolo a propósito, estaba segura —pensó Julia. Señalando el acueducto principal que se veía desde la intersección de la calle le contestó:

—Hay tres acueductos que abastecen a la ciudad, pero el principal trae el agua desde el Manantial de Punta Paloma, situado en aquella colina —señaló Julia.

Marco dirigiéndose a Quinto le ordenó:

—Quiero que sitúes algunos hombres vigilando el manantial, los acueductos y las puertas que dan acceso a la ciudad, en caso de que nos invadieran, el agua podría ser contaminada y sería uno de nuestros puntos débiles. Realiza un reconocimiento de las murallas, necesito saber el estado en el que se encuentran. Si tienen que ser reforzadas, que los hombres se pongan a trabajar. Sitúa también dos hombres en cada torre del paseo de ronda, y que estén pendientes de la gente extraña que entra. Yo seguiré con la muchacha el reconocimiento del puerto.

Quinto confirmando con la cabeza las órdenes, se marchó del lugar con premura no sin percatarse de que la intención de su jefe era quedarse a solas con la muchacha.

En verdad, Marco se esforzaba por aparentar indiferencia hacia la esclava, pero la muchacha se estaba convirtiendo en un reto constante. Varias veces había intentado acercarse a ella con cualquier pretexto y rozarla en toda ocasión, pero ella se había limitado a mirarlo una sola vez, de la misma forma que lo hacía con cualquier otra persona. Cualquier mujer hubiera aprovechado esa ocasión para insinuársele y seducirlo. Estaba contrariado por la falta de respuesta de la joven. Su cuerpo le decía en todo momento que necesitaba con desesperación a una mujer, y no era habitual que su cuerpo gobernara sobre su mente. La muchacha tenía un cabello que parecía besado por el propio sol y un cuerpo moldeado por los mismos dioses,...era un tonto por desearla, pero estaba seguro de que la esclava terminaría por claudicar, ninguna mujer se le había resistido todavía. Marco iba ensimismado en sus pensamientos cuando Julia rompió el tenso silencio y empezó a narrarle con un gran conocimiento de la situación:

—Como habrá podido darse cuenta cuando hemos pasado por el mercado, la gente del lugar son simples comerciantes y campesinos. En caso de algún ataque, no sabríamos como defendernos. La ubicación natural del puerto

permite que nuestros barcos consigan pescar gran cantidad de atunes. Nuestra economía depende de ello. Exportamos gran cantidad de pescado y de salsa garum a todo el Imperio. Durante la temporada recibimos gran cantidad de extranjeros que vienen a trabajar y la ciudad se llena de gente procedente de cualquier lugar. La situación estratégica de la ciudad nos proporciona todo lo que necesitamos, tenemos el pescado, el agua dulce procedente de los manantiales para limpiarlo, la sal y las ánforas suficientes para almacenarlo y exportarlo, por eso la fábrica está situada a orillas del mar.

Mientras la muchacha seguía explicando a Marco, llegaron a la entrada de la factoría. La intensa luz del exterior hizo que no pudiera ver prácticamente nada hasta que sus ojos no se acostumbraron a aquel lugar. La estancia en la que acababan de entrar carecía de ventanas pero una abertura en el centro del recinto proyectaba una cálida claridad al lugar. El aire se encontraba bastante viciado por el olor a vísceras y despojos de pescados. La cubierta de las dos salas estaba sustentada por columnas, mientras que las de las otras dependencias, las vigas que sustentaban la techumbre descansaban en los muros.

—Como puede ver la factoría tiene dos espacios bien diferenciados, en este primero que tiene acceso a la calle, es donde preparamos el pescado, lo lavamos y troceamos. Y este otro lugar, es el espacio dedicado al salazón. En estas piletas es donde se almacena el pescado alternándolo con la sal. Esa puerta de ahí —dijo Julia señalando un portón grande trasero— es la que da acceso directo al puerto. Los que consiguieron entrar se llevaron varias ánforas de salsa garum que teníamos almacenadas, pero todavía teníamos otras en el otro almacén. Por lo que hemos podido enviar los pedidos que teníamos pendientes a Ostia. Sin embargo, otro robo como ese podría ocasionarnos bastantes trastornos, aparte de perder nuestros mejores clientes.

Marco sorprendido por el extraordinario dominio y conocimiento que tenía esa mujer del negocio, salió por la puerta seguido por Julia. Podían verse varias mujeres sentadas a la sombra de las casas arreglando redes y aparejos de pesca, los niños jugaban entre ellas tendidos al sol. Tras atravesar una callejuela, apareció ante ellos la Puerta de Asido, que daba directamente al

mar. Efectivamente era una puerta de grandes dimensiones, magníficamente tallada y reforzada, por la que difícilmente podría acceder alguien sin que se abriese por dentro, como había señalado anteriormente el anciano. Sin duda el enemigo estaba dentro de casa.

Desde la ensenada podía verse multitud de pequeñas barcas varadas esperando el cambio de marea. Hombres y marineros parecían curiosear la pesca del día. Y si uno miraba hacia la derecha, la playa que se veía desde el puerto era de transparentes y vivaces aguas azules, tal parecía semejarse a las de alguna playa virgen de algún lugar lejano. Su arena blanca y fina junto con el conjunto de pinares proporcionaba un exótico rincón más propicio para el deleite personal que para una ciudad con fines comerciales. La ensenada era un increíble y maravilloso recreo para la vista. Volviéndose hacia la mujer se quedó mirando fijamente a la muchacha y le comentó:

—Voy a terminar de reconocer las condiciones de la muralla del puerto y hablar con algunos hombres. Puedes volver a la factoría y esperarme allí—. Ordenó secamente Marco—. La muchacha asintiendo volvió sobre sus pasos. Todavía tenía trabajo pendiente en la fábrica.

En el otro lado de la ciudad, el jefe de la Casa de Tiberio se hallaba reunido con su lugarteniente Silo. Tiberio Aurelius era un hombre hecho así mismo. Nadie conocía sus orígenes de liberto, todos pensaban que era un honrado y acaudalado ciudadano romano, pero la verdad era muy distinta, cada átomo de dignidad y riqueza había tenido que ganárselo con tesón y astucia.

Su madre una prostituta de un lupanar de Roma, había mantenido relaciones con infinidad de hombres. Todavía podía acordarse del día que le reclamó su procedencia. Ésta echándose a reír en su cara, le dijo que toda Roma podría ser su padre. Desde aquel momento hizo todo lo posible por salir de aquel lugar, robó, mató, se prostituyó,... cualquier cosa era válida para abandonar aquel antro. Y ahora, después de tantos años, peligraba lo que con tanto tesón y esfuerzo había conseguido.

Odiaba profundamente a Tito Livio, el hombre era ovacionado en el foro cada vez que acudía, su gran elocuencia y oratoria era bastante esperada y

aclamada por la gente, eso sumado al éxito en los negocios, hacía cada día más difícil remontar las pérdidas que últimamente tenía. Sus mejores clientes preferían hacer tratos a escondidas con la competencia, por temor a sus represalias, pero él estaba al tanto de todo. Mientras la vigilancia de la ciudad había estado a su cargo en estos últimos años, había podido hacer y deshacer a su antojo. Pero la llegada del general había trastocado todos sus planes. El robo de las ánforas de Tito había conseguido mermar un poco sus pérdidas pero todavía no era suficiente para arruinarlo.

—Dime Silo, ¿has puesto a tus hombres a vigilar a los romanos?—. Preguntó Tiberio.

—Sí, unos cuantos están vigilando la entrada de la casa de Tito y hay otros vigilando la parte sur del campamento. Están acampando en la parte alta de la ciudad—. Contestó Silo.

—De acuerdo, no quiero que en ningún momento se percaten de que están siendo observados. En cuanto la muchacha se encuentre sola, ya sabes lo que tienes que hacer. Quiero que elimines la mano derecha de Tito, con su desaparición resolveríamos parte de nuestros problemas. Es demasiado lista y competente para nuestro bien.

Silo asintiendo salió del salón y se dirigió camino de la factoría. La joven solía ir por las mañanas a trabajar en ella. Estaba frotándose las manos pensando en la joven, la orden era matarla pero antes disfrutaría de la condenada. Estaba deseando bajarle la soberbia y los aires de grandeza que se daba.

El campamento se distinguía con facilidad dentro del recinto amurallado, los soldados estaban empezando a montarlo. Habían elegido la parte alta de la ciudad para evitar el acceso fácil del enemigo, Tito le había ayudado a buscar el sitio más idóneo. Quinto estaba dando la orden al centurión de que en el centro del campamento se levantaría la tienda del general, junto a esa tienda se situarían los cuarteles con los legionarios, los establos para la caballería, y los demás edificios con artesanos cubrirían el resto del perímetro. También habían previsto unas tierras de cultivo para asegurar el abastecimiento de

alimentos, en caso de que las provisiones procedentes de la ciudad escasearan.

—Criso quiero que cada unidad levante sus tiendas, ya sabes lo que tiene que hacer cada una. Que dejen un espacio libre de unos setenta metros de anchura entre éstas y la muralla, de forma que queden a salvo de los proyectiles provenientes del exterior en caso de ataque.

—De acuerdo Quinto—. Dijo Criso.

—Que los legionarios excaven también el foso de unos tres metros de profundidad y cuatro de anchura, y luego que apilen la tierra extraída en el lado más próximo a la tienda del general para formar luego el terraplén, ¿de acuerdo?—. Preguntó Quinto a Criso.

Mientras Quinto ultimaba las órdenes una muchacha se iba acercando al grupo de hombres. Claudia acompañada por algunos siervos de la casa estaba impresionada, le habían encargado llevar las provisiones que necesitarían los hombres durante los primeros días. Su maestro Tito le encomendó que las entregara al Tribuno Quinto. Había preguntado a un soldado donde podía encontrar al militar y señalando con el dedo le había indicado hacia un grupo de hombres que veía a lo lejos. Estaba acostumbrada a que los hombres de la ciudad trabajaran con túnicas e incluso algunos utilizaban pantalones, pero estos soldados trabajaban con armadura y armas incluidas. No sabía exactamente cuánto podría pesar todo el armamento que llevaban encima, pero debía ser bastante por lo que veía. Tal parecía que habían nacido con el traje puesto. A donde mirara podía ver músculos y músculos. ¡Por los dioses, no habría allí un hombre para ella!, no era que estuviera muy desesperada, pero pudiendo elegir, prefería un militar de esos a uno que oliera a pescado.

La mirada de Quinto escrutó a la sirvienta que se acercaba. Era una mujer pequeña, curvilínea, de pelo rizado y carmesí, en sus enormes ojos marrones podía verse la simpatía de la muchacha. Era la tentación hecha mujer. Quinto siguió observándola al aproximarse, se fijó en el balanceo de sus caderas, y le pareció increíblemente preciosa. Hasta en los andares tenía gracia.

Ella hizo una breve pausa para mirarlo y clavó en él una mirada de asombro. En su boca se dibujó una mueca de sorpresa, al fijarse comprendió que había

encontrado por fin a ese hombre. Sorprendentemente, era incapaz de apartar la mirada. Las emociones empezaron a apoderarse de ambos, el soldado que estaba al lado de Quinto, riéndose le dio un codazo llamándole la atención al percibir que ambos se habían quedado repentinamente mudos. Al tribuno no le agradó ver que era objeto de burla delante de sus hombres.

—Me manda mi amo Tito Livio a traer las provisiones que necesitaban — dijo Claudia con la mirada cabizbaja e intimidada por la intensa mirada de él.

Súbitamente, Quinto cambió por completo de actitud: desvaneciéndose su sonrisa, y volviendo la cara hacia los soldados les ordenó recoger las provisiones y ayudar a los esclavos a llevarlas al almacén. Había vuelto el eficiente soldado.

Cuando Claudia y los sirvientes se marchaban del campamento, pudo percibir la intensa mirada del Tribuno en su espalda. Sonriendo siguió el camino detrás de los demás. ¡Por los dioses, que guapo era! Tendría que averiguar algo más sobre él.

El general se retrasaba y ella tenía que volver a la Casa, todavía quedaban asuntos que requerían su presencia a pesar de lo tardía que se había hecho. Salió a la calle para mirar en el callejón por si el soldado aparecía, cuando de repente se encontró frente a frente con Silo. Su aspecto era cada día más asqueroso. El hedor a inmundicia del hombre hacía imposible fijar la mirada en él, su abultada barriga mostraba una túnica sucia y llena de manchas, además olía como si no se hubiera lavado en siglos. El hombre intentó atraparla entre sus brazos, pero ella pudo escabullirse no sin cierta dificultad.

—¡Qué narices te crees que estás haciendo Silo! Te tengo dicho que no acerques tu apestoso cuerpo a mí, ¿tu amo no te da el suficiente dinero para que vayas a los baños de vez en cuando?—. Preguntó Julia mirándolo con cara de asco—. En la playa también puedes darte un baño, el agua es gratis, no te la cobran.

—¡Hombre mira a quién tenemos aquí!, ¿y lo dices tú, la reina del salazón?, que desde lejos se huele tu olor a pescado. ¿Sabe tu amo que ahora te revuelcas con los legionarios?. Desde que aparecieron no has dejado de estar

rodeada por ellos—. Aseveró el esbirro que agarrándola fuertemente del cuello aprisionándola contra el muro.

—¡Suéltame, si no quieres verte en el suelo!—. Dijo Julia con dificultad—. El condenado le estaba haciendo daño y le estaba dificultando la respiración.

—Dile a tu amo que se abstenga de contar nada inconveniente al general, si quiere vivir para contarlo. Creo que últimamente no le van muy bien los negocios a tu jefe—. Le dijo el hombre riéndose y pasándole la lengua por la mejilla intentando besarla.

Julia no pudo aguantar más el asco, y propinándole un fuerte empujón le dio una patada en sus partes pudientes que le hizo caer hacia atrás. Un leve movimiento en la parte donde estaba el callejón hizo que ambos mirasen y descubrieran al soldado observando la escena.

Desde el primer momento que Marco se percató de la situación, aceleró el paso y se dirigió hacia ellos pero el hombre levantándose del suelo, salió corriendo hacia la calle que comunicaba con el foro. El militar llegó a la altura de Julia y con gesto adusto le bajó con el dedo el borde de la túnica, pudiendo ver los daños que había sufrido el cuello de la muchacha, el desgraciado le había dejado marcados todos los dedos. Su rabia hizo explosión en ese mismo instante y manteniendo su atención totalmente concentrada en ella le preguntó:

—¿Quién era?.

—El esbirro de Tiberio, Silo le hace los trabajos sucios—. Dijo Julia sosteniéndole la mirada.

—¿Y qué quería?—. Preguntó Marco.

—Nada de su incumbencia, ya he resuelto el problema—. Dijo Julia temerosa de la advertencia de Silo.

—Te he preguntado que qué quería y no suelo preguntarlo dos veces.

Marco la miró desafiante e intentando intimidarla se aproximó si cabe más a ella, la electricidad entre los dos se cargó de inmediato. En aquel momento, el corazón de Julia empezó a bombear más rápido y dándole un salto en el pecho pareció que dejaba de latir por momentos. Se quedó mirándolo incrédula, con los ojos muy abiertos. Marco le sostuvo firmemente la barbilla con los dedos

y una oleada inesperada de deseo lo alcanzó. Susurró su nombre por primera vez e inclinando su cabeza, aspiró su aroma oliéndola maravillosamente bien. Pasó su boca por la piel del cuello de ella y la besó con delicadeza donde le habían dejado las marcas, con ternura. Al primer roce de sus labios, Julia se estremeció, nunca la habían besado antes y no estaba preparada para la intensidad del deseo.

Y cuando los labios de él subieron y rozaron los suyos, conoció un momento de puro éxtasis. Fue un momento de unión tan perfecto que la asustó, sin poder reaccionar. Marco la cogió entre sus brazos y aplastó sus senos contra su duro pecho. No podía dejar de tocarla aunque la vida le fuera en ello, sus cuerpos parecían amoldarse perfectamente. Él, que era famoso por su autocontrol, estuvo a punto de ceder a la tentación de fusionarse allí mismo con ella. Le asombraba la intensidad de las emociones que sentía, y que no le hubiera ocurrido algo así antes con nadie lo tenía preocupado. Solo con ella había sentido esa desazón. No supo cuánto tiempo estuvieron besándose pero justo antes de soltarla, Marco estudió brevemente su cara, levantada hacia él con los ojos cerrados. Se moría de ganas de seguir besándola, de tomar sus labios y deslizar la lengua profundamente en su boca hasta que gimiera por él, pero era demasiado pronto. Tendría que ir más despacio con esta mujer, un movimiento en falso podría echarlo todo a perder. Esa joven sería de él, costara lo que costara. Abriendo los ojos suavemente, ella alzó la mirada hacia él y ambos se separaron conscientes del momento vivido. Mirándola fijamente Marco le instó a marcharse.

—Vámonos, tengo que hacer una visita a Tiberio Aurelius, es hora de que me presente.

Marco sentía un impulso protector de mantener a salvo a esa mujer y Tiberio había osado a tocarla. Nadie tocaba lo que era suyo.

Capítulo 5

“Ten presente que los hombres, hagas lo que hagas, siempre serán los mismos.”

Marco Aurelio

Después del episodio en el callejón, Marco acompañó a Julia a la casa de Tito, marchándose enseguida en busca de Quinto al campamento. Mientras tanto, Julia entraba en la domus dándole vueltas a la cabeza al episodio con el general. No entendía que le pasaba cada vez que estaba en presencia de ese hombre. Era la primera vez que le besaba alguien y no esperaba que su cuerpo reaccionara de ese modo. Se había quedado petrificada, pero el problema era que le había gustado. Sin saber qué hacer, ni reaccionar, su cuerpo paralizado como una estatua, parecía adaptarse perfectamente al de él, y hubiera seguido besándolo si él no llega a interrumpir el beso. No podía permitirse el lujo de caer en el embrujo del general, acostumbrado a tener un montón de mujeres alrededor de él porque solo sería una más entre tantas. Y cuando acabara su misión, se marcharía a cualquier otro sitio. Imposible sucumbir ante ese hombre que solo le generaría problemas. Julia iba pensativa cuando Claudia se le acercó.

—¡Julia, por fin apareces! Prisca está en la cocina que echa humo. Gritando a todo el mundo y preparando la cena de esta noche. Vente porque eres la única que la tranquiliza, yo ya no sé qué decirle. Horacio también está preparando los baños para cuando vuelvan los invitados. Sabes que querrán bañarse antes de la cena.

Julia asintiendo con la cabeza y acompañando a Claudia a la cocina, ya iba pensando en las tareas pendientes. No se le quitaba del pensamiento el beso del general, no le gustaba reconocer lo afectada que le había dejado ese

hombre. De repente, un par de pequeñas piernas se abalanzaron hacia ella, rodeándole con los brazos por sus caderas. Era el terremoto del pequeño Paulo.

—¿Julia me perdonas por lo de ayer? Padre me ha dicho que el amo Tito se ha enfadado mucho contigo. Te prometo que no volveré a hacerlo, pero no me gustó cuando te habló tan mal. ¿Crees que debería pedirle disculpas también a él?—. Preguntó el niño.

—Paulo, sabes que no puedes andar todo el día metiéndote en jaleos, tus consecuencias nos arrastran a los demás, sobre todo a tus padres y a mí. No voy a poder protegerte por mucho más tiempo. Creo que sería bastante adecuado que pidieras perdón al general y a sus hombres. Debes asumir las consecuencias de tus propios actos y el amo quiere que te pongas a trabajar. Más tarde te diré lo que tienes que hacer, pero debes prometerme que no volverás a meterte en más problemas, ¿de acuerdo? Si yo tengo un problema con el general, debo resolverlo yo y tú no puedes tomarte la justicia por tu mano—. Dijo Julia sonriendo al pequeño, mientras le apañaba el flequillo de la frente.

—Sí, no te preocupes Julia, me portaré bien de aquí en adelante.

—Todo aclarado entonces, ahora vete y pregúntale a tu padre que queda por hacer en la sala de baños—. Paulo salió corriendo en busca de su padre dispuesto a cumplir su tarea.

—Lo proteges demasiado Julia—. Dijo Prisca, la madre de Paulo—. Pero eres la única autoridad que parece respetar mi Paulo, no sé qué haríamos sin ti.

—No te preocupes Prisca, sabes que sois como mi familia y a Paulo lo quiero como a un hijo. Tiene demasiada energía que no sabe cómo encauzarla. Ya enderezaremos al diablo ese—. Y ambas mujeres echándose a reír siguieron con sus cosas.

Unos minutos después, Marco llegó al campamento en busca de Quinto, en una explanada había un grupo de soldados entrenándose y el centurión Lucio estaba con ellos, mientras que otros soldados andaban ocupados terminando

de fortificar el perímetro. Cuando se fue acercando a la tienda de los mandos, Quinto salía de ella.

—Quinto necesito que me acompañes a la Casa de Tiberio. Que Lucio venga también con sus hombres. Hace un rato, la mano derecha de Tiberio estaba amenazando a la esclava de Tito y quiero saber qué es lo que se trae con ella. La muchacha no me ha querido decir nada y aunque parecía asustada, ha sabido defenderse de ese sujeto pero me parece que ese hombre no es trigo limpio ha salido corriendo en cuanto me ha visto.

—¿Tú crees que la ha amenazado?

—Sí, la tenía cogida del cuello y le dejó todos los dedos marcados ¿Ya están preparados los hombres?—. Preguntó Marco.

—Sí, podemos partir cuando quieras.

Escortado por un grupo de soldados de la Legión por las callejuelas de Baelo Claudia, Marco iba pensativo mientras caminaba con pasos acelerados siguiendo el ritmo marcado por sus hombres, sus pensamientos seguían todavía centrados en la mujer. Cuando llegaron a su destino Marco y Quinto no se sorprendieron de la zona donde se ubicaba la casa de Tiberio. Era una zona tranquila y próspera de la ciudad situada junto a la playa, aunque por su fachada la casa había conocido otros tiempos más acaudalados y prósperos. Los desperfectos en ella indicaban que necesitaba reparaciones urgentemente. Era claro indicio de que el dueño de la casa no pasaba por una situación muy boyante, las cosas no debían de marcharle precisamente bien. Cuando llamaron a la puerta, un esclavo de aspecto enfermizo y delgado les abrió la puerta.

—Deseo ver a vuestro amo, decidle que el general Marco Vinicius desea hablar con él.

El esclavo pareció asustado en un primer momento pero después de mirar a ambos hombres, sonrió y les dirigió una mirada de confabulación, cosa que extrañó en ese momento a ambos soldados.

—Por supuesto general, si hacen el favor de seguidme.

El hombre los condujo a través del *atrium* de la casa hasta un pórtico de columnas con múltiples puertas que daban acceso a otras habitaciones. Cuando

llegaron a una de ellas, el esclavo llamó a la puerta, pidiendo permiso para entrar. Desde dentro, el amo se mostró cauteloso cuando vio aparecer en su despacho al par de soldados ricamente ataviados. Allí con él se encontraba Silo, que intimidado se acercó ligeramente a su jefe. A Marco no le pasó desapercibido el movimiento del hombre. Sabía que el esbirro lo había reconocido.

—Buenos días, ¿a quién tengo el gusto de conocer?—. Dijo Tiberio claramente sorprendido.

—Soy Marco Vinicius, Comandante del Ejército del Sur y General de la Novena Legión Hispana. Mi hombre es el Tribuno Quinto Aurelius—. En ese momento, el soldado saludó con un movimiento de cabeza—. Imagino que no esperaba mi visita pero como habrá podido escuchar acabamos de llegar desde Roma para tomar el mando de la defensa de la ciudad. Según tengo entendido, antes era usted el encargado de tal misión.

Tiberio con un semblante aparentemente relajado y tranquilo, no revelaba verdaderamente su auténtico estado de ánimo. Nervioso y preocupado, lo que menos le interesaba era la presencia de los soldados en su casa, ni despertar ningún tipo de sospechas. Sin duda, Silo tenía que haber metido la pata cuando fue a visitar a la muchacha, y no se había atrevido a decírselo. Ya ajustaría cuentas con él. Dirigiéndose hacia el soldado, sonriéndole afablemente y confirmando con la cabeza se dirigió hacia el soldado.

—Lleva razón general, la vigilancia de la ciudad estaba a mi cargo. La verdad es que los acontecimientos del robo en la Casa de Tito me han pillado por sorpresa. Muy mala suerte la de mi vecino, ¿no le parece? No sé cómo ha podido suceder tal hecho. Esta ciudad es una zona muy tranquila donde los piratas y ladrones no suelen operar. Es un puerto demasiado pequeño para que alguien esté interesado en robar y matar a nadie.

Marco que esperaba en silencio estudiando al hombre, sabía reconocer a una persona cuando mentía. No le engañaba su aparente templanza y serenidad, y él no era un hombre de andarse por las ramas.

—Esta mañana pude ver a su hombre cerca de la Casa de Tito—. Dijo mirando fijamente a Silo—. Mostraba una actitud bastante hostil y agresiva

con una de las esclavas, ¿puede decirme que quería de esa mujer y que fue a hacer allí?

Silo inquieto empezó a sudar, pasaba la mirada inquieta de su jefe al general pero con un marcado aire prepotente y fanfarrón cogió valor y se dispuso a contestar al general.

—Como comprenderá la muchacha es muy bonita y ya sabe lo que pasa en estos casos, intenté besarla pero la condenada no se dejó, solo estaba aclarándole cuál era su situación—. Dijo riéndose Silo.

—Marco tensándose fijó su mirada en Silo, sintió como se le calentaba la sangre por dentro pero con un tono bastante tranquilo y firme se acercó al esbirro y cogiéndolo del cuello le advirtió:

—Escúchame bien, desde el mismo momento en que llegué a la ciudad perdiste esa oportunidad, esa mujer es mía y si te veo otra vez intentando intimidarla o con alguna señal por mínima que sea en su cuerpo eres hombre muerto ¿Te ha quedado claro?

Todos los hombres allí presentes se volvieron hacia el general y asombrados se quedaron mirándolo incrédulos, incluido Quinto que no se esperaba esa reacción de su jefe. Desde luego que le había pegado fuerte con la mujer, ¿quién se hubiera esperado esa reacción?

Tiberio poniéndose a la defensiva y quitándole hierro al asunto, sonrió y le confirmó que su hombre seguramente no tendría ningún problema con dejar tranquila a aquella mujer. Marco se volvió y mirando fijamente a Tiberio le contestó:

—Si alguno de sus hombres se entera de algo por mínimo que sea relacionado con el robo o con el asesinato de los guardias, hágame llegar la información al campamento. Ya sabe dónde puede encontrarme. De aquí en adelante no se preocupe por la seguridad, mis hombres y yo nos hacemos cargo de la vigilancia de la ciudad.

Con un saludo de despedida ambos soldados se volvieron y salieron marchándose de la sala, dejando a Tiberio por primera vez con la palabra en la boca. Cuando hubieron salido de la Casa, Quinto sonriendo le dijo a su jefe:

—Desde luego le has dejado bastante clara tu posición con esa muchacha

¿Qué hacemos, volvemos al campamento? Es la hora de la cena.

—No, volvamos a la Casa de Tito, ya no nos da tiempo a nada más—. Y dirigiéndose hacia Lucio le ordenó que regresara con el resto de los hombres al campamento.

*Puerto de Ostia (Latium),
5 de enero, año 63 d.C.*

Spiculus, se encontraba en el gran puerto de Ostia, la ciudad que se encontraba en la desembocadura del río Tíber era la principal vía de entrada a la urbe de Roma después de que el emperador Claudio creara allí ese espléndido puerto. Bajo la apariencia de mercader, Spiculus pasaba desapercibido cuando en verdad era uno de los piratas más activos del Mediterráneo. Desde que el año anterior una gran tempestad hundiera dentro del puerto doscientas embarcaciones cargadas de trigo, las cosas marchaban bastante bien. Había aprovechado la escasez de provisiones para enriquecer sus arcas. A eso había que sumar las riquezas provenientes de la venta de esclavos y algún que otro encargo que realizaba. Aunque transportaba habitualmente aceite, vino y trigo para Roma, esta actividad era la tapadera perfecta para su negocio más rentable. La captura de personas para ser vendidas como esclavos estaba resultando una práctica muy lucrativa.

Esa mañana sus hombres estaban aprovisionando el *Fortuna*, su barco mercante podía alcanzar una velocidad de seis nudos en condiciones de viento favorable. Quería poner rumbo a Baelo Claudia cuanto antes mejor, en siete días podrían alcanzar la costa de Gades. Había recibido una misiva de Tiberio para presentarse urgentemente allí. El tipo era un sujeto necio y obtuso. Pensaba que podía manejarlo a su antojo pero esa era una opinión que no se había molestado en aclararle. Últimamente los negocios no le marchaban muy bien y le convenía que Tiberio siguiera creyendo que tenía el poder en sus manos y que podía manejarlo a su antojo. Ya le sacaría de su error cuando a él le conviniera. Sabía que el tipejo se traía algún enredo entre manos. No daba

puntada sin hilo, sin obtener ningún beneficio. Y eso a él le convenía, las ánforas de vino le habían proporcionado una ganancia sustanciosa a ambos.

—Mi capitán ya está todo cargado. Cuando dé la orden, podemos marchar rumbo a Hispania—. Dijo el lugarteniente de Spiculus.

—Dile a los hombres que levanten ancla. Los dioses y los vientos nos son favorables hoy. En siete días llegaremos a la ensenada de Bolonia.

—¿Qué cree que querrá el viejo?.

—No lo sé todavía, pero no tardaremos en averiguarlo.

Cuando Marco y Quinto llegaron a la domus, Julia y otra sirvienta estaban esperando en la entrada. Quinto se dio cuenta de que era la esclava que había llevado las provisiones al campamento. Por su parte, Claudia tampoco esperaba la presencia del soldado allí y lo miró con cautela, no sabía que se hospedaba en la casa. Mientras ambos se miraban, Julia les dijo a ambos hombres:

—Si lo desean, la casa dispone de unos baños privados y pueden asearse antes de la cena.

Marco asintiendo con la cabeza le dio permiso para que las jóvenes esclavas los guiaran hasta las termas. Lo que menos esperaba es que la muchacha lo asistiera en el baño.

Mientras Julia iba pensando que su amo Tito no era un hombre que se prodigara en tener muchos esclavos, en la casa solo estaban los sirvientes justos para mantener la domus en orden, por lo que la labor del baño recaía en Claudia y en ella misma. Prisca se encargaba de la cocina, Horacio solía ocuparse del establo y del mantenimiento mientras que las demás obligaciones y la supervisión de la factoría eran obligaciones de Julia, pero esta vez había hablado con Horacio para que asistieran a los hombres, no se fiaba del general. Cuanto menos contacto tuviera con él, mejor.

Julia condujo a los hombres hacia una sala de la domus donde se entraba a las termas, esta sala servía como vestuario y estaba decorada con pinturas de motivos marinos, así que cuando los hombres se percataron de que uno de los sirvientes se encontraba allí y localizaron los apartados para cambiarse,

empezaron a desnudarse. Mientras se quitaban sus ropas, Horacio las guardó en los espacios destinados a ello y cuando las muchachas percibieron que los hombres se empezaban a desnudarse salieron de la sala precipitadamente.

Cuando se encontraban alejadas de las salas de baño, Claudia comentó con un tono bastante bajo a Julia:

—¡No me digas que no te mueres por ver el cuerpo de estos dos soldados! ¿Tú has visto que músculos tiene el ayudante del general?, ¡lo que daría por ver por un agujerillo de esa sala!, ese hombre me tiene asombrada—. Julia se quedó mirándola sonriendo y le respondió:

—¡Anda vamos al comedor que hoy no estás en tus cabales! Y riéndose siguieron caminando.

Marco y Quinto que estaban atentos a las reacciones de las jóvenes se miraron con complicidad cuando salieron, Marco se sintió un poco decepcionado cuando las vio abandonar la sala, aunque en el fondo no le agradaba que la muchacha asistiera habitualmente a los visitantes masculinos de Tito y prefirió la compañía del sirviente. Los romanos se caracterizaban por la falta de pudor, mostrar el cuerpo desnudo era un acto natural, pero maldita gracia le hacía que la esclava mirara a otro hombre que no fuera él.

Cuando pasaron a la sala donde se tomaba el baño de agua fría, el *frigidarium*, los soldados se refrescaron durante un buen rato, luego pasaron a la sala de temperatura normal, que servía de transición entre el *frigidarium* y el *caldarium*, que era la sala de calor. Esta última sala estaba cubierta por una cúpula abovedada con una abertura circular en su cenit. Después de realizar este recorrido los soldados volvieron a salir a la sala seca, donde se dispusieron a secarse. Seguramente el dueño de la casa estaría esperándolos para la hora de la cena. Cuando los hombres terminaron de secarse y de arreglarse, el sirviente les acompañó al salón donde estaba preparada la cena.

En cuanto entraron, Marco saludó a su anfitrión y miró a Julia que estaba otra vez en el extremo de la sala preparada para servir a su amo y a sus invitados. La cena era la comida principal del día, por la mañana solían tomar un desayuno ligero pero era en la última comida del día cuando los hombres

comían con más abundancia, y como debía ser habitual en esa casa, la cena era digna de cualquier patricio noble que se sentase a comer con Tito.

Los tres hombres se dispusieron a cenar mientras Claudia y Julia les servían. Julia pidió permiso a Tito para empezar a servir la mesa, y el hombre asintió. Marco no era capaz de quitar los ojos de Julia, era la muchacha más exquisita que había conocido jamás, tenía un porte elegante hasta en la forma de servir la mesa, cuando se aproximó a su lado y empezó a servirlo, Tito se volvió hacia Marco y le preguntó:

—¿Qué tal le ha ido el día general?, ¿ha conseguido averiguar algo?

—Sí, la mañana ha sido bastante provechosa, ¿le ha informado su esclava del incidente de la factoría?—. Le preguntó Marco a Tito. El hombre volviéndose hacia Julia preocupado la observó interrogándola:

—Julia, ¿ha pasado algo que yo deba saber?

La muchacha mordiéndose el labio y maldiciendo al general se volvió hacia su amo Tito e intentando aparentar una tranquilidad que no tenía le contestó:

—No me ha dado tiempo a comentarle nada amo y como no le he vuelto a ver desde esta mañana no he podido decirle nada, de todos modos no tiene demasiada importancia.

Julia lo que menos deseaba en ese momento era que el general se enterara de la amenaza de Silo, no quería preocupar a su amo, los últimos días andaba inquieto y desmejorado y lo último que quería era darle más preocupaciones. ¡Maldito fuera el militar!, había sacado a propósito la conversación para obligarla a hablar delante de su amo. Sin embargo, Tito seguía esperando a que la joven le narrara lo sucedido, con lo que no tuvo más remedio que aclarárselo.

—Mientras el general estaba en el puerto, el esbirro de Silo me estaba esperando en la calle y me amenazó con que algo podría pasarle a alguien de la casa si usted hablaba demasiado con los soldados.

Los hombres la observaban en silencio cuando Tito le preguntó a la joven:

—¿Y qué puede inquietar a Tiberio? ¿Qué puedo saber yo para que te hayan amenazado a ti? Esto no me gusta—. Dijo pensativo el hombre mientras

meneaba la cabeza.

—Esa misma pregunta me hago yo—. Contestó el general en ese momento—. Dígame una cosa Tito, ¿Quién está al tanto de las cosas de su negocio? ¿Por qué la amenaza iba dirigida a ella?—. Señaló Marco a Julia mientras hablaba.

—Verá general, Julia es mi mano derecha en los negocios, ella siempre se ha preocupado de supervisar el proceso de la producción y el comercio del salazón. Los que me conocen bien, saben que ella se ocupa de todo. A pesar de que usted vea a Julia como una esclava, para mí estas personas que viven conmigo son parte de mi familia, y Julia ha sido como una hija para mí, la hija que nunca he tenido, así que como *pater familias* siempre he procurado que tuviera una preparación más intensa que cualquier esclavo de la casa. De pequeña mostró una gran inteligencia y aprendió todo lo que se necesitaba saber para que me ayudara en el funcionamiento de la fábrica. Prácticamente la mayoría de las decisiones pasan por ella, por eso imagino que se habrán dirigido hacia Julia. Lo que no comprendo es qué cree Tiberio que puedo saber yo que le pueda perjudicar a él, y eso me inquieta.

—No se preocupe, esta mañana hice una visita a Tiberio y le dejé claro cuál era la situación. A partir de mañana algunos de mis hombres vigilarán la casa por si hubiera algún tipo de problema. De todos modos no estaría demás que la muchacha llevara algún tipo de escolta cuando saliera de la casa—. Dijo Marco sin mirarla. Tito asintió con la cabeza dándole las gracias y dirigiéndose hacia Julia le dijo de nuevo:

—Lleva razón el general Julia, de aquí en adelante llevarás a alguien contigo cuando salgas, sabes que me preocuparía demasiado si algo te pasara.

Tito siguió comiendo preocupado y Julia enfadada, intentó disimular delante de aquellos soldados. Ella misma se valía para defenderse de Silo, no necesitaba ningún tipo de escolta para que el general la estuviera controlando todo el tiempo. Mientras Julia seguía ensimismada en sus pensamientos, Claudia y Quinto no dejaban de mirarse disimuladamente. La muchacha aprovechaba cualquier momento en que le servía para rozar al romano con disimulo, y este pendiente de la muchacha se tensaba cada vez que se acercaba. Los dos eran conscientes de la presencia y del cuerpo del otro.

Quinto no dejaría pasar la oportunidad en cuanto tuviera la más mínima ocasión, por los dioses que la muchacha era bonita y atrevida, e iba a aprovechar su estancia allí.

Cuando los tres hombres acabaron de cenar se retiraron a sus aposentos privados a descansar. Al día siguiente les esperaba una dura jornada.

Al amanecer Julia se encontraba en la cocina desayunando sola, era demasiado temprano y no había todavía movimiento en la casa. Ese era el momento del día que más le gustaba. Le permitía poner en orden su cabeza con la paz que se respiraba. Durante el día era un no parar continuo y desde que tenían invitados la cosa iba a peor, prefería la intimidad que daban las primeras horas del día. No había podido descansar bien esa noche, demasiadas preocupaciones le llenaban el pensamiento. En ese momento, Julia volvió la cabeza al percibir un movimiento detrás de ella, en la puerta estaba el general mirándola. Rápidamente se levantó del asiento y se quedó observándolo.

—No esperaba encontrarte aquí muchacha.

—Si quiere que le sirva el desayuno, ahora mismo se lo pongo en el salón—. Dijo Julia mirándole.

—No, prefiero desayunar aquí, puedes recrearme la vista mientras desayuno—. Dijo Marco provocándola.

—No está bien visto que los señores desayunen aquí.

—No te preocupes, yo puedo hacer lo que quiera para eso soy el general, nadie me dice dónde puedo o no comer. Puedes seguir desayunando en la mesa—. Dijo intentando desafiarla.

—¡Será presumido, prepotente y estúpido, es que lo tiene todo junto!—. Pensó Julia mientras le servía leche fresca, pan y algo de fruta al soldado.

Aunque Julia se sentía incómoda, volvió a sentarse a desayunar enfrente del hombre.

—Hoy tengo que salir a la factoría, ¿cree necesario que tenga que llevar escolta? Siempre he tenido cuidado con Silo y no creo que pueda pasarme nada—. Le expresó Julia con cautela.

—¡La llevarás!, ya he dado la orden—. Le contestó Marco observándola. Se notaba a la legua que si la mujer hubiera podido clavarle un *gladius*, sería en ese preciso momento. Era tan transparente que no podía disimular el enfado que tenía. Pero Marco tenía una voluntad de hierro, era un hombre que no reconocía la derrota ni aunque ésta lo mirara de frente. Le encantaba el carácter terco e indómito de la mujer, mostraba una voluntad difícil de domar pero era todo un reto que estaba deseando afrontar.

—¡Quiero verte esta noche!—. Dijo Marco tensando un poco más la cuerda.

—¿Cómo que quiere verme esta noche?, ¿se puede saber para qué?

—Me atraes y quiero pasar la noche contigo. Los esclavos están para servir a sus señores, y yo soy el invitado de tu señor.

—Me parece que se está equivocando conmigo. Mis labores en esta casa no incluyen esa clase de servicio a los invitados de mi señor —dijo Julia realmente enfadada—. Si quiere que le sirvan de esa manera puede irse a su campamento, seguro que allí podrán aliviarlo, según he oído llevan prostitutas en su ejército o puede irse a cualquier burdel, que seguro que estará a su altura también.

—¡Te quiero a ti!—. Dijo Marco de nuevo.

—¡Pues no voy a ser yo romano, por mí te puedes ir al mismísimo infierno!—. En ese momento Marco aprovecho para cogerla del brazo pero Julia que estaba a la defensiva se levanto corriendo y pudo zafarse de su agarre mientras empezaba a salir de la cocina gritándole—. Ya le dije que no se acerque a mí en ese sentido.

Marco seguía sonriendo cuando los demás esclavos de la casa empezaron a entrar en la cocina para comenzar su jornada. Cuando terminó de desayunar se fue camino del campamento. Ese día tenía entrenamiento con sus hombres y cuánto antes terminara, antes volvería a la domus.

Julia estuvo prácticamente toda la mañana en la factoría, era el día en que había que adobar con las especias el garum, y ella siempre supervisaba el proceso puesto que había que poner la cantidad justa. Los hombres del general se habían quedado esperándola fuera y ella ya llevaba muchas horas dentro del

recinto. Había estado retrasando la vuelta a la casa todo lo posible, la advertencia del general le tenía molesta otra vez. Sintiendo un poco de remordimiento por haber hecho esperar a los soldados tanto tiempo fuera, salió de la factoría y se dispuso a volver con ellos. La tarde se había echado encima y ya había empezado a oscurecer. Cuando volvieron una de las esquinas de la calle, unos hombres armados se abalanzaron hacia los tres soldados que la acompañaban. Los hombres intentaron protegerla manteniéndola en el centro pero eran demasiados hombres contra los tres legionarios. La refriega despertó el ardor de la lucha en sus tres protectores, desenvainaron sus *gladius* tan rápidamente, que los primeros cabecillas que los atacaban solo tuvieron tiempo de parpadear antes de ver el filo de sus espadas.

Los legionarios eran guerreros experimentados, cada uno de ellos luchaba con fiereza y el conocimiento que otorga solamente el haber estado en numerosas batallas hizo que las fuerzas se calibrasen a pesar de la diferencia numérica. Julia estaba atónita, incapaz de explicar la contienda que estaba viendo, se limitaba a mirar como si estuviera ensimismada. Sin embargo, en el acaloramiento del ataque uno de los delincuentes pudo coger a Julia, sosteniendo la hoja afilada de una daga sobre su cuello. Intentado forcejear la muchacha pudo sentir como un hilillo de sangre empezaba a manar por su garganta, sus piernas empezaron a fallarle y si no hubiera sido porque la tenía bien sujeta por el cuello se habría caído al suelo. Cuando los soldados se percataron de la situación pararon la contienda mirando al que amenazaba a la muchacha:

—¡Dejad las armas en el suelo si no queréis que la mate! —dijo el delincuente—. Los soldados mirándose entre sí asintieron con la cabeza y despacio empezaron a retirarse hacia atrás dejando sus *gladius* en el suelo y manteniéndose a una distancia prudencial observaban la situación. Cuando los asaltantes se sintieron un poco seguros arrastraron la muchacha hacia la salida de la calle subiéndose a unos caballos que tenían preparados en unos soportales y seguidamente los amenazaron:

—Si nos seguís mataremos a la muchacha en el mismo instante—. Dijo uno

de aquellos delincuentes mientras guiaban a los caballos hacia la muralla saliendo fuera de la ciudad sin que los guardias apostados en la puerta se percataran de ello.

Marco estaba esperando al dueño de la casa para cenar en el atrium, cuando un sirviente entró apresurado seguido de los tres de legionarios. El cabecilla de ellos se dirigió en ese momento a su general.

—Señor, acaban de secuestrar a la muchacha.

Capítulo 6

“La fuerza es el derecho de las bestias.”

Marco Aurelio

Marco era conocido por la capacidad en plena batalla de mantener la serenidad y la templanza necesaria para llevar a sus hombres a la victoria. Batalla tras batalla habían curtido un hombre frío, audaz y atrevido donde no había pueblo, país y continente que no se atreviera a dominar, era conocido por su autocontrol. Pero bien sabían los dioses que en el mismo momento que escuchó a su hombre darle la noticia de la desaparición de la mujer, un frío helador le había atravesado el corazón como si de un simple jovencuelo se tratase y no de un hombre endurecido por la dureza de la guerra. Nunca había experimentado la sensación de la pérdida de un ser querido pero la joven esclava se le había clavado en un rincón de su alma y por un instantes sintió el miedo de perderla, sin haberla conocido aún. Ponía a la diosa Venus por testigo que si conseguía recuperarla, no iba a dejar pasar la oportunidad de que esa mujer fuera suya.

Con toda la premura posible no perdió tiempo, en cuanto Tito puso a su disposición un hombre de confianza que conocía bien el terreno y los montes de alrededor de la ciudad, marchó junto con diez de sus hombres que se encontraban de guardia en la domus en busca de Julia. Sabía que si se habían atrevido a llevarse a la muchacha después de su advertencia, era para matarla. No tenía otra explicación, debían de andar bastantes desesperados para asumir el riesgo después de su advertencia, sabiendo que a donde primero acudiría sería a casa de Tiberio a pedir explicaciones. La muchacha debía de ser verdaderamente valiosa y había subestimado su importancia, no volvería a cometer ese error, porque era el primer descuido que había cometido en su

vida. Un error que podía costar bastante caro. El tiempo corría en su contra y era esencial aventurarse para poder encontrarla con vida.

Saliendo por la Puerta de Carteia, dejaron atrás el perímetro amurallado de la ciudad. Como si de un mal augurio se tratase una tormenta hizo su aparición, la noche cerrada había abierto los cielos como si los mismos dioses estuvieran enfadados. Un aguacero descomunal caía sobre el grupo de hombres que en hilera iban subiendo la loma. Era bastante difícil con la tormenta seguir las huellas del grupo de delincuentes que se habían llevado a Julia, pero todavía había señales que el agua no había podido borrar. Debían darse prisa si querían alcanzarlos a tiempo. Conforme iban subiendo por los montes de la Sierra de la Higuera, se podía apreciar gracias a la luz de la luna como el mar Mediterráneo dejaba paso al Atlántico. El agua torrencial hacía intransitable los senderos y el fuerte viento impedía que los caballos pudieran avanzar, debían andar con bastante precaución para no resbalar por aquellos caminos. El primer arroyo con el que se encontraron, aunque de escaso caudal, debieron cruzarlo con extremado cuidado ya que las aguas torrenciales estaban poniendo a los animales bastante nerviosos y era peligroso cruzar de noche por allí, pero no había otra solución. El guía buen conocedor del terreno intentaba acortar camino llevándolos por veredas más seguras pero no podían perder las pocas pistas que iban dejando los asaltantes, cuando todo acabara el guía sería recompensado adecuadamente. Solo rezaba porque ella aguantara y pudiera encontrarla con vida. En ese momento uno de sus hombres que iba por delante de ellos se paró examinando el terreno, bajando del caballo buscaba con sus manos las huellas y las marcas dejadas en el terreno por los animales.

—Yo diría que son alrededor de ocho jinetes general, nos llevan la delantera de unas tres horas aproximadamente, las huellas todavía no se han borrado con el agua y están intentando despistarnos. Se nota que son buenos.

—¿Crees que los alcanzaremos?—. Preguntó Marco preocupado.

—Será difícil, si continúa esta tormenta se borrarán prácticamente todas las huellas del camino pero a lo mejor tenemos algo de suerte, llevamos ya bastante camino y no tardará en amanecer.

Quinto que estaba al lado de su jefe escuchando la conversación le dijo:

—Resulta raro que se hayan atrevido a secuestrar a la muchacha, ¿no crees que hubiera sido más fácil matar a Tito? Aunque fuera su mano derecha, eran demasiados hombres para secuestrar a una mujer y encima una esclava, hubiera sido más fácil matarla provocando cualquier accidente.

—Sí, hay algo que no cuadra y no termino de verlo. Pongámonos en marcha, no hay tiempo que perder. En cuanto aclare el día tendremos alguna posibilidad de alcanzarlos.

Sus secuestradores la habían amordazado y sentada delante de uno de los mercenarios llevaba las manos atadas. El hombre no la había mirado en ningún momento pero la mantenía firmemente agarrada sin posibilidad de movimiento alguno. Julia intentaba no perder la esperanza, sabía que Tito no dejaría de buscarla donde fuera, solo rogaba que llegaran a tiempo y que el general mandara a alguien en su búsqueda. No conocía a los hombres que la habían raptado, ni los motivos que los habían llevado a ello, pero no iba a rendirse sin luchar. Era demasiado joven para morir. Desde pequeña perdió la esperanza de poder tener una familia, sabía que como esclava ese era un derecho que no tenía permitido pero a ella le hubiera gustado tenerla. En su mente se hacía un vago recuerdo de la que fue su madre, solo los detalles que Tito le contaba impedía que se le hubiera olvidado completamente de la memoria la madre que una vez tuvo. De su padre prácticamente no hablaron nunca, Tito no quería ahondar más en el dolor, aunque ella era consciente de la vida de depravación absoluta que había llevado su progenitor. Echaba de menos no haber tenido a su madre al lado durante todos esos años. Sin embargo, nunca perdió la esperanza de volver a recuperar su identidad o por lo menos su libertad, había luchado todos esos años por la meta que se había propuesto. Tenía ilusiones, quería ser una mujer libre, decidir por sí misma, trabajar para ella y poder llevar las riendas de su vida sin dar explicaciones a nadie, aunque fuera como liberta. Sentía que había nacido en el momento equivocado y en el sitio equivocado. Siempre estaría eternamente agradecida

al hombre que le había salvado la vida pero no podía seguir viviendo como esclava habiendo nacido libre, Tito tendría que comprenderlo.

Horas más tarde su cuerpo no era capaz de mantener el poco calor corporal que le quedaba, no dejaba de tiritar y calada hasta los huesos esperaba el momento más adecuado para poder escapar. Esos caballos corrían por aquellas veredas como auténticos hijos del diablo, jinetes y animales parecían no ser conscientes de las vicisitudes del camino y del peligro que corrían. A la más mínima oportunidad aprovecharía un descuido de los hombres para escapar, no se dejaría vencer tan fácilmente. Tenía escondida debajo de su túnica una pequeña daga que sacaría solo en caso de extrema necesidad. Solo esperaba que no se percataran de ella, Horacio le había enseñado como utilizarla y solo tendría una oportunidad para usarla.

Conforme la noche cerrada iba dando paso al amanecer, su estómago rugió de puro hambre y una bocanada de náuseas se le subió a la garganta, intentando disimularla se agarró con fuerza a las cuerdas con las que estaba atada. Las manos se le habían quedado agarrotadas y un ligero color azulado empezaba a aparecer en sus dedos, ya no los sentía de tan helados que los tenía. Debía permanecer despierta y atenta el mayor tiempo posible, resistiría hasta que vinieran a por ella.

Cuando amaneció bajaron por la loma de una colina divisando un gran bosque de alcornoques. Conforme se fueron acercando se podía entrever una pequeña cabaña que parecía estar habitada y el humo parecía salir de su pequeña chimenea. Solo rogaba que alguien le ayudara. La puerta de la cabaña se abrió de golpe y su peor pesadilla salió por ella. No podía creérselo era Silo, por primera vez sintió una rabia tan inmensa que si hubiera tenido una espada se la hubiera hincado a ese desgraciado, lo iba a matar con sus propias manos.

Mientras se iban acercando el hombre sonreía desafiante mirándola, sus ojos eran los de un buitre observando a su próxima víctima cuando sabe que le queda poco de vida. Adelantándose un par de mercenarios con ella y sin bajarse de los caballos lo saludaron con la cabeza.

—¿Habéis tenido algún problema?—. Preguntó Silo a los hombres mientras

seguía mirándola fijamente.

—No, lo hicimos tal como dijiste. En cuanto la chica salió de la factoría pudimos reducir a los tres legionarios que la acompañaban. Todo fue pan comido. Páganos lo que nos prometiste y te dejaremos tu encarguito—. Dijo uno de los hombres riéndose a su vez.

—¿Estáis seguros de que no os ha perseguido nadie?

—No, tuvimos cuidado de no dejar muchas huellas. Con la noche de agua que ha caído es imposible que alguien haya podido seguir nuestro rastro. Sabes que hacemos bien nuestro trabajo. En cuanto nos des el dinero nos marcharemos, Spículus nos está esperando y se nos hace tarde. Aunque claro si necesitas ayuda con la joven podemos echarte una mano antes de irte, no vaya a ser que tú solo no puedas con ella.

Julia intentando aparentar la mayor indiferencia posible los miró desafiante, no se dejaría amedrentar tan fácilmente. Pero era fácil averiguar lo que les pasaba por la mente a aquellos degenerados. Si se marchaban por lo menos tendría alguna posibilidad de escapar de Silo. El hombre sacó una bolsa del bolsillo y tirándosela al mercenario se acercó a Julia, que de un empujón la bajó del caballo.

—Ven aquí perra, ahora no estás tan bravía como el otro día delante del general. Te juro que me las vas a pagar caro, antes de que acabe contigo vas a desear no haber nacido. Tengo un recuerdo por tu culpa y te prometo que aunque sea lo último que haga, te vas a acordar de mí—. Acto seguido le propinó un bofetón tirándola al suelo mientras los demás mercenarios volvieron a los caballos marchándose de aquel lugar.

Julia sintió como le ardía la cara pero estando atada no podía arriesgarse a desatar la furia de aquel sujeto, necesitaba estar libre para tener alguna oportunidad de defenderse.

A Silo le encantaba el sufrimiento ajeno. Era particularmente aficionado a todos aquellos juegos que alargaban la muerte de una persona. Esa muchacha le había costado un buen escarmiento de su amo, y por los dioses que iba a disfrutar torturándola. Todavía tenía en sangre viva la espalda por los latigazos que le había propinado Tiberio. Tenía la orden de matarla pero

primero se iba a divertir un rato con ella. Iba a lamentar cada uno de los latigazos que había recibido por su culpa. En ese momento lo estaba pasando en grande, podía sentir el pavor que estaba experimentando la muchacha conforme iba arrastrándola hacia un árbol. Con una tela le tapó los ojos para que incrementara su miedo y atando una nueva soga sobre sus manos lanzó esta sobre el árbol. Izándola como si de un simple animal fuera, la dejó colgando. Quería que sufriera imaginando que clase de tortura tenía preparada para ella. El frío, la tormenta y la ceguera aumentaba el terror de una persona enormemente. Sabía a ciencia cierta que la mente hacía ver cosas donde no existían, y al menor ruido la muchacha no podría evitar estremecerse. Iba a pasárselo en grande. Cuando la bajase del árbol, las cuerdas le habrían propiciado tal dolor en los brazos que no sería capaz de moverlos para defenderse. Ya lo había intentado otras veces y le había dado resultado, sus víctimas siempre acababan llorando y tan sumamente doloridas que no tenían la menor posibilidad de defenderse mientras imploraban por su vida. Sentía tal placer cuando las violaba tan salvajemente que se corría dentro de ellas a la misma vez que estas abandonaban este mundo. Le daría un par de horas más para que se le fueran bajando los humos a la esclava. La quería indefensa y aterrada, solo eso le daba placer. Riéndose entró a la cabaña, bebería algo mientras esperaba.

Julia no sabía que tiempo había transcurrido desde que Silo la había colgado pero no podía más. Sentía sus hombros como si se le hubieran salido del lugar, un dolor agudo le incapacitaba poder mover los brazos. Tampoco podía gritar pidiendo ayuda, Silo le había dejado la mordaza en la boca además de taponarle los ojos. Estaba preocupada, sin duda no se proponía nada bueno. El paso del tiempo se le estaba haciendo eterno, de repente escuchó un ruido en la puerta de la cabaña y dirigió sus ojos hacia el ruido.

Silo salió tambaleándose prácticamente borracho cuando llegó a la altura del árbol, desató la cuerda de la que colgaba la joven y sin ningún miramiento la dejó caer violentamente al suelo. Un resuello de dolor salió de su maltrecho cuerpo y conforme intentaba ponerse de rodillas, las cuerdas de las muñecas se le aflojaron. Momento que Silo aprovechó para quitarle la venda de los

ojos y darle una patada en las costillas. Un crujido horroroso se escuchó en ese momento indicando que alguna costilla se había fracturado. Julia sentía como si miles de agujas hubieran decidido clavarse en su cuerpo a la misma vez. Las lágrimas empezaron a salir precipitadamente de sus ojos sin poder evitarlo, sentía tal agonía que no podía volverse siquiera para defenderse.

Silo se agachó y volviéndola hacia él, le agarró la túnica desgarrándosela por la mitad, unos pequeños y perfectos pechos asomaron entre la tela rota. El hombre no podía dejar de devorarla con la mirada y arrodillándose hacia ella intentó quitarle el resto de la túnica, arañándola en su maltrecho cuerpo. Julia empezó a removerse violentamente intentando defenderse, tenía que evitar que el fulano le arrancara el resto de su ropa, tenía la daga escondida detrás del muslo y en cuanto el degenerado se diera cuenta estaría perdida. Durante el forcejeo, Julia pudo agarrar el asa de la daga y con un último esfuerzo sobrehumano se la clavó al hombre en la espalda. Silo que seguía entretenido manoseándole el cuerpo, no percibió el movimiento de la muchacha, así que cuando sintió como la daga se clavaba en su cuerpo soltó el alarido escalofriante de una bestia herida. Dándose cuenta de la acción de la muchacha, la miró con tal odio que sin pensarlo le propinó un puñetazo haciendo que perdiera por momentos el sentido. Por la boca de Julia que todavía llevaba la mordaza empezó a manar un reguero de sangre y mareada percibió levemente que el hombre que seguía encima de ella se echaba mano a la espalda quitándose la daga, cuando lo miró a los ojos horrorizada vio como Silo bajaba a su vez la daga y se la clavaba con saña entre las costillas. En ese momento el dolor se volvió tan insoportable que perdió el conocimiento en medio de una negrura y el tiempo dejó de existir para ella.

El grupo de hombres que avanzaba con Marco seguía a su jefe con caras serias. La lluvia de la noche había dejado paso a una niebla espesa que dificultaba todavía más la búsqueda. Unas pequeñas huellas los habían conducido a una colina pero habían perdido la dirección de los mercenarios. Cuando alcanzaron lo alto de la loma vieron como delante de ellos una escena espeluznante se desarrollaba, un hombre golpeaba salvajemente y arremetía

contra una muchacha en el suelo, clavándole una daga en su menudo cuerpo. Los soldados pudieron reconocer la figura del esbirro de Tiberio.

Marco sintió tal impotencia y rabia que dando un grito de guerra golpeó a su caballo salvajemente para que cabalgara más rápido y bajando como un loco por aquella colina condujo su caballo hacia el asesino. Agarrando su gladius de la espalda saltó del caballo en el mismo momento en que Silo intentaba ahogar a la muchacha apretándole el débil cuello. En una décima de segundo la gladius describió un arco tan perfecto en el aire sobre el cuerpo del atacante que con un golpe certero separó la cabeza de Silo de su cuerpo. Sin mirar hacia atrás y volviéndose corriendo hacia Julia, se arrodilló y levantando levemente la cabeza de la muchacha, le quitó la mordaza de la boca comprobando si su pulso seguía todavía latiendo. Un suspiro silencioso salió del cuerpo de Marco cuando pudo apreciar que todavía seguía viva. Sin conocimiento y totalmente desvanecida, tenía el cuerpo lleno de sangre y la cara desfigurada pero todavía existía la mínima posibilidad de que sobreviviera.

Sus hombres que se habían acercado también corriendo, estaban alrededor de él y miraban a su jefe seriamente esperando que el general les confirmara que la muchacha estaba muerta, pero de pronto Marco girándose hacia ellos les dijo:

—Sigue viva, encender una hoguera, hay que cauterizar la herida. Conseguir agua para limpiarla, si no conseguimos pararle la hemorragia se desangrará.

—¿Está muy grave?—. Preguntó Quinto y asintiendo con la cabeza Marco le confirmó que sí.

Los soldados prepararon el fuego y trabajando como autómatas le trajeron a Marco agua y unos retazos de tela limpios. Marco mirando a Quinto le ordenó:

—Cuando le extraiga la daga presiona con el lienzo la herida, y en cuanto deje de sangrar se la cauterizaremos. En cuanto Marco sacó el arma del cuerpo de la muchacha, esta dio un respingo y sin recuperar completamente el conocimiento Quinto le taponó la herida.

Mientras Marco limpiaba la sangre del cuerpo de Julia e intentaba tapar levemente los pechos de la muchacha con la ropa hecha jirones, los hombres

tenían preparado el cuchillo que habían puesto sobre el fuego y pasándoselo a su general lo observaron. Con pulso firme el hombre restañó la herida pero cuando el hierro candente se posó sobre la piel de la joven, la muchacha abrió los ojos sintiendo el cuchillo abrasador y dando un alarido estremecedor empezó a desvanecerse de nuevo. El olor a carne quemada era nauseabundo pero por lo menos tendría una mínima oportunidad de sobrevivir. En completo silencio y con un extremo cuidado, le vendaron la herida con el resto de lienzos que llevaban.

—Revisad el paraje y que tres hombres monten guardia cada cuatro horas. No sabemos si los demás asaltantes andan todavía por aquí. Quinto hazte cargo de la primera guardia. Tendremos que quedarnos a pasar la noche, no la podemos mover si no queremos que se le abra la herida y mirar si hay algún jergón dentro de la cabaña para poder acostarla—. Ordenó el general a sus hombres.

Marco que no paraba de dar órdenes estaba bastante conmocionado mirando a Julia, todavía podía ver en su mente al desgraciado de Silo clavando la daga sobre el delicado cuerpo de la joven, lo hubiera matado cien mil veces más pero estaba tan desesperado por auxiliarla que acabó con la vida del esbirro en segundos. Julia tenía el cuerpo tan lleno de moratones que hasta que no la revisara un galeno no alcanzaría a saber el alcance de las lesiones. Sintió tal impotencia en ese momento que una locura ciega se apoderó de su mente. Ni veinte años de servicio en el ejército lo hubieran preparado para encontrarse con tal escena. Como soldado siempre estaba preparado para la batalla, y contaba con la posibilidad de que la joven pudiera estar muerta antes de que llegara, pero lo que menos esperaba era verlo in situ y no poder llegar a tiempo de parar la trayectoria del arma mortal. Había sangre por todos los lados y ni siquiera tenía la seguridad de que Julia pudiera aguantar esas primeras horas. Si la fiebre hacía su aparición tendría que llevarla a Baelo Claudia, aunque corriera el riesgo de morirse por el camino. Sumido en sus propios pensamientos, escuchó como los soldados le confirmaban que había un jergón dentro de la cabaña. Cogiéndola con sumo cuidado, para no abrirla

la herida la depositó encima del camastro y sentándose al lado de ella, esperó a que fueran pasando las horas de aquel aciago día.

Conforme la tarde fue avanzando los hombres atentos a cualquier ruido o movimiento, comían alrededor de la hoguera. Un silencio sobrecogedor sobrevolaba el ambiente, cada uno de los soldados andaba sumido en sus propios pensamientos, sabiendo que la situación era bastante crítica. Sin tener siquiera la certeza de que algún órgano interno de la muchacha no estuviera dañado, ya de por sí era bastante complicado que pudiera sobrevivir esa noche en medio de aquel bosque. La muchacha había perdido demasiada sangre y había sido tan brutalmente golpeada en la cara que era imposible reconocerla si uno no sabía quién era.

Horas después, Marco salió a hacer su turno de guardia mientras se echaba la noche, Quinto y otro soldado se quedaron velándola. Cuando ya amanecía Marco volvió a entrar y le preguntó a Quinto:

—¿Cómo sigue?

—Le ha empezado la fiebre, se halla inconsciente—. Marco mirándola preocupado le ordenó a Quinto:

—Diles que recojan las cosas, nos marchamos.

Esa misma mañana Tiberio con una jarra de vino en la mano esperaba a Spiculus en una taberna de la ciudad, había concertado una entrevista con el pirata, tenía asuntos urgentes que tratar. En ese momento, un tipo andrajoso se sentó en el banco que había enfrente de él y malhumorado le ordenó:

—Márchate de aquí, estoy esperando a alguien.

—¿Una limosna para un pobre mendigo?—. Pidió el hombre con la mirada cabizbaja y ofreciéndole la mano abierta.

—He dicho que te vayas si no quieres que mis hombres te echen a patadas.

En ese momento el mendigo levantó la mirada y sonriendo levemente le dijo:

—Te creía más caritativo Tiberio, veo que los años te están tratando bien, te vuelves cada vez más bondadoso con el paso del tiempo.

—Soy misericordioso con quien se lo merece, sabes que no puedo con la chusma. Si no hubieras hablado te hubieran sacado a patadas de aquí. No te

hubiera reconocido en la vida, ¿desde cuando eres tan cuidadoso con tu atuendo?, llevas unas ropas tan pordioseras que apestan a metros.

—Es mejor pasar desapercibido y no llamar la atención, no quiero que nadie me relacione contigo en este antro de mala muerte, ya sabes el tratamiento que Roma da a los mercenarios, tengo que guardarme las espaldas ¿Tienes alguna nueva mercancía para mí? Las últimas ánforas resultaron ser bastante provechosas.

—Tienes que hacerme un encargo especial, te recompensaré bien. El ejército está acampado dentro de los límites de la ciudad y hay soldados por toda la muralla vigilando, cada vez es más difícil sacar algo sin levantar sospechas pero necesito que me hagas un par de favores.

—Ya sabes que te va a costar caro—. Respondió Spículus.

—¿Qué quieres?—. Preguntó Tiberio al mercenario.

—En Roma necesitan muchachos cada vez más jóvenes y educados, se pagan bastante bien en el mercado de esclavos. Consígueme unos cuantos.

—Está bien, pero tendrás que darme un poco de tiempo, no es fácil encontrar a jóvenes con esos requisitos.

—¿Dime que necesitas para que me hayas traído aquí sabiendo lo vigilada que está la ciudad?

—El general se ha convertido un estorbo para mis propósitos y necesito que desaparezca. Tengo que hacerme nuevamente con el control de la ciudad, en cuanto consiga que desaparezca el mandatario de Roma, tendré carta blanca para volver a comerciar con el norte de África. Tito está a punto de sufrir otro accidente desafortunado en su factoría y su mano derecha acaba de morir trágicamente. Es una pena que no pueda recobrase de este mal augurio de los dioses, ¿no te parece?—. Dijo Tiberio sonriendo maliciosamente. El pirata mirándolo con perspicacia le contestó:

—Espero que mis hombres te hayan sido útiles para solventar ese pequeño problema. Con respecto al general, sabes que el trabajo que solicitas es bastante delicado. Ese hombre debe andar siempre rodeado de su escolta. Tendré que pensar cómo abordar esa empresa para que nos resulte satisfactoria a ambos, en cuanto lo tenga claro te daré los detalles. Tú procura

estar en sitios públicos para que no te relacionen con la muerte del general y con los accidentes de Tito. Pero este imprevisto te va a costar algo más.

Tiberio mirándolo con mala cara le preguntó:

—¿Qué más quieres?

—Quiero vía libre para comerciar cada vez que venga, mis barcos atracarán en el puerto sin que tengan que pagarte impuestos.

—Está bien, trato hecho —dijo Tiberio—. Procura hacer bien tu trabajo y yo me encargaré del resto. Y desaparece de mi vista, hueles queapestas.

Spiculus levantándose lentamente le sonrió y le dijo:

—Ya tendrás noticias mías—. Y volviéndose se marchó de la taberna.

El regreso se hizo eterno para la pequeña comitiva de soldados que cautelosos y atentos iban preparados para cualquier trampa o escaramuza, todavía no habían encontrado rastros de los demás maleantes que se habían llevado a Julia. Aunque el lugar era poco propicio para un enfrentamiento, eso no era indicativo de que alguien les estuviera esperando para alguna emboscada.

Marco tenía entre sus brazos a su preciosa carga totalmente inconsciente. La fiebre le había subido bastante y no hacía más que decir incoherencias. Cabalgaban demasiado lento para lo que era habitual, la herida corría el riesgo de abrirse y se podía producir una hemorragia fatal. Había ordenado a Quinto que se adelantara para poner en aviso a Tito, necesitarían el galeno urgentemente.

A la vuelta habían tomado otro camino que aunque se tardaba más, era más accesible. Según el hombre de Tito tenían que cruzar otro arroyo, este era conocido entre la gente de Baelo Claudia como el arroyo de la muralla, el curso que tomaba hasta el mar rodeaba la ciudad por su costado. Descendiendo pasaron junto a una colina que tenía una vía para carros, los comerciantes que venían de Gades o de Carteia, al abandonar la Vía Heraklea, solían tomar este camino para dirigirse a la ciudad.

Cuando llegaron a Baelo Claudia el pulso de la muchacha era bastante lento, por momentos pensó que había dejado de respirar, el miedo se hallaba

instalado en él. En cuanto llegaron a la casa de Tito, las luces de la casa se encontraban todas encendidas. El dueño de la casa esperaba en la entrada junto a Quinto, el anciano se veía bastante desmejorado y preocupado, luciendo un aspecto tan decaído que parecía que hubieran pasado diez años más por él. Cuando se acercaron y Tito comprobó la cara hinchada y llena de hematomas de la chica, palideció si cabe más ya que la joven estaba totalmente irreconocible.

—Has conseguido traerla de vuelta ¿Cómo se encuentra?—. Preguntó Tito.

—Bastante grave, la fiebre es demasiado alta y necesita urgentemente que el galeno la trate.

—Ya está todo preparado, llevadla dentro—. Ordenó Tito a sus sirvientes.

Horas después los hombres esperaban inquietos y cansados en el salón principal, el galeno y una de las criadas estaban dentro de la habitación con Julia. Cuando bastante tiempo después la puerta se abrió y los hombres vieron salir de la habitación al galeno, se levantaron rápidamente y se acercaron. El hombre con rostro serio les miró diciéndoles:

—He hecho todo lo que he podido por ella, tiene varias costillas rotas y el estado de sus lesiones internas es tan sumamente grave que tienen que estar preparados para lo peor, creo que no pase posiblemente de esta noche.

Capítulo 7

“Es precioso aprovechar el tiempo de la vida; el tiempo pasa con pie rápido, y por muy feliz que sea el venidero, es menos dichoso que el que ya ha pasado.”

Ovidio

En la casa se había asentado una calma inquietante y desoladora, las horas pasaban muy lentamente sin que el galeno saliera a informar sobre el estado de Julia. Por orden de Tito, se había instalado a la muchacha en una de las mejores habitaciones de la casa para que estuviera más cómoda. Por su parte, Prisca y Claudia no hacían más que salir y entrar de la habitación con agua y gasas sucias que habían utilizado mientras curaban la herida. Apenas atendían a su amiga intentando seguir los dictados del galeno. Los hombres esperaban fuera de la sala la evolución de la noche, la herida de la muchacha era demasiado grave, la puñalada podía haber tocado algún órgano interno. Nadie tenía sueño, ni siquiera se atrevían a echar una simple cabezada en el sillón por temor a que cuando despertasen el espíritu de la joven los hubiera abandonado y no pudieran aprovechar esos últimos momentos e instantes con ella.

El pequeño Paulo se hallaba medio sentado en un rincón de la sala al lado del sillón de Tito, por primera vez el muchacho no tenía ganas de hacer travesuras. Serio y desconsolado tenía la mejilla apoyada en el suelo esperando que su madre saliera a decir algo. Tito a su vez esperaba triste y desolado mirando hacia la puerta, sin poder entender que había salido mal. Desde que llegaron de Roma había cuidado de esa chiquilla, y viéndola crecer se había sentido cada vez más orgulloso de ella, su sentido del honor y de la honradez era tan elevado que si no hubiera conocido sus antecedentes

familiares nunca hubiera imaginado que era hija de ese desarmado de Calígula. Su madre hubiera estado orgullosa de ella, sin duda alguna. No terminaba de comprender en qué había fallado para que ahora se encontrasen en semejante situación. Si en su mente se le hubiera pasado la mínima idea de que alguien podía hacerle daño, nunca habría dado lugar a que saliera de la casa sin la escolta adecuada, de hecho no habría salido siquiera. Resultaba evidente que había subestimado a su invisible enemigo. Aunque fuera lo último que hiciera, no dejaría de vengar la muerte de la muchacha y de llevar ante la justicia a los responsables.

Marco tampoco paraba de darle vueltas a la cabeza, debía haber estado más atento, se culpaba por no haber actuado con más precaución y entrever las señales de alarma. Seguía con el presentimiento de que algo se le escapaba, las piezas no terminaban de encajar pero no sabía que era. Había mandado a Quinto al campamento para que doblaran la guardia y extremaran las precauciones, estaba seguro que los acontecimientos no pararían ahí. Su sexto sentido le mandaba señales inequívocas de peligro. Ensimismado en sus pensamientos, la cocinera salió de la habitación, y dirigiéndose hacia su amo le comentó:

—Parece que está aguantando y resistiendo, ya sabe usted lo cabezona que es nuestra muchacha, no dejará este mundo sin luchar. La fiebre sigue demasiado alta pero no podemos perder la esperanza de que el tratamiento del médico empiece a hacer efecto. Le hemos puesto una cataplasma en las muñecas y en la herida del costado, también le estamos bajando la fiebre refrescándola continuamente, es lo único que se puede hacer ahora mismo. Sigue inconsciente pero el galeno ha dicho que si quieren pueden pasar a verla.

—Gracias Prisca—. Dijo Tito agradecido y levantándose del sillón se dirigió hacia el soldado que seguía sentado—. Si lo desea puede acompañarme general y entrar conmigo.

Acto seguido ambos hombres entraron en la habitación viendo a la joven inmóvil y pálida como un cadáver en el camastro. Claudia salió para dejar a los hombres solos, esperaría fuera para que no hubiera demasiada gente en la

habitación. Al lado del cabecero de la cama, se hallaba una banqueta de madera que aprovechó el anciano para sentarse al lado de la chica, parecía que sus piernas no eran capaz de sujetarle. El galeno se volvió observando al anciano.

—¿Cómo se encuentra?, la veo muy desmejorada—. Preguntó Tito al galeno.

—A pesar de que el general le cauterizó la herida, he tenido que coserla porque se le había vuelto a abrir y le he administrado jugo de mandrágora para anestesiarle la zona. Se ha hecho todo lo que se ha podido, habrá que esperar la evolución de la noche. Le he proporcionado a su criada una tintura para que se la administren cada cierto tiempo. Si en las últimas horas hubiera alguna hemorragia interna no habrá nada que se pueda hacer ¿Quieres que te administre a ti también algo?, te veo alicaído, ya sabes que debes cuidarte también.

—No, no hace falta, estaré bien, muchas gracias de todos modos, ahora la que me preocupa es ella—. Dijo Tito mientras el médico recogía sus utensilios.

—Si necesitan algo llámenme a cualquier hora del día o de la noche—. Y saliendo el hombre de la habitación ambos hombres se quedaron solos. Tito se quedó observando a Marco, el soldado parecía estar bastante preocupado por su pupila.

—¿Tiene alguna ligera idea de quién puede haber hecho esto?—. Preguntó Tito mirando fijamente a Marco.

—Sí, cuando llegué al lugar junto a mis hombres, el lugarteniente de Tiberio estaba asestando la puñalada a Julia. En cuanto tenga oportunidad interrogaré a Tiberio, mientras tanto debe tener cuidado, me temo que los asaltantes no van a parar hasta conseguir lo que andan buscando ¿Usted no sabe porque estaban tan interesados en ella? Según mis hombres se tomaron demasiadas molestias para secuestrar a una mujer que estaba escoltada por soldados. Si el fin de Silo hubiera sido solamente el aprovecharse de ella, habría elegido otro momento más oportuno en el que se hubiera encontrado sola. ¿Por qué quería matarla a ella y no han ido a por usted?

—El que más saldría beneficiado con mi muerte es mi competidor más próximo, de todos es sabido la inquina que me tiene Tiberio. Por lo que sé, las cosas no le marchan del todo bien e imagino que han pretendido matar a Julia por su implicación en la factoría y su conocimiento del negocio, su muerte ocasionaría muchísimas pérdidas en la fábrica, ya sabe que todo pasa por ella. Con mi muerte la fábrica seguiría adelante, pero si muriera ella, todo sería un caos. Por otro lado, aunque mi desaparición podría acarrear consecuencias nefastas a Tiberio, no es lo mismo la muerte de una esclava que la de un ciudadano romano, ya sabe usted que la justicia siempre está a favor de los hombres, podrían calumniarla y salir libres de cualquier tropelía y más ejerciendo Tiberio de autoridad en la ciudad. Pero estoy seguro que si hubieran querido matarme a mí sin levantar sospechas ya lo habrían hecho. Deben de querer algo más, estoy seguro.

Habló Tito angustiado mientras el general escuchaba con atención. Una ligera inquietud empezaba a alojarse en el fuero interno del anciano y no lo dejaba tranquilo, esperaba que nadie tuviera conocimiento de la verdadera identidad de la muchacha. Desde la muerte de Claudio nadie tenía conocimiento del paradero de Julia, ya que todos la consideraban muerta y estaba seguro que su tío no hubiera sido capaz de decírselo a nadie. El desenlace podría ser fatal para Julia si se supiera la verdad, las consecuencias serían nefastas si los asesinos de Calígula estuvieran al tanto del destino final de su hija.

—Acabo de ordenar que se aumente la vigilancia en la ciudad y en la casa, nadie saldrá si no es estrictamente necesario. Si necesitan alguna cosa más hágame saber, pondré más hombres a su disposición—. Dijo Marco.

—Julia llevaba una escolta adecuada la última vez que salió y no fue suficiente, ¿qué le hace pensar que no habrán más atentados contra su vida?

—No creo que en estos días intenten algo más pero estaremos preparados esperándolos. Le aseguro que tengo un interés personal en solucionar este asunto. Nadie entrará en la ciudad sin ser debidamente identificado. No descansaré hasta capturar a los culpables.

—Está bien, daré la orden a mi gente de que tomen las precauciones

oportunas y salgan lo imprescindible.

Ambos hombres se quedaron observando a la joven. El anciano asintió con la cabeza mientras Julia dormía un duermevela inquieto y agitado. Su cara contusionada y febril mostraba las señales de la paliza que le había propinado Silo. Estaba tan sumamente maltrecha que era un verdadero milagro que no se hubiera roto ningún hueso de la cara. Su cuerpo inerte yacía alejado de este mundo, ajeno a los dos hombres que la contemplaban. Marco a su vez, deseaba que Julia despertara, se la veía tan malherida que no imaginaba que su final tuviera que acabar de esa manera. Encontraría a los responsables y los mataría. Incapaz de permanecer más tiempo allí quedándose impasible, se despidió del anciano para reunirse con sus hombres en el campamento, no se resignaba a quedarse con los brazos cruzados, hablaría con Quinto y Lucio e intentaría por lo menos ser útil en lo que quedaba de noche.

—Si se produce algún cambio avíseme, estaré en el campamento—. Dijo Marco.

—No hay problema, váyase tranquilo, usted ha hecho también todo lo que estaba en sus manos.

Esa noche el campamento era un bullicio de actividad, Marco estaba reunido dentro de la tienda con sus hombres recabando toda la información posible.

—Hay gente extraña que ha sido identificada por sus empleadores, han reconocido que suelen trabajar para ellos en otras campañas, pero hay gente procedente del Norte de África de la que no han sabido dar explicaciones de porque están aquí, solamente tienen la excusa de que están buscando trabajo. Los tenemos localizados y no los perdemos de vista— dijo el centurión Lucio Flavius.

—Todavía no hemos podido localizar a los asaltantes que se llevaron a la muchacha. Los informadores que tenemos están repartidos por toda la ciudad, los tres soldados que la acompañaban en el momento del secuestro se encuentran con ellos por si acaso reconocen a alguno de los asaltantes. Tal parece que se los hubiera tragado la tierra—. Respondió también Quinto a su general.

—Muy bien, ¿Quinto que sabes de la defensa de la muralla?—. Preguntó Marco.

—Los ingenieros están reforzando los muros y las torres vigía para evitar que penetren en algún ataque. Una cohorte está trayendo de un bosque cercano la madera que necesitamos y otra de las cohortes está construyendo muros alrededor del perímetro de la ciudad y colocando las minas debajo de los muros. Los hombres de Lucio están construyendo las balizas y los escorpiones, vamos a situar una baliza en cada torre vigía y alrededor de unos sesenta escorpiones a lo largo de la muralla. Los herreros están preparando los dardos de hierro que necesitamos para los escorpiones.

—Quiero que refuercen especialmente todo el perímetro de la muralla y la zona del puerto. En caso de ataque, el mar es por donde mayor daño nos pueden hacer. Necesitamos saber qué barcos entran en el puerto y su procedencia, así mismo necesito saber que mercancías traen consigo. Que un mensajero le haga llegar una misiva a mi hermano que está en Cartago Nova. Decirle que esté preparado para cuando lo necesite, no sabemos si llegaremos a requerir de sus barcos. Las puertas de entrada a la ciudad tienen que doblar el número de hombres, me temo que los que las abrieron la vez anterior estén todavía aquí y que puedan abrirlas nuevamente desde dentro, es un riesgo que no quiero correr. No me fio de Tiberio, ¿qué han dicho nuestros espías de él?

—Por ahora suele frecuentar lugares públicos y se le ha visto conversar en una taberna con un mendigo—. Dijo Quinto.

—¿Se sabía quién era? ¿Su procedencia?

—No, nada. El hombre desapareció delante de nuestro informador sin que pudiera percatarse de nada.

—Que no le pierdan de vista en ningún momento si lo vuelven a ver, no es trigo limpio. Mañana quiero que lo busquen y que me lo traigan al campamento, tengo curiosidad por saber que explicación me va a dar Tiberio sobre Silo.

Los hombres de Marco escuchaban con atención a su Comandante mientras éste terminaba de dar las últimas indicaciones.

Antes del amanecer Marco volvió a la Casa de Tito acompañado de Quinto,

pero Julia seguía en la misma situación que cuando la dejó. Aunque la situación era bastante crítica, era un buen augurio que la fiebre hubiera permitido un poco más de tregua. El anciano se hallaba dormido en la banqueta al lado de Julia y Claudia le acababa de cambiar la cataplasma de la herida. Cuando los dos hombres entraron en la habitación, Claudia se quedó mirando a Quinto con cara de tristeza.

—¿Cómo sigue?—. Preguntó Marco en voz baja para no despertar al anciano.

—Bueno, el galeno vendrá dentro de un rato a revisarla otra vez, la fiebre sigue demasiado alta, y tememos que pueda convulsionar. Por lo menos está resistiendo y no se ha producido el desenlace que nos dijo el médico.

—Si hubiera algún cambio por pequeño que sea que me manden enseguida el aviso, mis hombres saben dónde encontrarme.

Quinto observaba a Claudia con detenimiento pero delante de su jefe no se atrevía a mostrar más simpatía hacia la muchacha, no quería despertar sospechas de su interés por ella. Ella evitaba mirarlo pero sabía que el interés era mutuo.

Claudia asintió con la cabeza al requerimiento del general, y aunque le extrañó el interés del romano por su amiga no se atrevió a preguntarle nada, tenía la sensación de que aquel hombre estaba guardándose algo en el tintero. No era normal tanto aprecio por cuenta del soldado, entre esos dos se cocía algo. También era consciente de la intensa mirada del tribuno, el constante cosquilleo en la nuca así se lo indicaba. En cuanto su amiga mejorara, resolvería las cuentas pendientes con ese hombre.

Cuando ambos hombres salieron de la sala, el pequeño Paulo interceptó al general agarrándose a sus piernas, el soldado se quedó mirándolo seriamente con curiosidad mientras el niño le sostenía la mirada.

—¿Quieres algo Paulo?—. Preguntó Marco con verdadero interés al niño.

—¿Se va a morir Julia?, creo que está así por mi culpa—. Dijo el pequeño con gesto serio mientras que pequeñas lágrimas le asomaban a los ojos. Marco extrañado se agachó y poniéndose a su misma altura comprobó que el niño

tenía profundas ojeras alrededor de sus grandes ojos marrones, además se le notaba que estaba bastante compungido.

—¿Por qué piensas eso?

—Julia me dijo que debía pedirle perdón por lo de los sillones y como yo no lo había hecho, quizás los dioses la han castigado a ella en vez de a mí ¿Cree que si le pido perdón Julia se pondrá bien otra vez?—. Preguntó Paulo lloroso y arrepentido.

—No creo que los dioses tengan nada que ver en esto, pero no estaría mal que te arrepintieras de lo que hiciste. Si prometes no volverlo a hacer, seguro que los dioses ayudarán a Julia para que se reponga.

—¿De verdad?—. Preguntó Paulo esperanzado.

—¿Has visto alguna vez que algún soldado romano mintiera?—. Preguntó Marco intentando esconder la sonrisa. De aquí en adelante quiero que estés al lado de ella y que la vigiles todo el rato, vas a empezar a formar parte de mi ejército ¿te parece bien?

El pequeño sonriendo mínimamente por primera vez asintió al requerimiento del general y corriendo se metió en la habitación de Julia. Marco aunque bastante preocupado, salió sonriendo de la casa en dirección al campamento.

A la mañana siguiente los soldados fueron en busca de Tiberio por orden de su general, el comerciante se hallaba en el foro del mercado cuando lo localizaron. El hombre viendo venir a los legionarios calle arriba, intentó mostrarse sorprendido cuando estos llegaron a su altura y se pararon.

—Buenos días señores, nos honran con su presencia esta mañana— saludó efusivamente Tiberio a los soldados.

—Tenemos orden de llevarle ante el general.

Tiberio asustado aparentaba la mayor serenidad posible. No era posible que hubieran localizado todavía el cadáver de la esclava. No sabía que interés podía tener el general en hablar con él. Estaba deseando que Spiculus cumpliera con el trato, el general era un estorbo para sus planes y ya estaba empezando a cansarse.

Con paso ligero los soldados acompañaron a Tiberio al campamento. Marco estaba dentro de su tienda con Quinto cuando el centurión abrió la cortina y le anunció la llegada del comerciante. Marco que estaba sentado en el sillón enfrente de los mapas de la ciudad se tensó viéndolo entrar. Le bullía la sangre en el cuerpo, un sentimiento de rabia se apoderaba de él cada vez que se le venía la imagen de Julia con la daga. Tendría que esperar.

—Hacedlo pasar —ordenó Marco.

Tiberio situándose enfrente del general, lo miraba con aire altanero y alegre.

—Me han dicho sus hombres que andaba buscándome.

—Sí, ¿desde cuándo no ha visto a su esbirro?—. Preguntó Marco a Tiberio con aire despectivo.

—Imagino que me está preguntando por Silo, bueno le di instrucciones para que marchara de la ciudad hace dos días, tenía que dirigirse a Gades en busca de un cargamento que llegaba al puerto ¿Por qué pregunta eso? ¿Está interesado en él?—. Marco mirándolo fijamente sabía que el hombre no estaba al tanto todavía del final de Silo.

—Pues ha debido de confundir sus órdenes porque Silo no se encontraba en la dirección que usted le indicó.

—Imagino que habrá habido algún error. Pero hoy tiene que regresar del encargo. Cuando venga le preguntaré donde ha estado —dijo sonriendo Tiberio.

—Eso va a ser un poco difícil —contestó Marco.

Tiberio de pronto se puso serio, observó al general y le preguntó:

—¿Por qué dice eso?, ¿hay algo que yo desconozca?, hasta donde sé mi hombre debía volver hoy.

—¿Debo de suponer que no está usted enterado de la emboscada de mis hombres cuando la esclava de Tiberio salía de la factoría antes de ayer por la noche?

Tiberio preocupado porque el general pudiera relacionarlo con el suceso le contestó extrañado:

—No, no sabía nada. ¿Qué tiene que ver eso con mi hombre?

—Silo secuestró a la muchacha junto con algunos mercenarios.

De repente, Tiberio se sentó en un sillón que había próximo junto a él y negó al general:

—Eso es imposible, mi hombre se encuentra en Gades recogiendo el cargamento que le indiqué.

—Me temo que no siguió sus órdenes, su hombre está muerto.

A Tiberio se le descompuso la cara no pudiendo disimular su frustración, y sintiéndose ultrajado le exigió al general:

—Exijo saber quién ha matado a mi hombre para que lo lleven ante la justicia, esto es un ultraje.

Marco sonriente le dijo:

—Eso va a ser un poco difícil porque lo tiene delante de usted—. Confirmó Marco enfadado.

—¿Qué razón tenía usted para matar a mi hombre?—. Dijo el hombre precavido.

—¿No le he contado que mis hombres y yo perseguimos a Silo? Cuando lo encontramos estaba a punto de matar a la mujer. Le advertí a su hombre que dejara tranquila a la muchacha. Era hombre muerto desde el mismo momento que se atrevió a ponerle la mano encima.

Tiberio cauteloso no se atrevió a contestar al general, parecía indudable que Silo había fracasado en el intento. Maldito idiota, no valía ni para hacer un simple encargo. Ahora tendría que vérselas con el general.

—No entiendo porque mi hombre se atrevió a llevarse a la muchacha, sin duda la mujer lo tenía cautivado pero no se preocupe ahora que está muerto no hay peligro alguno.

—¿Qué interés tenía Silo en esa mujer?, ¿porque ella? —preguntó Marco con interés.

—Desconozco porque Silo se llevó a la muchacha pero si usted lo mató, bien merecido se lo tenía—. Dijo Tiberio a Marco intentando apaciguar la situación.

—Espero que no hayan más altercados con respecto a la Casa de Tito.

—Por mi parte no se preocupe que ninguno de mis hombres se acercara a esa casa, imagino que la muchacha habrá muerto después de eso ¿no?

—Imagina usted mal, todavía está viva—. Declaró Marco enfadado con una mirada glacial.

—Bueno pues mejor así, mejor así —dijo Tiberio intentando quitar hierro al asunto— si no me necesita para nada más, tengo cosas todavía que hacer.

—Puede marcharse.

Cuando el hombre se hubo marchado de la tienda, Marco miró a Quinto y le dijo:

—No dice más que mentiras, que no le quiten el ojo de encima, parece una serpiente a la que le han quitado a su víctima de la boca.

—Ya lo están vigilando, he puesto hombres las veinticuatro horas del día, no te preocupes.

Julia llevaba inconsciente más de tres días y Marco era incapaz de apartarse de al lado de ella. Repartía su tiempo entre el campamento y la muchacha. Sentado al lado de la joven pensaba que ya no le importaba si Tito le interrogaba por su interés y permanencia en la habitación de la joven. El médico había dicho que había posibilidades de que despertara, y no se alejaría de esa habitación hasta asegurarse que ella estaba bien. Había sido un tormento ver como se debatía entre la vida y la muerte, y no poder hacer nada. Cada vez que se acordaba de la ironía e hipocresía de Tiberio, un impulso de matarlo le fluía por su cuerpo. Sabía que la orden de secuestrar a Julia no había sido iniciativa de Silo, Tiberio estaba detrás de todo pero necesitaba encontrar las pruebas para poder acusarlo. Ese día había estado entrenando con los hombres y estaba realmente cansado, necesitaba distraerse y mantener ocupada su cabeza en otras cosas. Hacía rato que habían terminado la última comida del día y agotado como estaba se le fueron cerrando los ojos.

Ya había amanecido cuando Julia despertó con la boca seca y un dolor en el cuerpo horrible, tal parecía que una cuadriga de caballos le hubiera pasado por encima. No podía mover el cuerpo, le dolían todos los huesos, especialmente la zona donde Silo le había clavado la daga, notaba el vendaje tenso que tenía alrededor de la herida. Al girar levemente la cabeza vio al general dormido sentado en un sillón al lado de la cabecera de su cama. Se

quedó mirando su cara sosegada, cuando dormía parecía que toda la vanidad y el orgullo del hombre se habían evaporado como por arte de magia, ¿dónde estaba el prepotente romano? Aún dormido parecía un hombre impresionante, los dioses debieron conjurarse ese día para hacer un demonio tan atractivo y guapo. Como si con sus pensamientos lo hubieran despertado el soldado abrió los ojos mirándola en silencio, una sensación de tranquilidad y sosiego se instauró en el soldado al ver que la muchacha había abierto los ojos y que había superado la fiebre. La diosa Fortuna le había dado otra oportunidad. Su cara era el mismo reflejo de la alegría y levantándose aliviado se incorporó de la silla acercándose a ella. Quitándole algunos mechones sueltos que le tapaban la cara, de repente se agachó y dándole un beso tierno en la frente le sonrió. Julia no se esperaba semejante reacción de ese hombre, se comportaba como si de verdad le importara, por los dioses que le había gustado ese beso, por momentos se empezó a sentir acalorada y tensa, su cuerpo no podía evitar reaccionar ante la presencia de él. Lo mismo la hacía enfadar como desearlo, lo mismo la humillaba que la besaba. Todo en él era contradictorio.

Marco veía las emociones de ella pasar por sus ojos.

—¿Y eso a qué ha venido?—. Preguntó Julia sorprendida.

—Me ha apetecido, ¿tienes algo que objetar?

—Pues si, que no se vuelva a repetir, que yo sepa no te he dado permiso para besarme. Te dije que no volvieras a hacerlo.

—Y yo te dije que te besaré cada vez que me venga en gana. Ya veo que te has despertado bastante guerrera, no malgastes tus fuerzas en mí, me has tenido bastante preocupado, ¿cómo te encuentras?, ¿te apetece algo de comer?

—No, solo tengo sed.

—Llamaré a las criadas para que te traigan agua y te atiendan. Todos están ahí afuera esperando que despiertes. Cuando de madrugada te bajó la fiebre, salieron a atender a Tito, el anciano estaba agotado después de tantas horas y tantos días esperando que despertaras. Saldré a darles la noticia y que sepas que me alegro de que te hayas despertado, no vuelvas a hacerme algo así—. Dijo Marco e inclinándose otra vez la volvió a besar pero esta vez en los labios y acto seguido salió de la habitación.

Julia se quedó callada viéndolo salir, no sabía que había pasado, ni recordaba nada después de la puñalada de Silo. No se explicaba porque el general se encontraba sentado y dormido a su lado, los besos le habían pillado totalmente desprevenida. Ensimismada en sus pensamientos una multitud de cabezas asomaron por la puerta: Claudia, Prisca, Horacio, hasta el pequeño Paulo entró corriendo y poniéndose de rodillas al lado del lecho le dio un beso en la mejilla.

—El general nos dijo que ya te habías despertado, ¿sabes que de aquí en adelante voy a ser tu guardián? En el ejército me han contratado para que te vigile y cuando te pongas buena voy a ser el cornicen de la legión, ¿qué te parece Julia?—. Le preguntó el niño nervioso y sonriente.

Julia lo miraba llena de alegría y observando a su gente pudo darse cuenta de lo cansados que estaban todos. De repente se preocupó por ellos, porque aquella era su familia. En ese momento, Tito apareció por la puerta seguido del general con un andar lento, el rostro del hombre mostraba también una alegría exultante, no podía disimular el alivio que sentía, había sido todo un milagro que la vida de Julia no hubiera acabado en aquel bosque de alcornoques. Tenía que dar las gracias al general, aunque no le había pasado desapercibido el interés del soldado por Julia, tendría que mantener una conversación con él en cuanto las cosas se normalizasen, de momento estaba demasiado alegre, habría que celebrarlo como correspondía.

—¡Vaya susto nos has hecho pasar muchacha, espero que no se vuelva a repetir!—. Dijo Tito cogiéndole la mano con afecto.

Julia sonriendo le devolvió el saludo al anciano en señal de cariño y agradecimiento.

—Tengo que darle las gracias por salvarme amo, nunca perdí la esperanza de que mandara a alguien detrás de mis asaltantes—. Respondió Julia agradecida.

—No es a mí a quien se lo tienes que agradecer, es al general que fue detrás de ti. Si no hubiera sido por su ingenio y premura, posiblemente no estarías entre nosotros en este mismo momento.

Julia se quedó mirando al general, varios sentimientos contradictorios

hicieron presa en ella. Ambos jóvenes se quedaron mirando fijamente sin que se percataran de que los demás los estaban observando.

Capítulo 8

“ El hombre tiene mil planes para sí mismo. El azar, solo uno para cada uno ”.

Aristóteles

Era ya entrada la noche cuando Julia se hallaba en la cocina y Paulo entraba corriendo.

—¡Mira Julia!, aquí tienes las flores que me pediste, ya no veía muy bien porque era casi de noche, pero te he podido conseguir estas pocas. Las he cogido del huerto que está detrás del establo, ¿te gustan?—. Dijo Paulo nervioso y excitado.

—Sí, son las que necesito para hacer la ofrenda. Son preciosas Paulo.

—¿Tú crees que a los dioses les gustarán?

—Claro que sí, sobre todo si las has cogido tú—. Lo miró sonriendo.

— ¿Qué estás haciendo? —preguntó Paulo observando como introducía algo en una canasta.

—Estoy preparando las ofrendas que voy a necesitar mañana. Tengo que llevar al templo de los dioses la ofrenda, hay que agradecerles que nos hayan protegido.

—Yo quiero ayudarte. ¿Qué tienes que meter ahí?—. Dijo el niño señalando la canasta —¿me dejas ver?—.

—Mira, esta mañana fue Claudia a la Casa de la Vestal en el foro y me trajo la salsa mola y la muries que necesitamos para la ofrenda, eso es lo que estoy metiendo.

—¿Qué es eso de la salsa mola?—. Preguntó Paulo con interés.

—Bueno pues la salsa mola es una torta de harina salada que necesitamos para la ofrenda, se mezcla farro tostado y sal cocida para poder prepararla, y

sólo la puede realizar la sacerdotisa vestal—. Le explicó Julia con paciencia.

—No lo sabía, ¿y lo otro?

—¿El qué, la muries?

—Sí—. Dijo Paulo.

—Bueno pues la muries es una salmuera cocida que también la necesitamos para la ofrenda. Si estuvieras más atento, sabrías lo que es porque ya te lo he explicado más de una vez—. Dijo Julia poniéndose un poco seria.

—Pero yo quiero ayudarte—. Dijo el insistente Paulo.

—No te preocupes que mañana me vas a ayudar a preparar la comida ¿Te parece?.

—¡Pufff!, sabes que la cocina no me gusta, a mí me gusta guerrear.

—¿Cómo que guerrear? ¿Como yo me entere de que te metes otra vez en algún jaleo, te voy a dar un pescozón que vas a estar rascándote toda la tarde!, ¿te has enterado? y no te quiero ver cerca del general —dijo elevando la voz—. Seguro que te está metiendo esas ideas en la cabeza ¿Es que no puedes prestar atención a lo que te digo?—. Le dijo Julia a Paulo ya realmente enfadada, el muchacho miraba despistado hacia la puerta detrás de ella.

—Seguro que con los gritos que le estás dando se ha enterado todo el mundo en la casa—. Predijo Marco sonriendo desde el umbral.

Julia volvió la cabeza y le observó apoyado en el marco, debía de haber acabado de bañarse porque llevaba el pelo todavía húmedo. Había cambiado el familiar uniforme militar por una toga blanca con bordes púrpuras que señalaba su condición de senador. Contemplando la amplitud de su pecho, empezó a sentirse de pronto demasiado acalorada para levantar sus ojos hacia él. Ese hombre le sacaba más de una cabeza y era tan impresionante que ni el propio Júpiter podría competir con él.

—¡Hola general!, he hecho lo que me mandó. La he tenido vigilada todo el rato—. Sonrió el pequeño mientras miraba al hombre con una inesperada admiración.

Julia volvió la vista al niño y le regañó con la mirada.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan ingrato? Recuérdame que la próxima vez que haya que limpiar las letrinas te llame a ti.

El niño la miró con cara de agravio y con una mueca de asco empezó a salir de la cocina.

—Adiós, me voy a dormir Julia, ahora le toca a usted vigilarla general. Yo ya la he aguantado bastante—. Decía mientras corría ansioso porque Julia no lo regañara.

—¡Será desagradecido!—. Dijo Julia mientras veía como el general la miraba atentamente y se aproximaba demasiado cerca de ella.

Marco clavó su mirada en la cara femenina pero la joven apoyada en el banco de la cocina evitaba mirarle a los ojos. El hombre la acorraló con su cuerpo un poco más y apoyando sus manos en el banco, la aprisionó finalmente entre sus brazos.

—¿Por qué no quieres que se acerque a mí?, yo soy una buena influencia y el chico necesita alguien con más autoridad que lo guíe.

—Si usted lo dice pero creo que es demasiado pequeño para crearle falsas expectativas. ¿Deseaba algo más?—. Le preguntó Julia intentando separarse de él.

Su corazón empezó a latirle tan fuertemente dentro de su pecho que su respiración se volvió repentinamente agitada. Julia percibía cada parte del cuerpo de ese hombre, desprendía un olor especialmente atrayente a sándalo y especias, a sexo y a pecado, escenas demasiado impúdicas le vinieron a la mente. Aunque nunca había mantenido relaciones con ningún hombre, no era ajena a lo que pasaba entre un hombre y una mujer. En el mercado se podía escuchar gran cantidad de cosas, de las que las mujeres casadas no dejaban de alardear cada dos por tres.

—¿No tenías que estar haciendo reposo todavía?—. Le preguntó Marco levantando la barbilla de ella con el dedo.

Julia le sostuvo la mirada por unos instantes, debatiéndose entre mandarlo al cuerno y contestarle pero se impuso la prudencia, era demasiado fuerte para ella, aunque si le diera un rodillazo en la entrepierna seguro que podría tener alguna posibilidad de salir corriendo de la cocina como Paulo.

—Ni se te ocurra hacer lo que sea que estés pensando, eres tan transparente que no es difícil adivinarte el pensamiento. ¡Sabes que se te podría abrir la

herida y tendrían que coserte de nuevo!

—No sé porque le tengo que encontrar cerca de mí cada dos por tres. Sabe que no voy a tener nada con usted por muy agradecida que le esté—. Le dijo Julia.

—Ni yo mismo sé porque los dioses te han puesto en mi camino, ni porqué te deseo tanto, pero no me voy a separar de ti ¿Por qué piensas que es agradecimiento?

—Si no es agradecimiento ¿Qué puede ser?—. Preguntó Julia ingenuamente.

—Deseo —dijo Marco apoyando su cuerpo sobre ella— ¿no lo sientes?

Julia notó todo el cuerpo de él presionando sobre el de ella y las piernas se le aflojaron de repente. Marco la sostuvo sobre su cuerpo siendo consciente de que si soltaba a la muchacha se caería de bruces al suelo. No dejaba de sonreír mientras la miraba y percibía la sorpresa de ella.

— Sé que con la edad que tienes no puedes ser virgen, así que no sé de qué te sorprende que te desee. Tu belleza no pasa inadvertida a nadie, tienes un cuerpo hecho para el disfrute de un hombre y creo que los dos podemos pasarlo realmente bien. No importa los amantes que hayas tenido porque no voy a permitir que nadie se acerque a ti. Vente conmigo al lecho, estoy deseando verte desnuda.

Julia se tensó por momentos, si alguna vez le apetecía acostarse con alguien recordaría no hacerlo con ese engreído y estúpido. Era importante que se mantuviera tranquila y controlada. Alzó el mentón y empujándole fuertemente intentó salir del cerco de sus brazos. Todo el deseo que podía haber sentido se había esfumado como por arte de magia, el muy desgraciado estaba acostumbrado a que las mujeres cayeran rendidas a sus pies.

Marco se sintió extrañado de que ella se opusiera tanto, sabía que a las mujeres les atraía su cuerpo y se consideraba un buen amante, ninguna mujer se había quejado de que la hubiera dejado insatisfecha. Pero esta mujer parecía sentirse realmente ofendida. No entendía que pasaba por su complicado y atractivo cerebro.

—Sé que sientes el mismo deseo que yo, ¿por qué te opones tanto?, ¿acaso tienes otras preferencias?

—¿Quién te crees que eres para considerarme como a una de tus mujerzuelas? ¿Crees que porque soy una esclava puedes hacer lo que quieras?, te dije que no te acercaras a mí. No creas que me vas a asustar con tus maneras de macho romano—. Le dijo Julia señalándolo en el pecho con el dedo.

De pronto a Marco se le vino un pensamiento a la mente y dudando le insinuó:

—No puede ser que te sientas tan agraviada por lo que te dije, a no ser que todavía seas virgen, no he conocido a ninguna mujer virgen a tu edad—. Le dijo mirándola fijamente y poniéndose de pronto serio. Le sostuvo la mirada esperando que ella lo negara. Pero al no recibir la respuesta de ella, volvió a coger a Julia de la barbilla volviendo a preguntarle.

—¿Por eso estas siempre a la defensiva conmigo?, pero quizás no es solo conmigo —dijo el hombre pensando— ¿todavía conservas el himen mujer?, ¿Cuántos años tienes?.

—Bueno, ¿y a ti que te importa eso?—. Le contestó malhumorada Julia.

Tuvo la impresión de que él podía oír los atronadores latidos de su corazón. Todos sus instintos le chillaron que saliera corriendo del lugar pero era incapaz de apartarse. Porque los dioses la torturaban de aquella manera. Ya había tenido bastante con Silo y no le apetecía volver a repetir la experiencia.

Marco se había quedado sin palabras, no había esperado ese regalo tan inesperado, pero se sentía encantado de que esa mujer no hubiera conocido varón alguno, los dioses lo habían premiado sin duda alguna.

—¿Sabes que cuando te enfadas me tuteas?—. Dijo sonriendo—. Pasas a tratarme de usted a hablarme de tú ¿Por qué sigues siendo virgen?, es una estupidez a tu edad.

— A los esclavos no se nos permite tener familia y yo no he tenido tiempo para eso nunca. Ahora, ¿dejarás que me marche?, ¿ya estas satisfecho?—. Dijo Julia bastante incómoda.

Marco le apartó el pelo con ternura, no quería asustarla más de lo que ya estaba, alejándose un poco del cuerpo de la muchacha la observó sin pronunciar palabra. En ese momento los ojos de él hablaban de necesidad y deseo, y la miraban con una intensidad que parecía llegarle hasta el alma.

—No pienses que te vas a escapar de mí. No importa dónde te metas, te voy a encontrar siempre—. Le dijo Marco mientras se fijaba en el colgante que llevaba Julia en el centro de sus pechos, por un momento quiso recordar dónde lo había visto antes, le sonaba de algo pero no sabía de qué. Lo que le había dicho era cierto, tendría a esa mujer, costara lo que costara. Sería suya y le haría el amor cuando quisiera. Ningún hombre la tocaría jamás y él sería su dueño. Bajó muy lentamente su morena cabeza acercándose a la cara de ella.

Julia vio claramente sus pestañas increíblemente largas y tupidas, sus labios increíblemente sexys se acercaban cada vez más, sabía que le iba a volver a besar. Aunque debería pararle los pies estaba como hipnotizada esperando algo más sin saber qué, deseaba cosas de las que sabía muy poco. Él no pertenecía a su clase social y su toga así lo indicaba, su gente era muy diferente a la de ella. Como patricio el mundo estaba a sus pies mientras que ella no tenía derecho a nada, si al menos se hubieran conocido en otro momento y en otras circunstancias. Estaba segura que Marco la haría tan completamente suya que nunca podría haber otro hombre en su vida. Sin embargo, dejó que la boca de él se apoderara de la de ella. Un mundo de sensaciones y sentimientos se apoderaron de su alma, porque su cuerpo ya no le pertenecía a ella, sino a él.

Marco se sumergió en su dulzura. Julia era vino y miel, pura ambrosía. Derritiéndose con él, le enrolló los brazos alrededor de su cuello, comprendía que nunca estaría satisfecho de aquella mujer. Deslizó la boca hasta la comisura de ella, y de ahí la bajó por su mentón hasta su perfecto y cálido cuello. Sentía su piel ardiente aunque ella no fuera plenamente consciente de ello. Su miembro se le endureció mientras le devoraba la boca sin piedad, si hubiera tenido una cama al lado, no habría nada que lo hubiera detenido.

Marco la sujetó más firmemente entre sus brazos apretándole las nalgas contra sí, deseaba poseer su cuerpo totalmente. Necesitaba apoderarse de su alma. Tanteando ahuecó con la palma uno de sus pechos y palpándolo sintió su peso, era perfecto cabía perfectamente en el hueco de su mano. Su sangre fluía como un volcán y se abandonó al placer de sentir su exquisita pasión.

Julia era consciente de que debía tratar de forcejear, de soltarse pero él no le

permitía apartarse. Y ella no tenía la voluntad suficiente como para dejar de acariciarle el cuello. Cerró los ojos al sentir como la boca del hombre bajaba por su garganta, escapándosele un gemido al sentir como sus manos exploraban sus suaves y blancas curvas.

Marco era consciente de que debían de parar o alguien podría entrar y pillarlos in situ. Aunque él no acostumbraba a dar explicaciones a nadie, no quería que ella se sintiera avergonzada. No sabía porque le importaban sus sentimientos pero así era. Dándole un suave beso en la frente la sostuvo un poco más entre sus brazos hasta que lentamente se separó de ella. Mirándola con pasión y agarrándola levemente para que no se cayera le pidió:

—Quiero que me avises cuando vayas mañana al templo a dejar la ofrenda a los dioses, me gustaría acompañarte, ¿me has escuchado? Desde lo de Silo temo que sus compinches puedan volver a atreverse a hacerte algo más, así que espérame—. Dijo observándola con los sentimientos a flor de piel, parecía medio adormecida y su cuerpo estaba aletargado por el deseo sexual.

—Ya veremos—. Afirmó ella soltándose y agarrándose al banco para no caerse.

Acto seguido Marco salió de la cocina marchándose a su habitación a descansar. Ese día se le había hecho tarde y mañana tendría que madrugar, sin duda hubiera dormido mucho mejor acompañado pero tendría que ser otro día.

Julia no sabía porque ese hombre se salía siempre con la suya. Pero estaba muy equivocado si pensaba que le iba a pedir permiso cada vez que quisiera salir, solo tenía que dar explicaciones a su amo, a nadie más. A los dos minutos de salir el romano de la cocina, Claudia entró corriendo.

—¡Oye Julia! ¿Qué quería el romano?. Acabo de verlo como salía de aquí, estaba guapísimo con esa toga. Siempre andas rehuyéndome pero ahora me vas a explicar que es lo que te traes con el general.

—Ya te he dicho Claudia que no tengo nada que ver con él.

—¡Jaaaa, a otra con ese cuento! Tú te traes algo con él y no me lo quieres decir. Solo tenías que haberlo visto como estaba cuando estuviste convaleciente, no se apartó de ti en ningún momento. Hasta el amo Tito se huele algo, vi como lo observaba con detenimiento.

—¿El amo Tito?, ¿te ha preguntado algo?

—No, pero algo debe sospechar. Era demasiado evidente.

—Dime que es lo que quiere... y yo te cuento lo de Quinto —le insistió pertinazmente Claudia.

—¿Qué me tienes tú que contar del tribuno Quinto?

—Voy a ir a buscarlo al campamento, ya me he decidido.

—¡Por los dioses que en esta casa la gente está perdiendo la cabeza! ¿Desde cuándo te has vuelto tan atrevida?, si apenas tienes diecisiete primaveras Claudia. Sabes que tarde o temprano los soldados terminarán por irse, no quiero que luego te decepciones. Nuestro destino está aquí, no te olvides nunca de quienes somos.

—Sé cuál es mi posición Julia, pero quiero conocer a ese hombre y no voy a dejar de pasar el momento, sé que me mira cuando cree que no le observo. Y tú deberías de hacer lo mismo. Ese romano está demasiado prendado de ti, y no deberías dejar pasar la oportunidad. ¿Cuántas veces ha pasado un carro tan magnífico por tu puerta? Yo no voy a desperdiciar a semejante hombre, si en esta vida tengo que conocer el amor, quiero que sea con él, y tú como sigas así te vas a convertir en una vieja amargada. Así que no me regañes como si fueras mi madre—. Dijo Claudia enfadada y corriendo salió de la cocina.

A la mañana siguiente, en el campamento Quinto estaba terminando el entrenamiento con los hombres. Un ejército romano bien entrenado era casi imposible de derrotar en el campo de batalla. El ejercicio diario era primordial. Ese día estaban practicando la lucha con espadas que pesaban mucho más que las habituales. Si se fortalecía el brazo era posible que en la batalla un arma de menor peso tuviera mucha mayor rapidez.

Quinto luchaba cuerpo a cuerpo con uno de sus legionarios mientras los demás hombres luchaban también en parejas de dos. Estaba mostrándoles el uso de la defensa con el escudo para así poder utilizar las dos armas a la vez, algo que parecía muy sencillo a simple vista, pero que luego no lo era tanto.

Otro grupo de hombres practicaba el tiro con arco, con la honda y las jabalinas en uno de los muros próximos. Quinto estaba explicando a los

hombres que practicaban como realizar cortes, ataques y paradas que infirieran el mayor daño posible a sus oponentes, cuando paró la fuerte estocada de la espada del legionario y pudo ver por el rabillo del ojo como una mujer no se hallaba muy lejos de ellos observando el entrenamiento. Despistado por un momento el legionario aprovechó para golpear con más fuerza en el escudo, haciendo que Quinto tropezara y se cayera hacia atrás, levantó la mano para poder parar el combate y levantándose del suelo le ordenó al hombre seguir el entrenamiento con otro de los legionarios que se hallaba allí presente.

Mirando fijamente a Claudia se dirigió hacia ella. Ese día la muchacha irradiaba una belleza extremadamente radiante, no sabía que tenían las mujeres de esa casa, pero desde que habían llegado a Baelo ni su jefe ni él habían tenido un minuto de paz. Esa mujer lo tenía anonadado, con esos rizos bermellones que le llegaban a la cintura, hacían que sus ojos no pudieran despegarse de sus andares cada vez que la tenía cerca. No sabía que estaba haciendo allí, pero lo iba a averiguar en seguida.

Cuando Claudia vio venir hacia ella al monumental y espléndido cuerpo romano que era el tribuno, puso en marcha su plan. El hombre destacaba sobre todos los demás, era guapísimo. Atrevida y dispuesta a arriesgarlo todo le dijo al soldado descaradamente cuando lo tuvo prácticamente enfrente de ella.

—Buenos días romano.

—¿Qué haces aquí muchacha?—. Le preguntó Quinto interesado.

—Estaba buscándote para hacerte una proposición —dijo Claudia sosteniéndole la mirada. Esperaba que su propuesta no hiciera huir al escurridizo romano. Desde que lo conocía no se había atrevido a cruzar una palabra con ella, a pesar de observar sus insistentes miradas.

—¿Qué proposición quiere hacerme una chiquilla como tú?—. Le preguntó el soldado mientras cruzaba los brazos y la miraba sonriendo por primera vez, ¡mira que era atrevida la pequeña pelirroja!

—Quería invitarte a dar un paseo por la playa mañana por la noche, cuando acabe mis tareas podemos ir si quieres, todavía no conoces la bahía. En la

casa hay demasiada gente y no me atrevo a decirte nada, el amo Tito no nos lo permite—. Dijo Claudia intentando aparentar ser más descarada de lo normal.

—¿Y tu madre te deja ir a la playa sola con desconocidos por la noche?—. Preguntó Quinto con aire sereno.

—Como no tengo madre no lo sé, ¿y a ti la tuya?—. Dijo con las manos puestas en la cintura en forma de jarra.

El romano mirándola a los ojos le sostuvo la mirada evitando no reirse. El arrojado que mostraba la joven era refrescante, sabía que la muchacha no era tan experimentada como intentaba aparentar, pero le atraía enormemente esa chiquilla.

—Eres demasiado atrevida para ser tan pequeña, pero ya que me has arrojado la toalla, aceptaré el desafío—. Estaba deseando conocer a esa mujer y ella se lo había servido en bandeja. Definitivamente era decidida y eso le gustaba demasiado.

—A última hora de la tarde te espero detrás de la casa—. Le dijo Claudia y volviéndose empezó a salir del campamento. En cuanto comprobó que se había alejado lo suficiente no pudo evitar que una gran sonrisa apareciera en su cara, estaba demasiado feliz para poder evitarlo.

Puerto de Cartago Nova (Hispania Citerior).

El Puerto de Cartago Nova era un magnífico entrante del mar en la tierra formado por una ensenada natural donde podían fondear los barcos para abrigarse del viento bañado por las aguas del mar de Mandarache. La ciudad de Cartago se hallaba situada en una península conectada al continente por el este y al sur del Mandarache se encontraba la bahía que daba salida al mar Mediterráneo.

Cartago Nova era una puerta de comunicación con los principales puertos del Imperio Romano. Corinto, Rodas, Alejandría, constituían algunas de las vías de comercio entre el Imperio romano e Hispania. En él se desarrollaban numerosas actividades comerciales. En el puerto había una zona de mercado libre de impuestos donde se vendían alimentos o artículos exóticos o

importados, de igual modo disponía también de maquinaria necesaria para las distintas maniobras portuarias tales como grúas para el izado de los barcos, e incluso había un pequeño astillero destinado a la construcción y reparación de embarcaciones. Desde el puerto podían partir tanto barcos mercantes cuyas bodegas iban repletas de ánforas con salazones, gárum, aceite, vino, esparto, plata y plomo, productos que eran genuinos de la zona y exportados por todo el imperio, como arribaban navíos de gran tonelaje cargados de artículos de lujo como mármoles orientales y vajillas cerámicas, que solían ser muy apreciados por los habitantes de Cartago.

Máximus Vinicius - *praefetus classis*-, era el prefecto de la flota romana *Classis Mauretania*, que se hallaba en ese momento instalada en la ciudad de Cartago Nova, controlando y patrullando las costas africanas del Mar Mediterráneo occidental y del sur de Hispania. Máximus se hallaba en el muelle con uno de sus capitanes, comprobando la entrada de uno de los navíos que acababa de atracar en el muelle, revisando el origen de la procedencia de las mercancías.

—Señor, acaba de llegar un mensajero desde Gades—. Dijo el decurión.

Máximus mirando al legionario que se aproximaba le preguntó:

—¿Os ha mandado mi hermano?

—Prefectus —saludó el legionario al mando—. Efectivamente, su hermano, el general Marco Vinicius le manda esta misiva—. Y entregándosela rápidamente a Máximus esperó que el hermano de su general la leyera y le diera nuevas órdenes.

Máximus leyó el mensaje de su hermano. La última vez que tuvo conocimiento de donde se encontraba estaba en Tarraco. No sabía que le habían encomendado reorganizar y dirigir la ciudad de Baelo Claudia. En la misiva le ponía al tanto de su llegada y de ciertos problemas acontecidos en la ciudad marítima, además de solicitarle que tuviera los barcos a su disposición en caso de necesitarlo.

—Que mi hombre le acompañe a descansar, imagino que habrá venido sin parar. Cuando se refresque y coma algo, puede volver a su destino y decirle a

mi hermano, que así se hará. Tendré todo preparado para lo que pueda surgir. Puede marcharse.

El soldado despidiéndose se volvió y salió a cumplir la orden. Máximus se alegraba de que su hermano estuviera bien, últimamente no había tenido noticias de él pero las nuevas que le había hecho llegar, le habían dejado preocupado. Tenía ganas de volver a ver a su hermano mayor. No tenía conocimiento de que en esa zona de Hispania hubieran problemas pero se dejaría caer cualquier día de estos.

Valeria, era una auténtica matrona romana. Con doce años había sido prometida a su marido Tiberio, su padre el *pater familias*, había acordado su matrimonio con la casa de Aurelius. En aquellos días su familia había estado demasiado contenta por los beneficios que representaba la alianza con esa familia de comerciantes, pero hoy en día lamentaba enormemente aquella unión *cun manu* la cual la hacía pasar de la autoridad de su padre a la de su marido, quedando bajo la potestad de su esposo para toda la vida. ¡Si al menos hubiera sabido de lo que iba la cosa!

Su marido era cada día más insoportable, confinada a las paredes de su domus, hacía demasiado tiempo que Valeria no había pisado la calle. Las lujosas paredes se le venían encima, era su cárcel silenciosa, oscura y dolorosa. Ni siquiera tenía el consuelo de poder acudir a los baños públicos o de poder ver a los suyos, donde por lo menos podría desahogarse con alguien de su familia. Le había cerrado todas las puertas con el exterior, Tiberio sabía dónde hacer daño. Al principio, no se había dado cuenta. Un día Tiberio le prohibía ver a alguien, al día siguiente tampoco podía ver a otro, y ella por no montar ninguna escena, fue otorgándole cada vez más poder, hasta que ya no pudo hacer nada. Así fue como la alejó de todos sus seres queridos y le prohibió el contacto con nadie que él no aprobara.

Gracias a las anécdotas que le contaba su esclava Servia, tenía conocimiento de los sucesos de Baelo y de los últimos acontecimientos que ocurrían en la ciudad. Últimamente Tiberio estaba demasiado irritable y nervioso, no dejaba la oportunidad de castigarla y agredirla cada vez que tenía oportunidad,

desahogando sobre ella sus infortunios. Cada vez que lo sentía entrar en casa, intentaba escabullirse pasando desapercibida todo lo posible. Y cuando se emborrachaba era lo peor.

Durante su matrimonio los dioses no la habían bendecido con la llegada de hijos y cada día vivía con el temor de que su marido pudiera repudiarla. Su constante maltrato y amenaza colgaba sobre ella como la espada de Damocles. Era demasiado fácil ser repudiada en aquellos días, con que Tiberio sobornara al censor no tendría ninguna posibilidad. Eso si no la mataba algún día con alguno de sus golpes.

—¡Valeria! ¿dónde te metes mujer?, no estás nunca cuando se te necesita — gritaba Tiberio desde el tablinum.

El *tablinum* era la sala de trabajo de su marido decorada para impresionar a sus clientes, las paredes estaban ricamente cubiertas con frescos y bustos de la familia de sus progenitores sobre pedestales que se reunían en torno a un altar donde Valeria hacía su ofrenda a los dioses, el *lararium*. El mobiliario que había sido en su momento bastante lujoso, ahora parecía desgastado por el paso del tiempo. En esa habitación Tiberio guardaba los documentos de sus negocios, escribía e impartía las órdenes a Silo. Ella tenía totalmente prohibido abrir aquel armario. Apresurándose por los pasillos llegó a la sala y entró:

—¿Dime Tiberio? ¿Qué te urge, por qué gritas así?

—¿Y desde cuándo te está permitido preguntar sobre lo que yo hago?—. Dijo mirándola seriamente—. Tengo que recibir a una visita importante, ordena a los sirvientes que hoy preparen la comida para dos y que se retiren.

—¿Pero no deseas que yo esté presente? Preguntó Valeria herida y decepcionada.

—¿No te has enterado de que he dicho mi invitado y yo? Tenemos que hablar de negocios y no quiero a nadie en el lugar revoloteando y dando vueltas, sobre todo tú que cada día eres más cotilla y molesta para mi vista. Quédate en la habitación y no salgas.

—Se hará como tú digas Tiberio —dijo compungida.

—Quítame estas sandalias y tráeme las otras nuevas.

—Le diré al sirviente que te atienda ahora mismo— respondió Valeria.

—He dicho que lo hagas tú, ¿no me has escuchado?—. Preguntó fijando sus malévolos ojos en ella mientras una sonrisa demoniaca asomaba a su cara.

Valeria se agachó a desatarle las sandalias pero mientras estaba atenta mirando la hebilla, Tiberio aprovechó para darle una patada a su esposa y tirarla al suelo. La mujer se levantó maltrecha mirándolo con odio, se había hecho daño al caer. Mientras que el hombre riéndose y mirándola desafiante le dijo:

—Era para que no olvides tu sitio mujer y no me mires así que todavía puedes acabar peor—. Tiberio la humillaba para que se atreviera a contestarle, la retaba deseando cualquier mínima provocación—. El suelo es tu lugar, no lo olvides nunca y no mi mesa. Levántate y tráeme las otras sandalias que te he dicho.

La mujer salió cabizbaja de la sala y escapándosele una lagrima se juró que Tiberio se las pagaría algún día, llegaría el momento de vengarse si los dioses lo permitían, y ella estaría ahí para verlo.

Horas más tarde, Tiberio y Spiculus degustaban las viandas que los sirvientes habían dispuesto sobre la mesa.

—¿Cómo has pasado desapercibido al entrar en la casa?—. Preguntó Tiberio a su invitado—. El general ha dispuesto soldados por toda la ciudad y no se puede dar paso sin encontrarse con alguno por el camino.

—Me escondí en el carro que te traía las ánforas por la parte de atrás de la casa. Y por si no te has dado cuenta, tienes también algunos legionarios que te están siguiendo en cada paso que das fuera de tu casa.

—¿Cómo?, yo no he visto a nadie —dijo incorporándose preocupado.

—No están vestidos como legionarios, sino como artesanos. Cuida tus espaldas Tiberio, estos días son particularmente peligrosos. Nadie debe percatarse de los asuntos que traemos entre manos. Sabes que la pena por matar a un general romano es la muerte.

—No te preocupes, estoy haciendo lo que me dijiste. Me dejo ver por el foro casi toda la mañana y de ahí vuelvo directamente a mi casa, donde despacho

todos mis negocios desde aquí. Si los soldados están vigilando la casa, deben de haberse dado cuenta de que no realizo otra actividad. No te he contado lo de ayer, cuando me encontraba en el foro, los soldados se presentaron ante mí y me ordenaron ir al campamento, el general quería interrogarme sobre Silo. Me hice el despistado, diciéndole que le había ordenado recoger un cargamento en Gadir. Pero el muy condenado sabía que ya estaba muerto.

—¿Muerto? —preguntó Spiculus.

—Sí, falló en el asesinato de la criada de Tito. Está visto que si quieres que algo salga bien, tienes que hacerlo tú mismo. El general mató a Silo y por lo visto, la mujer sigue con vida. Todavía no he podido comprobar el estado de la esclava.

—No me falles Tiberio, el asunto de ir degastando los negocios de Tito era tuyo. Entre los robos de las ánforas y la muerte de su mano derecha, deberían bastar para debilitar su negocio, la mujer debe morir. El hombre es demasiado anciano para volver a recuperarse de las pérdidas, no tiene un espíritu como el tuyo. Yo me encargo del general, tú encárgate de lo tuyo.

—Así se hará Spiculus—. Y ambos hombres chocaron sus copas y brindaron por el éxito de la misión.

En una sala contigua Valeria y su criada Servia escuchaban en silencio los planes de ambos hombres sin que se percataran de la presencia de las mujeres. Valeria desconocía el destino de Silo, con razón los últimos días no se había presentado a la casa. Si algo había aprendido Valeria estos años era a esperar. La venganza es un plato que se sirve frío. No estaba dispuesta a que su marido siguiera burlándose de ella, se vengaría por todas las humillaciones sufridas. Los últimos años había intentado esmerarse por complacerlo, pero ya no soportaba ni cuando la tocaba en el lecho, le repugnaba su sola presencia. Si ella se hundía, Tiberio no se iba a quedar atrás, lo arrastraría con ella. Ahora podía presumir de su supremacía y poder que tenía sobre ella, podía humillarla y maltratarla, pero ya veríamos quién de los dos ganaba la batalla. Podía creerse el dueño de la vida de todos los habitantes de la casa incluida ella, pero veríamos si los dioses eran tan benignos con el destino de su marido.

Graco trabajaba para Tito Livio desde pequeño, era el capitán de uno de los barcos mercantes de la empresa de su patrono, y junto con algunos hombres más se encargaba de repartir por los puertos romanos la mercancía que se producía en la factoría. Había llegado a la casa de Tito con tan solo diez primaveras, hijo de unos libertos de Corduba, Tito Livio había contratado a su padre para trabajar en la factoría. De pequeño Graco solía acompañar a su padre y observaba como los hombres elaboraban el salazón, como se producía la selección de las mejores piezas para el ahumado y como el resto pasaba a las piletas para elaborar el gárum. En cuanto tuvo oportunidad entró a trabajar de ayudante limpiando el pescado para poder colaborar y ayudar en casa. En cuanto tuvo la edad suficiente para poder trabajar en el barco, se enroló y desde haciendo las tareas más bajas había pasado por todos los puestos hasta llegar a capitanear uno de los barcos más importantes de la flota de Tito. Así que desde los doce años había ido aprendiendo el oficio. Aunque el ayudar a sus padres no había sido el único incentivo que había servido para que a día de hoy estuviera allí. Desde que entró en la fábrica solía observar a la pequeña niña rubia que acompañaba siempre a su patrono cuando visitaba la factoría, esa joven había ido encargándose del manejo de la fábrica y actualmente era raro que cualquier cosa relacionada con el proceso de fabricación y exportación no pasara por sus manos. A pesar de que ella siempre lo había tratado como un trabajador más, la joven nunca se había fijado en él, pero era notorio el interés que la joven despertaba en él cada vez que la tenía alrededor. Según las mujeres que solían acercársele, era un hombre de muy buen ver, su cuerpo atlético y musculado de piel bronceada debido al tiempo que pasaban descargando la mercancía bajo el sol y al trabajo duro que hacía diariamente, hacía que las féminas se le acercaran como moscas. Sus ojos oscuros y rasgados como los de un felino prometían noches de pasión y su pelo era tan negro como el ébano, lo cual contribuía a que tuviera demasiado éxito entre las mujeres. Pero la mujer que más le importaba parecía no reparar en él, todo el mundo se había dado cuenta menos ella. Ese mañana estaba de suerte, acababa de atracar en el puerto cuando el

amo le había mandado el requerimiento de que se presentase en la casa. El anciano le había puesto al tanto de los últimos sucesos acaecidos en la ciudad y había dispuesto que aparte de los soldados, acompañara a Julia en cualquier salida al exterior que tuviera que realizar. Los dioses lo habían premiado sin duda. La muchacha debía acudir al Templo de los Dioses, y no había nada que deseara más que convertirse en su sombra. Tito quería aumentar la seguridad en la casa y había solicitado que durante algunos días permaneciera allí siempre que las actividades de la fábrica no lo requirieran, así que aunque tuviera que hacer horas extras no desaprovecharía la oportunidad de estar al lado de ella. No sabía porqué Julia no había ido últimamente a la fábrica ni porque necesitaba protección, pero lo averiguaría. No se despegaría del lado de ella. Graco estaba en el atrium esperando a la joven cuando la vio salir con la canasta de las ofrendas. Sorprendida de verlo allí, le sonrió y acercándose a él lo saludo.

—¡Graco! ¿pero cuando has llegado? No te daba todavía aquí—. Y acercándose al hombre le dio un beso en la mejilla—. Es grato verte después de tantos meses.

Graco le devolvió el beso y conforme se agachó pudo oler el aroma tan agradable que desprendía aquella mujer, azahar era su olor, siempre que se acercaba la relacionaba con los naranjos en floración de su tierra natal, no había nada más embriagador que esa mujer. Ayudándola le cogió el peso que llevaba liberándola de la canasta.

—Acabo de llegar y el amo ha solicitado mi presencia para que te acompañe en tus salidas de la casa.

—Te lo agradezco pero creo que no hace falta, sé que tienes mucho trabajo en la factoría y como puedes ver estoy rodeada de legionarios—. Le comentó un poco incómoda mientras miraba hacia los soldados allí formados.

—No te preocupes, puedo con las dos cosas—. Dijo Graco sonriente—. ¿Por qué andas de esa manera? Puedo ver que tu andar es más lento de lo normal, ¿hay algo que yo no sepa? ¿Te ha pasado algo?

—No, no te preocupes. Solo tuve un percance, no quiero hablar de eso. Ya sabes que desde el robo de las ánforas y la muerte de los vigilantes, el amo

nos ha puesto más protección en la casa—. A Julia no le apetecía recordar aquellos horrorosos momentos.

Graco era consciente que Julia intentaba zanjar el asunto, por ahora le daría gusto pero no iba a dejar de averiguar cuál era el motivo del infortunio. Seguro que Horacio estaría dispuesto a contarle lo que le había pasado.

Cuando llegaron al foro, se podía apreciar los tres templos gemelos dedicados a Júpiter, Juno y Minerva. Julia subió los escalones que conducían directamente al acceso del templo de Minerva, tenía una predilección especial por los dioses. Júpiter era el protector de la ciudad, Minerva la diosa de la sabiduría, de las artes, patrona de los guerreros y luchadores, así como patrona de los artesanos, mientras que Juno era la diosa del matrimonio. Acercándose al altar cogió con la mano izquierda la salsa mola, la muries y las otras pequeñas ofrendas, depositándolas en una vasija rota. La joven pidió a los dioses la protección para todos los habitantes de la casa, así como para los legionarios que habían llegado a la ciudad para protegerlos. Por último, también pidió por todos los artesanos y comerciantes que vivían en Baelo, en especial para los negocios de su maestro Tito. Una vez que hubo acabado, Julia bajo del templo y acompañada por los soldados y Graco, regresó al amparo de la casa.

Los soldados se quedaron en la entrada de la domus haciendo guardia y Graco acompañó a la joven dentro de la casa. Cuando estuvieron en la cocina Julia le dio las gracias al hombre por acompañarla.

—Muchas gracias Graco por acompañarme aunque no hacía falta, espero que te dé tiempo de volver a la fábrica....—de repente Julia se encontró con que Graco la agarraba fuertemente de la cintura y la aproximaba a él. La joven se quedó sin palabras, observándolo en silencio y anonadada puesto que no se esperaba la reacción del hombre.

—Hay otra forma de agradecérmelo—. Y bajando la cabeza aproximó sus labios a la joven.

Marco se había levantado temprano esa mañana para acudir al campamento, tenía tareas urgentes que le reclamaban con urgencia, sabía que Julia quería ir

al Templo de los Dioses y deseaba acompañarla. No le hacía gracia que tuviera que andar sola por el foro aunque estuviera escoltada por sus legionarios. Le había ordenado que lo llamara cuando fuera a salir pero sabía que la joven era reticente a que lo acompañase, todavía no se sentía cómoda con su presencia y trataba de evitarlo. Las horas que había estado en el campamento se le habían hecho demasiado cortas y sin darse cuenta del tiempo se le pasó la hora de acompañar a la joven. Así que salió raudo por si llegaba a tiempo.

Conforme entró a la vivienda preguntó por ella a los soldados de la entrada y le dijeron que se había dirigido a la cocina. Cuando llegó al lugar se quedó estupefacto, un hombre estaba besando a Julia y ella parecía no poner resistencia alguna. Una fuerte ráfaga de odio atravesó su cuerpo y con voz calculadora y mortalmente fría le advirtió:

—¡Suéltala ahora mismo si no quieres que te mate! —y acto seguido dos pares de ojos se volvieron hacia el general.

Capítulo 9

*“Los deseos del joven muestran las
futuras virtudes del hombre”*

Cicerón

Marco se tenía por un hombre virtuoso, prudente y controlado, pero nunca hubiera imaginado que podía perder su férreo autodomínio a favor del deseo de matar por una mujer y que el motivo estuviera motivado por los celos. Sólo cuando mató a Silo había sentido esa ansia cruda y dura de aniquilar a otro. Perdiendo el control sobre sus propias emociones, lo único que podía conseguir era buscar la propia muerte. Cuando entraba en batalla había que tener todos los sentidos puestos en lo que te rodeaba, si le proporcionabas a un enemigo un punto débil, eras hombre muerto. La sangre le corrió por el cuerpo como la lava ardiente que sale de un volcán en erupción y arrasa con todo lo que hay a su paso. Cegado, entró en la cocina y cogiendo al hombre de la túnica que llevaba, le agarró y lo zarandéó, a pesar de que el liberto era tan corpulento como Marco. Los dos hombres mantuvieron el pulso desafiantes, el liberto intentaba liberarse del agarre del soldado pero Marco furioso como estaba no lo soltaba.

Graco enojado se preguntaba quién era ese soldado que le reclamaba con tanto fervor su comportamiento con Julia, cogiéndole las manos intentó soltarse, pero no había manera. El hombre lo tenía férreamente agarrado y no se atrevía mucho a golpearlo para soltarse, pues sabía que como liberto tenía siempre las de perder, pero por los dioses que ese hombre le estaba poniendo furioso. La muchacha asustada intentó mediar pero era inútil, ambos hombres parecían dos leones desafiándose en la arena de un anfiteatro, dispuestos a saltar uno sobre otro y despedazarse en ese mismo momento.

—Marco por favor suelta a Graco—. Dijo Julia exaltada—. Lo que has visto no era lo que parecía, en ningún momento ha intentado sobrepasarse. Yo solo intentaba agradecerle el que me hubiera acompañado al foro y él ha malinterpretado mi agradecimiento. Suéltale por favor, te lo ruego.

—¿De qué lo conoces? —preguntó Marco enfadado y sosteniéndolo todavía de la túnica.

—Es Graco, trabaja desde hace muchos años para el amo Tito, es uno de sus trabajadores. Por favor, suéltalo.

Marco empujó a Graco con desprecio haciéndolo retroceder varios pasos pero el otro hombre sin amilanarse, seguía sosteniéndole la mirada con actitud orgullosa y altiva.

—Julia, ¿quién es este soldado?, ¿qué hace aquí?—. Dijo Graco mirándola enormemente enojado.

—Me parece que no te corresponde a ti cuestionar quien soy yo ¿Qué derecho tienes tu sobre ella?, ¿hay algo entre ustedes? —preguntó Marco demasiado furioso— porque si lo hay vete olvidando de ella.

—No, no hay nada entre nosotros, Graco solo estaba confundido—. Respondió Julia y dirigiéndose hacia Graco le contestó—. Él es Marco Vinicius, el general de la Legión romana que acaba de llegar a Baelo, va a hacerse cargo de la ciudad.

Graco se quedó mirando a Marco pensativo y volviéndose hacia Julia le dijo con aire jactancioso:

—No pienses que estaba confundido porque nunca he estado más lúcido en toda mi vida. Deseaba besarte desde que tengo uso de razón y el que no te hayas percatado nunca de mi interés por ti, no significa que no exista. Nunca te había dicho que te quiero, pero así es.

—¿Cómo?—. Preguntó Julia estupefacta y anonadada por lo que acababa de escuchar—. Nunca has dado muestras de afecto ni de interés por mí, no sabía nada.

—Ahora lo sabes, me interesas y voy a intentar comprar tu libertad a Tito, quiero casarme contigo y estoy dispuesto a todo por ti.

—¡Por encima de mi cadáver! Ni se te ocurra acercarte a Julia, ella me

pertenece—. Dijo Marco con aire amenazador, señalándolo con el dedo.

—¿Qué te pertenece?, ¿qué autoridad tienes tú para decidir sobre un esclavo que no es de tu propiedad?—. Pregunto Graco—. ¿Desde cuándo es posesión tuya?

—Julia va a ser mía y no tengo porque darte ninguna explicación a ti liberto, no te vuelvas a acercar a ella —dijo Marco señalándolo con el dedo en el hombro.

—¿Me estas amenazando soldado?—. Le dijo Graco más enfadado todavía y volviéndose hacia Julia le preguntó—. ¿Es que acaso te has convertido en su puta?

Conforme el hombre dijo la última palabra, Marco le dio un fuerte puñetazo en la cara derribándolo por el suelo de la cocina. Un ruidoso estrépito se escuchó en la sala, las ollas, las ánforas y todos los utensilios que utilizaban para cocinar y que estaban sobre la mesa se cayeron al suelo. Ambos hombres estaban tan enzarzados en la pelea que no se percataban de nada a su alrededor. Julia se quedó estupefacta sin poder intervenir para separarlos.

Graco levantándose del suelo con agilidad intentó derribar al general propinándole un cabezazo en el pecho pero Marco habituado a la lucha cuerpo a cuerpo fue capaz de esquivarlo sin ninguna dificultad. En ese momento el liberto vio en el suelo un leño y cogiéndolo se volvió enfrentándose al legionario.

—Inténtalo si te atreves, porque va a ser lo último que hagas en tu vida —le advirtió Marco.

—¿Te crees superior a mí solo porque lleves uniforme romano?—. Dijo Graco con desprecio—. Te voy a abrir la cabeza.

—Por favor Graco, serénate y deja el leño de una vez—. Rogó Julia.

Pero ambos hombres daban vueltas uno alrededor del otro enfrascados en el contrincante que tenían en frente, sin aflojar en ningún momento sus intenciones. En ese momento aparecieron por la puerta, Tito y algunos soldados de Marco que estaban haciendo guardia fuera.

—¡Graco!, ¿qué está pasando aquí?, ¿qué escándalo es este? Deja ese leño inmediatamente—. Ordenó Tito percatándose enseguida de la situación.

Graco mirando a su patrono, tiró el palo al suelo con rabia y le dijo a Marco señalándolo:

—No piense que esto se ha acabado aquí, por respeto a Tito Livio voy a dejarlo aquí, pero ya sabe cuál es mi postura—. Advirtió Graco.

—Y tú la mía, si te acercas a ella no respondo de mí.

Graco salió de la sala dejando a los presentes estupefactos y asombrados por su actitud. Julia estaba perpleja y enfadada, no sabía que se creían esos dos con derecho a decidir sobre su vida. Bastante tenía ya con su situación de esclava como para tener encima a esos dos sementales peleándose por ella, era lo que le quedaba por ver.

—General, ¿hay algo que debería saber?—. Preguntó Tito preocupado a Marco.

—No se preocupe, es un asunto entre ese liberto y yo—. Dijo Marco furioso y acto seguido salió también de la cocina seguido por los guardias.

—Bueno Julia—. Suspiró el hombre—. Ya que ellos no me han querido dar explicaciones sobre lo ocurrido, ¿consideras apropiado informarme del percance entre esos dos hombres? Porque si no me equivoco, está todo relacionado contigo. Acompáñame al despacho—. Dijo Tito claramente enfadado.

—¡Vaya mañana, lo que me faltaba! —pensó Julia mientras seguía a su amo.

El calor estaba apretando en la bulliciosa ciudad, y solo de recordar al desgraciado del liberto besando a Julia, a Marco se le calentaba todavía más la sangre, seguía terriblemente ofuscado. Había perdido otra vez la serenidad y la capacidad de razonar, sin darse cuenta había llegado a las manos con un hombre por culpa de una mujer como si en una taberna estuviese. Desde cuando un general entraba en conflicto por una esclava, era inconcebible que tuviera que competir por la atención de una mujer, habituado como estaba a que las mujeres se le tiraran a los pies. Tendría que tener cuidado si no quería terminar siendo él el esclavo. Marco se marchó de la casa camino del puerto, tenía que ir con una patrulla a revisar los barcos que estaban atracados.

—¿Qué te ha pasado esta mañana en la domus?—. Preguntó Quinto mofándose—. Según me han dicho los hombres, te liaste a golpes con un esclavo. No conocíamos esa nueva faceta tuya.

—No era un esclavo, era un trabajador de Tito.

—¿Problemas en el paraíso? ¿Desde cuándo has tenido tu esa clase de enfrentamientos?—. Decía Quinto riéndose. Esa mujer te lo está poniendo difícil, te estás rebajando al más bajo nivel.

—No me lo recuerdes, y no te rías que no estoy para bromas. No he visto nunca que una mujer ponga tantos impedimentos para llevármela a la cama, y no estoy de muy buen talante que digamos. Pero cuánto más larga sea la cacería, más placer obtendré luego en la recompensa, no dudes que al final caerá—. Dijo Marco fanfarronamente.

—Si tú lo dices. Puede ser que hayas dado con la primera mujer que se atreva a hacerte frente. Por donde vas consigues que las féminas caigan rendidas a tus pies, no estaría mal que de vez en cuando alguien se te oponga para bajarte esos humos de general —dijo Quinto a carcajadas.

—Porque eres mi amigo te consiento que te burles pero no tenses mucho la sogá, no vaya a ser que pagues tú mi frustración—. Sonrió Marco.

Conforme los soldados iban hablando cruzaron por la Puerta de Asido, divisando inmediatamente el puerto. Ese día había varios barcos mercantes amarrados en él.

—¿Qué buscamos, si se puede saber? —preguntó Quinto.

—Lo primero es que los soldados del asalto reconozcan a alguno de los asaltantes que intervinieron en el secuestro de Julia. No creo que se dejen ver por la ciudad pero si tuviéramos suerte, si por lo menos pudiéramos identificar a alguno, sabríamos con quién estamos tratando. Si no entraron por las puertas de entrada a la ciudad, deben de haber entrado por mar. Este es uno de los puertos estratégicos de la entrada de mercancías desde Tánger. Quien controle el puerto controlará el importante paso y Roma no va a permitir que haya competencia.

—¿Y lo segundo?

—Robaron muchas ánforas de la fábrica de Tito, no creo que el que las

robase, todavía las conserve. Pero por si acaso, tenemos que registrar la carga de todos los barcos, para ver si podemos encontrar algo.

—Está bien.

Marco y Quinto subieron al primer barco y tras revisarlo durante una hora, no encontraron nada, todo parecía correcto. La tripulación había sido debidamente identificada y no parecían esconder nada ilegal.

Se había echado la mañana cuando llegaron al tercer barco, a Marco le llamó la atención su tamaño y la forma de la proa y la popa que eran simétricas, algo que no solía ser habitual. Esta forma de la popa se aprovechaba para instalar los habitáculos y para añadir el nombre del barco, ese en concreto se llamaba *el "Fortuna"*, tenía las velas decoradas con la divinidad protectora de la Diosa Fortuna. Esta imagen era representada por una mujer sosteniendo en una mano un cuerno de la abundancia y en la otra un timón de un barco, y en este caso, la diosa aparecía ciega simbolizando que la suerte no siempre llega a quien la merece. Según calculaba Marco, en estos navíos mercantes la capacidad media era de tres mil a cinco mil ánforas.

Cuando subieron al barco solamente algunos hombres de la tripulación estaban a bordo, los cuales se mostraron reticentes a que el general revisara el barco sin estar presente su capitán. Uno de los centuriones seguido por el resto de los soldados bajaron a las bodegas a supervisar la mercancía que transportaban, mientras Marco permanecía arriba con Quinto hablando con uno de los tripulantes. Según el hombre, el capitán junto con el resto de sus hombres habían bajado a tierra a divertirse un rato puesto que al día siguiente volvían al puerto de Ostia.

—¡General!—. Grito el centurión.

—Dime Lucio.

—Tiene que bajar, hemos encontrado algo en la bodega.

De repente, los pocos tripulantes que había en la nave empezaron a ponerse un poco nerviosos y Marco consciente de la situación, ordenó a Quinto que no los perdiera de vista. Marco bajó seguido de Lucio.

—Mire, estas ánforas estaban escondidas en un departamento secreto, llevan el sello de la Casa de Tito si no me equivoco. Solo hay cinco ánforas, podrían

haberlas adquirido en algún mercado de alguna ciudad, pero ¿qué sentido tiene que las escondan? Creo que en este barco pueden estar dedicándose al comercio en el mercado negro.

—Llevas razón Lucio. Volvamos arriba, los tripulantes están nerviosos—. Dijo Marco. Cuando subieron a la popa del barco, Marco se quedó mirando al tripulante.

—Dígame, ¿Dónde se encuentra su capitán?

—No lo sé, los hombres tenían día de descanso y deben estar emborrachándose en alguna de las tabernas. Que yo sepa eso no es ningún delito.

—¿A quién pertenece el barco?

—A mi capitán—. Contestó el hombre socarrón.

—Me parece que o yo no me he expresado bien, o tú no me has entendido—. Dijo Marco cogiendo al hombre de la pechera y levantándolo del suelo—. Pero si piensas que puedes jugar conmigo, estás equivocándote. Dime como se llama tu capitán.

El hombre que no quería decirle a quien pertenecía el barco permaneció callado, mirándolo a los ojos. Y después de unos segundos sopesando la situación, optó por decir lo que quería escuchar.

—Pertenece al capitán Spiculus.

Acto seguido, Marco soltó al hombre dejándolo caer al suelo.

—Muy bien, nos marchamos. Dile a tu señor que volveremos a vernos. Vendré a hacerle una visita cuando esté disponible.

Y acto seguido, Marco junto con sus hombres abandonaron el mercante. Cuando se hubieron separado convenientemente del barco, le comento a Quinto:

—Que los hombres vigilen el barco desde lejos, no quiero que se percaten de que están siendo observados.

—Eso va a ser difícil, saben que hemos descubierto lo de las ánforas.

Desde que la habían herido, Julia había dejado el trabajo abandonado y tenía demasiados asuntos pendientes que resolver, así que unas horas más tarde se

marchó a la fábrica. Estaba hablando con los trabajadores de los últimos envíos y de los pedidos pendientes cuando Graco apareció en la sala. Por un instante, se tensó pero luego empezó a dar órdenes eficientemente como estaban acostumbrados.

—Graco, estaba ordenando a los hombres que preparen los nuevos pedidos que tienes que llevar al puerto de Ostia. El *naviculari* que controla la llegada de la mercancía te estará esperando. Necesitan el pedido urgentemente en Roma—. Dijo Julia a Graco sin mirarlo.

—Está bien —dijo Graco observándola fijamente. Era consciente de que Julia evitaba mirarle a los ojos, tenía que intentar aclarar la situación con ella porque no estaba dispuesto a que Julia malinterpretara sus actos.

—Necesito hablar contigo en privado—. Repitió Graco.

—No creo que sea necesario—. Contestó Julia levantando la mirada de las tablillas que tenía en la mano.

—Yo creo que sí, necesito aclararte la situación de esta mañana.

Julia decidió que Graco la acompañara a una sala contigua que hacía la mayoría de las veces de despacho en la factoría.

—Está bien, sígueme dentro.—Respondió la muchacha y una vez que entraron fue directa en preguntarle—. ¿Qué quieres decirme? Creo que me quedó claro todo.

—Quiero saber tu opinión, si sientes lo mismo que yo siento por ti. También quiero pedirte perdón, mi intención no era ofenderte, pero me ofusqué con el soldado. Siempre he sido consciente de tu virtud, no tenía fundamentos para gritarte lo que te dije.

—Exactamente, no te correspondía insultarme, pero no solo porque yo pueda parecerte más o menos virtuosa, sino porque yo no soy nada tuyo. Soy libre de no darte ninguna explicación, puesto que en ningún momento me has visto que te haya dado pruebas de que sentía el menor interés por ti.

—Ya sé que nunca has puesto tus ojos en mí, pero quiero que seas mi mujer. Le compraré tu libertad a Tito.

Julia se tensó por momentos, e intentando dejarle clara su postura le dijo al hombre:

—Mira Graco, yo te agradezco que te hayas fijado en mí para hacerme el honor de ser tu esposa, pero no te puedo corresponder, no te quiero. Si alguna vez tuviera la oportunidad de conseguir mi libertad, te aseguro que lo último que haría sería unir mi vida con la de un hombre por el que no siento nada. No sé qué me deparará el futuro, pero por ahora no estoy enamorada de ti. Te aconsejo que me olvides y que no intentes buscarme, busca otra mujer con la que puedas compartir tu vida, eres una buena persona y te lo mereces.

—¿Sientes algo por el legionario? —le preguntó Graco enfadado.

—Ya te he dicho que no tienes ningún poder sobre mí y yo no tengo porque darte explicación alguna—. Respondió Julia molesta. Seguidamente salió de la sala dejando a Graco dentro de ella, desesperado porque la joven no le correspondiera.

Horas más tarde, Spiculus llegaba al “*Fortuna*” sin que los soldados apostados en el puerto se hubieran dado cuenta, iba disfrazado de mendigo y sólo sus hombres sabían quién era. Cuando llegó, los pocos hombres que había dejado a bordo le estaban esperando, le contaron como el general había estado revisando las naves del puerto y como había encontrado unas ánforas de Tito que todavía permanecían en el barco. Era el primer error que había cometido Spiculus en mucho tiempo, ¡imperdonable! Siempre había tenido la precaución de borrar sus huellas y que nadie averiguara su doble juego de comercio en el mercado negro, la piratería estaba perseguida en el Mediterráneo, y lo último que quería era levantar sospechas en la ciudad. Tendría que encargarse definitivamente de hacer desaparecer del mapa al general, estaba convirtiéndose en una verdadera molestia y el que hubiera descubierto lo de las ánforas de Tito le perjudicaba enormemente.

A última hora de la tarde, el almuerzo en casa de Tito estaba resultando silencioso y embarazoso, la comida estaba siendo demasiado tensa. Marco estaba inusualmente callado para lo que él acostumbraba a charlar, era una persona espontánea y abierta pero en ese momento estaba sumido en sus pensamientos, las cosas se le estaban escapando de las manos y sentía que

estaba perdiendo el control. Había esperado encontrar a Julia en el comedor, pero la joven no se encontraba allí, seguro que ahora intentaría evitarlo más todavía, con lo cual tendría que comenzar de nuevo, y no estaba dentro de su carácter la cualidad de la paciencia cuando se trataba de esa mujer.

En ese mismo momento Julia llegó de la fábrica y entraba apresuradamente a la casa, había que servir la última comida del día y llegaba tarde. Cuando se aproximó al *triclinium* los tres hombres ya se hallaban comiendo. Tito en cuanto la vio entrar interrumpió la conversación y le preguntó:

—¿Julia has resuelto los asuntos pendientes de Ostia?, ¿han cargado el pedido en los barcos?

—Sí amo, ya está todo dispuesto.

—Muy bien, puedes seguir sirviéndonos la comida, habíamos empezado ya sin ti, Claudia tráete más vino.

Marco se sintió más aliviado cuando la vio aparecer, pensaba que lo estaba evitando. Julia se aproximó a su amo y empezó a servirle primero mientras el hombre siguió conversando con sus invitados. A Tito siempre le había interesado enormemente los acontecimientos del senado en Roma, y a través de algún amigo le hacían llegar las noticias.

—Dígame general, ¿ha recibido noticias últimamente de Roma?, lo último que supe de Nerón fueron sus actuaciones públicas. Me sorprende sobremanera que el destino de Roma esté en manos de un soberano que se dedica a la poesía, a la música e incluso al baile. Según tengo entendido, se hace seguir por toda una corte dando espectáculos públicos por toda Roma. Llegaron muchos rumores de que había mandado asesinar a su primera mujer Octavia el año pasado, imagino que los rumores serán solo eso.

—Imagina usted mal Tito, es todo cierto. Su mujer murió el año pasado y se ha vuelto a casar con la que era su amante. Por lo que sé, Popea va a darle próximamente un hijo, el emperador será padre el año que viene—. Respondió Marco a Tito mientras disimuladamente observaba a Julia. La joven no levantaba la cabeza prácticamente del suelo y evitaba mirarlo.

—¿Cree usted que el comportamiento del emperador pueda influir en el Senado? No son muchos los partidarios que apoyan el despotismo de Nerón,

podrían volverse contra él. Sin duda, el que haya mandado asesinar a sus contrarios le hace flaco favor.

—Según tengo entendido hay ciertas tensiones con el Senado, se iniciaron el año pasado cuando Nerón acusó a Antistio el pretor, de traición. Por lo visto este habló mal de él en una fiesta y Nerón se enteró. Y ahí, no queda todo. En Roma, sus rivales intentan pasar desapercibidos y no contrariarle porque ha mandado ejecutar a ciertos ciudadanos romanos como a Palas, a Plauto y a Fausto Sila, todos ellos eran contrarios a Nerón y pertenecían a nobles familias patricias. Me temo que el futuro de Roma es bastante incierto. Mientras tanto, los militares procuramos cumplir las órdenes que proceden de Nerón. Veo que está usted al tanto de los asuntos de palacio, ¿alguna vez ha visitado Roma?—. Preguntó Marco intrigado.

Tito se quedó por unos momentos extrañado de su pregunta, era bastante raro que el general no lo reconociera como su maestro. Cuando tuvo conocimiento de que Marco Vinicius iba a ser mandado a Baelo se preocupó bastante porque el soldado pudiera reconocer a Julia y poner sobre aviso a sus enemigos. Pero cuando percibió que Marco no lo reconocía, se quedó más tranquilo y no aclaró la situación para el beneficio de la muchacha. Cuanto menos supiera el romano, más desapercibidos pasarían y el anonimato era esencial para la existencia de Julia. Marco era pequeño cuando se marcharon de Roma, posiblemente por eso no se acordase de nada.

—Nací en el pequeño pueblo de Venetia pero pasé algunos años en Roma, antes de venir a Hispania. Pero eso hace tantos años que ya ni me acuerdo de cómo era Roma en aquellos días. Dígame, ¿cómo van las pesquisas?, ¿ha podido averiguar algo?

Julia estaba pendiente de la conversación, era consciente del riesgo que corría si alguien identificaba a su amo en Baelo. Esperaba que el militar no se diera cuenta, menos mal que Tito había cambiado la conversación magistralmente.

—Hoy hemos descubierto algo pero no quiero adelantar acontecimientos, cuando tenga algo más seguro, le pondré al corriente.

—Está bien —dijo Tito mientras terminaban de comer.

Acabada la comida los hombres se retiraron a sus aposentos y Julia junto con Claudia aprovecharon para quitar las viandas de las mesas. Julia percibió que esa noche Claudia estaba especialmente callada, algo que no era nada habitual. En cuanto se serenase un poco aprovecharía la oportunidad para hablar con ella, la muchacha era como una hermana y sabía que se había enfadado bastante cuando le advirtió que no se acercara al Tribuno Quinto. Era demasiado joven para comprender aún ciertas cosas.

—Claudia ya puedes retirarte. Voy un momento a los baños, necesito refrescarme un poco, el día ha sido demasiado complicado. Que pases una buena noche—. Dijo Julia.

—Tú también Julia—. Dijo acercándose Claudia a ella, y sin previo aviso le dio un beso en la mejilla.

—¿Y eso a qué ha venido?, me sorprende que no estés enfadada por lo que te dije de Quinto.

—Ya se me ha pasado, quizás llevabas algo de razón en lo que decías. Hasta mañana—. Y se marchó presurosa fuera de la sala.

—Hasta mañana Claudia—. Dijo Julia cariñosamente quedándose con la palabra en la boca, esa muchacha era toda vitalidad, algunas veces era incapaz de seguirle el ritmo. Quién era capaz de entender a la juventud pensó mientras se marchaba a los baños.

Julia aprovechaba que todo el mundo estuviera acostado y retirado en sus aposentos para usar las termas, era un placer que no podía dejar de disfrutar y necesitar, relajaba sus cansados músculos después de la tensión del día, y ese había sido particularmente tenso con la disputa de esa mañana. Aunque normalmente los esclavos tenían prohibido usar los baños de sus señores, en casa de Tito las cosas no funcionaban del mismo modo. Tito les había dado permiso para que dispusieran de ellos cuando lo consideraran conveniente, siempre y cuando fuera en horas en que no molestaran a sus invitados. Consideraba la limpieza esencial para la salud. De todos modos, si lo deseaban podían ir a los baños públicos de la ciudad.

Julia se hallaba con la cabeza reposando sobre el borde de la piscina con los ojos cerrados cuando sintió una voz familiar detrás de su cabeza.

—Flotando sobre el agua pareces la misma diosa Venus—. Dijo Marco admirándola con verdadero interés, la muchacha llevaba una túnica corta que aunque la ocultaba, no dejaba de estar mojada y hacía que se le transparentara todo el cuerpo mostrando completamente sus atributos femeninos. Desde luego era más bella de lo que aún suponía.

—¿Venus, la diosa del amor y de la belleza?, ya te he dicho romano que soy una simple esclava y haz el favor de mirar hacia otro lado. No sé porque siempre tengo que encontrarte detrás de mí. Creía que ya te habías retirado a tus aposentos—. Dijo Julia disgustada, ya estaba harta de mostrarle respeto y hablarle de usted, cuando él no se daba por aludido y obviaba inevitablemente su condición de esclava cuando le convenía.

—Y la diosa del sexo —pensó Marco que reticente se volvió, no quería molestarla más de lo que ya estaba, si la asustaba saldría corriendo sin pensárselo.

Julia salió apresuradamente de la piscina, envolviéndose en otra túnica seca que tenía preparada. Se sentía incómoda en aquella sala y más llevando la ropa mojada. Ya con su aspecto más adecentado se volvió hacia el romano y le preguntó:

—¿Se puede saber qué quieres ahora?

Marco se dio la vuelta recorriendo con la vista el cuerpo femenino de arriba a abajo, no podía evitar disfrutar del espectáculo que era esa mujer.

—Quiero saber que vas a hacer mañana.

—Ya te he dicho que no es de tu incumbencia, con los soldados que me has puesto es más que suficiente. Quiero que me dejes tranquila.

—Lamento el episodio de esta mañana si te hizo sentir mal. Pero no me gustó que el liberto se tomara tantas atribuciones—. Dijo directamente Marco mirándola a los ojos.

—Y yo te lo vuelvo a repetir, al igual que se lo he dicho a Graco que os olvidéis de mí. No tengo ningún interés en empezar ninguna relación con nadie, y no me voy a convertir ni en la esposa de él, ni en la amante tuya ¿Te queda claro?

Marco se acercó repentinamente a ella y la cogió de la cintura

aproximándola a él. Su cuerpo que todavía estaba mojado, se pegaba a él como si de una segunda piel se tratara. Estar dentro de aquella mujer tenía que ser como alcanzar el paraíso.

—Te pido disculpas por mi comportamiento de esta mañana, y eso es algo que habitualmente no suelo hacer.

—No sé porque no me sorprende. Haz el favor de soltarme —dijo Julia empujándolo.

—Dime primero que vas a hacer mañana —insistió Marco nuevamente.

Julia era consciente del cuerpo y de la insistencia del hombre, aunque se mostrara reticente a claudicar ante las proposiciones del romano, no podía dejar de engañarse, era demasiado excitante la proximidad del general, se sentía demasiado atraída, cosa que no le pasaba con Graco. Tenía que acabar con aquello pronto, o no sabía cómo iba a seguir resistiéndose ante semejante tentación. Mirándolo con evidente disgusto le contestó:

—Mañana iré al foro, tengo que comprar en el Macellum. No sé porque te digo nada, con los soldados que me custodian tengo suficiente protección.

Marco sonrió, por lo menos había conseguido que le hablara y no estuviera tan enojada. Con un brazo en la cintura de ella, utilizó la otra mano para acariciar su cara y bajando la cabeza la besó como había estado deseando desde que esa mañana la había visto en brazos del otro hombre. Metiendo la lengua dentro de su boca probó lo que nadie debía haberse atrevido a tocar, no podía dejar de sentir que esa mujer era de él. Julia sin poder evitarlo le salió al encuentro, respondiendo a sus impulsos. Con sus manos tocó el sedoso pelo del soldado, permaneciendo con los ojos cerrados su sentido del tacto percibía la suavidad de la cabellera del hombre. Permanecieron unos segundos más besándose sin poder evitar responder mutuamente. Marco más experimentado, agarró el labio inferior de ella con sus labios y empezó a mordisquearlo suavemente pero haciendo un último esfuerzo, se separó de ella. Su respiración agitada evidenciaba que estaba al borde de perder la cordura, abrazándola y sujetándola fuertemente junto a él le dijo mirándola a los ojos:

—Cuando vuelvas a ver al liberto, acuérdate de mi beso mujer ¿Sentiste con

él lo mismo que conmigo? Me estás volviendo loco y no sé cuánto tiempo voy a poder seguir negándome lo que deseo.

Julia callada no pudo contestar tampoco, no había experimentado nunca semejante atracción por un hombre, estaba hecha un lío. Marco soltándola por fin, le cogió de la mano y empezó a caminar con ella hacia la puerta.

—Vayámonos a descansar, amanecerá pronto.

Julia aprovechó que ya estaban fuera para separarse de él, pero Marco insistió en que permaneciera a su lado hasta que cada uno se dirigió a su propio aposento.

En otro lado de la ciudad, otros jóvenes paseaban por la playa, Quinto disfrutaba de la compañía de Claudia, ajenos a lo que pasaba a su alrededor. Sin embargo, ambos jóvenes no se percataron que desde el barco de Spiculus, estaban siendo observados.

Capítulo 10

*“Proeliis parta sunt, ferro et viribus, sed bella parta caput. “
“Las batallas se ganan con espadas y fuerza, pero las guerras se
ganan con la cabeza”.
Publio Cornelio Escipión.*

En el Imperio Romano se consideraba que el olivo y sus ramas eran símbolos de paz, fertilidad y prosperidad, sobre todo era bastante apreciado su producto. El aceite de oliva poseía una calidad que era muy alabada por los romanos. En la Bética, se centraba principalmente casi toda la agricultura que abastecía de aceite a Roma: desde Aurige, Corduba o Hispalis se hacía llegar el producto a la ciudad de Baelo Claudia, sobre todo a través del río Baetis que era navegable y servía para mandar barcos de gran calado con el aceite.

Roma exportaba gran parte de las ánforas y del aceite desde el puerto de Baelo, aunque su exportación era comparable con la que se producía en la provincia de Hispania Citerior, concretamente en el Puerto de Cartago Nova. Esta exportación de productos necesitaba un gran número de ánforas y las que se fabricaban en Hispalis eran sobre todo las más requeridas, con lo cual los alfareros mostraban sus mejores cerámicas a sus potenciales compradores en el *foro*.

En el *macellum* de Baelo numerosos comercios competían en el foro, se encontraban situados en tres de sus laterales donde unas galerías con pórticos mostraban las tiendas que daban al exterior de la fachada principal. Desde bien temprano, la actividad en el *macellum* era frenética y bulliciosa, numerosos comercios ofrecían sus mejores productos a sus clientes: panaderías, carpinterías, carnicerías, pescaderías, tabernas, herrerías, zapaterías,...eran algunas de las variadas y pintorescas tiendas que se

encontraban en él. Pero si había entre esos comercios unos que especialmente destacasen, eran sin duda los florecientes alfareros y vendedores de aceite de oliva.

Julia estaba preparada para ir esa mañana al macellum, después de servir el desayuno y de la salutatio matutina de su amo, debía comprar las cosas que necesitaban en la casa. Sabía que después de lo sucedido la noche anterior era muy probable que el romano estuviera esperándola, resignada salió en busca de los soldados.

Marco que no esperaba perder el tiempo, estaba completamente decidido a acompañar a Julia al macellum. Posiblemente la muchacha pensaría que lo hacía por evitar que viera al liberto, pero la realidad era que disfrutaba de su compañía y de la diatriba de la joven. Julia iba por el atrium cuando lo vio esperando en la puerta junto con sus soldados y llegando a su altura le dijo:

—No era necesario.

—Yo creo que sí—. Dijo Marco insistente—. Vamos será interesante ver el foro.

—¡Si insistes! Pero lo puedes ver perfectamente tu solo, no necesitas de mi compañía—. Le dijo Julia mientras salía ¿Te das cuenta que desde que llegaste a la ciudad no te despegas de mí? ¿Has pensado lo que va a decir la gente?

—Eso no es del todo cierto, pero si quieres pensarlo así. Y lo que digan los demás no me importa mucho que digamos —Julia lo miró sin decirle nada más.

Acompañados y escoltados por sus legionarios, llegaron al mercado de la ciudad. Todo lo que uno pudiera necesitar lo encontraba allí: frutas, verduras, zapatos, muebles, pan, carne, pescado, aceite, telas, adornos para el pelo, especias exóticas... era todo un espectáculo de colores y olores. Sin embargo, Julia que habitualmente solía disfrutar en esas salidas, permanecía particularmente callada, se sentía incómoda con la presencia del general a su lado. Sin embargo, no intentó decir nada cuando lo vio tan decidido a acompañarla, sabía que no había manera de persuadirlo.

—Dime Julia, ¿Qué tienes que adquirir aquí?—. Preguntó Marco.

—¿Ya no me llamas “esclava”?—. Dijo mirándolo y reprendiéndolo con la

mirada.

—La naturaleza de nuestra relación ha cambiado, no tiene sentido que te llame así, puesto que tú no terminas de decidirte entre tratarme de usted o tutearme, he decidido que te llamaré por tu nombre, Julia—. Dijo sonriente el soldado.

La joven dando un prolongado suspiro le advirtió.

—No pienses que porque me hayas besado mantienes una relación conmigo, que estás equivocado.

Marco sabía que no era nada aconsejable contrariarla, por lo que permaneció en silencio.

—Dime, ¿qué tienes que comprar?

—Necesitamos aceite en la casa. Solemos usarlo para cocinar, para las lámparas y como jabón para después del baño. Normalmente suelo comprárselo a un vendedor que lo trae desde Aurige. Me hace un buen precio y él ya conoce lo que suelo llevarme, siempre me vende lo mejor. En el macellum, hay muchos vendedores de aceite que son mucho más baratos, pero suelen mezclarlo con otros aceites peores y pierde bastante calidad. Dime romano, ¿hoy vas a seguirme por todo el mercado?, por si no te has dado cuenta estamos llamando demasiado la atención.

—Eso es lo que pretendo, que todo el mundo se entere que estas bajo mi protección. La vez anterior no hice muy bien mi trabajo y pretendo que todo el mundo se dé por aludido. Sobre todo el liberto ese que te ronda—. Dijo Marco repentinamente molesto.

—No vuelvas otra vez a lo mismo, ya te dije ayer que no voy a tener nada contigo, ni con Graco.

—Eso me alegra la mañana, por lo que a mí respecta no voy a dejar de insistirte.

El grupo siguió caminando hasta un puesto del mercado donde se vendía el aceite. Marco observaba callado como al vendedor le cambiaba la cara cuando vio aparecer a Julia.

—¡Hombre!, por fin tengo el honor de que haga acto de presencia mi amiga Julia. ¿Dónde te has metido estos días?, no te he visto por el mercado y me

tenías realmente preocupado. La gente murmuraba que habías estado enferma.

—Hola Gaius, me alegro de verte, estuve un poco indispuesta pero ya estoy mejor ¿Y tu mujer?, no la veo por aquí.

—No, en este viaje no ha podido venir, está esperando nuestro último hijo y ya estaba demasiado avanzado el embarazo para el traqueteo del carro. En cualquier momento puede nacer el pequeño, le quedaba poco para el parto y decidimos que se quedara en la casa—. Dijo el hombre sonriente.

—Bueno, ¿y cuántos van ya?

—Este va a ser el séptimo y si los dioses quieren nos bendecirán con otro hijo, porque las cinco primeras fueron mujeres y necesito más varones que me ayuden en el negocio—. Dijo Gaius entusiasmado—. ¿Y tú que haces acompañada de tanto legionario?

—No sé si te enteraste de los problemas que hubo en la fábrica. El general está ayudándonos a resolver el problema, nos ha puesto protección. Mira Gaius, este es el general Marco Vinicius—. Dijo Julia presentando a Marco.

—Buenas general, me alegro de que lo hayan mandado a la ciudad, espero que pueda usted averiguar quién hizo lo de la fábrica.

—Encantado de conocerlo Gaius, dé por seguro que averiguaré quien realizó el robo. Seguro que nos veremos más veces, pretendo pasar una buena temporada aquí—. Dijo Marco sonriente—. Dígame Gaius, ¿estaría usted dispuesto a suministrar a mi legión el aceite que vamos a necesitar? Hemos traído provisiones para una temporada pero seguro que necesitaremos de su aceite. Y según me ha dicho su amiga, usted tiene el mejor.

—¡Vaya que sí, general!. Lo que necesite me lo encarga y yo le traeré el mejor aceite de los olivos de Aurige—. Dijo Gaius entusiasmado, pensando en los beneficios que podría obtener de la venta de su aceite a la legión del general.

—Está bien, luego hablaré con mis hombres para que vengan a hacerle el pedido.

Mientras tanto Julia observaba anonadada como ambos hombres cerraban el negocio, sin duda Gaius debía de estar contento.

—Bueno Julia, ¿cuántas ánforas vas a necesitar?—. Le preguntó Gaius.

—Si son de las grandes necesitaré treinta para todo el año ¿A cómo me vas a poner cada ánfora?

—Bueno por ser tú y por haberme traído hoy a tan buen cliente, te voy a hacer un precio especial pero no se lo digas a nadie, ya sabes que tengo que ganarme la vida y que la competencia es dura. Tengo demasiadas bocas que alimentar—. Dijo el hombre feliz de haber hecho un negocio tan rentable esa mañana—. Y a usted general le digo lo mismo, le pondré el mejor precio que pueda, se lo puede agradecer a ella, los amigos de Julia son mis amigos. Seguro que haremos un negocio ventajoso.

—Seguro que sí ¿Hace mucho que conoce a su amiga? —preguntó Marco al vendedor.

—Desde que no medía un metro del suelo, ya solía venir acompañada de su amo. No había niña que tuviera más desparpajo e interés que ella. Se sabía todos los precios y era la que mejor recateaba, era tan pequeña que a todo el mundo nos caía en gracia, así que siempre terminaba consiguiendo el mejor precio—. Sonrió Gaius acordándose de esos momentos.

—Bueno Gaius, seguro que al general no le interesa escuchar esas historias, ¿Cuándo podrás llevarme las ánforas?—. Preguntó Julia un poco incómoda por ser el centro de atención de los dos hombres.

—Posiblemente esta tarde ¿Te viene bien?

—Sí, le diré a Horacio que te ayude a descargarlas y que te las pague cuando las lleves, éntralas por el portón de atrás. Bueno Gaius, ya nos veremos y dale recuerdos a tu mujer. Espero que todo salga bien en el parto y que tengáis un niño precioso. Adiós Gaius—. Y despidiéndose con la mano salió de la tienda.

—Adios Julia, hasta pronto general. Me alegro de haberlo conocido.

—Yo también, y no le haga caso, ha sido entretenido lo que me ha contado. Hasta la próxima—. Le dijo Marco a Gaius.

Cuando salieron del comercio, el grupo de soldados que protegía a Julia los rodeó procurando que nadie se interpusiera en el camino de la mujer y del general, pero un mendigo iba por detrás de ellos siguiendo el mismo recorrido que hacían los jóvenes. En ningún momento, se percataron de los oídos que

habían estado escuchando toda la conversación. El hombre olía tan sumamente mal que los transeúntes que se cruzaban con él lo iban esquivando.

—Bueno, ¿y ahora a donde nos dirigimos?—. Preguntó Marco.

—¿De verdad vas a estar detrás de mí todo el rato?, con que me acompañen tus hombres es suficiente—. Dijo Julia.

—Ya te he dicho que voy a acompañarte, tengo tiempo de sobra hasta la hora del almuerzo para hacer lo que tengo pendiente hoy.

—¡Eres imposible! Venga pues vamos al *calceolarius*, tengo que comprar unos *calcei* al amo Tito, los que tiene ya están demasiado desgastados.

Cuando llegaron a la tienda del artesano, el hombre estaba sentado haciendo un *calcei*, el zapato de suela gruesa llevaba una cobertura de cuero que cubría todo el pie como una bota. Cuando Julia y Marco entraron en la tienda, el hombre se percató de que tenía visita.

—Buenos días Julia, ¿cómo tú por aquí?

—Buenos días, necesito unos *calcei* para el amo Tito, ¿tienes alguno con sus medidas?

—Pues no sé, déjame ver, la última vez que viniste apunté las medidas del pie de tu amo, voy a buscarlas.

El hombre se metió en la trastienda revisando en un cajón de madera.

—Sí, aquí tengo apuntada las medidas en esta tablilla, pero ahora mismo no me queda ninguno de su medida. Si me das un par de días, te los tengo hechos, ¿te urge mucho?

—No, el amo puede aguantar un par de días más. Está bien, mandaré a Claudia para que pase a recogerlos y te los pague.

—Muy bien, los tendré preparados, no te preocupes.

—¿Y este soldado? —se atrevió a preguntar el artesano.

Julia por segunda vez esa mañana presentó el general, era inevitable que no le preguntasen, acompañada de él despertaba demasiada curiosidad.

—Es el general Marco Vinicius, que se ha hecho cargo de la vigilancia de la ciudad, se está hospedando en casa del amo Tito.

—Me alegro de conocerlo general, espero que los dioses nos bendigan por habernos traído a un hombre tan importante como usted. Últimamente la ciudad

no parece tan segura como es habitualmente. En cualquier callejuela te tropiezas con extranjeros demasiado raros que no habíamos visto nunca.

—Espero que si se percata de algo fuera de lo normal, nos lo haga saber. Estamos buscando a la gente que entró dentro de la ciudad.

—No se preocupe general, seré todo ojos y oídos. Si averiguo algo se lo comunicaré.

—Muy bien, espero que nos veamos más veces, vamos a estar bastante tiempo por aquí—. Dijo Marco saliendo de la tienda—. ¿Tienes algo más que hacer Julia?

—No, he comprado todo lo que necesitaba.

—Los hombres te acompañaran a la domus, yo tengo cosas que hacer en el campamento—. Dijo Marco.

—Muy bien, de todos modos no era necesario que me acompañaras hoy. Podía habérmelas arreglado por mí misma, hay mucha gente esta mañana en el mercado y no es nada probable que alguien se atreviera a hacer algo.

—Eso no lo sabemos. Te veré a la hora del almuerzo—. Dijo Marco mirando fijamente a Julia.

—¡Como sigas mirándome así vas a hacer que me ruborice!—. Dijo Julia incómoda, la gente de la ciudad no hacía más que observarlos, eran la novedad del día—. ¡Deja ya de mirarme así!

Marco dio una carcajada y aproximándose más a ella, le dijo al oído:

—Eso es lo que pretendo —volviéndose hacia los soldados les ordenó que la escoltaran a la casa.

Por si no estaba claro, el general había dejado claro delante de todo el mundo no solamente que esa mujer estaba bajo la protección de él, sino el interés especial en ella. Ese día Julia y el general fueron la comidilla de todo el macellum. Graco que estaba en una esquina de un comercio escondido, observó cómo ambos jóvenes hablaban, no comprendía que le había visto Julia al general. Él le ofrecía seguridad, mientras que el soldado la abandonaría en cuanto se cansase de ella. Tendría que convencerla como fuera porque no estaba dispuesto a perderla.

En otro lugar apartado del mercado, Spiculus observaba también la escena,

desconocía totalmente el interés del militar por la joven, pero era interesante saberlo. Le habían pagado para que matara al general. Si Tiberio no hacía su trabajo, tendría que hacerlo él, pero claro ¿porque no sacar doblemente provecho?, la joven tendría bastante valor en el mercado de África y si ya era una esclava podía seguir siéndolo en otro lado del mundo. ¿Quién se iba a enterar?, la muchacha valía su peso en oro y le darían una buena cantidad por ella.

Marco se fue derecho al campamento, necesitaba averiguar si habían localizado al dueño del barco mercante. Cuando llegó, Quinto estaba en la tienda.

—¿Ya acompañaste a la joven?—. Preguntó Quinto.

—Sí, no aprecia mucho mi compañía pero no puedo evitar custodiarla, me da mala espina que encontráramos las ánforas de Tito en ese barco ¿Has podido localizar al dueño del mercante?

—No, nuestros hombres están apostados en el muelle pero creo que saben que los estamos vigilando. Es raro que desde ayer no hayan aparecido a dormir al barco. Según el tripulante hoy se marchaban del puerto rumbo a Ostia, y el barco sigue atracado. Ni los hombres han aparecido, ni el barco se ha ido. Sin duda, alguien les está protegiendo dentro de la ciudad ¿Pero quién?—. Preguntó Quinto.

—Eso tenemos que averiguarlo, me da la sensación que los del barco son los que robaron las ánforas de Tito, pero el conservar esas pocas ha sido un grave error que han cometido y me sorprende semejante descuido—. Dijo Marco

—Quizás los delincuentes se han confiado y se creen impunes de su delito.

—Dile a los hombres que sean precavidos, hay que actuar con cautela. Si saben que estamos vigilándolos en el muelle, da por seguro que nos estarán vigilando también en el campamento.

—No te preocupes Marco, sabes que tenemos los mejores hombres de toda Roma.

—Bien, mientras vamos a registrar la ciudad que se venga la centuria de Lucio—. Dijo Marco.

Cuando los hombres salían del campamento, Mesalla vio salir al general seguido de Quinto. No había solicitado su presencia desde que habían llegado a la ciudad, tendría que averiguar qué era lo que lo entretenía, porque si de algo estaba segura, era de que ese hombre no era capaz de permanecer célibe por mucho tiempo.

Marco registró toda la ciudad, taberna por taberna, los baños públicos, las tiendas del macellum, las callejuelas, no quedó un sitio sin registrar, aun así no consiguieron dar con el dueño del barco. Esa tarde registraría nuevamente el buque. Era imperioso encontrarlos, en el caso de que no aparecieran, se llevaría a los hombres que estaban a cargo del navío para interrogarlos, sin duda su patrón no los dejaría abandonados a su suerte y daría la cara en busca de sus hombres.

Era la hora del almuerzo cuando Marco y Quinto volvieron a la casa después de la agotadora mañana. En cuanto llegaron fueron derechos a comer, el dueño de la casa les estaba esperando.

—Imagino que habrán tenido una mañana bastante ajetreada ¿Saben algo nuevo?—. Preguntó Tito.

—Ayer registramos los barcos mercantes que estaban atracados en el puerto y encontramos que en uno de ellos habían cinco ánforas con su sello escondidas en la bodega—. Dijo Marco mirando al anciano.

Tito se incorporó del banco donde estaba sentado interesándose por el dato proporcionado por el general.

—¿Y en qué barco se encontraba si se puede saber?, es bastante inquietante esa noticia general. Pensé que los que hubieran sustraído la mercancía ya la habrían hecho desaparecer hace mucho.

—Un barco mercante llamado “*Fortuna*”, su capitán es un tal Spículus. Pero hemos registrado toda la ciudad y ni él, ni prácticamente parte de su tripulación han aparecido. ¿Conoce ese barco?—. Preguntó Marco nuevamente.

—Sí, al capitán de ese barco se le ha visto de vez en cuando acompañado de Tiberio, pero ya hace tiempo que no se le veía en la ciudad, ni a Tiberio con él

por supuesto ¿Creen que tengan algún tipo de relación entre los dos?

—No lo sé, pero esta tarde íbamos a volver al buque a interrogar a los hombres de Spículus, pero me parece que también haremos una visita a Tiberio, registraremos la casa por si acaso estuvieran allí. No pueden traerse nada bueno, cuando a una tripulación se le da permiso para pasarlo bien, normalmente parte de ella vuelve al barco, y en este caso no han aparecido desde ayer. En cuanto terminemos de comer nos marcharemos.

—¿Podría tener esto relación con lo ocurrido a Julia?, Silo también era hombre de Tiberio. ¿Cree que podría ser significativo? ¿Que de alguna manera Tiberio esté intentando perjudicarme a través de la fábrica y de Julia?—. Preguntó Tito verdaderamente inquieto.

Cuando Julia escuchó a Tito se tensó por momentos, la joven no pudo evitar volverse y mirar a Marco, el soldado observó la reacción de la joven e intentando ser precavido comentó:

—Todavía es demasiado aventurado atreverse a dar una opinión, habrá que esperar a ver cómo se desarrollan los acontecimientos—. Dijo Marco que no quería preocupar a Julia y al hombre más de lo necesario. Pero la verdad, es que era inquietante que ambos hombres estuvieran relacionados con Tiberio, y desde luego ese hombre había estado haciendo en la ciudad todo lo que había querido durante demasiado tiempo, no le debía de haber sentado muy bien su llegada y que le usurparan el poder que tenía.

—Eso es cierto. Muy bien, pues no les entretengo más. Julia, servid primero a nuestros invitados, llevan más prisa que yo—. Dijo Tito preocupado.

—Sí, amo—. Dijo Julia.

Marco observó cómo Julia y Claudia depositaban delante de él y de Quinto varias bandejas con comida, Julia trajo una jarra de vino y pidiendo permiso les sirvió. Marco no podía dejar de observar la elegancia innata de la mujer, era demasiado organizada y meticulosa, no se le escapaba ningún detalle por nimio que pareciese, y aunque no le dirigiese la mirada era consciente de que la mujer estaba pendiente de la conversación, sobre todo por su implicación en los hechos.

Mientras los demás hablaban, Claudia y Quinto vivían su particular relación,

no se miraban a los ojos pero ambos jóvenes eran perfectamente conscientes de la presencia del otro. No le habían dicho a nadie lo de su cita en la playa pero habían quedado otra vez para volver a verse. Quinto no había conocido una mujer tan estimulante y atrayente como esa. La noche anterior habían estado conversando tan relajadamente que el tiempo se les había pasado volando, charlaban como si se hubiesen conocido de toda la vida. Quinto que no se tenía por un hombre conversador y extrovertido, había estado escuchándola hablar tan ensimismado que no recordaba haberse reído tanto en su vida.

Una hora más tarde en la cocina, Prisca observaba a las dos jóvenes demasiado silenciosas. Estaban recogiendo y limpiando los restos de la comida para dejar todo preparado para el día siguiente, y era demasiado raro que las muchachas permanecieran tanto rato en silencio.

—¿Me vais a contar que está pasando? Desde que habéis entrado no habéis abierto la boca —dijo Prisca observándolas.

—Estoy preocupada Prisca—. Dijo Julia—. El general le ha comentado al amo que han encontrado varias ánforas robadas en un barco del puerto y encima el dueño del barco está relacionado con Tiberio. Silo también era hombre de Tiberio.

—Bueno creo que es demasiado pronto para que empieces a preocuparte Julia. Deja que el general haga su trabajo, aquí estamos protegidas y hay demasiado soldados en la casa como para que Tiberio se atreva a hacer algo, ¿no crees?

—Sí, eso creo—. Dijo Julia pensativa.

—¿Y a ti que te ocurre Claudia?, parece que te ha comido la lengua el gato —señaló Prisca.

—¿A mí? ¿Qué me va a ocurrir?, son imaginaciones tuyas Prisca—. Dijo la muchacha sonrojada.

—¿Y porque te has puesto colorada?—. Dijo Julia—. ¿No será que andas haciendo algo que no debes?

—¿Qué estás diciendo? No vuelvas otra vez a las andadas—. Intentó disimular Claudia.

—No disimules Claudia, es demasiado evidente tu silencio, ¿no te habrás visto con el tribuno?

—Bueno, y si lo he visto ¿qué pasa? No creo que pase nada malo.

—¿Tienes que contarnos algo muchacha que no sepamos?—. Preguntó Prisca a una silenciosa Claudia.

—Vale de acuerdo, he salido a dar un paseo por la playa con Quinto, ¿estáis satisfechas?.

—¿Y cuándo has salido tú con Quinto?—. Preguntó Julia.

—Anoche, después de recoger salimos a dar un paseo por la playa, pero no hicimos nada, así que no tenéis que preocuparos. Me encanta ese hombre, no lo puedo evitar. Y me parece que él también siente algo por mí.

Julia y Prisca se quedaron calladas, la joven era demasiado impulsiva y era su primer amor adolescente.

—Bueno, yo no te voy a sermonear más si me prometes que tendrás cuidado—. Le dijo Julia sonriendo.

—Gracias Julia, te lo agradezco. No te preocupes, tendré cuidado. Y ya que hablamos de mí, también podemos hablar de ti. Porque yo también me he dado cuenta de lo que hay entre tú y el general—. Dijo Claudia.

—¿Cómo que entre yo y el general?, ya te he dicho que no hay nada —repitió Julia poniéndose a la defensiva.

—He visto cómo te mira el general cuando tú no te das cuenta, y no te quita el ojo de encima. Se calla en cuanto entras a la sala y Quinto me ha contado que está interesado en ti.

—Pues le va a dar lo mismo, por muy bien que bese—. Se le escapó a Julia.

—¿Por muy bien que bese?—. Preguntaron Prisca y Claudia a la vez.

—¡Oh, por los dioses! No he dicho nada. Olvidaros de lo que he dicho —dijo Julia sonrojándose.

—Sí que has dicho, suelta lo que tengas que decir—. Le ordenó Prisca.

—Me ha besado varias veces—. Dijo Julia sentándose en el banco que había en la cocina—. Le he dicho que no quiero nada con él, pero insiste. Estoy hecha un lío.

—¡Vaya par de dos, que callado os lo teníais! Lo único que os pido es que

tengáis cuidado, estos hombres lo mismo que han venido se volverán a ir. Pero la vida es demasiado corta para no vivirla—. Dijo sonriendo la cocinera.

—Eso mismo digo yo Prisca—. Dijo Claudia sonriendo.

En ese mismo instante, Spículus entraba en la tienda de Gaius y el vendedor de aceite al verlo entrar le preguntó:

—¿Desea comprar aceite señor?, iba a marcharme ahora mismo, tenía que llevar un pedido a una casa.

—No, pero vengo a hacer un trato con usted, me parece que tendrá que posponer el pedido que tenía pendiente—. Y abalanzándose hacia Gaius, le golpeo en la cara dejando al hombre completamente inconsciente.

—Amordazadlo y escondedlo detrás, que nadie lo encuentre hasta que hayamos terminado con la misión.

—¿Hace falta matarlo jefe?

—No, cuando quiera despertar el pobre infeliz ya estaremos a bastantes millas de aquí, ¿no te parece?—. Dijo sonriendo.

—Coged el carro con las ánforas y descargarlas de nuevo, hay que encontrar otras que sean más grandes y que una persona pueda caber en ella.

Al cabo de un rato, el carro partió hacia la casa de Tito. Horacio que estaba pendiente de la entrega del aceite, se sorprendió cuando Gaius no venía en el carro, sino un desconocido.

—Me han encargado que trajese este pedido aquí—. Dijo el hombre que iba sentado en el carro.

—Sí, aquí es pero ¿por qué no ha venido Gaius a traerlo? Normalmente, él suele trabajar solo.

—Su mujer se ha puesto de parto y le han avisado para que se fuera corriendo, ya sabe cómo son esas cosas, no avisan. Bueno, ¿me va a dejar pasar el aceite o me lo vuelvo a llevar?, llevo un poco de prisa. Tengo que hacer otro recado.

Horacio sin dudarlo le abrió las puertas del corral de atrás para meter el aceite, Julia le había explicado cómo Gaius iba a volver a ser padre, así que seguramente el vendedor de aceite le habría dejado encargado de los pedidos

a ese hombre. Entre los dos descargaron todas las ánforas que eran demasiado grandes y pesadas, normalmente el tamaño era un poco más pequeño, sin duda Julia habría conseguido un mejor precio por ellas.

—Tome su dinero, espero que esté bien, fue lo acordado con Gaius—. Dijo Horacio.

—Sí, es lo que dijo que me daría, todo correcto—. Dijo el hombre sonriendo comprobando las monedas en su mano, la empresa iba a tener más éxito de lo esperado, había introducido a los hombres dentro de la casa y encima se llevaba esa recompensa—. Espero que les guste el aceite, hasta la próxima vez.

Y saludando con la mano el hombre se montó en el carro y se marchó, Gaius cerró las puertas del corral y se dispuso a seguir con las tareas.

Esa tarde Marco subía a bordo del buque mercante. Los hombres de Spículus miraban al general con cara de pocos amigos pero eran inferiores en número a los legionarios y optaron por no mostrar oposición alguna.

—Oh...¡Qué sorpresa! —se mofó uno de los tripulantes ganándose un empujón de Quinto.

— Supongo que tu capitán no ha vuelto todavía, de lo contrario se encontraría a bordo—. Dijo Marco al hombre que daba la cara.

— Exactamente, deben de estar pegándose una buena juerga porque aquí no han hecho acto de presencia—. Respondió el hombre sonriendo, intentando sacar de sus casillas al general. Si sólo ha subido a eso, me parece que está perdiendo el tiempo. Ya le he dicho que cuando vuelva el capitán le daré razón de que estuvo usted aquí.

—No creo que eso sea necesario—. Dijo Marco y volviéndose hacia Quinto le ordenó—. Llevadlos al campamento y que los interroguen, se ha acabado la fiesta y pon guardia en el buque, que no salga del puerto.

Quinto asintió y acatando las órdenes de su superior se llevaron a los marineros del barco a interrogarlos al campamento.

Ya se había echado la noche cuando todo el mundo estaba dormido en la casa, solamente los guardias apostados en la entrada vigilaban el sueño de los que dormían en su interior. Mientras en el corral las ánforas fueron abriéndose una por una y los esbirros de Spículus empezaron a salir sin que los que dormían en su interior pudieran imaginar lo que estaba a punto de ocurrir. Los mercenarios acostumbrados a trabajar en la protección que da lugar la noche, cogieron sus armas y mirando a su jefe en silencio asintieron obedeciendo las órdenes que Spículus les daba con las manos. Aunque no conocían muy bien la casa, Tiberio les había dado las oportunas indicaciones de a donde debían dirigirse.

Sabían que cerca del corral y del patio de detrás de la casa se encontraban las dependencias de los esclavos, intentarían llegar a la habitación del general y pillarlo desprevenido. Saliendo del corral accedieron a una puerta que daba a la cocina y de ahí pasaron a un pasillo que era donde dormían los esclavos. En cuanto dejaron el pasillo se encontraron en la parte central de la domus, en el espacio abierto se disponían el resto de las habitaciones, la luz reflejada de la luna permitía ver con claridad suficiente el espacio. Pero Spiculus no había contado con que hubiera tantas habitaciones en esa domus, tendrían que ir averiguando una por una donde estaba el general.

Mientras dormía Marco oyó un leve sonido y se tiró de la cama con el sigilo que da la experiencia de estar en tensión y en alerta tantos años en el ejército. Algo iba mal, con cuidado cogió su gladius y se acercó a la pared de la habitación silenciosamente con cuidado de no alertar a quien estuviera fuera. Situándose detrás de la puerta pero con cuidado de que no le golpearan al abrir, Marco se preparó para el ataque cuando vio como la puerta se abría sigilosamente y alguien entraba con un arma en la mano. Marco no desaprovechó la oportunidad de la sorpresa, cogiendo al hombre del cuello, le clavó la espada por detrás sin piedad. Y acto seguido salió de la habitación, levantando el brazo en alto repeliendo el siguiente golpe de otra espada que se abalanzaba hacia su cabeza. El ruido del choque de las espadas alertó a los soldados que se hallaban apostados fuera de la casa. Quinto salió también de la habitación donde había dado muerto a otro de los asaltantes. Una lucha sin

cuartel se desarrolló en ese momento, Marco luchaba ferozmente contra el hombre que tenía enfrente. Con un rápido movimiento, Marco levantó la rodilla intentando desestabilizar a su adversario, pero el hombre consiguió herirlo en un brazo haciendo que la sangre le manara de la herida.

Spiculus sabía que el general era un buen contrincante pero él también era un experto luchador. Moviéndose alrededor del soldado contraatacó para clavarle la espada, pero el general se agachó y pudo esquivar el golpe fatal de la espada del mercenario, incorporándose rápidamente y arremetiendo contra él. Los dos hombres chocaban sus espadas, un baile mortal de pies se sucedía entre ambos contrincantes pero las fuerzas estaban tan igualadas que ninguno conseguía herir de muerte al otro.

Marco era consciente de que los mercenarios iban menguando en número, sus hombres eran los mejores legionarios del Imperio. Los mercenarios fueron cayendo uno a uno, y solo cuando los hombres estuvieron igualados se dio cuenta Spiculus que debía ordenar retirada si no querían acabar todos muertos, pero era imposible escapar por donde habían entrado, había subestimado a sus adversarios. En ese momento, uno de sus hombres apareció oportunamente con la esclava rubia de Tito, sujetaba la espada en el cuello de la joven hiriéndola levemente.

—¡Ordene a sus hombres que se retiren si no quiere que la matemos!—. Dijo Spiculus observando fijamente al general.

Cuando Marco vio que el mercenario tenía la espada en el cuello de Julia, el corazón se le paralizó de terror por la mujer, era la segunda vez que presenciaba lo mismo. El hombre la tenía tan sujeta que había conseguido hacerla sangrar en el cuello, un reguero de sangre manaba de la herida y por si fuera poco un brillo enloquecido asomaba a los ojos del mercenario. Julia que miraba asustada a Marco no pudo evitar que las lágrimas corrieran por su cara involuntariamente. El hombre apartó la mirada de Julia y posándola sobre el mercenario dio la orden a sus hombres de parar la contienda.

—Sólo le voy a dar una oportunidad para salir de aquí vivo pero como no suelte a la muchacha ya puede considerarse hombre muerto—. Dijo Marco.

—¡Suelten las armas!—. Le ordenó Spiculus a Marco.

—No tiene a la suerte y máchese ahora que está a tiempo—. Le ordenó Marco.

Spiculus le sostuvo la mirada y comprendió que el general no se dejaría vencer, era mejor perder una batalla que no una guerra. El general había visto su cara y podría reconocerlo, se hacía imperioso acabar con su vida, pero no sería ese día. El pirata levantó el brazo dando a sus hombres la señal de retirada y empezaron a salir bajo la mirada atenta y cautelosa de todos los legionarios allí presentes. Marco no le quitaba el ojo de encima al hombre que amenazaba a Julia. Cuando ya prácticamente habían salido todos, solamente quedaba en la puerta que conducía al pasillo de las habitaciones Spiculus y su hombre. Este hizo ademán de llevarse también a Julia pero Quinto que observaba la escena desde otro punto del atrium, sacó una daga y sin darle oportunidad al mercenario se la clavó en el cuello sin dañar a Julia. Sin embargo, este cayó arrastrando al suelo a la muchacha.

Spiculus salió corriendo detrás de sus hombres buscando la oportunidad de escapar y conforme llegaron al corral salieron a la calle por la que habían entrado. Los soldados corrieron detrás de ellos persiguiéndolos pero los mercenarios conocían demasiado bien las serpenteantes callejuelas de la ciudad y pudieron despistarlos después de un buen rato de persecución. Mientras tanto en la casa, los esclavos que habían escuchado la lucha y habían permanecido atrincherados en sus habitaciones, salieron de ellas en cuanto comprobaron que había pasado el peligro.

Marco se agachó y recogiendo a Julia del suelo la sostuvo entre sus brazos, agradecido de que ella estuviera bien. La muchacha estaba tan conmocionada por la violencia que había tenido lugar que desubicada miraba los cadáveres que tenía alrededor, sin embargo Marco se puso enfrente de ella obstaculizándole la vista para que no viera los cuerpos mutilados, preocupado le dijo:

—Te han vuelto a herir, tienes sangre en el cuello ¿Te encuentras bien, de verdad?—. Preguntó Marco dándole un beso en la frente.

Julia asintió sin hablar pero cuando se volvió buscando donde estaba Tito, horrorizada observó que el anciano estaba tirado en el suelo inconsciente.

Capítulo 11

*“La vida de los muertos perdura
en la memoria de los vivos”.*

Cicerón

Julia se encontraba al lado de la cama de Tito, habían llamado al galeno que solía atenderlo normalmente. Después de encontrar al anciano inconsciente en el suelo, el hombre no había recobrado el conocimiento. A pesar de la hora que era, el galeno acudió apresuradamente en cuanto le avisaron de lo ocurrido. Entró deprisa en la habitación de Tito y desplegando sus utensilios encima de una pequeña mesa que había en la habitación empezó a examinar al hombre.

—¿Qué le ha pasado?—. Preguntó Julia al galeno observando cómo se acercaba al anciano.— Todo ocurrió tan deprisa que nadie se percató del amo pero no tiene ninguna herida en el cuerpo, no sabemos porque sigue inconsciente.

—¿Cuánto tiempo lleva desmayado Julia?

—Nos dimos cuenta que había perdido el conocimiento desde que acabó la reyerta, fue cuando lo vimos tumbado en el suelo.

—¿Qué tienes tú en el cuello?, ¿te hirieron nuevamente? —preguntó el galeno preocupado.

—No es nada grave, examina primero a Tito, me preocupa más. Está demasiado pálido.

—No te preocupes, ahora mismo lo veo. Sal y tráeme más luz, voy a necesitarla—. Ordenó el médico empezando a trabajar eficientemente.

El hombre se dispuso a examinar a su amigo y comprobó que las pulsaciones eran demasiado lentas, era lo que se temía desde hacía tiempo. Tito padecía una grave enfermedad del corazón y el anciano que conocía la gravedad de su

estado no había querido preocupar a esa muchacha contándole la verdad. Con el asalto a la vivienda, su cansado corazón no había podido resistir tantos sobresaltos y emociones, sin duda había sufrido un infarto. Era bastante difícil que superase aquello, su corazón estaba demasiado desgastado y había llegado a su límite. Desde los acontecimientos en que Julia había sido herida, el anciano había sufrido un retroceso, lo que había ido agravando cada vez más su estado de salud. En ese momento, Julia junto con el general entraron en la habitación con más candiles y velas.

—Le pondré las velas más cerca para que pueda ver mejor —sugirió Julia.

—¿Cómo se encuentra el anciano?, ¿es muy grave lo que le acontece?—. Preguntó Marco que estaba situado detrás de Julia.

—Creo que debo hablar con ustedes en privado, si son tan amables salgan un momento y ahora cuando termine de atender a Tito les cuento todo lo que deseen—. Dijo el galeno sin mirar a ambos jóvenes.

—Muy bien, lo esperaremos fuera. Julia deja al médico hacer su trabajo, él sabe lo que hace.

Julia y Marco se fueron a la biblioteca de Tito, allí esperaron a que el hombre terminara. La muchacha caminaba de un lado a otro de la sala demasiado inquieta. Prisca entró mientras tanto dispuesta a curar las heridas de los dos jóvenes, por lo menos sería útil ahí, necesitaba mantenerse entretenida haciendo algo mientras examinaban al amo.

—He traído todo lo necesario para limpiaros las heridas que tenéis, por lo menos hasta que el galeno os pueda atender.

Marco dirigiéndose a la cocinera le dijo:

—Atienda primero a Julia.

—Muy bien. Déjame examinarte muchacha, siéntate en esta silla que vas a desgastar el suelo de tanto pasearte en él.

Prisca limpió la herida del cuello de Julia y una vez que terminó le aplicó un ungüento para que la herida cicatrizara. Cuando estaba terminando de curar al general apareció por la puerta el galeno.

—Ya veo, que les han atendido—. Dijo el médico mientras Prisca los dejaba solos y se llevaba los utensilios—. Gracias Prisca por adelantar mi trabajo, tú

siempre tan eficiente. Bueno imagino que querrán saber que le pasa a Tito. No me andaré por las ramas y seré sincero, Tito padece una grave enfermedad desde hace mucho tiempo y no le queda mucho tiempo de vida, me temo que pronto nos dejará.

Julia se levantó del sillón donde estaba sentada y espantada le preguntó:

—Pero, ¿qué está diciendo?, Tito no puede estar muriéndose...no puede ser, no tiene ninguna herida ¡Eso es imposible!—. Dijo Julia negando con la cabeza y mirando con incredulidad al galeno.

—Lo siento mucho Julia, se cuánto quieres y aprecias a Tito, por eso mismo él no quiso en ningún momento que te contáramos la verdad. Pero lo cierto es que tu amo llevaba mucho tiempo gravemente enfermo y me temo que los acontecimientos de esta noche lo único que han hecho ha sido precipitar el agravamiento de su mal. Padecía una enfermedad de corazón que poco a poco iba debilitándole, estos últimos meses ha hecho un verdadero esfuerzo por aparentar normalidad pero mucho me temo que desde que se enteró de tu secuestro y te vio gravemente herida, su vida ha ido debilitándose poco a poco.

Julia dejó escapar un leve gemido de angustia. Apoyó los brazos en el escritorio de su amo y empezó a sollozar desconsoladamente por el hombre que era la única familia que había conocido. La muchacha dejó de ser consciente de todo lo que le rodeaba. La casa sin él no volvería a ser lo mismo.

Marco no pudo aguantar verla en ese estado y sin importarle que el otro hombre estuviera delante se puso detrás de ella y volviéndola hacia él, le proporcionó el poco consuelo que podía, pero ella estaba tan sumida en su dolor que no era consciente de que el hombre la rodeaba con sus brazos. El soldado le levantó el rostro y manteniendo su atención centrada en ella, vio las lágrimas que estaban corriendo por su cara y dejando escapar un gemido de frustración le limpió las lágrimas con sus propios dedos.

—Julia mírame—. Le pidió Marco—. Tienes que ser fuerte, Tito todavía no está muerto y hay que procurarle todo el bienestar posible hasta que decida dejarnos.

Dirigiéndose al galeno le volvió a preguntar:

—¿Está seguro de lo que está diciendo?, ¿no hay ninguna posibilidad de que se estabilice y supere su estado?

—Voy a serle sincero...no creo que pueda pasar de mañana. Su corazón irá debilitándose poco a poco, es lo que su naturaleza aguante. Lo lamento mucho Julia, sé el cariño que le tenías y a su vez el que te tenía a ti. Lo lamento profundamente, con él se va también mi mejor amigo. Se va un gran hombre.

Julia que seguía llorando posó su cabeza sobre el hombro de Marco, el general la agarró más fuerte y abrazándola escuchó como Julia le daba las gracias al galeno.

—Siempre fue como un padre para mí. Le agradezco que haya estado pendiente de él estos meses, por lo menos pudo contar con usted, ¿hay algo más que se pueda hacer por él? —preguntó Julia totalmente desconsolada.

—No, me temo que no. Estaré revisando a los soldados que están heridos fuera mientras esperamos la evolución de Tito, me temo que la noche va a ser larga.

—Muchas gracias doctor—. Volvió a repetir Julia.

Cuando el galeno salió de la biblioteca, Julia se quedó mirando a Marco y entre lágrimas le preguntó:

—¿Qué voy a hacer sin él?

—No te preocupes, lo superarás. Yo estaré aquí contigo para ayudarte. Vente, límpiate la cara y vayamos a comunicárselo al resto de la gente.

Mientras Julia fue en busca de los demás criados, Quinto entró en el atrium en busca de Marco.

—Marco se han escapado, alguien debe haberles dado cobijo dentro de alguna casa porque en medio de una de las callejuelas han desaparecido y el barco sigue en su sitio.

—En cuánto amanezca que revisen la ciudad de arriba a abajo, que no quede un hueco sin registrar. Esos mercenarios están metidos dentro de la ciudad. Revisaremos la casa de Tiberio especialmente ¿Han dicho algo los hombres de Spículus en el campamento?

—No, todavía no, prefieren morir a delatar a su jefe.

—Pues si tienes que matarlos a todos para hacerles hablar, hazlo.

Horas después, Julia y Marco se encontraban al lado del cuerpo moribundo de Tito cuando el hombre despertó de su inconsciencia. Demasiado debilitado apenas pudo hablar pero dirigiendo su cansada mirada hacia los dos jóvenes instó a Marco para que se le acercara y con un susurro pidió hablar con él.

—Julia déjanos un rato a solas, quiere hablar conmigo un momento—. Le dijo Marco.

Una vez que la joven hubo salido, Marco se acercó al lecho de Tito y aproximándose todo lo posible para no molestarlo se prestó a escuchar lo que el hombre quería decirle. Con una voz demasiado débil y temblorosa Tito instó a Marco para que escuchara con atención.

—Marco tengo que pedirte algo muy importante para mí...Hubo algo que pasó hace muchos años...., me queda muy poco tiempo para partir pero no puedo irme tranquilo, tienes que escuchar atentamente muchacho....—dijo Tito nervioso, apenas podía hablar y hacía pausas cada vez que intentaba hablar.

—No se altere Tito, tiene que conservar las fuerzas que tiene—. Le sugirió Marco.

—No, es preciso que te cuente algo. No sé porque extraña razón de los dioses volviste a nuestras vidas y qué hilos del destino hicieron que no me reconocieras cuando llegaste a la ciudad...nuestras vidas se cruzaron hace muchos años, y aunque tú ignores el pasado debo contarte qué ocurrió... En mi breve estancia en Roma fui tú maestro.

—¿Mi maestro?, ¿Cuándo?, no lo recuerdo—. Dijo Marco confundido.

—Hace demasiados años, cuando eras pequeño solías acudir junto con tu hermano a palacio para recibir clases junto a la hija del desaparecido emperador Calígula.

—¡Por los dioses!, ¿era usted? Hay determinados detalles y pasajes de mi vida de los que no conservo recuerdo alguno. En aquella época del asesinato del emperador, tuve un accidente y perdí la memoria, estuve mucho tiempo sin

conocimiento y cuando lo recuperé no recordé nada de aquellos días. Según le dijeron los galenos a mi padre, mi rechazo a la muerte de la hija de Calígula hizo que negara la realidad olvidando todo lo sucedido en ese periodo. Mi madre me contaba que siempre andábamos jugando juntos y que le tenía mucho apego a la niña. Al día siguiente de la muerte del emperador, cuando mis padres me contaron lo sucedido, salí corriendo de la sala sin que me pudieran alcanzar, en mi carrera debí tropezar con algo y me golpeé la cabeza perdiendo la memoria, me encontraron sin conocimiento. Lo que sí me contaron posteriormente fue que en medio de aquel caos mi maestro desapareció también, mucha gente le dio por muerto ¡Por eso no me acuerdo de usted!

—Ahora entiendo porque no me reconociste. Cuando desaparecí tenía una imperiosa razón que debes conocer—. Tito cogiéndole la mano a Marco por encima de la sábana, le apretó fuertemente la mano y le exigió—...debes prometerme que lo que te diga no saldrá de aquí.

—Esté tranquilo que sabré guardar lo que me cuente—. Cuando Marco se lo prometió, Tito dio un leve suspiro de tranquilidad y prosiguió con su relato.

—Tenía un motivo muy importante para desaparecer. La hija de Calígula no murió ese día—. Dijo mirando a Marco, yo me la llevé para que no la mataran.

—¿La secuestró?

—No, la salvé, había un complot para asesinarla también. De hecho se corrió el rumor de que la habían matado pero nunca llegaron a encontrar el cuerpo y ahora me temo que después de tantos años el esfuerzo no valió la pena. Aun así, han intentado matarla. Debes prometerme que la protegerás.

—No se preocupe, sabe que haré por la muchacha todo lo que esté en mis manos ¿Dónde la tiene escondida?—. Preguntó Marco.

—No la tengo escondida—. Dijo mirando fijamente al soldado.

Marco callado se quedó mirando fijamente al hombre y como si una luz le hubiera iluminado el entendimiento dio un respingo y moviendo la cabeza empezó a negar diciéndole:

—No puede ser ella—. Dijo sorprendido.

—Sí, es ella. La cuidé como si de una hija se tratara y le proporcioné todo lo necesario para que pudiera ser autosuficiente el día que yo faltara, pero ahora me temo que está de nuevo en peligro...ella no nació siendo esclava, es más procede de la clase más noble de Roma, es la hija del propio emperador. Prométeme que la cuidarás por mí, si alguien supiera de su destino su suerte sería más incierta todavía.

—Se lo prometo, esté tranquilo—. Le aseguró Marco.

—No pienses que no me he dado cuenta de tu interés por ella, pero ahora que ya sabes quién es debes protegerla hasta de ti mismo. Ella no es una simple esclava...sin daros cuenta vuestros destinos se volvieron a unir, no sé porque extraña razón —dijo débilmente el hombre mirando al vacío.

Marco demasiado asombrado y conmovido por las palabras de su antiguo maestro no supo que responderle, demasiadas preguntas le rondaban por su mente pero no era el momento oportuno. Estaba realmente sorprendido de que aquella niña con la que él jugaba y que el dolor ante el conocimiento de su muerte había borrado de su mente infantil, fuera la misma mujer que él deseaba. Qué retorcidos hilos del destino les tenían preparados los dioses para que después de más de veinte años se hubieran vuelto a encontrar.

—No se preocupe Tito, haré todo lo posible por encontrar a los culpables y porque a Julia no le suceda nada.

Quedándose el anciano más tranquilo le pidió que hiciera pasar a Julia. Marco salió en busca de la joven y mirándola de una forma extraña e intensa la hizo pasar otra vez dentro de la habitación del anciano.

—Quiere hablar contigo ahora, esperaré fuera—. Dijo Marco sin mirarla a los ojos.

Julia miraba demasiado emocionada al anciano postrado en la cama, arrastrando los pies se acercó a su lecho y arrodillándose en el suelo lo cogió de la mano. No hicieron falta palabras, con las miradas eran capaces de comunicarse sin hablar. Ella sabía que ese hombre tan querido por ella se iba, apoyando la cabeza encima de su cuerpo el anciano le tocó el cabello con cariño.

—No quiero que llores Julia, sabías que este momento llegaría algún día. Todo ha sido un poco precipitado, pero eres una mujer fuerte, sabrás reponerte.

El anciano difícilmente podía articular palabra alguna, su corazón se iba apagando lentamente y su respiración era cada vez más trabajosa. Julia levantó la cabeza al ver que Tito había dejado de hablar, asustada se acercó más, cayéndole las lágrimas por el rostro sin poder evitarlas. Una pena demasiado fuerte se instaló en su pecho, un dolor desgarrador. Nunca fue consciente de que ese hombre se tuviera que ir algún día, vivían en su pequeño y seguro mundo que habían creado entre los dos y se iba para dejarla sola. Llorando lo abrazó.

—¡No estoy preparada para que te vayas! Nunca había pensado que llegaría este momento ¿Qué voy a hacer sin ti?—. Dijo Julia preocupada.

—Lo superarás, no en vano te he criado todos estos años para que te conviertas en un despojo de mujer. Deberás ser fuerte, he dispuesto todo para que estés protegida, una persona se ocupará de mi testamento y de ayudarte en lo que necesites. Ya se sabrá todo a su debido tiempo. Quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti, desde que dejamos Roma no ha habido ni un solo momento que me haya arrepentido de la decisión que tomé. No mires nunca atrás y haz siempre lo que te dicte el corazón, porque el corazón nunca se equivoca. Esta vida no está hecha para cobardes, confía en el general, él te ayudará.

En ese momento el anciano dejó de hablar y cerró los ojos demasiado cansado para poder seguir hablando. Julia siguió acurrucada sobre él, aunque las personas estuvieran preparadas para afrontar la muerte de un ser querido, ella era consciente del gran vacío que iba a dejar en ella. Dejó vagar su mente otra vez por ese mundo de recuerdos que atesoraba: las primeras lecciones en la biblioteca pasando horas y horas debatiendo sobre filosofía y economía, sus paseos por la playa, sus compras en el foro, sus consejos, su paciencia y sobre todo su bondad.

Era de madrugada cuando Julia junto con los demás esclavos de la casa acompañaban al moribundo en su lecho para darle el último adiós. Un pesado y doloroso silencio reinaba en la habitación. Cuando el médico asintió con la cabeza hacia Julia confirmando que era el último aliento de Tito, Julia se acercó a su amo como exigía la tradición y recogiendo el último aliento del hombre le dio un beso para que su alma no fuera atrapada por malos espíritus o encantamientos, y cerrándole los ojos le llamó por tres veces por su nombre como era costumbre para comprobar que el hombre realmente había muerto.

Prisca salió silenciosamente llorando de la sala y se dirigió a por agua y a por los ungüentos que necesitaban para el ritual funerario. Momentos después lavaron el cuerpo del hombre y lo perfumaron con los aceites. Una vez que le pusieron sus mejores ropas, en este caso una toga por ser un ciudadano importante, lo cubrieron con un sudario blanco. Horacio ayudó a las mujeres a depositar el cuerpo de Tito sobre una litera con los pies hacia la puerta de entrada rodeado de flores, símbolo de la fragilidad de la vida. Así mismo, le colocaron una corona en la cabeza y se le puso una moneda en la boca para pagar al barquero Caronte en su trayecto al más allá.

Por la condición social de Tito, su cuerpo permaneció expuesto en el atrium. En la puerta de la casa se colocaron ramas de ciprés para avisar a los habitantes de Baelo Claudia de la presencia de un muerto en el interior de la domus y la puerta se mantuvo cerrada para comunicar que no se debería solicitar la atención para ningún negocio hasta que se celebrara la ceremonia de purificación tras las exequias. El velatorio duró cinco días, tras los cuales toda la gente que trabajaba para Tito y los habitantes de la ciudad que apreciaban al hombre, acompañaron su cuerpo rindiéndole el respeto que se había ganado durante tantos años.

Era ya la segunda noche del velatorio cuando Marco y Quinto miraban atentos en el atrium donde se exponía el cuerpo del difunto la gente que entraba, no habían conseguido encontrar a los mercenarios y el registro de la casa de Tiberio había resultado infructuoso.

—Deberías convencer a la joven que descanse, se nota que no puede más y está que se cae, si fuese mi mujer no la dejaría ahí—. Dijo Quinto a Marco.

—¿Y quién te ha dicho que es mi mujer?—. Preguntó Marco poniéndose a la defensiva.

—No eres capaz de despegarte de ella, estas igual que un perro cuando van a quitarle su hueso y encima los demás se han dado cuenta. Te pones como un energúmeno cada vez que se le acerca el tal Graco, el cual dicho sea de paso se muere de ganas por hablar con ella.

—Ya me he dado cuenta, si pudiera lo borraba del mapa.

—Pues yo de ti, no dejaría que se le acercara tanto. Se le ve totalmente decidido a hacerse cargo de la joven, no hay más que verle como la mira. Y ahora muerto Tito no hay nada que se lo impida.

—No me digas más, que cada vez que lo veo me pongo negro. La llevaré al campamento, allí no podrá seguirme el liberto. Inventaré algo para poder sacarla de aquí.

Sin pensárselo más, Marco se fue derecho a donde estaba Julia sentada y en voz baja le susurró si podía acompañarlo. Cuando Julia lo miró, asintió y levantándose con dificultad lo siguió fuera de la sala. Quinto observó como Graco se quedó mirando al general cuando se llevó a Julia del funeral, su cara era todo un poema.

Graco se sentía impotente ante el soldado, había demasiada gente para montar una escena pero más tarde hablaría con Julia cuando regresara. Le prohibiría que volviera a quedarse a solas con el general.

—Julia necesito que me acompañes al campamento—. Dijo Marco a la muchacha.

—¿Ahora?, no puedo abandonar la casa, estamos en medio del velatorio.

—Es necesario que reconozcas a alguien en el campamento, están interrogándolo.

—¿Habéis encontrado a los hombres que entraron?—. Preguntó Julia sorprendida.

—Cuando lleguemos te contaré todo—. Dijo Marco no queriéndole dar más explicaciones para que la joven no sospechase.

Julia caminaba cansada al lado del general, la cabeza le dolía y los ojos no podía abrirlos del cansancio después de dos noches sin dormir y de tanto llorar estaba exhausta. Cuando llegaron a una tienda de color rojo situada en el centro del campamento, Marco le abrió la puerta para que entrara dentro. Era la primera vez que Julia pisaba el campamento. La hizo pasar a una sala que era espaciosa y amplia, se notaba que era la zona de trabajo del militar porque sobre una mesa tallada situada justo en el centro del lugar se encontraban numerosos mapas y documentos depositados en ella. Al fondo de la tienda había una cortina que separaba la sala de lo que debía ser una especie de dormitorio.

—¿Dónde están esos hombres?—. Preguntó Julia.

—No te he hecho venir para que reconozcas a alguien —le dijo Marco observando su reacción.

—¿Y entonces para qué? ¿Dónde están los mercenarios?—. Preguntó Julia inquieta.

—Era mentira, solo ha sido una pequeña estratagema para traerte hasta aquí.

Julia lo miró atentamente y le volvió a preguntar:

—¿Para qué me has hecho venir entonces?

—Quiero que comas algo y que descanses, Tito me dejó encargado que me ocupase de ti y agotándote no vas a conseguir nada.

Julia estaba demasiado furiosa cuando lo escuchó hablar, su lugar no estaba en esa tienda, sino velando el cuerpo de su amo.

—Me voy, sabes que debo estar en el velatorio de Tito.

—Lo harás cuando hayas descansado, no puedes pretender estar cinco días sin dormir —dijo Marco intentando intimidarla.

—No puedes impedírmelo.

—Sabes que puedo y lo haré, así que no me provoques porque te puedo retener todo el tiempo que quiera aquí. Solo pretendo que comas algo y que descanses un poco.

—Probaré algo, pero me iré enseguida—. Le dijo Julia. Sabía que cuando ese hombre se lo proponía no podía hacer nada y mucho más estando en su terreno.

—Siéntate, ordenaré que te traigan algo de cenar.

—Julia se sentó en una de las sillas, apenas tenía hambre pero sabía que hasta que no comiera algo no se iría de allí.

Marco salió de la tienda y a uno de los centinelas le dio la orden de que trajera algo de cenar. Julia seguía sentada en la silla cuando momentos después Marco entró acompañado por el soldado. Depositando la comida en la mesa el muchacho se retiró.

—Come algo, mañana será otro día. Tito no hubiera querido verte así.

—No me apetece comer nada.

—Come—. Le ordenó Marco.

Julia solo pudo probar un poco de pan y de queso pero era incapaz de que la comida le pasara por la garganta. Mirándolo fijamente le dijo:

—Marco no puedo más, ¿me dejarás marchar ahora?

—Quiero que descanses aquí un rato, si te vas a la casa estoy seguro que no lo vas a hacer y acabarás desfallecida.

—No me voy a acostar aquí, si crees que me vas a obligar estás muy equivocado—. Dijo levantándose, intentando dirigirse a la entrada de la tienda.

Marco le cortó el camino y cogiéndola del brazo la acercó hacia él, levantándola del suelo la llevó en brazos hasta la otra sala que había detrás de la cortina. Julia intentaba impedirselo forcejeando con él, pero no podía luchar ni resistirse ante la fuerza del soldado. Dejándola en el lecho se acostó al lado de ella.

—No me toques, por favor.

—No debes temer nada, solo descansaremos un rato y luego volveremos a la casa. Ya sabes lo testarudo que puedo llegar a ser—. Le dijo Marco.

—Ni hablar ¡Suéltame!—. Julia sabía que aunque no la estaba abrazando con fuerza, le sería imposible liberarse de él.

—Sólo quiero que descanses, deja de comportarte de manera tan infantil, no es para tanto—. Respondió Marco.

Cuando Julia se cansó de forcejear se quedó quieta, ya no podía luchar más contra aquel hombre. Descansaría como quería el general pero en cuanto

podiera se marcharía de allí. Cerró los ojos para no tener que verle más la cara.

—¡Maldito seas! No siempre te vas a salir con la tuya—. Le dijo Julia volviéndose.

Tumbado al lado de Julia sabía que todavía estaba despierta pero por lo menos había dejado de luchar, había cerrado los ojos pero no hacía falta ser adivino para averiguar lo que pasaba por la cabeza de ella, estaba deseando alejarse de allí. Marco estaba preocupado por esa mujer que se le estaba metiendo en la sangre y en el alma, nunca había tenido que obligar a ninguna mujer a quedarse en su lecho y ella no dejaba de enfrentársele. El descubrimiento de quien era todavía lo tenía demasiado sorprendido, sentimientos nuevos se estaban apoderando de él y le inquietaba. En su pasado esa mujer había tenido un lugar en su vida y ahora volvían a encontrarse. No podía negar la irresistible atracción que sentía, de pequeña era tan importante para él que perdió la memoria cuando supo de su muerte y ahora la deseaba desde el mismo momento en que subido encima de su caballo la vio en la calle, todos los sentimientos por esa mujer eran contradictorios: deseo, protección, alegría, preocupación... Esos inquietos ojos verdes le volvían loco y su sonrisa lo cautivaba, y estar abrazándola aunque ella estuviera enfadada era demasiado reconfortante. Lamentaba profundamente la muerte de Tito, pero se sentía feliz de tenerla entre sus brazos. Le había prometido al anciano que velaría por ella y así lo haría.

—Julia, ¿estás dormida?—. Le preguntó cuando vio que su respiración se había vuelto más sosegada y pausada.

Cuando no percibió ningún movimiento por parte de ella bastantes minutos después, se acercó más y le puso la mano en el hombro volviéndola hacia él. Tocándole la base del cuello con los dedos fue subiendo con el dedo hasta que le acarició sus labios, los cuales sabían a fruta madura y lo dejaban siempre con la sensación de querer tomar más, y su cabello que parecía estar besado por el sol, le inducía siempre a acariciarlo. Mientras dormía observaba sus cambios de expresión: entre sus rubias cejas se formaba un leve ceño, como si sus sueños no fuesen nada tranquilos. Marco le acarició la mejilla y sin poder

resistirse volvió a besarla en la frente, aunque se agitaba y susurraba cosas, la volvió a abrazar protegiéndola hasta de sus propios sueños. Poco tiempo después Marco se quedó dormido con ella en sus brazos.

Al día siguiente, la brillante luz de la mañana calentaba el interior de la tienda. Julia, todavía medio dormida, dedujo que el sol debería ser muy fuerte para que sintiera tanta calor.

Notó que algo se movía detrás de ella y, apoyándose en un codo, se giró hacia el otro lado, Marco la estaba observando con cara soñolienta, sus esplendidos y atractivos ojos azules la miraban divertidos. Estaba tan guapo con el cabello revuelto y con la cara todavía adormilada que casi tuvo que contener la respiración.

—Nos hemos dormido —dijo Julia escandalizada—. Todos los soldados sabrán que he dormido aquí contigo. Siempre me levanto antes del amanecer y ahora...¡Por los dioses! ¿Cómo voy a salir ahí afuera?

—Relájate y respira hondo ¿Has dormido bien?—. Creo que voy a dejar que duermas conmigo todas las noches.

—Eres demasiado prepotente y creído si piensas que te lo voy a permitir—. Dijo Julia— ¿Por qué insistes tanto? Sabes que somos de distintas clases sociales, tu vida no puede cruzarse con la mía sino es para usarme y abandonarme como si de un trapo viejo fuera. Tu eres un patricio y yo una esclava. Algún día tendrás que formar tu propia familia y eso no puedes cambiarlo, yo no soy plato de segunda mesa para nadie. Aunque no lo creas, tengo una vida por delante y aunque no tenga derechos como esclava, hay una cosa que no me puede quitar nadie y es la dignidad. No pienso permitir que nadie me señale por la calle como la amante o la concubina del general.

Marco abrazándola de repente le dijo:

—Nadie que precie su vida se atreverá a insultarte de ese modo. Pero no me pidas que me aleje de ti, porque no estoy preparado para dejarte marchar ahora que te acabo de encontrar, te deseo demasiado—. En ese mismo momento Marco se aproximó más a Julia y poniéndose encima de ella, la cubrió con su cuerpo atrapándola debajo y sin poder remediarlo la beso como llevaba deseándolo desde hacía tiempo. Esa mujer era suya y la tenía debajo

de él para atormentarlo. Marco lamió con la punta de su lengua el lóbulo de su oreja y ella gruñó extasiada. Su boca buscó la de ella con una presión cálida y urgente, y sin demasiada delicadeza hundió agresivamente su lengua en ella. Julia levantó sus manos hasta la cara de él y tocando con sus urgentes dedos la barba, le salió al encuentro. Un sonido áspero surgió de lo más profundo de la garganta de él, un gruñido masculino de satisfacción y placer. Sus brazos se cerraron en torno a ella en un abrazo inquebrantable que ella aceptó encantada. Julia lo rodeó con sus brazos, aferrándose con desesperación a su espalda, a los duros y tensos músculos de él.

Marco gimió cuando sintió las manos de Julia en su cuerpo. La voracidad de Marco fue en aumento, se le aceleró la respiración y el pulso le latió con fuerza, hasta que se percató de que estaba a punto de perder el control.

—Quiero verte—. Descendió sobre ella, inmovilizándola con su sólido cuerpo sobre la cama. Julia sintió que le agarraba la parte delantera de la túnica y se la levantaba dejándola expuesta ante él.

—Marco, no estoy preparada...espera —murmuró ella, temiendo lo desconocido.

—No te preocupes, solo quiero verte—. Marco dejó al descubierto sus estilizadas piernas y su cuerpo. Lamiendo con la lengua su abdomen la saboreó, fue subiendo poco a poco por su cuerpo, besando y adorándola con pequeños mordiscos en cada trozo de piel descubierta. Con un último tirón terminó de sacarle la túnica por la cabeza ya que le obstaculizaba la vista de sus hermosos pechos, Marco no podía hablar conmocionado de lo bella que era. Conteniendo la respiración volvió a cubrir la boca de ella penetrando con la lengua profundamente, mientras sus caderas se movían con lentas embestidas sobre el centro del cuerpo femenino. Excitada sentía el cuerpo de Marco empujar sobre ella, estaba consumiéndola con sus cálidos e indagadores besos y cada provocativo empuje provocaba ardientes sensaciones que se extendían por su cuerpo.

Julia se retorció impotente, incapaz de hablar con esa boca de él poseyendo la suya. Estaba ocurriendo algo, sus músculos se tensaban y sus sentidos esperaban con ansia algo...¿el qué?, iba a desfallecer si él no se detenía.

Quería pararlo y a la vez que no parara pero sus manos no podían dejar de acariciarlo.

Metiendo las manos bajo la espalda de Julia, le ahuecó el trasero y la alzó para apretarla contra la presión ardiente de su miembro. Ambos gimieron con la exquisita sensación.

—¡Marco, por favor!—. Dijo Julia extasiada sin saber qué le exigía.

De repente, Marco se apartó un poco de ella apoyando sus brazos a cada lado de su cabeza, apoyando su frente en la de la joven y mirándola le dijo seriamente:

—Esta vez nos marcharemos pero la próxima vez que te tenga en una cama te haré mía, no lo olvides —dijo acariciándole la sonrosada mejilla—. Te deseo y sé que tú a mí también. En cuanto te vistas, nos iremos y deja de preocuparte por los soldados.

En la quinta noche del velatorio todo estuvo preparado para llevar el féretrum de Tito hasta su última morada, ocho hombres llevaban en hombros al querido y apreciado maestro, por donde iba pasando el cortejo fúnebre impresionaba su majestuosidad por la multitud de personas que lo acompañaban, a pesar de que el anciano no tenía familia, sus esclavos, los libertos que trabajaban para él y numerosos ciudadanos que lo apreciaban portaban numerosas antorchas iluminando el paso empedrado que llevaría al hombre a su última morada. De riguroso negro y con el pelo suelto, las mujeres lloraban detrás, Julia cabizbaja y rota por el dolor llevaba parte de las insignias que lo acompañarían en la otra vida. Marco permanecía al lado de ella, observando inquieto a todos los acompañantes, no se fiaba de los mercenarios y ahora que conocía el origen de la joven, más desasosiego sentía.

Por su parte, Graco que cargaba el féretrum con los demás hombres era consciente de la presencia del general al lado de Julia. Durante los cinco días que había durado el velatorio el soldado había permanecido en la domus custodiando a la joven, estaba harto de verlo al lado de ella. Muerto Tito, sin duda las cosas cambiarían, no habría ningún impedimento para que Julia se

convirtiese en su mujer. Normalmente al no tener familia, el amo decretaba en su testamento la libertad de sus esclavos y conociendo a Tito como lo había conocido, estaba prácticamente seguro de que así lo habría dispuesto.

Cuando llegaron al foro se depositó el cadáver de Tito delante de la Tribuna y el general que era la persona de más alto rango leyó el panegírico, rememorando sus virtudes y lo que había conseguido el difunto a lo largo de su vida, rodeados en riguroso silencio por todos los asistentes al funeral. A continuación, volvieron a cargar el féretrum hasta la necrópolis. Cuando salieron de la ciudad las hileras de las tumbas se alzaban a cada lado de la calzada con lápidas llenas de epitafios, los hombres depositaron el cadáver en la pira y Julia procedió a abrirle los ojos para que Tito pudiera ver nuevamente la luz y pronunció su nombre en voz alta como era costumbre por última vez. Rodeado de las ofrendas, Horacio prendió fuego a la pira.

Horas después, consumido el fuego, Julia junto con las mujeres recogieron en una tela blanca los huesos calcinados y los enterraron en una urna en el columbario. Así se cerraba el ciclo de la vida y de la muerte, pero lo verdaderamente importante como predijo Cicerón es que la vida de Tito perduraría en la memoria de todos los que lo conocieron.

Capítulo 12

“La libertad está en ser dueños de la propia vida”.
Platón.

Tiberio estaba contento, las cosas no podían haber salido mejor, ya no tendría que pasar más calamidades, muerto Tito se había acabado toda su competencia. Sin familia que heredase el negocio sería fácil hacerse con la fábrica de Tito, sólo había que pedir un par de favores y dejar caer el dinero en las manos adecuadas. Los planes de Spículus no habían salido como estaba planeado, el general todavía seguía con vida pero de momento dejarían pasar algunos días para que el soldado se confiase. Su suerte estaba echada desde el mismo momento que había visto la cara de Spículus, acabar con el general era una prioridad, podría convertirse en un verdadero problema. Por fortuna, Spiculus y sus hombres habían podido escaparse de la persecución del general despistándolos en las callejuelas de Baelo Claudia. A través de un pasadizo secreto que comunicaba su casa con una salida fuera de la ciudad, los piratas habían podido salir sin ningún contratiempo. Se habían escapado delante de las narices de los soldados. Ahora estaban reorganizando el próximo ataque que supondría el golpe mortal al general.

Tiberio acordándose del incidente y sonriendo se hallaba desayunando cuando su mujer apareció en la sala.

—¿Te has enterado como anoche enterraron al maestro Tito?—. Preguntó Valeria a su marido—. Por lo visto casi toda la ciudad acompañó al anciano en el cortejo fúnebre.

—Sí, una gran noticia—. Dijo Tiberio sonriendo.

—¿Te alegras de su muerte?—. Intentó disimular Valeria, ya que conocía perfectamente la trama orquestada por su marido y el pirata para quitar de en

medio a Tito y al general.

—¿Por qué no habría de alegrarme? De todos era conocido que éramos adversarios en los negocios.

—Llevas razón Tiberio, toma más vino que hoy tenemos que celebrar el acontecimiento de ayer, sin duda los negocios y los dioses te serán más favorables de aquí en adelante.

Intentó parecer tan cínica como su marido y disimular todo lo posible. Cuando el hombre bebía demasiado vino se le soltaba la lengua y decía lo que no debía. Era necesario averiguar todo lo posible de sus tramas, así que cuanto más tonta pareciese, más locuaz se volvería el desalmado. Llenándole el plato de comida, se dispuso a sufrir el martirio de la presencia de ese ser tan despiadado.

Julia se había levantado temprano esa mañana con la intención de ir al trabajo, le dolía la cabeza y los ojos los tenía todavía hinchados del llanto pero tenía que acudir a la fábrica para comprobar que todo marchaba como siempre. Estaba preparándose para salir cuando Marco y el galeno entraron al tablinum, donde se encontraba Julia en ese momento.

—Buenos días Julia —dijo el galeno—. El general me estaba indicando que te encontrabas aquí.

—Sí, estaba disponiéndome para salir a la factoría.

—Sólo he venido para confirmarte que la lectura del testamento de Tito se hará pública en el foro esta tarde, deberás estar presente junto con los esclavos de la casa y los demás trabajadores de la factoría. Tito realizó el testamento ante siete testigos y ha estado custodiado por la Vestal. Aunque es demasiado pronto para la lectura, tu amo dejó bastante especificado como debía de leerse el testamento públicamente al día siguiente de su enterramiento, ya que no había ningún descendiente directo ¿Hay algún impedimento para que no puedas asistir?—. Preguntó el galeno.

—No señor, me encargaré de comunicarlo al resto del personal de la casa y de la fábrica —dijo Julia demasiado entristecida y preocupada—. Su futuro junto con el del resto del personal era incierto y cuanto antes supiesen quién se

haría cargo, mejor sería para todo el mundo. Había que dirigir la factoría y el nuevo dueño no querría que una mujer tomara las decisiones. Y mucho menos tratándose de una esclava.

—Muy bien, esta tarde nos vemos allí. Hasta luego Julia—. Y dirigiéndose formalmente hacia el general lo miró antes de marchar—. Su presencia también será necesaria general, Tito hizo bastante hincapié en ello.

—No se preocupe allí estaré—. Le dijo Marco.

—Pues si no hay ningún inconveniente me marcho, todavía tengo cosas pendientes que hacer antes de que llegue la tarde.

El hombre salió camino del atrium mientras Julia y Marco lo veían marchar. Marco se quedó mirando a la joven, su aspecto cansado y ojeroso la delataba.

—¿Estás preocupada por lo de esta tarde? Seguro que Tito dejó todo bien arreglado para que no os faltara de nada. De todos modos no debes preocuparte, estaré a tu lado para que nada te falte, yo me haré cargo de ti—. Dijo Marco intentando tranquilizarla.

—No puedes hacerte cargo de mí, seré esclava del nuevo amo. Y evitar preocuparme por toda la gente que dependemos de la casa de Livio es inevitable. Tú no estarás aquí siempre, Tito me dijo que confiara en ti y yo confío en el buen juicio que tenía Tito pero algún día tendrás que marcharte. Si me disculpas, tengo que irme a la fábrica—. Dijo pasando por al lado de él e ignorándolo.

—¿No se te olvida algo?—. Preguntó Marco cogiéndola del brazo.

—¿El qué? —dijo Julia extrañada mirándolo.

Marco la cogió de los brazos y atrayéndola hacia sí la besó fuertemente, moviendo sus manos sobre la espalda de ella la palpó y pudo percibir que desde los últimos días la joven había adelgazado alarmantemente, su cuerpo empezaba a delatar los signos de la fatiga a pesar de que la holgada ropa disimulaba su aspecto. Debía asegurarse de que comiera adecuadamente y descansara.

Julia, al sentirse rodeada por aquellos poderosos brazos y ver cómo Marco tomaba su boca, intentó apartarse sin éxito. La enorme atracción que sentía hacia él hizo que al final se dejara besar, eran demasiadas sensaciones las que

sentía con ese hombre. Le preocupaba el enorme deseo que su cuerpo experimentaba cada vez que la besaba y la abrazaba. Entre sus brazos sentía que estaba en casa, que había llegado al hogar y sentir eso era demasiado peligroso, no podía permitirse el lujo de acostumbrarse a unos brazos y a un hombre que no podría ser nunca de ella. De qué servía regañar a Claudia, cuando ella no era capaz de apartarse de esa perdición.

Marco no era capaz de separarse de esa mujer. Su lengua exploró sin piedad la boca de Julia, percibiendo un cúmulo de sensaciones que hasta el momento sólo había experimentado con ella ¡Esa mujer era pura ambrosía!

En cuanto Marco tuvo que dar por terminado el intenso beso, Julia le miró a los ojos volviendo a la realidad y sintiéndose demasiado afectada se separó despacio de él.

—No me lo pongas más difícil de lo que ya es, sabes que lo nuestro es imposible—. Y dejando de mirarle se marchó en busca de los soldados.

Julia dejó a Marco sumido en sus pensamientos viéndola marchar, era demasiado pronto para hacerle una proposición a la joven después de la muerte de Tito pero no podía permitir que el nuevo dueño de la fábrica se quedara con Julia. Le ofrecería el mejor precio por ella y una oferta que no podría rechazar. Mientras estuviera en Baelo Claudia, la muchacha sería de él aunque ella se resistiera, el problema era hacérselo entender sin que se molestara. Una vez que la comprara no podría abandonarlo, lo acompañaría con su ejército a donde él fuese. Era verdad que la joven era demasiado orgullosa, pero en batallas más grandes había luchado saliendo victorioso, sólo era cuestión de tentarla adecuadamente. Marco se marchó sonriendo para sí, todo saldría como lo tenía planeado, le había prometido a Tito cuidar de ella y no le quitaría el ojo de encima. Un hilo los unía desde su infancia y no pensaba cortarlo nunca.

Cuando Julia llegó a la entrada de la domus, el tribuno Quinto se hallaba también en el lugar acompañado por el resto de legionarios.

—¿Quería algo Tribuno?—. Preguntó Julia al soldado.

—El general ha dispuesto que te acompañe esta mañana. Tiene que acudir al campamento y ha dispuesto que sea yo el que lo haga.

—¡No puede hablar en serio! Con los legionarios me sobra protección, estamos a plena luz del día y sin duda los asaltantes no se atreverán a hacer nada más. Tendrá cosas que hacer esta mañana. Si me disculpa no lo quiero entretener más.

—No puedo aceptar tus disculpas, sólo acato órdenes del general —dijo Quinto sonriendo—. No importa lo que tenga que hacer hoy, ya van dos veces que atentan contra ti y me temo que tendremos que tomar precauciones para que no haya una tercera. Mira el resultado del último asalto, Tito ha tenido que pagar un precio demasiado alto—. Dijo Quinto seriamente intentando que la joven comprendiera.

—Está bien, acompáñeme. Hoy tengo demasiado trabajo pendiente y no tengo ganas de discutir con nadie —dijo Julia caminando pensativa.

Quinto se sintió aliviado que la muchacha no pusiera impedimentos, Marco le había encargado especialmente su protección y no tenía ganas de que la joven pusiera objeciones. Bajando los escalones de la entrada de la domus, la joven junto con el resto de los legionarios se encontraron con Claudia que venía del macellum.

—Julia, acabo de comprar las verduras que necesitábamos para la comida de hoy, ¿te marchas?—. Dijo mirando disimuladamente a Quinto.

—Sí, voy a la factoría. En cuanto acabe regresaré. El general y el tribuno comerán hoy aquí. Prisca ya se ha quedado encargada de lo que hay que preparar. No me entretengo, tengo que ultimar todo antes de esta tarde. El galeno quiere que todos los esclavos y empleados de Tito vayamos a la lectura del testamento en el foro. Volveré pronto.

—Está bien. Hasta luego—. Dijo Claudia.

Quinto volviéndose hacia Claudia le guiñó un ojo a la joven y sonriéndole se marchó con Julia camino de la factoría. Iba pendiente de todas las callejuelas y los rincones donde pudiera esconderse alguien y asaltarlos en cualquier momento, no se fiaba de nada. Desde que habían llegado a Baelo Claudia habían tenido demasiados sobresaltos.

En cuanto llegaron a la entrada de la fábrica, Quinto ordenó a los hombres que esperaran fuera y estuvieran en alerta. Entrando con la joven dentro, inspeccionó el lugar comprobando que no había ningún extraño. Solo los trabajadores de la fábrica se encontraban allí preparando el pescado y realizando las labores que tenían asignadas. Cuando vieron aparecer a la joven hicieron un alto y se dirigieron hacia ella. Estaban deseosos de escuchar lo que tuviera que decirles la muchacha.

—Julia te esperaré aquí fuera, estaré con mis hombres. Estoy seguro que tienes cosas que hacer, llámame si me necesitas.

—Muy bien, no se preocupe, estaré ocupada toda la mañana, intentaré no retrasarme.

Julia saludó a los hombres y les explicó cómo por la tarde se iba a hacer la lectura pública del testamento y cómo habían sido todos convocados en el foro. Los hombres asintieron y cuando terminó de darles las últimas instrucciones, cada uno se fue derecho a seguir trabajando. La joven se marchó a su vez a la oficina para comprobar las tablillas de los últimos gastos que había pendientes de pagar a los proveedores de las especias. Llevaba un rato trabajando sentada en la mesa cuando por la puerta apareció Graco. Julia se le quedó mirando esperando que el hombre hablara.

—¿Dime Graco, me buscabas para algo?

—Sí, quería comentarte algo. En el velatorio de Tito no tuve oportunidad de hablar contigo y no es hasta hoy que puedo encontrarte a solas. Siempre andas rodeada de soldados.

—¿Qué quieres?—. Preguntó Julia poniéndose a la defensiva.

—¿Quiero saber que planes tienes? No me gustó para nada que salieras con el general en medio del velatorio y me quedé esperando que aparecieras ¿Dónde te metiste? No volviste en toda la noche y la gente estuvo murmurando sobre ti.

—¿Estuviste vigilándome? Ya te dije que no quiero nada serio contigo, ni con nadie. No tengo porque darte explicación alguna—. Le dijo Julia evitando mirarle a la cara y decirle donde había pasado la noche.

—Muerto Tito nada te une al nuevo amo de la fábrica, sabes que puedo

comprar tu libertad. Te ofrezco un nuevo comienzo, nada de todo esto sería necesario si accedieras. Y te equivocas porque yo creo que sí me debes una explicación—. Le dijo Graco agarrándola de las brazos—. Cásate conmigo y no lo lamentarás.

—¡Suéltame por favor! ¿Te unirías a una mujer que no te aprecia? —dijo Julia levantándose de la mesa—. Te dije que no te iba a engañar, deberías posar tus ojos en otra joven que sienta verdaderamente algo por ti. Eres una buena persona, pero tienes que olvidarte de mí.

—Si pudiera arrancarte de mi corazón lo haría, pero eres la mujer que quiero. —Dijo Graco acercándola hacia él y besándola.

Julia empujó a Graco e intentó desembarazarse del joven, se sentía demasiado incómoda y no terminaba de comprender qué le pasaba con esos hombres que no paraban de intentar besarla esa mañana. Forcejeando con él intentaba desasirse del joven cuando escuchó una voz.

—¡Suéltala!—. Dijo Quinto desde la puerta—. La muchacha te ha dicho que no quiere.

Soltando a Julia, el liberto se volvió hacia Graco y con una actitud bastante alterada le contestó:

—Estoy harto de encontrar soldados detrás de Julia cada vez que me descuido. Te prohíbo que vuelvas a estar a solas con estos legionarios—. Dijo Quinto enfadado y dirigiéndose hacia ella.

—¿Y quién te crees tú que eres para darme órdenes? ¿Mi dueño? Solo debo explicaciones al nuevo amo, no vuelvas a repetir lo que has hecho—. Dijo Julia señalándolo con el dedo índice en el pecho—. Estoy harta de tanto macho posesivo y despótico acostumbrado a hacer lo que quiere. Olvidaros de mí, eso es lo que tenéis que hacer todos de aquí en adelante.

Julia pasó por al lado de los dos hombres, salió demasiado furiosa de la oficina y se fue en busca de otro de los encargados para seguir trabajando, todavía tenía cosas que hacer allí aparte de estar besando a aquel energúmeno. Pero lo que más le inquietaba era que acababa de darse cuenta que el beso del liberto no la conmovía tanto como el beso del general. No podía engañarse a sí misma, no sentía nada por Graco, sus besos no la conmovían como los del

soldado. El problema era que estaba empezando a sentir por el general unos sentimientos que no deseaba.

Mientras tanto, Quinto se quedó mirando al liberto y con actitud desafiante se enfrentó al joven liberto advirtiéndole:

—No me gustas nada, vuelve a tocarle un pelo a la chica y la paliza que no te dio el general te la daré yo.

—¡No te pienses que te tengo miedo! ¡Cuando quieras te estaré esperando! Porque esa mujer va a ser mi esposa, te guste a ti o no—. Dijo Graco sacando pecho.

—Eso está por verse. No vuelvas a tocarla—. Dijo Quinto.

—Ya veremos—. Dijo Graco desafiante.

Quinto lo miró por unos segundos más y marchándose del lugar le volvió a decir:

—Quedas advertido.

Después de dejar a Julia, Marco se marchó al campamento ya que tenía que reorganizar la seguridad del recinto amurallado.

—¡Criso!—. Llamó Marco al soldado de la entrada mientras pasaba a su tienda.

—¿Si general?, ¿desea algo? —preguntó el soldado.

—Que vengan todos los mandos de la tropa. Necesito hablar con ellos urgentemente.

—A sus órdenes general—. Y acto seguido el muchacho salió de la tienda dispuesto a cumplir el mandato de su jefe.

Un rato después Marco se encontraba fuera de la tienda impartiendo las últimas órdenes a sus hombres. Los soldados que estaban de incógnito todavía estaban tratando de averiguar por donde habían escapado los asaltantes. Era imposible que todos esos mercenarios continuaran escondidos dentro de la ciudad, habiendo sido registrada palmo a palmo, sin dejar ni un solo rincón. Nadie sospechoso había entrado o salido de la ciudad.

—Criso, ¿habéis cercado las callejuelas por donde se vieron a los asaltantes la última vez?—. Preguntó el general.

—Sí, los hombres han coincidido en que desaparecieron en esta zona—. Señalando sobre la tierra con un palo, el soldado dibujó las calles principales de Baelo Claudia y el lugar por donde habían desaparecido los asaltantes.

Marco comprobó que esa era la zona donde se encontraba la casa de Tiberio, sin duda el hombre estaba implicado pero por donde habían desaparecido los mercenarios, todavía era una incógnita.

—Quiero que me consigas algún mapa de las alcantarillas y los subterráneos de la ciudad, especialmente de la zona por donde se les vieron por última vez. Habla con cualquier persona que haya limpiado las alcantarillas últimamente, sobre todo con los esclavos. Averigua si hay subterráneos que comuniquen la ciudad con el exterior. ¿Ha dado Tiberio algún paso en falso?

—No señor—. Contestó el soldado.

—Está bien. A ver si podéis sonsacarle a algún esclavo descontento con su amo, quizás si les ofrecemos algún tipo de recompensa se atrevan a delatarlo.

Dirigiéndose hacia la tropa que estaba formada en fila, Marco continuó ordenando

que armas utilizar a distancia en caso de ataque, ya que causar demasiadas bajas enemigas sin necesidad de entrar en combate cuerpo a cuerpo era esencial para no tener demasiadas pérdidas humanas en su ejército. Distribuyendo a través del muro a los *sagittarii*, sus arqueros podrían acertar a un hombre desde una gran distancia, estaban especializados en el uso del arco y las flechas.

—Quiero que los arqueros se sitúen a esta distancia del resto de la tropa, algunos se pondrán en las azoteas de los edificios que rodean la zona por la que desaparecieron los asaltantes y los demás tomarán las posiciones acordadas en la muralla, vigilando especialmente la entrada del puerto.

—Mire señor por ahí viene el tribuno Quinto—. Dijo señalando el soldado con la cabeza. Marco viéndolo llegar dispuso a los demás mandos que ejecutaran las órdenes que había impartido.

—Ya pueden retirarse. Ordene a los hombres que descansen—. Dijo Marco al centurión.

Quinto entró en la tienda acompañado de su general y se sentó en uno de los

sillones que había alrededor de la mesa.

—¿Me he perdido algo?—. Preguntó Quinto.

—He dispuesto el refuerzo en el foro esta tarde y en la zona donde desaparecieron los asaltantes ¿Y tú?, pareces serio.

—He tenido unas palabras con el liberto. Estaba intentando forzar a la muchacha para que le correspondiera. Deberías tomar cartas en el asunto, ese hombre no está dispuesto a dejar a Julia tranquila, si es que de verdad te interesa la muchacha.

—¿Cómo que forzarla? —preguntó Marco tenso— ¿se ha atrevido a hacerle algo?, le advertí que no se acercara a Julia.

—Estaba obligándola a que le besara—. Dijo Quinto mirando a Marco.

—¿Julia está bien?—. Preguntó otra vez Marco.

—Ya te he dicho que sí, no te preocupes. Si tú no le dices nada al sujeto ese, me encargaré yo de él. Es demasiado arrogante y no me importaría bajarle un poco los humos.

—Esa es mi guerra y no la tuya, gracias por protegerla—. Dijo Marco enfadado. Estaba harto de tener que disimular su interés por Julia. Acabaría pronto con esa situación, sobre todo con el liberto que no se daba por aludido.

—No hay de qué—. Dijo Quinto en tono guasón—. ¿Qué crees que pasará esta tarde? Se nota en el ambiente que los esclavos de Tito están preocupados, ¿tú no sabes nada del testamento de Tito?

—No, es una incógnita incluso para mí también pero el hombre me pidió que protegiese a Julia y eso haré.

—¿Por qué tantas consideraciones para una esclava?

—Ahora mismo no puedo contarte nada más pero Julia era alguien importante para el hombre. Me da igual lo que haya dispuesto el anciano porque me voy a hacer cargo de ella, aunque haya otro amo por medio. Si no tienes otra cosa que hacer, vámonos a la casa es mediodía y quiero comer pronto.

—Di la verdad, estás deseando verla a ella—. Dijo Quinto.

—Entre otras cosas—. Añadió Marco sonriendo y pensando en la joven, no se le olvidaba de la mente la noche que pasó junto a ella en el campamento, le

había concedido tiempo para que se recobrará del sepelio pero su paciencia había llegado al límite. Esa noche y todas las demás noches Julia dormiría con él.

Julia estaba en la cocina con Prisca y Claudia cuando sintieron ruido a sus espaldas y alguien entró. Las mujeres se quedaron mirando la puerta comprobando como entraba dentro el soldado.

—¿Quiere algo general?—. Preguntó Prisca—. En un momento le servimos la comida.

—Quiero hablar con Julia, ¿me conceden un momento a solas con ella?—. Dijo Marco.

—Sí, desde luego, iremos al triclinium a preparar las mesas para la comida—. Señaló Prisca.

—Gracias.

—¿Dígame general?—. Preguntó Julia incómoda.

—¿Te ha hecho daño ese desgraciado? —preguntó Marco levemente alterado y tocándole la mejilla con los dedos.

—Veo que ya te ha ido el tribuno con el cuento. No tenía que haberte dicho nada, soy perfectamente capaz de defenderme sola pero de todos modos solo ha sido un beso, no ha sido para tanto.

—No quiero ni que te toque, ni que te bese—. Dijo Marco con el ceño fruncido, ya me haré cargo de dejárselo claro.

—¡Vaya!, lo mismo dice él de ti. Pues te vuelvo a decir también lo mismo que le dije a él. Ninguno de los dos tenéis ningún derecho sobre mí, así que preferiría que me dejarais tranquila y respetarais el luto de esta casa.

—Yo respeto tu luto pero no pienso permitir que te alejes de mí ni que el liberto se sobrepase contigo. Estás bajo mi protección y te deseo, es tan sencillo como que admitas que vas a ser mía y cuanto antes lo admitas, mejor irán las cosas. Esta noche hablaremos cuando llegemos del foro.

Julia le sostuvo la mirada y posando suavemente la mano en su pecho le dijo.

—No puedo negar la atracción que siento por ti y más cuando hoy me he dado cuenta que los besos de Graco no me estremecen como los tuyos, pero

debes de resignarte a que lo nuestro es imposible. Cuando el nuevo amo venga a hacerse cargo de esta casa, seré una esclava más que posea.

—Eso será por encima de mi cadáver y si yo lo permito y dudo mucho que lo vaya a permitir. Aunque tenga que raptarte, tú vendrás conmigo—. Furioso le cogió ambos lados de la cara a Julia y besándola con ardor la volvió a soltar unos instantes después.

—Mira que eres cabezón, ¡Marco no insistas más!—. Dijo Julia preocupada viendo cómo se marchaba.

—Esta tarde estaré cerca de ti y pase lo que pase ten por seguro que nadie me va a decir lo que tengo que hacer y sentir respecto a ti. Nos vemos—. Y dejándola sola salió precipitadamente de la cocina.

Spículus estaba nervioso mientras esperaba el momento oportuno para atacar. Sus planes de matar al general se habían ido al traste, y encima corría el riesgo de ser reconocido. Los hombres que había dejado a bordo del *Fortuna* se hallaban todavía retenidos dentro del campamento. Estaba seguro que sus hombres no hablarían ni aunque los torturasen, pero por el momento era demasiado arriesgado enfrentarse al general en su terreno. Solamente al amparo de la noche podría entrar en él y liberar a los prisioneros. Pero antes tenía que encargarse de matar al general.

Tendría que planear el ataque desde tierra y desde el mar. Aunque el buque estuviera custodiado podría hacerse con él sin problemas. Desde el mar sería bastante sencillo bombardear el campamento sin ocasionar muchos daños en la parte baja de la ciudad. No pretendía destruir la ciudad entera, solamente el campamento enemigo pero antes sacaría a sus hombres de ahí.

Tiberio le había hecho llegar una tablilla con los últimos acontecimientos. Tito había sido enterrado y esa tarde se haría pública la lectura del testamento. Sin duda todo estaría lleno de soldados, el general había registrado todo sin poder encontrar la salida que conectaba la ciudad con el exterior, y esa era un arma que pensaba aprovechar a su favor. Esperaría el momento oportuno, cuanto más descuidados estuvieran, mayor oportunidad de éxito tendría él.

Esa tarde el foro se hallaba expectante ante la lectura del testamento de Tito, normalmente la lectura se hacía pública tras los días de riguroso luto por el difunto como marcaba la tradición, pero había excepciones en las que el testador decretaba la fecha de la lectura y esa era una de ellas. Muchas familias de la ciudad dependían su subsistencia de lo que ganaban en la factoría, la gente podía comer gracias a la fábrica que montó Tito cuando llegó a Baelo Claudia, por eso era uno de los hombres más apreciado y querido en la ciudad. Como Tito Livio no estaba casado y no tenía descendientes, era una incógnita quién heredaría la fortuna del anciano. Los trabajadores de la factoría temían el futuro tan incierto que se les presentaba, por eso se había creado tanta expectación y más de media ciudad esperaba allí a que se leyesen las tablillas.

Marco y Quinto llegaron a la plaza seguidos de varios de sus soldados, había intentado buscar al tal Graco pero no había podido conseguir encontrarlo, por lo que había optado por marcharse derecho al foro. De todos modos tenía pensado acudir antes, no iba a permitir que Julia estuviera sola en aquel momento tan delicado para ella ni quitarle el ojo, sin duda alguna el liberto no podía encontrarse muy lejos. Había situado estratégicamente a sus hombres por la plaza sin que la gente se percatara de que eran vigilados. No sabía si los mercenarios andaban a sus anchas por la ciudad y todavía no habían podido sonsacarles la información a los hombres de Spículus, que seguían sin soltar la lengua. Eran demasiado leales, preferían la muerte a delatar los planes de su jefe.

—Julia estaré aquí al lado por si necesitas algo—. Le dijo Marco a la joven acercándose a ella—. No te preocupes por nada más.

Julia asintió con la cabeza, inquieta siguió esperando en el foro junto a los esclavos de la casa y los de la factoría que la rodeaban como si de una piña se trataran. Claudia miró a Julia y le dijo:

—Estoy nerviosa Julia, ¿qué vamos a hacer si el nuevo amo no nos quiere? Aunque nos liberaran tendríamos que seguir trabajando para él, ¿qué haremos si no nos quiere en la casa y nos manda a otro lado?, no quiero separarme de

vosotros, sois la única familia verdadera que he conocido—. Dijo Claudia agarrando la mano con ansiedad a su amiga.

—No te preocupes por eso ahora, ya veremos lo que hacemos cuando llegue el momento. Mira ya está saliendo el escribano junto con el galeno, están sacando las tablillas del testamento de Tito—. Dijo Julia mirando nuevamente hacia su derecha, comprobando que el general se hallaba cerca de ellos.

Debajo del pórtico del foro se hallaba Graco con algunos de los libertos que trabajaban en la factoría. Desde donde se encontraba pudo ver perfectamente como el general se acercaba a Julia y hablaba con ella, pero estaba demasiado lejos para escuchar lo que le había dicho. Expectante esperaba la lectura, tenía demasiadas cosas que perder y que ganar y aunque tuviera que obligar a la joven, no estaba dispuesto a facilitarle el camino al general. De reojo podía ver las miradas que Julia le dirigía al soldado.

Tiberio también se hallaba en el otro lado del foro, tenía demasiada curiosidad por saber lo que pasaría con la fábrica. Si no había ningún heredero, cabía la posibilidad de que las autoridades subastasen al mejor postor la factoría y allí estaría él para comprarla. Ya se imaginaba dueño de las dos mejores fábricas del mediterráneo. Si ganaba el suficiente dinero podría traspasar su imperio a Roma y dirigir todo desde allí, incluso podría volver a casarse de nuevo. Su mujer ya empezaba a aburrirlo y se estaba volviendo demasiado insolente, habría que hacerla desaparecer también.

En ese momento el escribano y el galeno que portaban el testamento se dirigieron hacia la concurrencia que se encontraba allí reunida y haciéndose un silencio absoluto en la plaza, el antiguo médico de Tito y amigo empezó a hablar dirigiéndose a la multitud allí congregada.

—Como todo el mundo sabe, esta tarde nos encontramos aquí para leer el testamento del recientemente fallecido ciudadano de Baelo Claudia, Tito Livio. El escribano que se encuentra presente procederá a leerles las tablillas, el testamento es de curso legal y fue firmado ante los testigos pertinentes—. Y dando paso al escribano, el hombre empezó a leer:

“Yo, Tito Livio, domiciliado en la ciudad de Baelo Claudia que acredito identidad ante el escribano publico Adrián Gael, deseando testar en forma ológrafa declaro:

- I. *Que nacido el día primero del año 16 a. C., soy hijo de la señora Virginia Eruditas y del señor Tito Livio, no habiéndome casado y no habiendo tenido descendencia directa.*
- II. *Que siendo propietario de los fundos, declaro que poseo lo siguiente:*
 1. *Un fundo de veinte mil acres.*
 2. *Una flota de cinco barcos.*
 3. *Seis esclavos.*
 4. *Aproximadamente tres millones y medio de sestercios.*
 5. *Una domus dentro de la ciudad de Baelo Claudia.*
 6. *Una villa en la ciudad de Roma.*
 7. *Y una factoría de salazones.*
- III. *Que no adeudo suma alguna.*
- IV. *Que otorgo la libertad a los esclavos Horacio, Prisca, Claudia y los niños Paulo y Helena pertenecientes a la Casa de Tito. Asimismo manifiesto que a partir del primer día de la lectura de mi testamento se hayan escritos en el censo de ciudadanos romanos de la ciudad de Baelo Claudia como libertos, y que se les proporcionará la cantidad de diez mil sestercios a cada uno de ellos, quedando obligados a retribuir con su trabajo en la Casa de Livio.*
- V. *Que instituyo a Julia, esclava de la casa de Tito, como mi legítima heredera. A partir del primer día de la lectura de mi testamento se encuentra inscrita en el registro de Baelo Claudia y en el registro de la ciudad de Roma como heredera de todos mis bienes y de la Casa de Livio, y así mismo decreto que pasará a recibir el nombre de Julia Livio, como hija adoptada de Tito Livio. Como ciudadana romana tendrá: derecho al voto, derecho al comercio y derecho al ius connubium.*
- VI. *Que como padre y pater familias otorgo mi consentimiento al matrimonio sine manu entre el general Marco Vinicius y mi hija Julia Livio en caso de que otorgaran ambos el consentimiento mutuo para contraer nupcias respectivamente.*
- VII. *Revoco todo otro testamento que hubiere hecho antes de ahora, debiendo prevalecer estas disposiciones que son las expresiones de mi última voluntad. Y*

no teniendo más que disponer, firmo este testamento, escrito en mi puño y letra a los 20 días del año 69 d. C. en la ciudad de Baelo Claudia.”

El silencio se hizo tan absoluto que nadie pronunció palabra alguna pero todo el mundo se quedó expectante mirando a la joven. Julia se quedó devastada al sentir como ese honorable hombre la proclamaba y adoptaba como hija suya después de muerto. Las lágrimas empezaron a correr por su cara, demasiadas emociones inundaron su corazón, sus oídos no sentían palabra alguna, su garganta enmudecida era incapaz de pronunciar el más leve sonido, ni de alegría ni de congoja. Claudia la tocaba y no percibía su tacto. Como si el tiempo se hubiera detenido, su cuerpo helado desconectó de todo y de todos, sin percatarse de nada todo empezó a girar alrededor de ella y Julia no pudo evitar perder el conocimiento.

Capítulo 13

“En el amor no basta atacar, hay que tomar la plaza”
Ovidio.

Marco no daba crédito a lo que escuchaban sus oídos, Tito le daba permiso después de muerto para casarse con Julia según la tradición *sine manu*, el anciano le había abierto una posibilidad totalmente cerrada para ambos. Julia era una ciudadana libre, heredera del apellido de Livio con derecho al *ius connubium*, podía contraer matrimonio con quien quisiera. No sabía si enfadarse con el anciano por ponerle contra las cuerdas o si reírse por la jugarreta que le había jugado el astuto maestro que había adivinado la atracción que sentía por la joven. Si antes tenía las manos prácticamente atadas para decidir sobre el futuro de Julia, ahora estaba en su derecho de poder quedarse con ella. Girando la cabeza para mirar a Julia pudo percibir como la joven ajena a lo que pasaba a su alrededor se desvanecía en medio de la multitud.

Sobresaltado, se acercó corriendo a donde estaba tendida pasando entre las personas que se agolpaban alrededor de ella, Quinto le pisaba los talones vigilando a los congregados y guardándole la espalda a su jefe.

—¡Dejadme pasar!—. Pidió Marco a la multitud.

—¡Julia, Julia,...despierta!—. La llamó Claudia que estaba sobre ella, mientras Prisca y Horacio la miraban preocupados.

Marco se agachó sobre la joven que se hallaba inmóvil como un cadáver, pasándole el brazo por debajo de su cuello, intentó levantarle la cabeza y comprobar que su pulso seguía latiendo. Se sintió aliviado cuando vio por sí mismo que solo se había desmayado.

Cogiéndola entre sus brazos levantó a la joven intentando salir de la plaza pero la multitud que se congregaba tenía tanto interés en observar lo que ocurría alrededor de ellos que era prácticamente imposible salir de allí.

—Horacio busca al galeno y que te acompañe a la casa—. Ordenó Marco al frente sin mirar al hombre.

—Ahora mismo, ¿se pondrá bien, verdad?—. Preguntó el esclavo a Marco bastante preocupado.

—Por supuesto, solo ha sido un desmayo—. Dijo Marco.

Con la mirada buscó a Quinto y en silencio le transmitió lo que necesitaba. Inmediatamente el tribuno y los hombres de Marco se acercaron a donde estaba su jefe, rodeándolo le abrieron el acceso haciendo un pasillo a través de las personas que intentaban asomarse para ver a la joven. La gente murmuraba sobre la extraordinaria suerte de la muchacha, pero los que le mostraban verdadero afecto al anciano se alegraban de que hubiera depositado a cargo de sus negocios y del apellido Livio a esa mujer. De todos era conocido que en ella había recaído durante muchísimos años la responsabilidad de tomar las decisiones más importantes, sabían que estando al frente del negocio el futuro de los demás trabajadores de la factoría no peligraría. Sin embargo, dos hombres no pensaban lo mismo.

Graco que se había quedado completamente anonadado cuando escuchó el testamento no pudo dejar de sentir con bastante incertidumbre que la joven se le escapaba de las manos, y cuando vio al general agacharse y recoger a Julia del suelo sintió una enorme impotencia. Una rabia enorme manaba de su cuerpo, era a él a quien le correspondía asumir lo que estaba haciendo el soldado, era él quien debería de haber tenido el derecho a recogerla y casarse con ella.

Por su parte, Tiberio lamentaba que Silo no hubiera matado a la joven en la primera oportunidad que tuvieron. Si estuviera muerta, la historia sería totalmente distinta. Ahora no bastaba con matar solamente al general, sino que habría que matar a la joven heredera también. Ofuscado empezó a marcharse del lugar, tendría que volver a contactar con Spículus y darle la nueva noticia. Valeria al lado de su marido, era consciente del cambio de semblante de su

esposo. Sabía que ese contratiempo perjudicaría sus planes, callada siguió andando detrás de él. En el fondo se alegraba que los dioses no hubieran propiciado el destino de Tiberio, sin duda era un mal augurio para el hombre. Deseaba con toda su alma que el fin de las maldades de su marido estuviera próximo porque si alguien no acababa con él, ella podría darse por muerta.

Marco llegó a la casa y depositó a la joven en la primera habitación que encontró con la puerta abierta. Julia todavía seguía desvanecida y eso no era normal. Tendría que haber recobrado el conocimiento por el camino. Detrás de él llegaron casi corriendo Claudia y Prisca, ambas mujeres rodearon el lado contrario de la cama.

—¡Voy a abrirle la túnica que pueda respirar mejor, señor!—. Dijo Prisca apresuradamente—. Esta niña lleva demasiado tiempo con demasiadas cargas sobre sus hombros. Claudia averigua porque se tarda tanto Horacio.

Claudia volvió a salir de la habitación en busca de los hombres. Mientras tanto Marco se sentó al lado de la cama cogiéndola de la mano, viendo como Prisca le abría un poco la túnica permitiendo que la joven se encontrara más cómoda y pudiera respirar de manera adecuada. El soldado no era consciente de lo evidente que era para la cocinera el interés y la preocupación que sentía por Julia, su cara de ansiedad era todo un poema y el hecho de haberla introducido en la habitación de él era algo realmente significativo. El joven no se daba cuenta pero era tan transparente los sentimientos que la joven inspiraba en él que solamente un ciego sería incapaz de verlo. Prisca se alegraba bastante de que por fin Julia le importara tanto al joven soldado, ella era una muchacha demasiado apreciada por todos ellos y ya era hora de que alguien se hiciera cargo también de su bienestar, se lo merecía después de tantos años de duro trabajo y aunque la joven no fuera consciente, su destino había sido sellado con ese testamento.

En ese momento llegaron por la puerta Horacio seguido del galeno. El médico se agachó para comprobar el estado de salud de la joven.

—Me temo que tantas emociones le han pasado factura a Julia, solo ha sido un desmayo, no hay de qué preocuparse. La noticia le ha pillado de sorpresa.

Si ya de por sí, es agotador llevar la casa y los asuntos de la fábrica, la muerte de Tito y el testamento han terminado por acabar con todas las fuerzas que tenía.

—¿Por qué tarda tanto en despertarse?—. Preguntó Marco.

—Los acontecimientos la han superado y el descubrimiento de todo ha supuesto una impresión demasiado fuerte para ella, déjenla descansar, es la mejor medicina que podemos darle. Dormir toda la noche le vendrá bien. Solo vigílenla un poco, pero no se preocupen. General mañana hablaremos sobre el testamento si no le importa, me temo que hay asuntos que debo comentar con usted, pero ahora no es el momento oportuno. Espero que pasen una buena noche.

Y sin más, el galeno seguido por Prisca y Horacio salieron de la habitación dejando a Marco solo con la joven. No estaba habituado a quedarse sin palabras pero el último comentario del hombre era bastante significativo, no había que ser precisamente un adivino para comprender perfectamente lo que quiso insinuar. Tenía que tomar una decisión antes de mañana, sabía lo que quería el galeno y esperaba una respuesta.

Marco salió de la habitación cerrando la puerta en silencio, Quinto se encontraba fuera charlando con una de las esclavas, Claudia era como se llamaba pensó Marco. De pronto percibió el interés con que se miraban aquellos dos, ambos charlaban tan ensimismados que todavía no se habían percatado de que Marco se encontraba allí. No sabía que se traía entre manos Quinto pero lo conocía lo suficientemente bien para comprender que el tribuno no era un hombre dado a entablar conversaciones con cualquier sirviente. Se denotaba cierta familiaridad entre ambos por la forma de hablar y de sonreír. Por fin Quinto se dio cuenta de que no estaban solos y dejando a la muchacha se dirigió hacia su jefe.

—¿Cómo se encuentra?—. Preguntó Quinto.

—Todavía no ha recobrado el conocimiento, el galeno recomienda que la dejemos descansar. ¿Y tú que te traes con Claudia?—. Preguntó mirando a la joven que se marchaba dejándolos solos.

—No me preguntes todavía, no estoy preparado para contestar a eso—. Dijo

Quinto.

—Está bien pero no hagas ninguna tontería con la muchacha, Julia aprecia mucho a esa joven.

—¿Y desde cuando te preocupas por los esclavos de una casa?, ¿Será desde que te han dado permiso para casarte?—. Dijo sonriendo el hombre.

—El maestro me ha procurado una buena encerrona después de muerto pero no puedo decir que me sienta muy contrariado, me siento más bien aliviado. Nunca había pensado en casarme pudiendo morir en cualquier batalla y en cualquier momento, no era algo que me llamase la atención. Además siempre he pensado que mi hermano se encargaría de ocupar mi lugar, pero esta mujer despierta en mí demasiadas cosas, quizás ha llegado el momento de sentar la cabeza. ¿No crees?—. Preguntó con evidente interés a Quinto.

—Que esa mujer no te lo va a poner fácil es lo que yo creo, no tengo yo tan seguro que consigas que te dé el sí y puedas sentar la cabeza como tú dices—. Rió Quinto—. Como parece ser que lo tienes todo bajo control, me marcho. He quedado con cierta persona esta noche, tenemos que celebrar algo.

—Eres afortunado Quinto.

—No menos que tú, amigo—. Dijo el soldado con una gran sonrisa.

Cuando el tribuno se marchó, Marco se dirigió en busca de Prisca y de Horacio, encontrando en la cocina al matrimonio.

—Esta noche me haré cargo yo de vigilar a Julia. No quiero que se preocupen por ella, descansen ustedes también.

—Como usted desee —dijo Horacio.

—Si nos necesita para algo, solo tiene que llamarnos —señaló Prisca—. Estábamos preparando algo de comer, es demasiado tarde ¿le apetece algo?

—Sí, pero no hace falta que me sirvan en el triclinium. Puedo comer perfectamente aquí. No tengo demasiada hambre—. Dijo el general sentándose en la mesa que había en la cocina.

Los sirvientes pusieron varios platos de comida delante del soldado mientras este permanecía con la mirada perdida hacia el frente, ensimismado en sus pensamientos. El matrimonio también se hallaba bastante callado. Cansados pero contentos todavía no habían terminado de asimilar que eran

hombres libres, y que sus hijos y los hijos de sus hijos también lo serían. El corazón no les cabía dentro del pecho, se sentían demasiado afortunados y felices. Si Julia los aceptaba en la casa, podrían seguir viviendo con ella. No es que fueran a cambiar mucho las cosas, Tito había sido un amo bastante generoso y justo, al hombre siempre le había gustado que las cosas siempre estuvieran bien hechas y Julia había heredado la misma virtud y había aprendido del hombre todo lo necesario, con lo cual no cambiaría mucho el modo de proceder en la casa. Otra cosa distinta sería ver cómo se desarrollaba la relación entre esos dos jóvenes. Los dos eran independientes, acostumbrados a ordenar y dirigir. Prisca esperaba que si el matrimonio se llegaba a realizar pudiera haber un punto de encuentro entre los dos para que en el hogar reinase la misma paz de siempre. Cuando el soldado terminó de comer se levantó y dándoles las gracias salió de la cocina. Prisca no tenía que preguntar a donde se dirigía, mirando a su marido se acercó y rodeándole el cuello lo abrazó.

—¡Somos libres esposo! ¿Te lo puedes creer?

—No esperaba menos de Tito —aseguró Horacio abrazando cariñosamente a Prisca—. En cuanto pase el periodo de duelo por el amo traeremos a los niños de la casa de tu prima. Tengo ganas de ver a mis hijos, mujer.

Marco se recostó por segunda vez al lado de Julia. No podía dejar de observar en silencio a esa hermosa mujer que tenía enfrente. Miraba esa leonada melena rubia cuyos cabellos caían en desorden sobre el lecho. Viéndola dormida solo le inspiraba sentimientos de protección y ternura. Sin duda su vida había dado un giro inesperado, parecía un maldito enamorado cada vez que la veía, se sorprendía pensando donde había dejado al frío y calculador soldado. Dándole un beso en los cabellos, la rodeó con sus brazos y se dispuso a descansar también. No sabía que le depararía el futuro al día siguiente, pero se sentía demasiado afortunado y poderoso con esa mujer entre sus brazos. Con el semblante relajado y feliz se quedó dormido.

Julia empezó a emerger de un sueño profundo acordándose de lo ocurrido. Tito la había adoptado como hija e iba a heredar todo, exceptuando lo que había que pagar a los demás esclavos. El corazón no le cabía dentro del pecho del gozo, no tendría que irse a ningún lado, estaba en su propia casa, ¡qué bien sabía la libertad! Solamente tendría que aclarar con Marco el tema del matrimonio porque no pensaba aceptar tal cosa.

De repente pudo darse cuenta de que no se encontraba sola. Alguien se encontraba durmiendo detrás de su espalda y la rodeaba con un poderoso abrazo. Julia supo instantáneamente a quién pertenecía ese brazo, sin querer evitarlo subió su mano y acariciándolo fue subiendo poco a poco desde la muñeca de él hasta más arriba del codo. Nunca había tenido la oportunidad de acariciar a un hombre dormido y la experiencia era demasiado reconfortante. Su brazo era fuerte y poderoso, como los sentimientos que le inspiraban aquel hombre. Sin querer despertó a Marco, que acostumbrado al más leve ruido sintió desde el primer instante la caricia de la joven como si de las alas de una mariposa se posaran sobre él. Con los ojos cerrados se dejó hacer, era increíble que el tacto de Julia le transmitiera tantas emociones, estaba deseando volver a besarla, varias veces en la noche se había despertado preocupado observándola dormir.

Julia sintió como el pecho de él se elevaba conforme iba subiendo la mano con su caricia, sabía que se acababa de despertar por el cambio de la respiración que se había vuelto un poco más agitada. Volviéndose en el lecho se quedó mirándolo fijamente de frente, él abrió los ojos y la miró a su vez. Dos pares de ojos se observaron sin necesidad de palabras, solo sentimientos y deseos a flor de piel. Julia tomó la iniciativa y acercándose más posó sus labios sobre él, insegura sacó la punta de la lengua y la introdujo en su boca. Sin apenas experiencia no sabía qué hacer pero se dejó llevar por sus instintos, deseaba probar esa boca y esos labios, y sin pensar en nada más se lanzó de lleno a saborear a ese hombre tocándole la cara con sus manos.

Marco la rodeó fuertemente con sus brazos y aproximándola a él la subió encima de su cuerpo masculino. Las piernas de ambos quedaron entrelazadas, piel con piel, cadera con cadera, mientras sus bocas entraban y salían al

encuentro. El beso fue devastador, tierno, carnosos, embriagador,...perfecto. Marco cogió los cabellos de ella en su mano, moviendo la cabeza hacia un lado intentando profundizar más en la boca femenina. No podía dejar de tocarla y besarla, perdidos en el momento se olvidaron de todo lo demás.

Cuando Marco no pudo aguantar tanta ambrosía, se volvió a dar la vuelta quedando encima de Julia, separando su boca de ella siguió dándole pequeños besos por su frente, por la mejilla y bajando por su cuello la mordió levemente en el hueco que había entre el hombro de ella sin hacerle daño.

Julia gimió cuando sintió el pequeño mordisco, levantó un poco más el cuello con los ojos cerrados, la sensación era demasiado maravillosa. Marco no paraba de darle pequeños besos y mordiscos, el centro de su ser empezó a sentir una desconocida necesidad, las manos empezaron a sudarle, deseaba que él continuase pero sin saber que era lo que necesitaba.

Marco bajó su mano y tocando su muslo subió poco a poco a lo largo de esa pierna perfecta, conforme la iba acariciando iba subiendo la tela de la túnica, mientras que una rodilla de él se restregaba sobre el vértice que unía las piernas de ella. Julia desesperada le tocó el cuello y profundizó más el beso, se restregaba desesperadamente sobre él sin saber exactamente qué era lo que necesitaba. Ambos bailaban la danza más vieja del mundo.

Marco sabía lo que el cuerpo de Julia le estaba pidiendo pero para ser su primera vez debía ir con cuidado, no quería lastimarla. Aunque ella le estaba poniendo las cosas bastante difícil, había demasiada pasión en ese cuerpo tan menudo.

Julia fue bajando sus manos sobre la espalda de él, necesitaba sentir el contacto de su piel, metiendo las manos bajo la túnica le levantó la tela y no pudo evitar suspirar de puro deleite, su espalda era de fuertes y marcados músculos, Marco levantó su cabeza y sonriendo volvió a besarla con ardor. Las manos de ambos terminaron de subir las ropas que les dificultaba el acceso a sus cuerpos, a la misma vez que Julia levantaba la túnica de Marco, el hombre levantaba la de la mujer. Tuvieron que separar sus bocas para poder quitarse por la cabeza las prendas y volviendo a mirarse, Marco bajó la vista por aquel esplendoroso cuerpo femenino y fue repartiendo pequeños besos

entre sus perfectos pechos bajando hasta el ombligo de ella. Le encantaba especialmente esa zona de ella.

Julia jadeó mientras necesitaba algo más, ¿pero el qué? le avergonzaba pensarlo pero sentía como en su entrepierna se empezaba a formar una humedad desconocida, de repente Marco posó su mano en su pubis y tocándola le introdujo un dedo en la abertura, ella no pudo evitar arquearse ante esa intromisión.

Marco no podía dejar de observar las emociones que pasaban por la cara de aquella mujer, ya se encontraba húmeda y él no podía evitar desear querer introducirse en ella, pero el temor a hacerle daño hizo que fuera más despacio.

—Ábrete para mí, no pasa nada—. Dijo Marco con la voz estrangulada por el deseo.

—No sé qué hacer —dijo Julia mirándolo intensamente.

—Ya lo sé, no te preocupes tú déjate hacer, intentaré hacerte el menor daño posible pero es inevitable que te haga daño la primera vez—. Dijo mirándola con los ojos desbordantes de pasión—. Estabas predestinada para mí aunque no lo supieras, pero esta noche me propongo demostrártelo ¿Confías en mí?—. Preguntó Marco.

Julia asintió con la cabeza y sonriendo volvió a darle un breve beso en los labios. Marco sonrió a la vez que volvía a introducir dos dedos dentro de su abertura. Julia volvió a cerrar los ojos jadeando.

—Eso es siénteme, porque no sé cuánto tiempo voy a poder aguantar más—. Aseveró Marco bajando la cabeza hacia su pecho, metiéndose el pezón dentro de la boca. Saboreando y lamiendo el pequeño y tieso botón, lo cogió suavemente y tiró con los dientes de él.

—¡No puedo más!

—¡Oh, sí que puedes, déjate llevar! Eres perfecta.

Marco subió la cabeza y agarrándola de la espalda con un brazo, apoyo el otro codo sobre el lecho y mirándola fijamente a los ojos empezó a introducirse poco a poco en ella.

Julia sintió como el hombre invadía esa parte de ella que nadie había tocado jamás, mirándolo a los ojos jadeó sintiendo un pequeño dolor e incomodidad.

Se agarró más fuertemente a él, sabía que sería doloroso pero nunca hubiera imaginado que doliera tanto.

—Julia mírame—. Le pidió Marco demasiado excitado.

Cuando la joven posó de nuevo la mirada en él, el general de un fuerte impulso se introdujo fuertemente en ella, arrancando un grito de dolor de la joven mientras la besaba. Permaneciendo quieto para que el cuerpo de la joven se acostumbrase al de él, la muchacha no pudo impedir que unas lágrimas resbalaran por sus mejillas. Marco besó las pequeñas lágrimas que corrían por la cara de ella con su lengua, y bajando la boca por su cuello la saboreó. Todavía permanecía quieto pero demasiado inquieto le preguntó:

—¿Te duele?.

La joven confirmó que sí con la cabeza incapaz de poder hablar, le había dolido tanto que se había quedado sin palabras. Sabía que Marco no se movía para no ocasionarle más dolor.

—Creo que no deberíamos continuar, esto duele demasiado.

—Sé que te duele pero no te preocupes en cuanto tu cuerpo se adapte a mí empezarás a dejar de sentir dolor, ahora viene lo mejor.

—Déjame que lo dude,...Marco no puedo más, me duele demasiado.

En ese momento el soldado volvió a moverse y a introducirse en ella, Julia soltó un jadeo, la sensación era demasiado dolorosa y placentera a la vez. Marco cerró los ojos, estar dentro de aquella mujer era como estar en el paraíso. Sin poder evitarlo empezó a empujar hacia ella proporcionando a ambos un placer indescriptible, Julia jadeaba y no podía evitar mover la cabeza de un lado hacia otro, con las manos tocaba su espalda desesperadamente empezando a sentir que una sensación desconocida se iba apoderando de su cuerpo, incrementándose poco a poco como la melodía de una canción. Marco era demasiado consciente del cuerpo que había debajo del suyo, besándola siguió embistiéndola hasta que cuando ya no pudo aguantar más el éxtasis empezó a vaciarse dentro de ella. En el mismo momento que sintió como Marco obtenía su placer, ella sintió el primer orgasmo de su vida. Y dejándose llevar entre los brazos de aquel hombre conoció un mundo totalmente nuevo para ella. Cuando prácticamente se estaba desvaneciendo al

mundo de los sueños, no puedo evitar que de su boca salieran unas silenciosas palabras.

—Te quiero Marco.

El joven sintió perfectamente aquellos suaves sonidos que le envolvieron el alma, abrazándola fuertemente no pudo ni quiso despegarse de ella. Sabía que la joven se había quedado dormida, pero él era consciente de que aquel hecho tan trascendental en su vida iba a tener consecuencias e iba a transformar su mundo, tenía entre sus brazos a su mujer. Por fin se sentía que había llegado a casa.

—Yo también amor, duérmete estaré aquí contigo—. Pero la joven ya vagaba por el mundo de los sueños sin sentirlo. La volvió a besar y tapándolos con la sábana se volvió a quedar dormido con su preciosa posesión en los brazos.

El sol estaba ya bastante elevado cuando los dos amantes se despertaron. Nadie en la casa se había atrevido a entrar en la habitación, los esclavos que ya no lo eran, esperaban ansiosos a que alguien saliera de la habitación. Sabían que no era prudente entrar.

Marco soñoliento descansaba totalmente satisfecho. Después de hacer el amor con Julia se habían vuelto a quedar dormidos y no era capaz de levantarse de aquella cama. Intentó despertarla poco a poco, el galeno había recomendado que la dejara dormir pero sabía que tenían que comer algo. Julia llevaba bastantes horas sin probar bocado alguno. Ella soñolienta le miró.

—Creo que deberíamos levantarnos a comer algo. Tus amigos deben de estar preocupados por ti—. Dijo Marco sonriente.

—No sé cómo voy a poder salir ahí y mirarlos a la cara—. Dijo tapándose la cara con el brazo—. Seguro que todo el mundo sabe lo que hemos estado haciendo ¿Qué voy a hacer?, me da demasiada vergüenza.

—Salir conmigo, eso es lo que harás—. Dijo Marco demasiado feliz—. Por si acaso lo has olvidado sería conveniente que recordarás que tenemos el permiso de Tito para casarnos y que eres libre para hacerlo. Podrías decir que estamos comprometidos en el caso de que no se te ocurra nada.

Julia lo miró seriamente y le dijo:

—Pero tú terminarás por marcharte, tu futuro no está en este lugar y yo no

puedo abandonar a la gente que tanto me necesita aquí, demasiadas personas dependen de la factoría ¿Qué pensará tu familia de que te cases con una mujer cuyo pasado vivió en la esclavitud? No puedo casarme contigo Marco.

—Mi futuro está donde tú estés y con respecto a mi familia, yo no necesito el permiso de mi padre para casarme contigo. Intentaremos encontrar un punto intermedio. Acaso ¿no me quieres?—. Preguntó Marco insistente.

—Sabes que no puedo evitar sentir lo que siento por ti pero no pienso volver a depender de nadie más, recién acabo de encontrar mi libertad. No puedo unir mi nombre al de un hombre cuyo destino se irá algún día de Baelo Claudia. Aprovechemos el tiempo que podamos pasar juntos porque casarnos es algo que no voy a aceptar. Algún día te marcharás.

—Eso déjame a mí, ahora no pienses en eso. Si Tito nos dio permiso, da por hecho que me casaré contigo. Cada vez que no te veo estoy deseando volver a tu lado, hasta Quinto se ha dado cuenta. Mírame —ordenó Marco enérgicamente—. Yo también te quiero aunque me acabe de dar cuenta. Así tuviera que desafiar a los mismos dioses, nadie me va a separar de ti, eres demasiado importante para mí. No te preocupes por nada, ya intentaremos arreglar las cosas conforme vayan viniendo—. Dijo besándola.

Julia sonriendo empezó a preguntarle indecisa:

—¿De verdad me quieres?

—Con toda mi alma —le dijo Marco mientras se disponía nuevamente a hacerle el amor.

—No puedes estar pensando en lo mismo otra vez,... ¿Marco? ¿Se puede hacer de día?

—¿Tú que crees, pequeña inocente?—. Dijo sonriendo—. Ya sé que estas dolorida, pero iré con cuidado, intentaré no hacerte daño.

—No puede ser que tengas ganas de hacerlo otra vez.

—Prepárate porque has desatado la pasión de un general romano.

Mientras en otro lado de la ciudad, Graco esperaba sudoroso y cansado en la fábrica a que llegara alguna noticia de Julia, se había pasado la mañana subiendo al buque un cargamento pendiente que tenía que llevar a Ostia y

sabía que la joven no debía de tardar en aparecer. Desde que el día anterior se había leído el testamento y la joven se había desmayado, no habían vuelto a saber nada más de ella. La domus estaba rodeada de soldados y era prácticamente inaccesible el intentar entrar a preguntar sin tropezarse con el soldado que custodiaba la entrada y con el cual había tenido unas palabras el día anterior, el tal Quinto.

Todo en la fábrica estaba tan organizado que la gente sabía lo que tenía que hacer en cualquier momento, aunque estaban deseando ver a la nueva dueña de la factoría, la joven era tan apreciada que nadie temía por su futuro. Incluso a pesar del luto por el anterior amo, la gente trabajaba esa mañana sin la tensión del día anterior. Hasta parecían felices a pesar del duelo por el antiguo amo. La noticia había corrido por toda la ciudad y la gente lo había celebrado, no era nada habitual que una esclava heredase toda una fortuna. Maldita suerte la suya, tenía que haberse casado con Julia muchísimo antes. Solo esperaba que el soldado no aceptase el matrimonio propuesto por el difunto *pater familias* y que Julia no le correspondiera. No estaba dispuesto a permitir que ese enlace se produjese, aunque tuviera que secuestrar a Julia, se la llevaría pero ese soldado no pasaría por encima de él. Todavía no estaba todo dicho.

Claudia no hacía más que reirse cada vez que pensaba en lo que su amiga estaría haciendo. Julia y el general no habían salido de la habitación y hacía rato que se había pasado la hora de comer. Quinto impaciente se preguntaba cuándo saldría su jefe de aquella habitación, hasta el galeno que había llegado a hablar con el general se había vuelto a marchar prometiendo volver por la tarde. Todo el mundo estaba impaciente por ver salir a la pareja.

Era ya tarde cuando Julia y Marco salieron de la habitación, Quinto no había permitido que alguien entrase, sabía que ambos necesitaban intimidad y tiempo para descansar. Estaba charlando tranquilamente en el atrium con el galeno que llevaba un buen rato esperando otra vez cuando Julia y Marco hicieron su aparición. La cara de satisfacción de ambos era demasiado evidente, Marco no podía evitar aparecer con un semblante más relajado y aunque la muchacha

se mostraba algo más pudorosa también parecía más relajada. Marco sin pensarlo cogió la mano de la joven y se dirigió hacia el galeno.

—Espero que no le hayamos hecho esperar mucho —dijo Marco mirando al hombre— Julia necesitaba descanso como predijo ayer.

—Sí y por lo que veo, usted también—. Dijo el galeno sin ocultar su irritación.

Julia avergonzada intentó soltarse de la mano de Marco pero el soldado no se lo permitió. Agarrándola se aseguró de que el galeno comprendiera la nueva situación.

—¿Ha pensado algo general? Tito dejó muy claro en el testamento cuáles eran sus condiciones. Me dejó encargado de asegurar que su última voluntad se cumpliera.

—Por supuesto. Por mi parte no hay problema, acepto la mano de Julia Livio y en cuanto se cumpla el tiempo correspondiente de duelo puede empezar con los preparativos del matrimonio—. Afirmó Marco rotundo.

—¿Y tú Julia? ¿Aceptas el matrimonio sine manu?—. Preguntó el galeno a la joven.

Julia se quedó en silencio mirando al galeno sabiendo exactamente qué decir, su corazón le dictaba una cosa pero lo que había decidido era lo más sensato. Quería a Marco pero ahora que acababa de recobrar la libertad no quería volver a pasar por lo mismo y volver a depender de un hombre. Marco era un hombre demasiado dominante, acostumbrado a que los demás le obedecieran ciegamente. Y ella acostumbrada a obedecer tenía la posibilidad en la mano de ser libre. El matrimonio de sus padres había sido un completo desastre y su madre terminó perdiendo la vida por culpa de su padre. ¿Y si ella heredaba la enfermedad de su padre y se la transmitía a sus propios hijos? Nunca se había planteado la posibilidad de tener hijos, por lo que estaba inmersa en un mar de dudas, pero ante la duda había que ser realista. Mirando con ansiedad al galeno titubeó al hablar.

—Bueno todo esto es demasiado precipitado pero creo que mi respuesta es que no es posible—. Dijo mirando a Marco.

—Julia, ya hemos hablado al respecto, si lo que necesitas es tiempo puedo

dártelo. Pero no estoy dispuesto a escuchar una negativa de tu parte ahora—. Dijo Marco irritado y mirando de nuevo al galeno le indicó:

—Sé que Julia está indecisa porque teme que me marche en cualquier momento, pero sé que ambos sentimos lo mismo y que terminará por aceptarme, ¿le parece correcto que le demos tiempo a Julia para que se lo piense? Recién acaba de empezar el tiempo de duelo, quizás debemos esperar a que todo pase, entonces le daremos una respuesta los dos.

—Está bien, pero seguro que Tito no hubiera aprobado su presencia aquí en esta situación. La gente murmurará demasiado. Quizás sería mejor que abandonase la casa y se trasladase al campamento mientras Julia termina de decidirse.

A Marco no le gustó para nada las palabras que acababa de escuchar del galeno. Y dirigiéndose seriamente hacia todos los presentes declaró en voz alta y autoritaria:

—Por mi parte, considero que Julia es mi mujer desde el mismo momento en que Tito me dio su permiso para casarme con ella. No pienso permitir que nadie me separe de la mujer que amo y mucho menos después de los últimos atentados contra su vida. Esperaré lo que ella considere conveniente, pero no me voy a marchar de aquí sin ella.

—Está bien no hace falta exaltarse, sé que la situación es delicada y excepcional, pero solo les dejaré unos días para que Julia se decida—. Dijo el galeno incómodo mirando a los dos jóvenes.

El médico era consciente del carácter posesivo del joven soldado con la muchacha, no había permitido durante todo el rato que habían estado hablando que ella se soltase de su mano y se separase de él. Además había sido tajante con su sencilla pero decisiva declaración de matrimonio. Era evidente que el joven estaba demasiado interesado en desposar a la joven. Y por el tiempo que habían pasado juntos, dudaba mucho que la joven siguiera siendo virgen. Su amigo Tito le había solicitado que intercediera por Julia pero nunca pensó que la joven se lo iba a poner tan difícil al general. Intentando no dejar entrever la sonrisa se despidió de los jóvenes y se marchó de la domus. Estaba seguro que mientras durara el duelo iban a estar bastante entretenidos.

Quinto que se había quedado todo el rato en silencio y escuchando la conversación estaba anonadado con el cambio de actitud de su jefe, sabía que la joven se lo iba a poner difícil pero conocía el carácter obstinado de Marco, sin duda su general tendría trabajo esos días. Ensimismado se quedó mirando a la joven pareja.

—¿Se puede saber por qué la miras así Quinto?—. Preguntó Marco irritado. Julia demasiado avergonzada no sabía hacia dónde mirar.

—¿Yo?...Que yo sepa no estoy mirando nada. No debes de haber descansado mucho, estás demasiado susceptible amigo mío. Pero me alegro de que Julia se encuentre mucho mejor, como veo que te molesta mi presencia me marchó con los hombres. Estaré fuera por si me necesitas general— dijo guiñándole un ojo a Julia.

—No creo que te necesite para nada. Puedes marcharte y deja de guiñarle a mi prometida el ojo, la estás avergonzando.

—Yo creo que el que la avergüenza eres tú con tu actitud. Si le soltaras la mano quizás podría decirme adiós adecuadamente y me parece que todavía no ha accedido a casarse contigo—. Dijo Quinto riéndose mientras salía medio corriendo antes de que su jefe se enfadase más todavía.

Julia mirando a la cara de Marco le preguntó:

—¿Has tenido que decirle eso?

—Me estaba molestando como te estaba mirando —dijo seriamente—. Vente, vámonos se me ha ocurrido a lo que nos vamos a dedicar esta tarde.

—¡Ah, no! No pretenderás avergonzarme más delante de mi gente. Necesito ir a la factoría y terminar lo que tenía pendiente.

—Hoy vamos a descansar por órdenes del galeno y yo necesito convencerte para que te cases conmigo—. Dijo Marco agarrándola de la mano.

—¿Por qué tengo la sensación de que no estás pensando precisamente en descansar?—. Dijo Julia intentando que no asomara una sonrisa a su cara.

—Será porque es verdad—. Dijo Marco sin negar la evidencia.

—¿Te has dado cuenta que cuando éramos pequeños siempre andabas tirando de mí y ahora sigues haciéndolo? Tito me dijo que te lo había contado todo.

—¿Y tú te has dado cuenta de lo importante que eres para mí? De pequeño perdí la memoria por ti y ahora me haces perder la cabeza. Aunque no temas reconocerlo nuestros destinos están unidos desde siempre. Así que no temas por nada porque ahora si es verdad que no pienso separarme de ti, lo que le dije al galeno iba en serio.

Julia siguió caminando al lado de él, pensando que su decisión también sería firme. Intentando no pensar en el futuro aprovecharía aquellos días con aquel hombre. No era muy dada a pensar en el mañana, así que intentaría vivir el día a día conforme viniera. Era una mujer práctica y saber que depender de un hombre no era siempre lo más afortunado que le podía pasar a una mujer. Respetaría el duelo por la muerte de Tito, pero no se separaría de ese hombre mientras durara su misión en Baelo Claudia, estaba demasiado feliz.

En la cocina Prisca y Claudia charlaban de lo que le habían escuchado decir al general.

—¿Has visto como el general cogía a Julia de la mano? Esos dos han pasado toda la noche juntos Prisca—. Suspiró Claudia feliz.

—No seas desvergonzada muchacha y ponte a trabajar que tú también andas metiendo la nariz donde no te llaman.

—¡Pero si Julia es como mi hermana!

—Sí, pero no deberías de olvidar que ahora ella es el ama y nosotras las sirvientas que trabajaremos para ella. Y con el general hay que tener cuidado porque ya has visto que no permite que nadie diga absolutamente nada de su relación con Julia. Y hace bien desde mi punto de vista. Anda prepara la cena que cuando vengan, me parece que van a tener hambre.

—Me parece que han ido a las termas— dijo Claudia cuchicheando.

—¡Calla esa sucia boca ya! Muchacha descarada, ¿por qué los dioses nos habrán mandado a una joven tan cotilla?

—No soy cotilla, es que digo la verdad y alejándose se marchó sonriente a preparar la mesa para la cena.

Mientras tanto Marco cerró por dentro la puerta que daba acceso a las termas e intentando convencer a Julia se dirigió hacia el vestuario donde se

podían dejar las prendas.

—No pienses que me voy a desnudar delante de ti—. Dijo Julia demasiado pudorosa.

—No voy a ver nada que no haya visto ya, pero si insistes, ¿qué te parece si yo me desnudo primero?, me vuelvo y luego lo haces tú, te puedes poner una toalla si te da tanta vergüenza.

—No sé porque me he dejado embaucar por ti, vas a ser mi perdición.

Marco sonriendo empezó a quitarse la ropa y ella aprovechó para volverse, las mejillas se le habían sonrojado de repente, bañarse con él no era buena idea.

—Ya puedes volverte. Como ves me he envuelto con la toalla—. Dijo demasiado sonriente, no entendía el extremo pudor de Julia. Los romanos estaban acostumbrados a exhibir su cuerpo sin pudor en los baños públicos. Y Julia tenía el cuerpo más bello que hubiera visto nunca.

—Está bien pero ahora vuélvete tú.

Marco se volvió comprendiendo que debía darle tiempo a que se acostumbrara a él, su encuentro había sido tan apasionado que se le olvidaba que ella acababa de perder su virginidad.

Julia se quitó la túnica que llevaba por la cabeza y se puso la toalla más grande que pudo coger.

—Ya me he cambiado.

Marco se acercó a ella y abrazándola la besó otra vez, no sabía cuántos besos le había dado pero era incapaz de parar, separándose de ella la volvió a coger de la mano y la llevó hacia el *frigidarium*, el agua estaba lo suficientemente fría para que Julia no quisiera meterse. Tirando de ella consiguió meterla hasta las piernas, pero la joven no fue capaz de entrar más.

—Marco yo no le encuentro sentido a esto de estar tiritando en una piscina de agua fría.

—El sentido lo tiene cuando te metes en la de agua caliente. Anda vente mujer de poca fe, ya verás cómo te sentirás mejor ahora.

—No pienso quitarme la toalla—. Le advirtió Julia.

—Hagamos un trato, si tú me la quitas a mí yo te la quito a ti.

—No sirve ¿Qué gano yo con eso?—. Dijo Julia riendo a carcajadas. No podía evitar que ese hombre la empujara hacia el *caldarium* —Marco suéltame.

El hombre aproximándose a ella la abrazó fuertemente impidiendo que pudiera mover los dos brazos, y fue introduciéndola poco a poco en el agua caliente. A Marco le daba igual si las toallas se mojaban porque no iban a durarle mucho tiempo en el cuerpo. Levantándola del suelo, siguió caminando e introduciéndose cada vez más en el agua caliente. Julia intentaba desesperadamente soltarse y salpicaba el agua con los pies, pero no pudo impedir que Marco los introdujera completamente y cuando los cubrió hasta el cuello la volvió hacia él, quitándole en el movimiento la toalla que ella llevaba puesta, la de él siguió el mismo camino que la anterior.

—Rodéame con tus brazos. Estaba deseando tenerte así desde la primera vez que me acompañaste a los baños y no quisiste entrar desde el vestidor.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes pensamientos demasiados pecaminosos y lujuriosos señor general?—. Preguntó Julia.

—Sí, pero de aquí en adelante los tendré solo contigo—. Dijo Marco besándola nuevamente.

Capítulo 14

“ Hay que atender no solo a lo que cada cual dice, sino a lo que siente y al motivo porque lo siente.”

Cicerón

Ya habían pasado nueve días del entierro y era costumbre que los amigos y familiares del difunto se reunieran en la cena *Novendialis*, pero la situación en la Domus era tan excepcional que Julia se hallaba desubicada. Se suponía que era la nueva señora de la casa y que debía invitar a los amigos de Tito a la cena. Entre el deber de actuar conforme a lo que dictaba la tradición, ella prefería seguir las normas que le dictaba su propio corazón. Sin embargo, cuando le había comentado a Prisca su debatir, la mujer se había ofuscado con ella regañándola. Según su amiga delante de la gente no solo había que aparentar ser una mujer patricia, sino que había que demostrarlo. Debía asumir el papel de la hija adoptiva de Tito y el de señora de la Casa de Livio, así que habían encargado ropas nuevas para esa ocasión y entre todos habían organizado la cena pero ella esta noche estaría sentada y no sirviendo como era habitual.

Desde que había iniciado su relación con Marco de día disimulaban ante todos y procuraban no mostrarse afecto alguno pero las noches eran de ellos. Marco tenía mucho trabajo en el campamento, andaba bastante preocupado por no haber podido encontrar a los asaltantes y ella se había puesto al día con los asuntos de la factoría. Gracias a la estimable ayuda del galeno no había tenido contratiempos con todo el trámite de la herencia de Tito y las cosas se habían acelerado bastante.

Aunque había decidido no aceptar el compromiso no pensaba desaprovechar el tiempo que los dioses le habían concedido para disfrutar de ese hombre. A

pesar de los pocos días que habían pasado Julia no podía dejar de recordar en su cabeza cada acto amoroso que compartían, estaba tan poco acostumbrada a la dicha que temía que esa pequeña burbuja de felicidad se le escapara de las manos y no durara lo suficiente para atesorar todos los recuerdos que iba a necesitar cuando Marco se marchara. Sabía que su comportamiento no era moralmente el adecuado, pero no pensaba retractarse y perder el tiempo en otorgar explicaciones a nadie. No le importaba lo más mínimo. Prefería vivir en pecado que vivir desgraciada el resto de su vida.

Esa mañana había decidido ir a la necrópolis, los soldados asignados a acompañarla se habían retirado un poco dejándole la intimidad que necesitaba, pero no le quitaban la vista de encima. Había decidido poner sobre la tumba de Tito alguna de las cosas que más había utilizado, era un hombre demasiado práctico y seguro que en el más allá las necesitaría. Se encontraba arrodillada colocando los objetos cuando una sombra se cernió sobre ella, cuando miró hacia atrás Marco estaba observándola. Julia levantándose le dijo:

—Marco ¿qué haces aquí?, no te esperaba tan temprano, pensé que vendrías más tarde del campamento ¡Me has asustado!

—Quiero acompañarte cuando los invitados empiecen a llegar para la cena, esta mañana estabas demasiado nerviosa y no me fui tranquilo, quería estar un rato antes en la casa.

Marco se situó detrás de ella y rodeándole la cintura con los brazos dirigió la mirada al frente mirando la tumba de Tito y le preguntó:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Había que traer la libación para los Manes y acabo de derramarla sobre la tumba, es lo último que quedaba por hacer, a partir de hoy se acaba el período de luto. Pero también quería traer algunas cosas de Tito, pensé que a lo mejor las podía necesitar en el más allá. Adoraba su libro de leyes en especial y una pluma con la que escribía todos los días,...le echo tanto de menos que venir un rato aquí proporciona un poco de paz a mí espíritu. No me había dado cuenta hasta qué punto estaba tan acostumbrada a él..., ahora me siento tan perdida.

Te agradezco que estés a mi lado esta noche, no sé si voy a encajar en medio de toda esa gente.

—No tienes porqué encajar en medio de nadie, sólo tienes que gustarme a mí, y te aseguro que para mí eres perfecta. Seguro que ellos estarán encantados de venir, no te preocupes porque lo vas a hacer muy bien, es lo que siempre has hecho y ellos te conocen demasiado bien. Vámonos no queda mucho tiempo y tenemos que cambiarnos para la cena.

Julia le dio la mano y caminaron rumbo a la casa seguidos de su guardia de legionarios.

Esa noche Prisca se esmeró todo lo posible porque el banquete estuviera a la altura del fallecido amo y de Julia, la joven se lo merecía. Cuando los invitados empezaron a llegar, el general recibió a los comensales al lado de la muchacha, estos conforme iban entrando a la domus observaban la máscara de cera del difunto que Julia había mandado realizar, la cual presidía el lugar de honor de la casa. Pero si había algo que realmente llamaba la atención era la presencia del general al lado de la bella joven.

Claudia y Prisca la observaban, intentando que nadie se percatara de que estaban viendo el desfile de personas desde lejos. Se hallaban demasiado orgullosas de ver a su amiga en su papel de anfitriona. La muchacha no se había sentido nunca tan hermosa como esa noche, el general se había quedado tan anonadado cuando la vio salir de la habitación que Julia no pudo evitar reírse de él. Habían mandado llamar a la peluquera y la había peinado especialmente para la ocasión. Le había realizado un elaborado recogido en la cabeza que dejaba sueltos pequeños tirabuzones rubios, todo adornado con pequeñas florecillas granates de colores y perlas, y una vez que la peinaron, la maquillaron y le echaron perfume.

La costurera le había elaborado una *stola* de lino de color tostado claro ceñida debajo del pecho con un cordón bordado con hilos de seda de color oro y sobre el hombro una palla de seda también de color claro que resaltaba el color natural de su pelo. Decir que estaba bellísima era quedarse corto. El general era incapaz de apartar la vista de ella en cuanto se descuidaban los

invitados. No se había percatado cuánto amaba a esa mujer hasta que no la vio salir vestida tal cual matrona romana y no veía el momento de que ella le diera el sí. Tenía una belleza natural y una elegancia innata que era imposible de dejar de observar sin sentirse impactado, eso sumado a su inteligencia y el discurso tan apasionado que tenía cuando defendía algo con esmero, la hacía la mujer más especial y atractiva que sus ojos hubiesen visto nunca. Se sentía realmente afortunado de haberla vuelto a encontrar.

Cuando Claudia y Prisca observaron que todos los invitados habían llegado y estaban sentados en el triclinium procedieron a servir la comida. Esa mañana Claudia había acudido al foro y había comprado todo lo que le había pedido Prisca para elaborar el menú, la ocasión era tan especial que había traído los mejores productos frescos del macellum de Baelo Claudia.

Julia estaba demasiado nerviosa cuando dio permiso para empezar a servir la cena, a pesar de que todo estaba perfecto, ella estaba inquieta. El comedor estaba agradablemente iluminado con antorchas y velas situadas estratégicamente esparcidas por el lugar y varios centros de flores propagaban un sutil aroma en el ambiente.

Cuando aparecieron los primeros entrantes de verduras, los comensales apreciaron bastante la col con el mejor garum que tenían de la factoría así como las alcachofas con dátiles, seguidamente varias ensaladas se sirvieron, unas llevaban ciruelas y granada, otras lechuga, puerros tiernos y aceitunas, queso fresco con fruta,...De plato fuerte presentaron cordero y marisco regado con un vino templado con miel pero lo más comentado fueron los pasteles con frutos secos y piñones de Prisca. La cena fue transcurriendo a lo largo de la noche apaciblemente como era costumbre en la casa de Tito, los invitados charlaban amigablemente con el general y Julia como si hubieran estado con ellos toda la vida, los más atrevidos se atrevieron a preguntar por el compromiso.

—Entonces general, ¿para cuándo tendremos boda?—. Preguntó uno de los asistentes.

—De momento estoy intentando convencer a la dama de que me acepte—. Dijo irritado Marco.

Julia lo miró contrariada y los comensales empezaron a reírse como si de una broma pesada se tratara. Nadie concebía que una joven como Julia pudiera rechazar a todo un general de la Legión de Roma.

En ese mismo momento, en la domus de Tiberio se producía una reunión entre el hombre y Spículus.

—¿Has podido entrar sin ningún contratiempo?—. Preguntó Tiberio.

—Sí, el pasadizo está bastante oculto y resulta prácticamente imposible que alguien pueda encontrar la entrada a la ciudad. Recibí tu aviso de que era urgente que nos encontráramos esta noche.

—Las cosas han dado un giro radical, hay que cambiar un poco los planes. Ahora en vez de matar a uno hay que matar a dos.

—¿Qué ha sucedido?—. Preguntó el mercenario.

—El maldito de Tito Livio que después de muerto sigue amargándome la existencia.

—¿Qué ha pasado?—. Volvió a preguntar Spículus.

—Le ha dejado toda la herencia a la esclava nombrándola su hija adoptiva y eso no es lo de menos, ha permitido el matrimonio sine manu con el general. Así que ahora el general estará más pendiente si cabe de la joven. Necesito quitar de en medio a la muchacha para poder hacerme con el negocio de Tito y por supuesto, eliminar al general.

—Eso complica un poco las cosas, pero ya tengo todo ultimado para el ataque definitivo. Les pillaremos cuando más desprevenidos estén—. Dijo Spículus—. Solo necesito saber el momento más adecuado.

—Muy bien, ya te iré avisando.

En ese momento escucharon un leve ruido procedente del pasillo, Spículus le hizo una señal a Tiberio y sacando su daga se acercó poco a poco a la puerta que comunicaba la habitación con el pasillo.

Valeria se hallaba escondida intentando escuchar algo de ambos hombres, sabía que corría mucho riesgo estando allí pero no tenía otra opción. Parecía que en ese momento los hombres se habían callado porque no acertaba a escuchar nada. Un sexto sentido le indicó que se moviera de allí urgentemente

y se marchara pero cuando se disponía a huir, una sombra se cernió sobre ella y cogiéndola del cuello, la golpeó fuertemente contra la pared. La mujer se quedó aturdida por el golpe, pero lo peor fue que cuando quiso abrir los ojos tenía encima al pirata observándola y a su marido con cara de pocos amigos detrás. Ambos hombres parecían realmente enfadados e intentó dar una excusa para que no sospecharan.

—¡Tiberio ayúdame!, me está haciendo daño.

—¿Cuánto has escuchado de la conversación?—. Preguntó Tiberio realmente enfadado.

—Yo pasaba por el pasillo, iba a la cocina a beber agua. No he escuchado nada, de verdad.

—Estás mintiendo—. Dijo Tiberio.

—Lo ha escuchado todo, encárgate tú o me encargo yo—. Le advirtió Spículus.

—No te preocupes aseveró Tiberio, no volverá a escuchar detrás de las paredes ni a abrir la boca.

Cuando Spículus soltó la presión del cuello liberándola, Tiberio la cogió de malos modos del brazo y arrastrándola por el pasillo se fue derecho a la habitación de ambos. Valeria sabía que de esa no la podría salvar nadie, un miedo atroz se apoderó de su alma, sabía de lo que era capaz ese hombre y de la extrema crueldad con que disfrutaba haciéndolo. Por un momento, volvió a recordar lo feliz que era cuando estaba en la casa de su familia y lamentó profundamente haber unido su destino con ese ser tan malvado. Cuando llegaron a su habitación Tiberio la tiró al suelo y desatándose el cinto con que sujetaba su toga lo dobló en dos y se fue derecho hacia ella.

—Por favor Tiberio, piénsatelo bien, no estaba haciendo nada, solo pasaba por el pasillo.

—Eres una perra mentirosa, pero de aquí no vas a salir sin que aprendas a comportarte, me voy a asegurar que no vuelvas a abrir esa boca tuya.

Conforme le dijo esto último, Tiberio levantó el cinto y bajándolo hacia su mujer empezó a golpearla salvajemente descargando toda su furia sobre Valeria. Ella sin poder evitarlo empezó a llorar del dolor intentando

protegerse la cabeza con los brazos, pero tal parecía que su marido se había vuelto completamente loco. Con cada golpe que sentía en su cuerpo, la mujer fue consciente de que era muy probable que de aquello no saliera viva.

Al día siguiente por la mañana, Julia se hallaba en la biblioteca de la domus sumando las facturas que tenía pendientes cuando sintió bastante alboroto y unas voces que la llamaban a gritos.

—¡Julia, Julia!, ¿dónde estás?

—¿Quién me busca?—. Preguntó Julia feliz de escuchar aquella voz.

—¡Soy yo!. —Dijo un pequeño terremoto que corriendo dio un salto y se abalanzó a los brazos de Julia.

La joven abrazó con cariño al pequeño Paulo que había venido corriendo.

—¡Te he echado de menos!—. Dijo el pequeño, abrazándola fuerte—. No quiero volver a irme.

Julia mirándolo a la cara le dijo tranquilizándolo:

—No te preocupes que ya no volveréis a marcharos, ¿Vale?

—¿Me lo prometes?

—Claro que sí—. Sonrió Julia. Cuando ladeó la cabeza pudo ver también a la hija de Prisca, Helena los observaba divertida esperando a que su hermano dejara de abrazar a Julia. La joven bajó al suelo a Paulo y agachándose le dio un beso a la mejilla.

—Helena, cada día estás más bonita.

Una enorme sonrisa asomó a la cara de la niña y sin esperárselo, la niña volvió a abrazar a Julia rodeándole el cuello con sus pequeños brazos.

—Julia que contenta estoy, te hemos echado de menos. Queríamos volver pero padre no nos dejaba—. Dijo Helena.

—No te preocupes, ya estáis aquí. Estaba esperándoos a los dos. Quiero llevaros a un sitio.

—¿A un sitio?—. Preguntaron los hermanos ilusionados a la vez.

—Sí, tenemos que ir a un lugar no muy lejos de aquí—. Y mirándolos seriamente les confirmó—. Vamos a ir al *ludus litterarius*, ha venido un pedagogo nuevo que es de Grecia. Estuve hablando con él y nos ha permitido

que Helena pueda asistir también, el que había antes solo daba clase a muchachos. Aprenderéis a leer, a escribir y a contar.

—¿A la escuela?—. Preguntó Paulo horrorizado—. ¡Yo no quiero ir!, yo voy a ser soldado como el general ¡Conmigo no cuentas!

—El general sabe leer y escribir perfectamente. Así que me parece que si quieres estar a la altura del general tendrás que ir a la escuela. Vamos, el pedagogo nos está esperando.

—¡Que te he dicho que no! —dijo Paulo irritado.

Julia tuvo que agarrarlo fuertemente de la mano y estirar de él para poder llevárselo. Helena estaba feliz porque ella sí que estaba deseando aprender, mientras veía como Julia arrastraba prácticamente a su hermano y este protestaba, fue riéndose por todo el pasillo. Entraron a la cocina en busca de la madre de los pequeños para comunicarle a donde se dirigían los tres. Prisca intentó poner cara seria cuando vio la cara de enfado de su hijo, pero estaba enormemente agradecida a Julia de que hubiera pensado en que los niños recibieran clases. La muchacha les había comentado la posibilidad de que los niños pudieran asistir a la escuela y ellos habían estado de acuerdo. Los esclavos no tenían la oportunidad de aprender a leer y escribir, pero sus hijos tendrían al menos esa opción. Su marido y ella se defendían cómo podían cuando tenían que ir a comprar y para que no les engañasen se echaban unas piedras al bolsillo, por cada moneda que tenía que pagar quitaba una piedra, cuando se acababan las piedras sabía que había terminado de pagarle al vendedor. Pero aun así, le hubiera encantado saber contar. Por lo menos tenía la esperanza de que sus hijos aprendieran lo mínimo para que no tuvieran que pasar por lo mismo. Poniéndose seria recomendó a su hijo que hiciera caso a Julia y que se comportara con educación, si no quería volver a la casa de su prima a limpiar el establo de las vacas. Cuando el pequeño escuchó la amenaza de su madre, se calló y saliendo por delante de Julia furioso, obedeció a las dos mujeres. Julia y Helena se despidieron y salieron detrás del muchacho. Prisca volvió a la mesa de la cocina y se dispuso a seguir amasando el pan.

Julia acompañada por los dos pequeños y algunos soldados llegaron al foro,

debajo de uno de los pórticos se hallaba la escuela, la muchacha abrió una cortina que daba un poco de intimidación a la sala y entró, dentro se hallaba el pedagogo dando lección a sus discípulos. El hombre cuando la vio dejó de hablar y se dirigió hacia ella.

—Buenos días Julia, ¿estos son los niños de los que me hablaste?—. Preguntó mirando hacia Paulo y Helena.

—Sí ellos son, le presento a Helena y Paulo. ¡Niños saludar al maestro! — pidió Julia educadamente.

Los pequeños un poco intimidados saludaron al hombre y observaron con detalle a los demás niños que se hallaban sentados en pupitres y con tablillas en sus manos. Paulo todavía enfadado los miraba con el ceño fruncido.

—Ya sabes que solo puedo dar clases a los niños, pero voy a hacer una excepción con esta niña. Si es tan aplicada e inteligente como dices le daré una oportunidad, pero si no es así, no pienso perder el tiempo con una mujer.

—No se preocupe, ya verá como Helena es una niña muy lista. Solo dele una oportunidad, no se arrepentirá. Yo le recompensaré por el esfuerzo.

—Está bien, podéis sentaros en aquel banco que está vacío—. Dijo el maestro a regañadientes mirando a los niños.

—Luego vendré a por ellos cuando acabe la clase. A partir de mañana ya pueden venir y marcharse ellos solos. Muchas gracias maestro.

—A ti Julia. Bueno niños, sigamos con la lección, coged vuestras tablillas y repasemos los surcos de las letras.

Era la hora en la que el sol estaba más fuerte cuando Marco volvió a la domus. Julia estaba en el atrio con Claudia cuando lo vieron entrar, la otra muchacha le hizo un comentario a Julia y salió presurosa hacia la cocina. Marco llegó a la altura de Julia y acercándose la besó en los labios.

—¿Cómo has pasado la mañana?—. Preguntó el soldado separándose de ella.

—Bien, he llevado a los pequeños a su primer día de escuela—. Dijo Julia mirándolo a los ojos con una sonrisa.

—¿Y el pequeño accedió tan tranquilo?

—Bueno tuve que correr para alcanzarlo pero su madre lo amenazó con limpiar el establo de las vacas, al final conseguí que se quedara allí junto a su hermana. Te daba con que ibas a pasar el día en el campamento.

—He venido antes porque te tengo una sorpresa.

—¿Una sorpresa?—. Preguntó Julia—. No me gustan las sorpresas sobre todo si vienen de un soldado romano como tú.

—¡Qué desconfiada eres mujer!—. Dijo Marco abrazándola y sonriendo—. Le he pedido a Prisca que nos preparara algo para comer, quiero llevarte a un sitio.

—Tengo que regañar a Prisca, llevo toda la mañana con ella y no me ha dicho nada.

—Le pedí que me guardara el secreto, ¡vamos! Se tarda un poco en llegar a donde te quiero llevar.

—¿Qué te traes entre manos?—. Preguntó Julia—. No me fio de ti. Tengo que recoger a los niños, se lo dije al maestro.

—No te preocupes, Claudia puede ir a por ellos. Venga—. Dijo cogiéndola de la mano y arrastrándola hacia la cocina.

—¿Prisca tienes preparado lo que te pedí?—. Preguntó el general a la cocinera.

—Sí, aquí está todo—. Dijo Prisca dándole un hatillo con comida y mirando a Julia con una sonrisa pícaro.

—Se supone que tengo que estar al tanto de todo lo que sucede en la casa, ¿Cómo puedo fiarme si mi propia gente me oculta cosas?

—¡Anda Julia, no seas exagerada!. El general me lo pidió en secreto y manda más que tú—. Dijo riéndose y volviéndose a sus tareas.

—¡Será posible! Has hecho que mi propia gente me pierda el respeto.

—Vamos Julia, tenemos el tiempo justo para llegar. Adiós Prisca, te debo una. Ordena a Claudia que recoja a los pequeños, y no nos esperéis para cenar, llegaremos tarde—. Dijo el general saliendo de la cocina con Julia.

—Hasta luego, pásenlo bien —dijo la cocinera despidiéndose de ellos.

Dos caballos se hallaban ensillados en la puerta principal de la domus, Marco ayudó a montar a Julia y después se subió a su propio caballo. Salieron

de la ciudad por la puerta de Carteia, y una hora después llegaron a un paraje cercano a la ciudad donde un bosque de pinos y lentiscos escondía un manantial de agua que brotaba de una gran grieta horadada en la roca, el agua cristalina y helada caía a su voz a una serie de pozas que las hacían ideal para el baño.

—¿Cómo has encontrado este sitio? Es precioso—. Preguntó Julia.

—Una patrulla de reconocimiento lo encontró, tenían la orden de vigilar los manantiales por si alguien accedía a ellos y los envenenaban y por casualidad encontraron este lugar. ¿Te gusta?

—Sí, es espectacular—. Dijo Julia mirando a Marco a los ojos—. Eres toda una caja de sorpresas Marco Vinicius.

Marco empezó a reírse, bajando del caballo se acercó a la joven y la ayudó a desmontar, atando a los animales se acercaron a las pozas.

—¿Te apetece un baño antes de comer?

—No seré yo quien se meta en esa agua tan fría—. Dijo Julia negando con la cabeza.

—¿Cómo que no serás tú?—. Dijo Marco abrazándola por detrás.

—No se te ocurra hacer lo que estás pensando—. Dijo Julia sonriendo—. No he traído otra ropa más que esta.

—No te hará falta más ropa—. Le dijo Marco y tirando de su túnica se la sacó por la cabeza mientras que con la otra mano la tenía agarrada fuertemente para que no se le escapase.

—Marco suéltame, por favor. Alguien podría vernos.

—Aquí no hay nadie, no te preocupes. Ya tomé precauciones. Hay una patrulla cerca de donde nos encontramos pero tiene la orden de no acercarse si saben lo que les conviene—. Dijo mientras él terminaba de quitarse su ropa también.

—¿Sabes que esto es pecaminoso?

—No hay nada de malo en bañarse desnudos.

—¡Eres imposible! No sé qué voy a hacer contigo.

La joven intentó salirse del cerco del abrazo del soldado mientras él avanzaba con ella hacia delante acercándola cada vez más al agua.

—¡No lo hagas!, ¡Me voy a ahogar! No te lo he dicho nunca pero es que no sé nadar, me da miedo.

—No te preocupes que no voy a dejar que te ahogues.

—Marco suéltame, nunca he hecho nada parecido.

—¿Por qué no has aprendido a nadar teniendo el mar tan cerca?

—Los esclavos siempre estábamos trabajando nunca teníamos tiempo para estas diversiones.

—Pues ha llegado el momento de que aprendas.

Marco fue paulatinamente introduciéndose en la poza y cuando el agua les llegó casi a la altura de los hombros dejó de andar.

—¡No se te ocurra soltarme!—. Dijo Julia con la voz temblorosa por el frío del agua—. No sé cómo he dejado que me convencieras para traerme aquí.

—Bueno hoy tengo pensado algo especial para ti.

—¿Has pensado que muera congelada o ahogada?

Marco hizo el intento de soltarla pero la joven estaba agarrada fuertemente a su cuello y no pudo despegarla de su cuerpo.

—No me sueltes —gritó Julia.

—Si te relajas puedo enseñarte a nadar pero necesito que dejes de agarrarme tan fuerte del cuello y que dejes de gritar.

—Está bien.

Marco pasó un buen rato explicando a Julia como nadar y flotar en el agua, la mujer que entendió a la primera lo que quería decirle el soldado intentó nadar como le sugería y después de intentarlo durante un rato consiguió dar sus primeras brazadas sin ahogarse.

—Mira ya sé nadar—. Dijo Julia feliz de poder mantenerse mínimamente en flote.

—Bueno es un poco precipitado decir eso pero es un buen inicio —dijo Marco sonriendo.

Julia se le quedó mirando de repente y observándolo por unos instantes se fue acercando hacia él y lo besó. Marco le salió al encuentro, amaba a esa mujer y ya no concebía su vida sin ella. Este era el último intento que tenía para convencerla de que se casase con él. Esperaba que le diera resultado.

—¿Te he dicho ya cuanto te quiero?—. Preguntó Marco mirándola seriamente a los ojos.

—Sí, me lo has dicho millones de veces en estos últimos días.

Aunque tenía a Julia abrazada el joven acercó a la muchacha a la orilla hasta un sitio donde podían hacer pie perfectamente y soltándola, se quitó una cadena que tenía en el cuello sacando un anillo que había en ella.

—Este anillo siempre perteneció a mi madre, cuando mi madre murió mi padre me lo entregó para que el día que encontrara a la mujer de mi vida se lo diera, así que como tú no tienes familia y la mía tampoco puede estar presente, hoy quiero preguntarte ¿Julia Livio me harías el grandísimo honor de ser mi esposa?, prometo honrarte, amarte y venerarte todos los días durante el resto de mi vida. Ya no concibo un lugar en el que no estés tú, desde que te encontré no hay ni un solo día que no le dé las gracias a los dioses por volver a ponerte en mi camino. No puedo despertarme cada mañana sin que no estés a mi lado, no sé lo que el destino nos tiene predestinados pero si no estás conmigo prefiero no vivir en él, dime que sí—. Dijo Marco seriamente mirándola a los ojos.

Julia lo miro estupefacta, se había quedado sin palabras, sin poder evitarlo de sus ojos empezaron a salir lágrimas de felicidad que no podía dejar de derramar, su mente le decía que no, pero su corazón no podía evitar a amar a aquel gran hombre. De repente, se acordó de lo que le dijo su amo en el lecho de muerte: “No mires nunca atrás y haz siempre lo que te dicte el corazón, porque el corazón nunca se equivoca. Esta vida no está hecha para cobardes, confía en el general”. Julia miró todos los detalles de su bello rostro y mirándolo a los ojos le dijo:

—Está bien Marco Vinicius, me casaré contigo. Yo tampoco concibo mi vida sin ti.

Marco la abrazó fuertemente y dándole besos por todo el rostro le dijo:

—Te prometo que no te vas a arrepentir nunca, te quiero más que a mi vida.

De pronto, la abrazó y pasándole el brazo por debajo de las rodillas la levantó y la saco del agua andando hacia la sombra de uno de aquellos árboles. Marco la depositó sobre el suelo arenoso y sin percatarse de nada se

amaron durante toda la tarde, ajenos a todo y a todos, en su pequeño paraíso terrenal. Un buen rato después Marco cogió a Julia y levantándola del suelo se vistieron. Fueron a por la comida y se sentaron debajo de un pino.

—Ven, sentémonos aquí a comer, tengo hambre desde hace rato.

—No me extraña, tu madre tuvo que estar ocupada contigo cuando fuiste pequeño porque comes por dos personas ¡No sé dónde metes lo que comes!—. Dijo Julia riéndose.

—Soy un hombre de fuertes apetitos que necesita muchas energías, tengo que reponer fuerzas para contentar a mi futura esposa.

—¿Qué crees que pensará tu hermano de que te cases con una antigua esclava?

—Mi hermano te adorará igual que yo, deja de preocuparte porque me has hecho el hombre más feliz del mundo.

Marco y Julia extendieron sobre un lienzo la comida que había preparado Prisca y sentándose juntos, Julia le acercó el pan y se lo ofreció a Marco, después dispuso el pequeño banquete que había preparado la cocinera delante de ellos: queso, miel, puré de legumbre, algo de carne y frutas complementaban las diversas y variadas viandas. Ambos jóvenes comieron tranquilamente observando el paisaje que desde allí se divisaba, una gran calma inundaba el lugar que con el correr del agua de las pozas transmitía una calma majestuosa. Ambos jóvenes pasaron la tarde demasiado felices, planeando el futuro que los dioses les habían preparado.

Horas más tarde regresaron a la domus y les comunicaron a los demás la buena nueva, Julia había aceptado casarse con él. Esa noche celebraron su compromiso, Julia pidió a sus amigos que se unieran a la cena y Marco invitó al tribuno Quinto. Todo el mundo estaba contento de que la pareja de jóvenes hubieran decidido formalizar su relación.

Quinto que no era capaz de dejar de admirar a Claudia, se había sentado al lado de ella. Estaba demasiado contento por la futura boda de su amigo y por tener a su lado a esa muchacha tan especial. El ambiente demasiado alegre y

festivo duró hasta altas horas de la madrugada. Hasta los pequeños se unieron a la celebración pero rato después Prisca echó de menos a su hijo.

—¿Horacio has visto a Paulo? Hace un rato estaba por aquí.

—No, llevo un buen rato que no lo veo, imagino que se habrá ido a dormir. Hoy ha tenido demasiadas emociones con el compromiso de Julia y su comienzo en la escuela.

—Imagino que sí, luego comprobaré que esté en su cama.

Pero en esos mismos momentos Paulo no estaba en su habitación, se encontraba en lo alto de un árbol del huerto de atrás de la domus. Había aprovechado un despiste de sus padres para hacer lo que tenía pensado. Cuando terminó de hacer lo que se traía entre manos se escabulló hacia su cama sin que nadie se percatara de lo que el pequeño muchacho había estado urdiendo.

A la mañana siguiente un Marco demasiado contento despertó a Julia que se hallaba todavía demasiado adormilada por la celebración de la noche anterior. La joven se hallaba acostada boca abajo, dejando expuesta su espalda desnuda. Marco la besó a lo largo de toda la columna.

—¿Julia no tienes que despertarte ya?

—Estoy demasiado cansada, ayer me agotaste demasiado en aquellas pozas, eres un hombre demasiado vigoroso—. Le dijo sonriendo y medio adormilada todavía.

—¿Así? pues este hombre necesita comer algo pronto si no quiero desmayarme a media mañana.

—¿Siempre piensas en comer por las mañanas?

—¿Tu qué crees?—. Dijo mientras se tumbaba encima de ella, con la precaución de no aplastarla y se posicionaba entre sus piernas, abriendo las de ella con la rodilla.

—¡Marco, no te atreverás tan temprano! No puede ser que tengas ganas otra vez—. Dijo Julia forcejeando intentando salir de debajo de él.

Marco la cogió de la cintura con un brazo y con la otra se apoyó sobre el lecho para no aplastarla.

—¡Ya te he dicho que tenía hambre!—. Dijo besándola en el cuello.

—Pero hambre de comida.

—¡Ah!, pero no te he dicho que tú eres mi comida preferida.

—Marco suéltame—. Dijo Julia demasiado excitada.

—¿No te he dicho que soy un hombre con intensas pasiones? Se me olvidó decírtelo ayer cuando accediste a casarte conmigo.

—Ayer me engañaste—. Dijo Julia sonriendo.

De repente, Marco empezó a introducirse en ella desde detrás y sin poder evitarlo Julia soltó un jadeo.

—Esto no puede ser bueno tan temprano, me vas a pervertir.

—No me importa pervertirte mientras sea siempre conmigo. Ningún hombre te tocará jamás, eres mi mujer hoy, mañana y toda la vida.

Marco siguió entrando y saliendo del cuerpo de aquella mujer que lo volvía loco y que amaba, juntos llegaron al éxtasis, sin percatarse de nada de a su alrededor.

Esa mañana Claudia no pudo evitar contar en el macellum que su joven amiga y nueva ama le había dado el sí al general. La noticia corrió por la ciudad como el viento arrastra la arena de la playa, la gente no podía dejar de alegrarse de la noticia, sin embargo Graco se quedó helado y conmocionado cuando supo que Julia se iba a casar con el soldado. Sin pensarlo, en el mismo instante, el hombre se fue derecho a la domus en busca de Julia.

En ese mismo momento el pequeño Paulo también aprovechaba para entrar el primero en la escuela sin que nadie se diera cuenta, depositando con mucho cuidado su pequeña carga dentro de la caja donde el pedagogo guardaba todas las tablillas y se dispuso a sentarse en el último banco de la escuela para poder salir corriendo el primero cuando el maestro abriera la caja y la situación se complicara. Él no quería estar allí y nadie le iba a obligar a tener que asistir a aquellas absurdas clases. Quería ser soldado y ninguna mujer le iba a obligar a ir a aquel estúpido sitio.

Los niños empezaron a entrar y Helena que se había retrasado se acercó a su hermano y le preguntó:

—¿Por qué no me has esperado hoy?, te he estado buscando por todos los sitios y cuando no te he encontrado me he venido sola. Creía que no te gustaba la escuela.

—Y no me gusta—. Dijo Paulo enfurruñado y serio.

—Te has sentado en la última fila y desde aquí no escucho bien lo que dice el maestro.

—Hoy va a hacer calor y aquí nos da más el aire de la entrada.

—Si tú lo dices, pero sigo diciendo que desde aquí no escucho bien las explicaciones del pedagogo.

—¡Siéntate ya y deja de quejarte!

—Estás imposible esta mañana, no sé qué mosca te habrá picado —dijo la pequeña Helena sentándose al lado de su hermano.

Cuando todos los niños llegaron fueron sentándose en los distintos asientos y cuando el maestro comprobó que todos habían llegado empezó con la clase. El hombre se fue derecho a donde tenía guardadas las tablillas de los niños y cuando abrió la caja y metió la mano rebuscando las que necesitaba encontró algo redondo que estaba tapado con una vieja tela desgastada. El hombre abrió poco a poco extrañado de que aquello se encontrara allí, alguien debía de haberse equivocado metiendo su almuerzo seguramente. Cuando lo destapó no daba crédito a lo que veía, de un gran panal empezaron a salir furiosas abejas que empezaron a rodear al hombre y a los niños que se encontraban sentados cerca del pupitre del maestro. El hombre daba manotazos intentando apartarse de aquellos horrorosos y enfadados animales, pero el pobre hombre no tuvo suerte y empezaron a picarle por todos los sitios de su cuerpo y sobre todo por la cara. Los niños empezaron a chillar y a salir espantados del lugar precipitándose hacia la salida. Paulo que sabía lo que iba a ocurrir cogió a su hermana de la mano y arrastrándola salió el primero de aquel horroroso lugar seguido por los asustados niños.

—Madre te va a matar en cuanto se entere—. Dijo una enfadada Helena que corría como si la persiguieran todavía veinte panales de abejas.

—Cállate y corre, madre no se va a enterar nunca. Y como se te ocurra decir algo, te vas a enterar de lo que es bueno—. Dijo Paulo corriendo a su vez.

Julia se hallaba en la cocina con Prisca cuando escuchó voces en el atrio de la casa, alguien gritaba en medio de la casa preguntando por ella, en ese mismo momento pudo reconocer la voz de Graco.

—¡Déjenme pasar!—. Dijo Graco claramente exaltado.

Varios soldados tenían agarrado al hombre por los hombros y no lo soltaban, el tribuno Quinto enfadado le impedía el paso.

—¿Quinto que pasa?—. Preguntó Julia preocupada viendo a los hombres discutir.

—Es el liberto que quería entrar sin permiso.

—¿Graco que te ocurre?

—Ya me he enterado de que te vas a vender al general—. Dijo un Graco furioso y demasiado exaltado para pensar lo que estaba diciendo.

—Retira ahora mismo lo que has dicho—. Dijo el general desde la entrada de la domus.

—No pienso retirar nada. Al final has conseguido convertirla en tu querida.

Conforme dijo las últimas palabras un enfadado Marco se avalanzó sobre el liberto y le dio un puñetazo en la cara haciéndolo caer hacia atrás. Graco se levantó rápido del suelo y quitándose la sangre que manaba de su boca, se lanzó nuevamente hacia el general. Al ver la pelea Julia intentó interceder pero Quinto se lo impidió cogiéndola de los brazos.

—Llevaba tiempo buscándoselo, deje que esto lo resuelvan ellos—. Dijo Quinto agarrando fuertemente a Julia pero sin ocasionarle ningún daño.

—Se van a hacer daño—. Dijo Julia angustiada observando como los hombres se pegaban sin darse cuenta del público que se iba conglomerando alrededor de ellos poco a poco. Los soldados del general, Prisca, Horacio y Claudia que habían sentido el alboroto eran algunos de los que estaban disfrutando del espectáculo.

—De eso se trata, no se preocupe. Esta vez se ha pasado—. Dijo Quinto.

El general fue pegando a Graco en los sitios donde sabía que más le podían doler, cuando lo sintió gritar y reconoció la voz del liberto sabía que había

venido a increpar a Julia, seguro que se había enterado de su futuro matrimonio.

—Julia nunca te ha pertenecido y no será tuya en la vida. Ella no te ha querido nunca y lo sabes bien, discúlpate con ella y vete de manera honorable, ahora que puedes—. Dijo Marco dándole la oportunidad de marcharse.

Graco lo miró furioso y humillado, sabía que Julia no lo quería pero hasta última hora había tenido la esperanza de que rechazara al general y le concediera una oportunidad.

—¡Graco, por favor, déjalo ya!—. Rogó Julia preocupada. Amaba a Marco pero apreciaba a ese otro hombre, no quería que por su culpa, Marco lo matara—. Márchate. Sabes que nunca te di ninguna esperanza, me voy a casar con el general porque es el hombre que quiero. Lo lamento mucho pero yo no soy esa mujer que te corresponderá algún día.

Graco derrotado no pudo contestarle a la joven, sabía que las palabras que le decía ella eran verdad. Él la quería, pero ella no. Había otorgado su corazón a otro y ese no era él.

—Está bien, si eso es lo que quieres, me marcharé. No volverás a verme nunca más—. Dijo Graco levantándose del suelo y dejando atrás a la mujer que quería.

Quinto soltó a Julia y esta corrió hacia Marco.

—¿Te encuentras bien?—. Preguntó Julia preocupada quitándole la sangre que tenía en la cara.

—Maravillosamente, no te preocupes. Me ofusqué cuando lo sentí insultarte—. Dijo Marco abrazándola y besándola en la cabeza—. Ese desgraciado no volverá a insultarte si sabe lo que le conviene.

—Ven te curaré esa herida.

Capítulo 15

“Recordad que el secreto de la felicidad está en la libertad, y el secreto de la libertad, en el coraje.”

Tucídides (460 a.C.-396 d.C).

Julia se hallaba en la biblioteca hablando con el maltrecho maestro. El hombre tenía la cara tan hinchada por las picaduras de las avispas que al principio no había sido capaz de reconocerlo.

—La niña es bienvenida cuando quiera a clase pero no quiero que el salvaje ese vuelva a aparecer por mi escuela—. Dijo el enfadado maestro.

—Siento mucho el daño ocasionado por Paulo pero le aseguro que será debidamente castigado. Si le puedo ofrecer alguna compensación por los daños causados solo tiene que decírmelo.

—Ni un cofre lleno de sestercios podrían compensarme, ni hacerme cambiar de opinión. ¿Sabe usted el dolor que tengo por todo mi cuerpo?, si hasta hablar y andar me resulta doloroso.

—Entiendo—. Dijo Julia apenada mirando a los niños.

Los pequeños mantenían la mirada cabizbaja desde un lado de la sala. Paulo no cabía en sí de gozo, había conseguido que el maestro lo expulsara de la escuela. Aunque intentaba poner cara de “yo no he sido”, sabía que a Julia y a su madre no podía engañarlas. Pero prefería que le castigarán cien días seguidos, a tener que ir a esa horrorosa escuela.

—La niña puede venir mañana a clase como le he dicho y ahora si me disculpa no tengo nada más que añadir.

Acto seguido el hombre salió de la biblioteca sin mirar atrás. Cuando el maestro salía por la puerta, el general a su vez entraba por ella dejándolo pasar al ver el lamentable estado en el que se encontraba aquel pobre hombre.

—¿Quién era ese hombre? ¿Qué le ha pasado?—. Preguntó Marco con curiosidad.

—Que te lo explique Paulo que lo sabe bastante bien—. Dijo Julia totalmente irritada mirando hacia el pequeño.

—¿Paulo que has hecho esta vez?—. Preguntó el general.

El niño levantó la mirada e intentó poner cara de lástima, su hermana Helena lo miraba como si fuese el enemigo más peligroso del mundo y por si fuera poco, Julia lo observaba cada vez más enfadada, aunque furiosa era quedarse corto.

—Esto debe ser bastante serio por lo que veo—. Dijo Marco viendo que el niño no abría la boca.

—Ese hombre que has visto salir era el pedagogo que había empezado a darles clase en el foro. Paulo tuvo ayer la maravillosa idea de poner en la caja del maestro un avispero y al abrir la caja el hombre, empezaron a salir un montón de avispas furiosas que empezaron a picar al maestro y a los niños que se encontraban más cerca. Así que el hombre ha expulsado a Paulo de la escuela—. Dijo Julia totalmente derrotada.

—¿Paulo es cierto eso?—. Preguntó Marco al niño.

Pero Paulo seguía sin contestar, su silencio era demasiado evidente y aclaratorio.

—Paulo responde al general cuando te esté hablando—. Dijo Julia enfadada.

—No te preocupes Julia, de aquí en adelante el pequeño Paulo se queda bajo mi supervisión, será mi responsabilidad ¿Está claro Paulo?—. El niño afirmó con la cabeza sin atreverse a levantar demasiado la mirada—. Muy bien, preséntate ante el tribuno Quinto y dile que vas de mi parte, él sabrá lo que hay que hacer contigo. Ya podéis marcharos los dos.

Cuando los niños abandonaron la sala, Julia preguntó a Marco:

—No sé qué hemos hecho mal sus padres y yo para que haya salido tan travieso.

—No se trata de que hayáis hecho algo mal, Paulo es un niño demasiado inquieto y nervioso como para tenerlo sentado en un banco dando clase y recitando letras, necesita otra clase de disciplina que precisamente en la

escuela no se aprende, en mi ejército hay demasiados Paulos, sólo necesitan reconducir apropiadamente tanta energía hacia algo más adecuado y motivador —. Dijo Marco sonriendo.

—¿Crees que estará bien en el campamento?—. Preguntó Julia todavía insegura.

—¿Lo dudas? estaba deseándolo, solo me ha hecho falta verle como le brillaban los ojos cuando le he dicho que se pusiera a la orden de Quinto. No ha salido corriendo por si seguías regañándole. Por cierto, ¿cómo se hizo con el avispero?

—Lo cogió en el huerto la noche de la cena, cuando las avispas estaban tranquilas.

Marco se rió entonces a carcajadas cuando escuchó la travesura y acercándose a Julia la rodeó con los brazos:

—No te preocupes por él, estará bien.

—Imagino que estará mejor contigo pero no lo pierdas de vista, es capaz de cualquier fechoría en cuanto os descuidéis.

—No le quitaremos el ojo de encima. Por cierto, yo venía a comunicarte una cosa.

—¿Qué querías decirme?

—El augur ha llevado a cabo la ceremonia y ha determinado que los auspicios de los dioses son favorables para nuestro matrimonio, la semana próxima empieza el mes de junio y la ceremonia será el domingo que viene.

—¿Tan pronto? No sé si me dará tiempo a organizarlo todo—. Dijo Julia insegura.

—Me da igual si no te da tiempo, como si no organizas nada. El domingo que viene serás mi esposa. No hay nada más que hablar, no le veo sentido retrasar algo que es totalmente inevitable y que estamos deseando.

—Está bien, se hará como digas. Cuando te empeñas en algo, no hay nadie que te contradiga.

—Solamente tú, te atreves a hacerme frente—. Dijo Marco feliz.

—Necesitas que de vez en cuando te pongan en tu sitio, tienes demasiado asumido tu papel de general.

—Que sepas que eres la única a la que se lo permito—. Dijo Marco besándola.

En ese momento, por la puerta apareció el tribuno Quinto.

—¿Interrumpo algo? Me han dicho los soldados de afuera que me estabas buscando Marco.

—Sí, tengo que comunicarte algo—. Dijo Marco soltando a Julia—. El próximo domingo tienes que vestirme adecuadamente.

—¿Y eso?

—Te comunico que vas a ser mi padrino de bodas, mi hermano no puede llegar a tiempo a nuestro enlace.

—¡Vaya, enhorabuena a los dos! Estabas deseándolo, no sé qué habrás hecho para convencerla—. Dijo Quinto con evidente alegría.

—Gracias, pues sí, ha sido difícil convencerla para que accediera y antes de que se arrepienta quiero verla decir que sí cuanto antes—. Dijo Marco mirando a Julia.

—Julia voy a ir a ultimar algunos asuntos con Quinto, si no te importa nos marchamos, luego te veo en la cena—. Dijo dándole un último beso de despedida.

—Está bien, hasta la tarde—. Se despidió Julia de los dos hombres. La muchacha se puso en marcha también, había muchas cosas que preparar para la boda.

En casa de Tiberio las cosas no marchaban tan bien, Servia la sirvienta de Valeria se hallaba en la habitación de su señora cuidándola de las heridas que le había propinado el amo. Su ama había tenido suerte esta vez de no morir con la paliza que le había propinado su marido, tenía una pierna y ambos brazos rotos de protegerse la cara cada vez que le pegaba. Cuando el hombre se hartó de pegarle con el cinto cogió una vara que tenía en la habitación y hasta que la mujer no cayó completamente desvanecida el hombre no dejó de golpear a su esposa.

—¿Sabe de lo que me he enterado ama? En el mercado no paraban de hablar de lo mismo. El domingo que viene se va a celebrar la boda del general con

Julia ¿Qué le parece? Ha tenido suerte la muchacha, ¿verdad?

Valeria que se hallaba recostada en su cama, volvió la cara con mucho cuidado hacia su sirvienta, solamente ese movimiento ya le producía un dolor horrible. Con los ojos cerrados intentó hablarle a la mujer intentando incorporarse lentamente de la cama, pero solo era capaz de coger a la sirvienta de la manga de su túnica.

—¿Qué quiere ama?—. Preguntó la mujer.

—Servia tienes que hacerme un favor, tienes que ir a casa de Julia y ponerles en aviso. Mi marido quiere matarlos a los dos, seguro que aprovechará la boda de ambos para acabar con ellos. Le dijo al pirata ese que cuando más descuidados estuvieran atacarían. Por favor, tienes que ir a avisarles. El desalmado me ha roto la pierna para que no me pueda valer, ni pueda salir de casa—. Dijo Valeria muy lentamente y con esfuerzo.

—Está bien ama no se preocupe en cuanto se descuide el amo, les avisaré. Usted intente no moverse, ni hablar. Así podrá recuperarse antes. Además, aunque quisiera el amo la tiene vigilada y ha prohibido a todo el mundo que le permitan salir de la habitación.

—Gracias, así me quedo más tranquila—. Dijo la mujer volviéndose a echar sobre la cama, le dolía tanto el cuerpo que había necesitado algunas hierbas para poder dormir sin sentir los dolores. Había escapado por los pelos de morir, estaba segura que no resistiría una segunda vez.

Cuando Servia salió de la habitación con el cuenco y las cosas de curar a Valeria, se dirigió hacia el despacho donde estaba su amo y pidiendo permiso para entrar le comentó:

—Ya he curado a la señora Valeria, señor.

—¿Te ha dicho algo?

—Sí, quiere que ponga en aviso al general y a Julia—. Dijo la sirvienta temerosa.

—Me alegro que me lo hayas dicho, ya sabes lo que te pasaría a ti también si me traicionaras—. Dijo Tiberio pensativo.

—¿Puedo retirarme amo?

—Sí, márchate ya. Y no abras la boca, sobre todo no le digas a ella que no

has avisado al general.

La sirvienta salió del despacho y dejó al hombre solo. No había ni un solo sirviente en la casa que se atreviera a ayudar a su señora, de todos era conocida la extrema crueldad con que trataba a todo el mundo. A pesar de que apreciaba a la ama Valeria, prefería vivir a morir en manos de ese ser tan malvado.

Ya había pasado una semana y esa noche era la víspera de la boda. Julia recogió los juguetes de su infancia y los consagró a la diosa Fortuna. Guardó también sus vestidos de niña y se vistió con una túnica blanca que le llegaba hasta los pies ribeteada con una cenefa púrpura. La túnica se ceñía al talle de Julia con un cinturón cuyos extremos se ataban con un nudo especial llamado *nodus Herculeus*. La túnica recta de la novia había sido cosida por la modista a la antigua usanza, en sentido vertical. Prisca se había encargado de recogerle el pelo en una redecilla de color anaranjado muy vivo.

Esa noche Marco, a pesar de no estar muy convencido, se había despedido de Julia y se había marchado a dormir al campamento por consideración a ella. Desde la primera noche que habían dormido juntos, el soldado no había querido ni un solo momento que durmieran separados pero Julia sabía que las mujeres llegarían temprano a prepararla para la boda y si los hubieran pillado dentro de la habitación juntos se habría muerto de vergüenza. Quinto lo acompañó al campamento sin ocultar la gracia que le hacía que su jefe se mostrara tan contrariado.

Prisca ayudó a la joven a prepararse para dormir, ya que debía acostarse con la túnica de la boda esa noche.

—No estés tan inquieta, ya verás cómo mañana saldrá todo perfecto. Si los dioses lo permiten, tendrás un matrimonio muy feliz.

—No puedo remediarlo Prisca, estoy demasiado nerviosa. Me preocupa mi futuro con Marco, ¿y si alguna vez se cansa de mí y se marcha con su ejército? No sé si lo podría soportar. Me he acostumbrado demasiado a su presencia. Lo quiero demasiado.

—Y él a ti también, deja de martirizarte. No hay nada más que verlo cada vez que te vuelves. No puede despegar los ojos de tu persona. Ya verás cómo tendrás un futuro dichoso.

En ese momento se sintió un leve golpe en la puerta, era Claudia.

—Entra Claudia, todavía no estoy dormida —dijo Julia.

—Eso me pasa a mí, estoy demasiado nerviosa por tu boda de mañana.

—¿Tú también muchacha? Solo faltabas tú para poner a Julia más nerviosa. Estoy intentando serenarla y apareces tú diciendo que también estás nerviosa —. Dijo Prisca enfurruñada.

—No te enfades Prisca, es que todos los días no se casa mi mejor amiga—. Dijo Claudia entusiasmada—. Veo que ya llevas la túnica puesta. Estás preciosa Julia.

—¿Tú crees? Espero que el general no salga corriendo mañana.

—¡Qué tonta eres! ¿Dónde iba a encontrar ese hombre a una mujer como tú? Además estoy segura que mañana vendrá antes de hora. El general está impaciente por casarse contigo —dijo Claudia.

Las tres mujeres se rieron ante la afirmación de la muchacha.

—Llevas razón Claudia, solo son mis nervios de novia ¿Ya está todo preparado para mañana?

—Sí, Horacio tiene preparado el sacrificio para realizarlo a primera hora del día, no te preocupes porque no hemos dejado ningún detalle.

—Bueno muchachas, dejen de hablar y vayámonos a acostar que ya es tarde. En cuanto nos descuidemos está el gallo cantando de madrugada.

—Buenas noches —dijo Julia desde la cama.

—Hasta mañana Julia—. Se despidieron las demás de ella.

Al amanecer, el pater familias debía de realizar un sacrificio propiciatorio en presencia de testigos, pero al no estar presente el difunto Tito, Horacio realizó el rito en nombre de su antiguo amo. En el sacrificio, los asistentes pudieron interpretar los designios de los dioses a través de las entrañas del animal sacrificado, y felizmente se pudo comprobar que los auspicios eran favorables a la celebración de esa ceremonia.

Mientras tanto, a primera hora de la mañana, la casa de la novia se empezó a engalanar para la boda con guirnaldas y flores, todo era un bullicio de gente yendo y viniendo preparando la ceremonia y el convite que vendría después. Como la novia pertenecía a la familia de Livio, se abrieron los armarios donde descansaban las imágenes de los antepasados de Tito para que ellos también estuvieran presentes el día de la boda.

Mientras tanto, Julia se hallaba dentro de su habitación con la peluquera. La mujer con una pequeña lanza llamada *hasta caelibaris*, que hacía alusión al dios Juno, peinaba con la punta del hasta el cabello rubio de la muchacha abriendo rayas para formar seis trenzas, que iban fijadas alrededor de la frente con cintas y luego colocó las trenzas creando unos rodetes que iban formando el peinado de la novia a semejanza del tocado de las Vestales.

Cuando estuvo peinada, Prisca procedió a vestir a Julia para la ceremonia. En verdad, la novia debía ser ayudada por su madre pero como Prisca era la mujer más cercana a ella, la joven pidió a la cocinera que la ayudara ese día a vestirse. Prisca estaba demasiado emocionada colocando el manto de color azafrán sobre la túnica de Julia, este manto escondía la parte alta de la cara de la joven. Por último, le colocaron una corona de mirto y flores de azahar trenzadas sobre su cabeza. Las mujeres que estaban presentes se quedaron viendo lo bella que estaba la novia.

—¡Estás guapísima Julia! ¡Qué envidia me das!—. Dijo Claudia emocionada.

—Sí, no puedes estar más bella—. Aseveró la peluquera.

Julia no paraba de mirarse y de sonreír, estaba demasiado contenta esa mañana. Desde dentro de la habitación se escuchaba el ruido de los invitados a la boda que iban llegando.

—¿Sabéis si ha venido Marco ya?

—Sí, ha llegado de los primeros, está guapísimo esta mañana—. Dijo una pícara Claudia.

—¡No cambiarás! Tú siempre con lo mismo—. Dijo Julia riéndose.

—Cuando todo el mundo esté colocado podrás salir de la habitación—. Confirmó Prisca a una ilusionada Julia.

Marco sabía que esa mañana el sacrificio del animal había sido propicio y que ya se había procedido a preparar los ritos nupciales con la firma de la documentación del matrimonio, en presencia de diez testigos. Pero el novio se encontraba demasiado nervioso esperando a la novia en el atrium, Quinto que también se hallaba a su lado parecía un poco inquieto por primera vez.

—Deja de moverte y de mirar tanto, por más que mires hacia la puerta no va a salir antes. Me estás poniendo nervioso—. Dijo Quinto regañando a su jefe.

—¿Y me lo dices tú a mí? ¿Que no has dejado de moverte de un lado hacia otro desde que llegamos? ¿Has aumentado la vigilancia en la domus hoy? No me fio de nada.

—Sí, se ha doblado la guardia, aunque ya te aviso que los hombres se proponen celebrar tu enlace.

—Está bien, pero que no dejen la ciudad desprotegida.

—No te preocupes, los centuriones harán bien su trabajo.

En ese momento, la puerta de la habitación de Julia se abrió y la muchacha salió acompañada por su *pronuba* y las demás mujeres de la casa. Para conseguir los mejores auspicios y propiciar una unión duradera, una mujer casada debía ser la *pronuba* y tenía que asistir en todo momento a la joven novia que se disponía a contraer matrimonio.

Julia estaba tan bella que Marco no podía quitarle la mirada de encima.

—Límpiate la baba que se te cae—. Dijo Quinto gracioso.

Marco no se molestó ni en mirarlo ni en contestarle, estaba demasiado contento contemplando a su futura mujer como para enfadarse con su hombre y tomarse a mal sus bromas. Por fin había llegado el momento tan esperado. Julia avanzó hacia donde estaba Marco y cuando llegó se quedó enfrente de él, ambos se pusieron juntos y miraron hacia donde estaban los testigos con el contrato matrimonial. Debido a la relación que había mantenido con el difunto Tito, el galeno fue el encargado de leer las capitulaciones matrimoniales. En ellas se especificaron el valor de la dote de Julia que el difunto Tito dejó establecido para el casamiento y que se comprometió a aportar. Ante los novios y los diez testigos se quedaron registradas las *tabulae nuptiales*, los

nuevos esposos declararon aceptar los términos, firmaron y así cerraron el contrato legal.

Después de la firma de las capitulaciones matrimoniales, la *pronuba* unió la mano derecha de cada esposo, poniendo la mano de Julia sobre la del general. Junto a los novios sosteniendo una antorcha encendida y los tres niños: Paulo, Helena y un amigo de ellos, se encargaron de acompañar a los novios. Habían sido escogidos porque los padres de los niños estaban vivos, ya que se consideraba como un mal augurio que fueran niños huérfanos. Todo el mundo se mostraba feliz mientras el acontecimiento se iba desarrollando.

El *auspex* que había anunciado los auspicios pronunció una plegaria a los dioses para invocar la protección divina para la nueva familia. Elevó sus súplicas a las cinco divinidades Júpiter, Juno, Venus, Diana y Fides, que eran las divinidades del suelo y de la casa y de los dioses conyugales, en especial a Juno. Seguidamente se encendieron cinco cirios, como signo de procreación y acto seguido el novio desató con cierta solemnidad el *nodus Herculeus* que ceñía la cintura de la joven novia.

Acabado el ritual de la ceremonia matrimonial los invitados empezaron a felicitar a los contrayentes. Cuando cesaron las felicitaciones todo el mundo se acercó a la sala donde estaba preparada la cena nupcial que se prolongaría hasta altas horas de la noche.

—¿Estas contenta?—. Preguntó Marco a su mujer.

—No más que tú general—. Dijo Julia feliz.

—Estoy deseando que todo esto acabe y quedarme a solas contigo.

—Pues me parece que vas a tener que esperar un buen rato—. Dijo Julia a Marco mientras Quinto se acercaba hacia ellos.

—Bueno, ¿puedo felicitar ya a la novia?—. Preguntó un entusiasmado Quinto.

—Desde luego, pero rápido y sin sobrepasarse.

—¡Acabas de casarte y no dejas ni respirar a la pobre muchacha!

—No tientes tu suerte tribuno, aunque hoy esté demasiado feliz todavía soy tu jefe.

—No se me olvida general—. Dijo Quinto besando la mano de Julia y

felicitándola por el enlace.

—Gracias Quinto y no le haga caso a Marco, es demasiado posesivo este hombre con el que me he casado.

—No, si lo conozco bien por desgracia.

—No olvidaros que estáis hablando de mí y que estoy aquí presente—. Dijo Marco intentando hacerse el serio.

Julia y Quinto se rieron a su vez de ver a Marco quejarse, mientras tanto los invitados a la cena ya estaban tumbados esperando el convite. Sirvientes contratados para el enlace empezaron a entrar con las bandejas de las mejores viandas que se podían hallar en aquellas tierras. La cena era digna de todo un emperador, siete platos componía el banquete, empezaron con los entremeses siguiendo por tres entrantes y dos asados que saciaron a los más hambrientos. La comida fue amenizada con música y con exhibiciones de bailarines. Cuando llegaron a los postres Marco estaba ya cansado de aquel barullo, quería irse con su mujer y terminar la ceremonia que todavía quedaba.

Tras finalizar la cena, era habitual que se organizara el cortejo que llevaría a la novia a su nueva casa y que el novio simulara arrancarla violentamente de los brazos de su madrina. Sin embargo, como los novios vivirían en la casa de Julia, Marco decidió tras el simulacro del rapto esperar a su esposa en la puerta de la habitación que compartirían. Mientras tanto el cortejo nupcial llevó hasta la puerta de la habitación del novio a Julia que iba acompañada por su madrina, los niños también los acompañaban con unos determinados objetos. Paulo llevaba un huso y el otro niño una rueca, ambos objetos eran símbolos del trabajo doméstico. Helena abrió el cortejo con un antorcha de espino albar encendida en el fuego de la casa de la novia. Mientras la gente más bromista que formaba el cortejo iba cantando canciones más subidas de tono y pícaras aludiendo al momento y lanzando gritos nupciales. Cuando llegaron a la altura del novio, los invitados echaron nueces sobre los novios como símbolo de un matrimonio fecundo.

Marco entregó a Julia una redoma con aceite y ella ungió los goznes de la puerta de la habitación, después el novio le ofreció también un copo de lana

que lo mismo que el huso y la rueca, simbolizaba el trabajo doméstico de las esposas y seguidamente le ofreció el agua y el fuego, preguntándole:

—¿Quién eres tu?

A lo que Julia respondió:

— “ Ubi tu Caius, ego Caia” , “si tú eres Caio, yo soy Caia”.

Marco levantó en vilo a la novia y traspasando la puerta sin que su pie tocara el umbral se introdujeron en la habitación. Y tras esto, el cortejo nupcial se disolvió dejando a los novios solos.

—Pensé que iba a morir de la vergüenza—. Dijo Julia apoyada sobre el pecho de Marco mientras todavía le rodeaba el cuello con sus brazos.

—Estaba deseando que acabara para poder estar así contigo—. Contestó Marco—. Ya puedo llamarte esposa, ¿te has dado cuenta?

—Sí, ya lo he notado ¿Sabes que puedes bajarme ya y dejarme en el suelo?

Marco sostenía todavía a Julia en los brazos y era reticente a soltarla, acercándose a la cama, se sentó sobre ella sosteniendo a Julia.

—Todavía no me he hecho a la idea que ya no vas a volver a separarte de mí. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, me haces demasiado feliz—. Dijo un enamorado Marco.

—Vas a conseguir hacerme llorar y he estado aguantando toda la ceremonia para no emocionarme—. Dijo Julia sosteniéndole la mirada—.Yo también estoy feliz de tenerte como esposo.

Marco fue acercándose a Julia y besándola con frenesí se dispuso a hacerle el amor a su desposada novia.

Cuando los novios terminaron con los rituales propios de la ceremonia y entraron en su habitación, un enamorado Quinto le hizo una señal a Claudia y guiñándole un ojo le indicó que era el momento de desaparecer de allí. Ambos jóvenes salieron sin que nadie se diera cuenta. En el amparo de la noche Quinto apoyo su brazo sobre los hombros de Claudia y agarrándola la besó. Cuando dio por concluido el beso, la cogió de la mano y tiró de ella corriendo por las oscuras calles de Baelo Claudia.

—¿A dónde me llevas tribuno que te urge tanto?

—Hoy vamos a tener nuestra celebración particular también—. Dijo Quinto mirándola seriamente a los ojos.

—Hoy por primera vez, he sentido una envidia sana de Julia cuando la he visto casarse con el general. Ella por lo menos ha conseguido casarse con el hombre que ama y yo no sé qué me deparará el destino todavía. No quiero que te vayas nunca Quinto—. Dijo Claudia mirando intensamente a los ojos de Quinto como si presintiera un mal augurio.

—No te preocupes por eso, hoy es una noche especial para celebrar y no para estar triste—. Le aseguró el soldado.

—Llevas razón guapetón. ¿A dónde me llevas entonces?

Quinto la miró sonriendo y volviendo a besarla le dijo:

—A nuestro lugar especial, te he preparado algo.

Claudia miró enamorada al tribuno, amaba a ese hombre y de momento estaba con ella, tendría que conformarse con eso. Cuando llegaron a un callejón que bajaba al puerto giraron hacia la izquierda y se dirigieron rumbo al rincón de la playa donde solían encontrarse en secreto. Pero un peligro les acechaba en la oscuridad, sin que les diera tiempo a reaccionar unos hombres armados se abalanzaron sobre Quinto pillando prácticamente desprevenido al soldado. Quinto intentó proteger a Claudia con su cuerpo.

—Ponte detrás de mí Claudia ¿Qué queréis?—. Preguntó Quinto dirigiéndose hacia los mercenarios intentando ganar tiempo.

—Llevarnos a la mujer y matarte a ti. Si nos la entregas ahora podrás morir rápidamente.

Claudia estaba más asustada que nunca, eran seis hombres contra Quinto y ella no sabía luchar, ni tenía medios para poder ayudarlo.

—Si os marcháis ahora no daré la voz de alarma.

—Me parece que no nos ha entendido bien el legionario—. Dijo uno de los piratas al que le faltaban prácticamente todos los dientes de la boca—. El que va a morir aquí eres tú como no nos entregues a la mujer.

—Es mi mujer y no os la voy a dar, tendréis que matarme para quitármela—. Dijo Quinto en posición de ataque.

En el momento en el que Quinto dijo eso los mercenarios se abalanzaron

contra él. Claudia intentó proteger la espalda de Quinto como pudo pero al estar en mayoría la joven fue arrancada del costado de Quinto sin que el soldado pudiera impedirlo. El legionario mató al primer mercenario que se abalanzó contra él, de reojo vio como otro de los piratas le tapaba la boca a Claudia y esta pateaba intentando zafarse del hombre. Cuando vio que intentaban llevarse a Claudia luchó con más ahínco si cabe pero eran demasiados contra él. Los otros cuatro hombres se habían avalanzado en tropel hacia el soldado y en un descuido dos de los dos mercenarios lo agarraron, uno lo pilló por detrás cogiéndole del cuello y el que tenía en frente aprovechó para hincarle la gladius en el costado.

Claudia vio horrorizada como mataban a Quinto delante de sus ojos, mientras el soldado se deslizaba sobre el suelo herido de muerte, la joven chilló y pateó como pudo pero el hombre que le tapaba la boca le dio un puñetazo dejándola sin sentido y llevándosela de la escena. Quinto quedó en el suelo totalmente inerte y sin conocimiento, desangrándose en aquel callejón oscuro.

Mientras tanto en el muelle los mercenarios de Spículus mataban a los legionarios que estaban haciendo guardia en el muelle aprovechando el abrigo de la noche y se introdujeron en el barco. El pirata que llevaba a Claudia, bajo a la bodega y dejó encerrada a la mujer en el calabozo del barco. Soltando amarras el *Fortuna* empezó a alejarse de la costa lo suficiente como para bombardear la ciudad desde el mar y que no fueran atacados por los soldados del general.

Mientras tanto, una hora después en la domus todos dormían ya prácticamente después de que se hubiese acabado la cena nupcial cuando de repente sintieron un estruendo tan grande que las paredes de la casa se estremecieron, despertando a los que dormían ya en ella. Marco sintiendo el ataque se despertó instantáneamente y levantándose fue derecho a coger sus armas.

—Julia corre, levántate rápido.

—¿Qué pasa? —preguntó Julia asustada.

—Nos están bombardeando, corre.

Capítulo 16

“No hay testigo tan terrible ni acusador tan potente como la conciencia que mora en el seno de cada hombre.”

Polibio (203 a.C / 120 a.C.)

Después de la cena de la boda de Julia, el inquieto Paulo era incapaz de dormirse, por la cabeza se le pasaban demasiadas cosas que había vivido ese día, había sido una experiencia demasiado emocionante. Nunca había asistido a una boda y se había quedado maravillado y extasiado contemplando todos los manjares y exquisitices que habían puesto en las mesas para cenar. Aunque los esclavos y los libertos no podían juntarse en la misma mesa para comer, los novios habían dispuesto unas mesas no muy separadas de la mesa nupcial pero estratégicamente situadas para que los asistentes no se percataran pero que permitía a los amigos de Julia contemplar todo el banquete. Además, había podido participar en la ceremonia de Julia y nunca se había sentido tan importante como en aquel momento cuando la acompañaba a la habitación.

A su cabeza no le daba tiempo asimilar la forma que tenían los patricios de comer, de hablar, de comportarse, de vestirse...él quería ser igual, y algún día lo conseguiría. Nunca se le había permitido asistir a ese tipo de banquetes, eran demasiado importantes para que los niños esclavos participaran. Había tanta comida que se había metido con disimulo en un pequeño bolsillo algunas de las viandas que habían sobre la mesa para comérselas al día siguiente. No creía que pudiera comer algo semejante durante mucho tiempo, y la gente estaba tan contenta que nadie se dio cuenta de su pequeño desliz.

Helena dormía desde hacía rato a su lado en el pequeño camastro pero él era incapaz de pegar ojo, con sigilo se levantó y sin hacer ruido para no despertar a su hermana, Paulo salió por la puerta sin que se dieran cuenta.

Cuando salía por el atrium comprobó que algunos sirvientes todavía se hallaban recogiendo los restos del banquete, escondido detrás de unos pequeños arbustos para que no lo vieran, se dio cuenta de que el tribuno Quinto y Claudia salían por la puerta sin que nadie se percatara. Intrigado por averiguar a donde se dirigían los dos, decidió seguirlos. No tenía sueño y le había picado la curiosidad por saber a dónde iban los dos agarrados de la mano. Con una sonrisa y ojos de pícaro salió en busca de ellos, a la mañana siguiente se lo diría a Julia.

Sin que la pareja se diera cuenta el niño empezó a seguirlos por las estrechas callejuelas. Paulo conocía demasiado bien aquellos callejones como para tener miedo. Además en caso de que pasara algo estaba lo suficientemente cerca como para esconderse en algún rincón oscuro o gritar.

Cuando la pareja que iba más adelante giro hacia una de las calles, Paulo escuchó de pronto voces que sonaban airadas, se paró quieto y se escondió al abrigo de la oscuridad. Desde donde estaba no podía observar nada pero sabía que el tribuno estaba hablando demasiado exaltado. De pronto sintió miedo, no sabía que pasaba pero se empezaron a escuchar ruidos de pelea. Demasiado preocupado por lo que podía estar ocurriendo, se arrastró por el suelo pegado a la pared de la fachada de las casas. La noche le daba abrigo suficiente como para que nadie se percatara del pequeño bulto que se movía por el suelo intentando observar lo que sucedía. Cuando llegó a la esquina asomó su pequeña cabeza y pudo comprobar horrorizado como unos mercenarios mataban al tribuno mientras otro hombre horrible se llevaba a Claudia. No pudo sentir más miedo cuando sus inquietos ojos fueron incapaces de no observar la cruel escena. Cuando comprobó que los asaltantes se habían marchado se acercó asustado y con lágrimas en los ojos, al cuerpo desmadejado del soldado. Un pequeño gemido de pena salió del pequeño, intentó mover al soldado que estaba tirado en el suelo para ver si se despertaba pero el hombre ya no se movía, le había cogido demasiado aprecio a aquel hombre y ahora yacía muerto delante de él. Demasiado asustado decidió volver sobre sus pasos y corrió como alma que lleva el diablo a avisar a los demás.

Julia se vistió de prisa mientras Marco se ponía el uniforme y cogía sus armas. El estampido había sonado bastante cerca, en la casa empezaron a sentirse gritos y gente correr. En cuanto estuvieron arreglados salieron de prisa de la habitación en busca de los demás. Los sirvientes que habían estado recogiendo los restos del banquete se acercaron corriendo con cara de asustados.

—¿Qué está pasando general?—. Preguntó Horacio asustado.

—Nos están atacando desde alta mar por el sonido de los proyectiles ¿Hay algún sitio donde os podáis resguardar hasta que todo pase?—. Preguntó Marco preocupado mirando a Julia.

—Podríamos escondernos en la bodega pero yo preferiría ayudarte—. Dijo Julia.

—Tengo que marcharme con mis hombres y no puedo estar mirando a mis espaldas preguntándome si estarás bien. Necesito todos mis sentidos, solo entorpeceríais las cosas ¿de acuerdo?

—Está bien, haremos lo que tú digas pero ten cuidado.—Dijo Julia preocupada.

De pronto otro proyectil se escuchó cerca y parte del muro de uno de los patios se estremeció.

—Ese ha dado muy cerca—. Dijo Horacio.

—Corred y esconderos, dejaré una patrulla para que os proteja también—. Dijo Marco dándole un beso rápido en la frente, mientras empezó a correr en dirección a la salida de la casa dando órdenes a los demás soldados.

Julia asustada se volvió hacia su gente y empezó a dar órdenes a todos los sirvientes que se escondieran en la bodega.

—Horacio no encuentro a Paulo. No sé dónde se habrá metido ese demonio de muchacho—. Dijo Prisca que llegaba espantada por lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Julia miró hacia la pequeña Helena que estaba llorando agarrada de la mano de su madre.

—¿No estabais durmiendo juntos Helena?—. Preguntó Julia preocupada por el pequeño.

La niña confirmo con la cabeza que sí pero siguió llorando mirando hacia su madre.

—No os preocupéis, Horacio y yo iremos a buscar al pequeño mientras vosotras ayudáis a los demás a resguardarse. Vamos Horacio no hay tiempo que perder.

Julia y Horacio se dirigieron hacia el resto de las dependencias buscando y llamando a voces a Paulo mientras los demás corrían hacia la bodega. El estruendo cada vez era peor, la situación de no saber que estaba ocurriendo llenaba a Julia si cabe de mayor ansiedad. Cuando registraron toda la domus sin dar con el muchacho, salieron de la casa y se dirigieron hacia la patrulla que Marco había dejado custodiando la casa. En cuanto el centurión vio a la mujer de su general, corrió hacia ella y el hombre con el semblante serio le aconsejó regresar.

—El general ha dado órdenes de que no salga nadie de la casa, especialmente usted. Lo siento pero no les puedo dejar salir—. Dijo el centurión con rotundidad.

—No encontramos a uno de los niños, hemos buscado por toda la casa y necesitamos que nos ayuden a buscarlo—. Respondió Julia agitada.

De repente sintieron la voz del niño a lo lejos, Paulo venía chillando y corriendo por la calle. Horacio al ver correr a su hijo hacia ellos se arrodilló en el suelo y cuando el pequeño llegó a su altura se echó hacia los brazos de su padre llorando y hablando entrecortadamente. El hombre lo abrazó agradecido de que hubiera aparecido e intentando serenarlo le preguntó:

—¿Dónde te habías metido Paulo? Te hemos estado buscando por toda la casa y encima todavía es de noche. Podría haberte pasado algo—. Dijo Horacio seriamente a su hijo.

—Padre han matado al tribuno Quinto y se han llevado a Claudia, tenéis que ir a por ellos—. Dijo el angustiado niño.

—¿Qué estás diciendo muchacho?—. Preguntó el centurión.

—Unos hombres han asaltado al tribuno y se han llevado a Claudia. Yo sé

dónde está, tenéis que ir deprisa. Creo que lo han matado—. Dijo el niño llorando.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo?, mira que es muy grave lo que acabas de decir—. Preguntó Julia demasiado asustada sabiendo que el niño no mentiría en una cosa de esas.

—Sí, de verdad, se dónde está, correr.—Aseveró el pequeño ansioso por ir donde estaba el soldado.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder! Usted quédese aquí, nos acompañará el hombre y el niño—. Dijo el centurión a Julia.

—Prefiero ir con ustedes, entiendo algo de medicina y mi ayuda podría ser necesaria.

—Está bien pero quédese en medio de nosotros—. Aseveró el soldado preocupado mientras echaban casi a correr calle abajo.

El pequeño les llevó por los callejones que conducían hasta el puerto, la gente corría asustada por las calles buscando algún sitio donde guarecerse. Los niños pequeños lloraban en brazos de sus madres mientras el fuego cruzado entre el barco que se hallaba en alta mar y las armas defensivas repartidas por la ciudad se intercambiaban enormes bolas de fuego, que resplandecían como llamaradas gigantes en medio de la noche.

—¡Miren, allí se encuentra el tribuno!—. Señaló el pequeño Paulo un bulto que yacía en el suelo.

La pequeña comitiva que había salido en busca del soldado se acercó corriendo hacia donde estaba el hombre tirado. El centurión se agachó el primero a reconocer a su superior comprobando si tenía pulso, tocándole la vena en el cuello dijo en voz alta a la mujer del general:

—Está vivo, se encuentra muy grave pero todavía tiene pulso. No sé si podremos llevarlo a la domus sin que se nos muera por el camino.

—Aquí no podemos dejarlo, necesito atenderlo inmediatamente si queremos darle la más mínima oportunidad de que viva. Aquí no tengo nada para poder curarlo—. Dijo Julia dirigiéndose a los hombres.

—Soldados cojan al tribuno y sean cuidadosos cuando lo levanten, está perdiendo mucha sangre—. Ordenó el centurión.

Los soldados rodearon al Tribuno y levantándolo con mucho cuidado empezaron a subir la cuesta teniendo la precaución de que el soldado no se desangrara más todavía antes de llegar y que no se les muriera por el camino.

Mientras tanto Marco desde el campamento ordenaba al resto de sus legionarios la ofensiva, desde la muralla podía verse perfectamente como el barco enemigo lanzaba con la catapulta los proyectiles incendiarios.

—¿Lucio están preparados los escorpiones?—. Preguntó Marco al centurión que estaba a cargo de la artillería.

—Sí, mi general, los hombres están esperando una orden suya para empezar. Hemos intentado lanzar algunos proyectiles para asustarles.

—¿A cuánta distancia se encuentra el buque?

—Todavía está a más de cincuenta millas de la costa, necesitamos que se acerque un poco más para que entre dentro de la línea de tiro de los escorpiones.

—¿Les favorece el oleaje en la trayectoria de los misiles?

—Me temo que sí mi general.

—Está bien, esperaremos el momento más idóneo. Que tengan preparada la brea y que vigilen las calles de la ciudad.

En ese mismo momento mientras Marco daba las órdenes llegó un soldado corriendo.

—Señor traigo un mensaje urgente del centurión que se encontraba protegiendo la domus.

A Marco se le congeló la sangre cuando sintió al soldado, si algo le había pasado a Julia los mataría a todos.

—¡Hablad!

—El tribuno Quinto ha caído señor, se lo han encontrado herido de muerte en una de las callejuelas de la ciudad, lo han trasladado a la domus y no saben si saldrá de esta madrugada.

Marco sintió una leve sensación de vértigo y alivio porque no le hubiera pasado nada a Julia sin embargo, una amarga sensación de inquietud y de rabia

se apodero de su cuerpo al saber el percance de su amigo, que era prácticamente como un hermano para él.

—¿Está seguro que no está muerto?—. Pregunto Marco con una calma serena.

—No señor, el mensaje es que todavía se encuentra vivo pero su estado es demasiado grave, su mujer se ha hecho cargo de él. No saben si sobrevivirá.

—Está bien, que manden ahora mismo a uno de los galenos del campamento para que ayude a mi mujer ¿Cómo ha sido el percance?

—Por lo visto les tendieron una emboscada en una de las calles, al tribuno lo dieron por muerto y a una muchacha que le acompañaba se la llevaron.

—¿A qué muchacha se han llevado?—. Volvió Marco a preguntar preocupado aunque en el fondo sabía de quién se trataba, no podía ser otra.

—A una tal Claudia señor, por lo visto trabaja en la domus también.

Marco se agarró de pronto la cabeza con una mano preocupado por esa muchacha que era amiga de su mujer y seguramente la enamorada de su amigo.

—Entiendo, está bien. Que el siguiente en la línea de mando tome el puesto del tribuno Quinto. En cuanto sepa algo más de la casa, avísenme.

—Está bien señor, si no indica nada más me vuelvo a la domus.

—Puede marcharse, vigilen bien la casa y acompañen al galeno.

Cuando el soldado se marchó, el general se dirigió a Lucio Flavius, el centurión.

—Lucius manda una centuria a las calles, me temo que los mercenarios están dentro de la ciudad. Que anden con cuidado y que vigilen sus espaldas.

Mientras tanto en la Casa de Tiberio, el hombre andaba nervioso de un lado para otro preocupado por los proyectiles que lanzaba Spículus. En ningún momento el pirata le había comentado sus intenciones de bombardear Baelo Claudia. Si por lo menos le hubiera avisado, le habría dado tiempo a abandonar la ciudad antes de que todo hubiese comenzado. Pero el maldito había empezado su particular batalla sin dar ni una sola explicación.

Por ahora habían tenido suerte de que ningún proyectil hubiera alcanzado su casa. Estaba cogiendo sus posesiones más valiosas, sobre todo las monedas de

oro para salir por el pasadizo secreto que daba acceso a las afueras de la ciudad.

Valeria por otro lado, se hallaba todo lo asustada que podía estar una persona imposibilitada en una cama, todavía no se podía mover de la condenada habitación. Tiberio todavía la tenía encerrada y nadie se había aparecido por allí para darle una sola explicación de lo que estaba sucediendo fuera. Valeria gritó con todas sus fuerzas a su criada.

—¡Servia!...¡por favor, que alguien me saque de aquí!—. Gritaba la mujer llorando.

De repente, alguien entro a la habitación prácticamente corriendo.

—Servia, por los dioses, ¿qué está ocurriendo? ¿Qué son esos ruidos?—. Preguntó Valeria aliviada de que alguien hubiera acudido a socorrerla.

—Señora están lanzando proyectiles por toda la ciudad, todo el mundo está huyendo a resguardarse del ataque. Creo que son los mercenarios esos de los que hablabais.

—¿Y mi marido donde se encuentra? ¿No piensa venir a socorrerme?

—Su marido se metió en su habitación y desde hace un rato nadie lo ha visto salir de ahí.

—Endemoniado hombre, ojalá los dioses se lo lleven. Cuando el barco se hunde hasta las ratas abandonan el barco ¡Maldita sea mi suerte!

Mientras tanto Tiberio huía por el pasadizo secreto intentando salvarse, había dejado detrás a su mujer, de todos modos si moría no iba a perder demasiado, hacía tiempo que ya no le era útil. Y aunque hubiese querido llevarla con él, con la pierna rota no hubiese podido moverla. Era mejor salir solo, nadie debía conocer esa vía de escape por si necesitaba recurrir a ella otra vez.

En la Casa de Livio las cosas no marchaban tan bien, Julia se afanaba por intentar salvar la vida de Quinto. Estaba muy preocupada por el destino de su amiga pero ahora no tenían tiempo de averiguar el paradero de Claudia.

—¡Rápido Horacio, necesito mis cosas! Tráemelas de mi habitación, ha perdido demasiada sangre.

Horacio y los soldados habían ayudado a Julia a llevar a Quinto al camastro para poder tumbarlo. En cuanto el sirviente oyó la petición, salió raudo a traerle a la muchacha las cosas que necesitaba.

—¿Cree usted que hay alguna posibilidad de que se salve?—. Preguntó el centurión.

—Si la hubiera, ni yo misma lo sabría. Su destino está en mano de los dioses. Ayúdeme a quitarle las ropas, necesito ver el alcance de las heridas.

Mientras seguían escuchando las explosiones dentro de la ciudad el centurión ayudó a la mujer de su general a quitarle la ropa al tribuno. Cuando le despojaron de todo, pudieron comprobar que la herida podría haber dañado alguno de los órganos vitales. Horacio apareció de repente con las cosas de Julia pero otro soldado venía con él.

—Señora, el general ha mandado a un galeno del campamento—. Dijo Horacio.

—Menos mal, necesitaba la opinión de alguien con más experiencia que yo—. Respiró un poco aliviada Julia.

El hombre empezó a examinar al soldado y cuando comprobó su estado, procedió a sacar una amplia variedad de instrumentos quirúrgicos para operar al tribuno: espátulas para aplicar ungüentos, pequeñas palas con una cuchilla en el extremo, horcas para separar el tejido muscular, pinzas, agujas curvas y rectas...

—Necesito que me hiervan todo este instrumental antes de coser la herida—. Ordenó el galeno eficientemente.

—Ahora mismo señor—. Contestó Horacio cogiendo los instrumentos y llevándose los.

—¿Lleva mucho tiempo así?—. Preguntó el médico.

—No lo sabemos con exactitud, pero por el tamaño del charco de sangre que había alrededor de él, creemos que alrededor de media hora.

El galeno empezó a examinar a su paciente. A los pocos minutos, Horacio llegó con todo lo que necesitaban y Julia ayudó al galeno a darle el instrumental mientras el tiempo iba pasando lentamente. El hombre cosía con

meticulosidad la herida intentando que no se abriera y dejara de sangrar. Horas después el médico le dijo a Julia:

—Le voy a dejar este unguento para que se lo aplique cada vez que le limpie la herida. Si ve que se despierta por el dolor, dele unas gotas de este bote pero no se pase con él, podría no despertar nunca más.

—Está bien, lo que usted diga.

—Si me necesita, hágame llamar. Estaré en el campamento, necesito atender a los heridos de allí.

—Muchas gracias por venir—. Dijo Julia mirando preocupada al hombre que estaba postrado en la cama.

Cuando el galeno salió de la habitación, Julia no pudo evitar pensar en el paradero de su amiga.

—¿Dónde estás Claudia? Espero que no te haya pasado nada.

Mientras tanto, en el suelo de la bodega del barco del pirata, Claudia había recuperado la consciencia y no hacía nada más que llorar cuando se acordaba de cómo habían matado a Quinto delante de ella. Sentía un dolor tan profundo que no podía ni respirar, un nudo se le había formado en las entrañas de tal manera que si hubiera tenido delante al pirata, ella misma lo habría matado con sus propias manos. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo importante que era ese hombre en su vida. Verlo caer mientras lo acuchillaban había sido mil veces peor que el destino que los dioses le habían otorgado como esclava. Lo único que le había salvado de la locura es que había perdido el conocimiento durante un buen rato.

Desde donde estaba se podía escuchar como las voces de los piratas gritaban cada vez que lanzaban los proyectiles hacia la ciudad. Mientras tanto Spículus desde lo alto de la borda del barco daba instrucciones a sus hombres.

—Tenemos que intentar ganar tiempo mientras el hombre que hemos dejado en la ciudad consigue lo planeado. Mientras no nos acerquemos a su línea de tiro, estaremos a salvo—. Dijo el capitán a sus subordinados.

—Por la hora que es, debe quedar poco para que vuestro hombre se lleve a la muchacha. ¿Cree que lo conseguirá?

—Estoy seguro, es el más interesado en ello. Le daremos un poco más de tiempo, pero si no lo consigue nos marcharemos sin él.

La noche dio lugar al amanecer, Julia sentada al lado del convaleciente Quinto, intentaba bajarle un poco la fiebre que había empezado a aparecer. Estaba muy preocupada por Marco y por Claudia, de la que no sabían todavía nada.

—Julia preguntan por ti en la puerta—. Dijo Horacio.

—¿Quién es? ¿Le ha pasado algo a Marco?—. Preguntó Julia mirando a Horacio.

—Es Graco, pide verte urgentemente, no sé si será sobre algo relacionado con la fábrica.

—¿Qué quiere ahora? ¿Estamos en medio de un ataque y se presenta aquí?

—Sí, es demasiado raro.

—Está bien, quédate vigilando al tribuno, ¿los demás siguen escondidos en la bodega?

—Sí, como ordenaste.

—Muy bien.

Julia salió por el atrium hacia la entrada de la domus, allí los soldados impedían la entrada al liberto.

—¿Qué haces aquí Graco?—. Preguntó Julia con curiosidad—. Pensé que te habías marchado a Ostia ¿Dónde está el barco y la mercancía que tenías que entregar?

—Luego te explico con más detalle donde está el barco pero ahora necesito que me acompañes al campamento. Tengo varias noticias que podrían interesarle al general, seguro que si voy yo solo no me atenderá. Por lo menos tú eres su mujer y me hará más caso si intercedes porque por las noticias que me han llegado, el general corre peligro.

—¿Qué noticias son esas?—. Preguntó Julia desesperada— ¿Por qué corre mi marido peligro?

—Te lo contaré todo cuando lleguemos, sé cómo podemos impedir que sigan atacando la ciudad. Pero necesito que me acompañes al campamento.

—Señora, las órdenes del general eran claras. Nadie debía salir de aquí sin su autorización, y mucho menos usted—. Aseveró el centurión.

—Lleva razón pero si es algo importante lo mismo puede interesar a mi esposo y Graco dice que tu general corre peligro, no puedo permanecer aquí impassible mientras algo le sucede a mi marido —dijo Julia desesperada.

—Si insiste tanto, dejaré unos cuantos hombres aquí y yo mismo la acompañaré al campamento. No me fio de este hombre—. Dijo mirando seriamente al liberto.

—¡No sé porque no me extraña eso! ¿ Podríamos marcharnos ya si al soldado le parece bien?—. Dijo Graco con ironía.

—Está bien, pero ándese con cuidado—. Advirtió el centurión al liberto mientras ordenaba a los demás que se quedaran allí.

La pequeña comitiva iba con cuidado por el foro subiendo hacia el campamento cuando de repente de una de las tabernas empezaron a salir varios mercenarios y se vieron rodeados sin previo aviso. Graco que iba al lado de Julia la cogió del cuello poniéndole una afilada daga en la garganta. En un primer momento la muchacha no comprendió la situación pero cuando vio que el liberto le hacía daño pudo darse cuenta de que había caído en una trampa. Era la segunda vez que se veía en esa misma situación por no hacer caso de la advertencia de Marco.

—Sabía que no podía fiarme de este desgraciado, cuando te pille el general eres hombre muerto por haberte atrevido a secuestrar a su mujer.

—Primero tendrá que cogerme y cuando intente seguirme, estaré a bastantes millas de aquí. Si te acercas un paso más, mato a la mujer —dijo Graco amenazando al soldado y acercando la daga al cuello de Julia.

El centurión dio un paso hacia atrás intentando que el hombre no se pusiera nervioso.

—Graco, por favor, piénsate bien lo que estás haciendo ¿Te has vuelto loco?.

—Si no eres mía, no serás de ese desgraciado. Quiero que sufra lo que yo he sufrido sabiendo que te estabas casando con él.

Graco fue dando pasos lentos hacia atrás separándose de los soldados.

Ninguno de los legionarios le quitaba el ojo de encima a los mercenarios que retenían a la esposa del general. Sin perderlos de vista siguieron a los piratas intentando ganar el mayor tiempo posible y poder liberar a la mujer.

Cuando llegaron a una calle conocida los piratas entraron en una de las domus y se metieron en ella.

—No tiene ningún sentido que se metan en esa casa, saben que los vamos a rodear—. Dijo uno de los soldados—. Corred, avisad al general, intentaremos rodear la casa para que no escapen mientras llegan los refuerzos. No me gusta nada esto.

Julia reconoció enseguida la domus de Tiberio y no se explicaba porque Graco la había llevado allí.

—¿Me quieres explicar que hacemos aquí? Suéltame ahora mismo, me estás haciendo daño—. Dijo Julia mientras entraba en la casa.

—No estás en posición de reclamar nada. Así que más te conviene que te calles la boca si no quieres que te la cierre yo—. La amenazó Graco.

—¿Y eras tú el que decía que me querías? Eres un mentiroso, si de verdad me hubieses mostrado algo de aprecio no estarías haciendo esto—. Dijo Julia sin reparar en que estaba rodeada de mercenarios.

—Si la matas ahora nos ahorraremos el tener que escucharla hasta que lleguemos al barco—. Dijo uno de aquellos impresentables al liberto.

—¿A dónde me llevas por aquí? Piénsatelo bien antes de hacer esto, todavía estás a tiempo de marcharte sin que te ocurra nada —dijo Julia verdaderamente asustada.

—¿Y dejarte en manos del legionario? Ahora va a descubrir lo que se siente cuando te quitan lo que es tuyo.

—Yo jamás fui tuya, ¿es que no lo comprendes?—. Dijo enfadada Julia.

—Ni tampoco de él—. Contestó Graco empujándola hacia uno de los pasillos.

Julia se asustó cuando vio que la introducía en una de las habitaciones.

—¿Qué vas a hacer? Piénsatelo bien, por favor Graco déjame ir.

—¿Ahora ruegas?—. Le dijo el liberto.

Julia vio que movían un pequeño armario y que detrás, se ocultaba la entrada a un pequeño túnel. Los mercenarios empezaron a introducirse por él y empujándola la metieron sin vacilar. Seguramente el pasadizo debía de dar a algún lugar fuera de la ciudad. Entre el olor a humedad y la oscuridad hacía que costara bastante respirar y andar por allí. Graco iba delante de ella sujetándola fuertemente del brazo y aunque le estaba haciendo daño, no le iba a dar el gusto de que supiera lo aterrorizada que se sentía. Nunca hubiera imaginado que ese hombre sería capaz de hacer lo que estaba haciendo, llevarse una mujer en contra de su voluntad. Ese hombre debía de haberse vuelto prácticamente loco. Aunque intentara escapar le hubiera sido imposible, estaba rodeada por mercenarios que iban fuertemente armados y que no tenían contemplaciones a la hora de matar a alguien. Julia siguió andando hasta que llegaron a la salida del túnel. La entrada a la gruta estaba tan escondida que era prácticamente imposible encontrarla si uno no conocía el acceso. Los hombres siguieron andando hasta llegar a una pequeña cala donde había un bote esperándolos. Empujándola la metieron en él y empezaron a remar.

Marco se encontraba en la salida de la gruta por donde se habían escapado los mercenarios, no daba crédito que se hubieran llevado a su mujer delante de sus narices. Ahora comprendía porqué durante todo ese tiempo los piratas habían ido un paso por delante de ellos. Teniendo el apoyo de Tiberio, habían podido salir y entrar en la ciudad a su antojo. Si le hacían algo a Julia no se lo iba a perdonar en la vida.

—Volvamos al puerto, tenemos que ir detrás de ellos.

— Lo malo es que los buques que están atracados en el puerto son todos barcos mercantes y ninguno está preparado para el abordaje. En cuanto se acerque al barco pirata correrá el riesgo de que lo hundan —avisó uno de los centuriones que acompañaba a Marco.

—¿Lucio está seguro que no hay algún barco que no esté preparado con proyectiles?

—No lo sé mi general, hasta que no lleguemos al puerto no sabré el estado de las embarcaciones y si hay alguno que podamos utilizar.

—Está bien, démonos prisa.

Julia fue subida a bordo, el olor a pólvora inundó de repente sus fosas nasales. Si no hubiera estado en peligro podría haber admirado la compenetración y la preparación de aquellos hombres que estaban dirigidos por el mercenario que tripulaba la nave. Aquel tenía que ser el tal Spículus del que había sentido a Marco hablar. Graco la bajó por unas escaleras y la introdujo dentro de una habitación tirándola al suelo. Cuando cerraron la puerta algo se movió detrás de ella. Julia atemorizada se volvió hacia el ruido.

—¿Quién anda ahí?—. Preguntó Julia asustada, intentando demostrar un poco de valor.

—¡Julia!, ¡Por los dioses eres tú!—. Contestó Claudia saliendo de la oscuridad.

Claudia se echó en brazos de su amiga y de repente ambas mujeres empezaron a llorar.

—Pensé que no iba a volver a veros nunca más. Han matado a Quinto—. Lloraba Claudia desconsoladamente.

—Tranquilízate Claudia, Quinto todavía no está muerto. El pequeño Paulo os siguió y nos avisó enseguida de todo. Cuando acudimos al lugar el tribuno todavía seguía con vida. Está muy grave pero todavía no se ha muerto.

—¿Estás segura de lo que dices Julia? ¿No me mientes?—. Preguntó Claudia desesperada.

—Y tan segura, yo misma lo atendí junto con un galeno del campamento.

Ambas mujeres siguieron abrazadas y llorando intentaron sentarse en el suelo de la bodega cuando el barco empezó a navegar y ellas se tambalearon.

—¿Cómo han conseguido apresarte a ti?—. Le preguntó Claudia.

—Graco vino a la casa y con engaños consiguió sacarme de allí. Caí directamente en su trampa. Dijo que tenía información que podría servir de ayuda a Marco, y yo le creí.

—¡Será desgraciado! Lo voy a matar con mis propias manos—. Aseveró Claudia.

—Tengo miedo Claudia, no sé si mi marido podrá conseguir encontrarnos.

—No te preocupes, el general moverá cielo y tierra hasta encontrarte—. Dijo esperanzada Claudia.

Marco se había hecho a la mar con unos cuantos legionarios en el mejor buque que habían podido encontrar, porque casi todos habían sido alcanzados por los proyectiles. Desde lejos pudo comprobar como el barco pirata se había puesto en marcha alejándose cada vez más de la costa. Se sentía impotente porque delante de él se llevaban a su mujer y no podía hacer absolutamente nada. En tierra podían controlar absolutamente todos los elementos de los que disponía, pero en el mar se hallaban en un medio desconocido. Ellos no eran navegantes, ni estaban preparados para tripular un barco. Por lo menos el capitán del barco se hallaba a bordo cuando subieron en él. El hombre intentaba acercarse a los mercenarios todo lo rápido que le era posible.

—¿General cree que le daremos alcance?—. Preguntó un preocupado Lucio.

El centurión se sentía responsable de que se hubieran llevado a la mujer del general, tenía que haberle impedido que saliera de la casa.

—No lo sé Lucio, solo los dioses saben el destino que nos tiene guardado. Pero si algo le vuelve a pasar a mi mujer no me lo voy a perdonar en la vida.

—No se preocupe general, la recuperaremos ya verá—. Intentaba darle ánimos a su jefe porque nunca había visto al general tan descompuesto en su vida como cuando llegó a la domus de Tiberio corriendo y le confirmó el destino de su esposa.

De repente uno de los proyectiles les dio en un costado del barco, haciéndolos caer al suelo.

—Ese ha caído cerca. Lucio que reparen los daños inmediatamente — ordenó corriendo hacia el otro lado del barco.

—Sí señor. Vamos ya habéis escuchado a vuestro general —gritó el centurión al resto de hombres.

El centurión salió prácticamente hacia la zona que había sido dañada, Marco miraba con impotencia el barco pirata temiendo que de un momento a otro desapareciera de su vista.

Spículus mientras tanto se sentía prácticamente victorioso, cada vez iban alejándose más de la costa y aunque el general intentaba seguirlos, el barco mercante no alcanzaba la velocidad adecuada para darles alcance. Las millas iban aumentando cada vez más entre ambos buques cuando de repente sintió a uno de sus hombres gritar.

—¡Barco a estribor!

—¿Es un barco mercante? —preguntó Spículus.

—No mi capitán, es un quinquerreme romano—. Respondió el pirata.

—Está acercándose a gran velocidad e intentan posicionarse para el abordaje. Señor el *Fortuna* no es tan rápido como esa nave romana ¿Qué hacemos?

—Sube las mujeres a bordo—. Dijo Spículus a su subordinado—. Si intentan algo, las mataremos en sus propias narices.

Marco y sus hombres comprobaban como otro barco se iba acercando cada vez más.

—Señor, ¿ese no es el barco de su hermano? Lleva la bandera de la flota de *Classis Mauretania*—. Dijo Lucio a su general.

Marco apoyo la frente en el borde del barco dando las gracias a los dioses porque su hermano hubiera hecho su aparición en ese mismo momento, cortando la trayectoria de navegación del buque pirata, por los menos tendrían una mínima posibilidad de darle alcance.

Máximus Vinicius se hallaba en ese momento dando órdenes a sus hombres para que los remeros se acercasen más al barco pirata. En cuanto se aproximó a la costa de Bolonia y sintió los proyectiles del barco de aquellos mercenarios, supo en ese instante que su hermano se hallaba en peligro. Por alguna razón que desconocía el buque mercante perseguía a los corsarios sin la menor posibilidad de alcanzarlos.

—Prefectus, tienen dos mujeres a bordo, y por lo que puedo ver las tienen atadas y amordazadas ¿Qué hacemos?—. Preguntó el decurión.

—Abordarlos, ¿desde cuándo la vida de dos mujeres se ha antepuesto al hundimiento de una nave pirata? En cuanto estemos lo suficientemente cerca, coloca la nave de forma oblicua y embístela de flanco con el espolón.

Marco también se había ido acercando cada vez más al barco enemigo y pudo ver a su vez como su hermano iba realizando la maniobra de acercamiento, colocando la nave de guerra a la altura de la línea de flotación del buque de Spículus. No pudo sentir un miedo más atroz cuando comprobó que habían subido a su mujer y a Claudia a bordo. Las dos estaban amordazadas y su sangre se heló cuando comprobó que el jefe cogiendo a Julia, la ponía en lo alto de la proa para tirarla al mar. No tenía que haber dejado nunca a su esposa sola. Marco empezó a quitarse su armadura y sus armas, dispuesto a saltar del barco si arrojaban a Julia. En cuanto la tirasen no tendría la más mínima oportunidad. Su mujer prácticamente no sabía nadar, y con las manos atadas estaba perdida.

—¡Señor, mire! Van a arrojar a su esposa.

Cuando Marco miró hacia el barco pudo comprobar como Julia era arrojada en pleno mar.

—¡Noooooo...!—. Fue lo único que alcanzó Marco a decir mientras se tiraba al mar embravecido en busca de su mujer.

Capítulo 17

La esperanza es el único bien común a todos los hombres; los que todo lo han perdido la poseen aún.

Tales de Mileto (624 AC-546 AC).

Iba a morir en aquella masa inmensa de agua sin ninguna posibilidad de poder luchar por su vida. Julia llevaba las manos atadas y aquellos piratas iban a tirarla por la borda.

—¡Graco por favor, ayúdame!

—Tú misma te has buscado tu propio destino. Te mereces todo lo que te pase—. Dijo escupiéndole a la cara.

—Qué ser más perverso eres, espero que algún día pagues por ello. No entiendo como pude confiar en ti, no tienes nada más que odio en todo tu cuerpo.

—No te preocupes, tú ya no estarás para verlo ¡Matenla!—. Ordenó Graco, mientras Spículus disfrutaba del espectáculo.

—¡Graco, por favor!—. Rogó desesperada la muchacha.

—¡Noooooooo!... —gritó Claudia desesperada.

El mercenario que retenía a Julia se puso enfrente de ella y con una sonrisa siniestra y pérfida, le clavó una daga que llevaba en la mano. Julia pudo comprobar como la afilada arma bajaba y se volvía a hundir en su costado por segunda vez. Los ojos de Julia se quedaron clavados en los del ser que le estaba quitando la vida y muda de espanto no fue capaz de pronunciar palabra alguna. El mercenario sacó la ensangrentada daga y de un empujón la tiró por la borda.

—¡Noooo, por favor...!— Grito Claudia cuando vio horrorizada como tiraban a su amiga por el barco—. ¡No, no, no,...te mataré con mis propias

manos sucio bastardo! Algún día te mataré por lo que has hecho hoy! ¡Juliaaaa...!—.Gritaba su amiga desesperada mientras pataleaba intentando escaparse del agarre de aquel mercenario que la retenía.

De repente el mercenario le dio una bofetada haciendo que la mujer perdiera un poco el sentido. Desesperada volvió a levantarse y tropezando con las cuerdas que había en el barco intentó correr hacia Graco para matarlo. Pero antes de que pudiera darle alcance otro de los mercenarios la alcanzó golpeándola con el puño, haciendo que volviera a perder el sentido definitivamente.

—¡Llevala abajo! Esta no morirá hoy, pero deseará estar muerta cuando llegemos a nuestro destino—. Ordenó Spículus—. Todo el mundo a sus puestos, se acabó el espectáculo.

Mientras Claudia fue arrastrada otra vez hacia la bodega del barco, Julia sintió como caía hacia las profundas y aterradoras aguas. Conforme su cuerpo se hundía intentó coger todo el aire posible. Con las manos atadas le era imposible nadar, pero con los pies podía impulsarse hacia arriba. El costado le dolía pero intentó con desesperados movimientos de los brazos y de los pies subir a flote. Abriendo los ojos en el agua pudo ver que solo estaba a dos o tres metros de alcanzar la superficie, podía ver la claridad del agua varios metros más arriba de su cabeza. Sus pulmones se expandieron intentando conseguir el aire que necesitaba para poder sobrevivir, necesitaba aire con urgencia, se ahogaba. Inconscientemente abrió un poco la boca y empezó a tragar agua. Como pudo emergió a la superficie y pudo conseguir el aire que faltaba sin parar de toser. De reojo comprobó como el *Fortuna* se iba alejando de donde ella se encontraba.

En ese momento se cuerpo se negó a colaborar y volvió a hundirse cuando una gigantesca ola la atrapó, no estaba acostumbrada a nadar y las ropas mojadas la arrastraban hacia el fondo negro y helado del mar. A su mente le vino la imagen de como Marco le explicaba cómo debía flotar sobre el agua e intentó volver a impulsarse hacia arriba. Estaba demasiado agotada pero se daba cuenta de que si seguía luchando contra la corriente y la furia del mar se cansaría mucho más. Cuando consiguió emerger por segunda vez del agua, se

puso boca arriba y comenzó a flotar intentando relajarse. Lágrimas saladas salían de sus ojos por esa enorme injusticia. Mil imágenes se le vinieron a la cabeza. Sus primeras lecciones con Tito, su primera visita a la fábrica, la cena sorpresa que le dieron sus amigos en su dieciocho cumpleaños, la primera vez que vio a Marco, su primer beso, su boda... que injusto que todo aquello acabara allí. Le quedaban demasiadas cosas por hacer y por vivir. Volvió a cerrar los ojos intentando concentrarse en respirar y en seguir flotando, no sabía cuánto podría aguantar más, la herida mortal empezaba a teñir aquellas aguas de un tono rojizo.

Marco vio como tiraban a su mujer por la borda y un miedo atroz se apoderó de él. Su mujer iba a morir y él estaba demasiado lejos, no llegaría a tiempo para poder salvarla. Julia no sabía flotar bien, apenas le había dado la más mínimas nociones en aguas tranquilas y no en aquel medio tan furioso y tempestuoso. El mar embravecido y encrespado no tenía piedad con nada ni con nadie, y mucho menos con una mujer. Una fuerza sobrenatural se apoderó de sus brazos mientras avanzaba nadando hacia el lugar en que habían arrojado a Julia.

—¡Aguanta, aguanta!...¡No me dejes todavía!—. Pensaba Marco mientras intentaba atravesar aquellas olas. Desesperado intentó nadar hacia ella.

Desde el barco mercante veían como el general intentaba luchar contra la corriente que lo separaba de su mujer. Iba a ser prácticamente imposible que pudiera llegar a tiempo. Mientras los hombres del general miraban impasibles como la muchacha había emergido del agua para luego volver a hundirse. Solo se sentía el rugir de las furiosas olas, ninguno de aquellos soldados se atrevió a respirar.

Mientras tanto, el barco de guerra del prefectus intentaba acercarse al barco pirata para intentar abordarlo.

—¡Mire prefectus!, ¿aquel que está nadando no es su hermano?—. Dijo el decurión señalando un punto del mar.

—¡Por los dioses! ¿Qué hace mi hermano ahí? ¿es que se ha vuelto loco?—. Preguntó Máximus horrorizado.

—Creo que intenta alcanzar a la mujer que tiraron por la borda.

—Detén la maniobra de acercamiento y cambia el rumbo hacia dónde está mi hermano, salvar la vida de Marco me urge más que cien mil mercenarios. Esperemos que no se hayan ahogado mientras los alcanzamos.

La nave de guerra abandonó su objetivo y cambio el sentido de navegación hacia la zona donde habían arrojado a aquella mujer.

Marco seguía nadando cuando de pronto se paró intentando averiguar dónde estaba Julia. Y pudo comprobar que a menos de media milla se hallaba el cuerpo de Julia flotando sobre el agua. Un gemido de angustia e impotencia dio lugar a lágrimas que empezaron a derramarse por sus ojos. No había llegado a tiempo, Julia se había ahogado. Como un loco empezó a nadar hacia ella. Sintió que su corazón se quebraba por la muerte de su mujer.

—No me hagas esto, no me hagas esto,... —Iba pensando mientras daba brazadas como un loco cada vez más lentas con sus agotados brazos.

—¡Julia, Julia!...gritaba mientras el rumor de las poderosas olas callaban sus desesperados gritos. ¡Julia, dime algo! —gritó desesperado.

Cuando por fin llegó hasta ella, la abrazó y acercando su flácido y desmadrado cuerpo hacia él, le gritaba sin parar:

—No te me mueras, por favor no me hagas esto. No me dejes.

Marco lloraba tanto y la apretaba tan fuertemente que Julia no era capaz de pronunciar palabra alguna. Un ligero gemido de dolor pudo salir de su maltrecho cuerpo.

—¡Marco, deja de llorar! Estoy aquí, no me he ido, has llegado a tiempo! ¡Estoy aquí! —dijo Julia muy débilmente.

El general separó su cabeza de la cabeza de Julia mirando los ojos abiertos de su mujer. No podía dar crédito a que Julia le estuviera hablando. Desesperado empezó a repartir besos por la cara de su mujer mientras reía y lloraba a la vez.

—¡No vuelvas a hacerme esto! Nunca he sentido tanto miedo en mi vida—. Decía mientras volvía a acercarla a él—. No vuelvas a dejarme. Me he vuelto loco pensando que no había llegado a tiempo.

—Me he acordado de lo que me dijiste sobre flotar, intenté aguantar todo lo posible hasta que vinieras a por mí, no sabía si te daría tiempo a alcanzarme—. Lloraba Julia emocionada.

—Te seguiría hasta el fin del mundo, te amo demasiado como para no buscarte—. Decía Marco mientras besaba a su preciosa mujer—. ¿Te han hecho algo esos mal nacidos?

—Sí, me duele otra vez el costado—. Le dijo Julia sin atreverse a confirmarle que la habían herido mortalmente otra vez.

—No puedo verte bien, en cuanto lleguen mis hombres te sacaremos de aquí. No cierres los ojos, ya queda poco—. Dijo Marco preocupado cuando se percató de la mancha roja de su cintura.

Marco sintió el ruido del barco que se acercaba a ellos, aliviado comprobó que su hermano les había dado alcance antes que sus propios hombres. Su hermano le miraba con cara de preocupación desde el buque romano.

—¡Si llego a saber que te iba a encontrar de esta guisa hubiera venido antes hermano! ¿Desde cuándo te gusta tanto el mar?

—Déjate de tonterías y ayúdanos a subir. Mi mujer se encuentra herida, hay que curarla rápidamente.

—¿Tu mujer? ¿Cuándo te has casado? Corred, daros prisa, izad a mi hermano—. Dijo Máximus inquieto mientras se volvía hacia sus hombres ordenando que los subieran a bordo, mientras él mismo se acercaba a ayudarles.

Marco subió con su mujer en los brazos ayudado por los hombres de su hermano. Con cuidado depositó a Julia en la cubierta, chorreando agua por todos lados.

—¡Rápido, llévenla abajo! Que manden a mi camarote al galeno, daos prisa—. Ordenó Máximus a sus hombres al ver que la joven sangraba y había perdido el conocimiento.

Marco examinó el costado manchado de su esposa y comprobó que la habían

apuñalado nuevamente. Desesperado la miró a los ojos y comprobó que se había desmayado.

—No te preocupes, enseguida la verá el galeno y le coserá la herida —le dijo Máximus sin que su hermano se percatara de que le estaba hablando.

—Voy a cogerte para llevarte abajo, ¿de acuerdo? Solo vas a sentir un poco de dolor cuando te incorpore—. Comentó Marco a su mujer, hablándole como si estuviera consciente.

Una vez que bajaron abajo, la joven volvió a recobrar el conocimiento al depositarla sobre el camastro.

—No te preocupes Marco, dile al galeno que haga lo que tenga que hacer—. Contestó Julia con voz pastosa—. Siento no haberte hecho caso cuando dijiste que no saliera.

—No te preocupes por eso ahora. Lo importante es que te pongas bien de nuevo.

Conforme hacía su aparición el galeno dentro del camarote, Julia abrió los ojos y mirándole fijamente le dijo:

—Por si acaso las cosas no salen bien quiero que sepas que te quiero.

Marco se paró un momento y con el corazón comprimido y los ojos turbios le respondió:

—Yo también te quiero, mi amor. Y no digas nada más, porque te vas a poner bien—. Dijo Marco besándola suavemente en la mejilla.

Máximus que observaba desde un rincón como su hermano hablaba con su mujer, no le pasaron desapercibidas las palabras y las miradas que se habían intercambiado entre ambos. Pudo darse cuenta de los sentimientos tan profundos y el vínculo que existía entre esas dos personas. Estaba sorprendido que su hermano que siempre había perjurado que no iba a unir su destino al de ninguna mujer, ahora se hallase ante semejante situación. Él que nunca se había sonrojado ahora se sentía avergonzado por primera vez en su vida al presenciar un momento tan íntimo. En cuanto el galeno empezó a sacar los utensilios, Máximus le ordenó a su hermano:

—Vamos Marco, hay que actuar con rapidez. Deja que el galeno haga su trabajo. Está sangrando demasiado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el galeno con premura al comprobar la herida.

—Necesitamos que atienda urgentemente a la mujer de mi hermano, ha recibido una puñalada.

—Voy a examinarla ahora mismo. Si no les importa esperar fuera.

—Yo no me voy de aquí—. Dijo Marco seriamente.

—Está bien, si se hace a un lado y permanece en silencio, intentaré examinar a su mujer.

Los dos hermanos se miraron preocupados y se retiraron hacia un rincón del camarote para dejar que el galeno trabajara. El hombre destapó la herida y con cara seria y pensativa le pidió a Marco:

—Necesitaré quitarle primero las ropas mojadas y luego tendré que operarla. Si no le importa echarme una mano. Necesitamos que traigan algo de ropa seca para cubrir a la mujer. Hay que intentar que suba la temperatura de su cuerpo, está demasiado helada.

Máximus salió del camarote y fue en busca de algunas mantas que pudieran subir la temperatura de su nueva cuñada, mientras tanto Marco le quitaba a Julia la ropa mojada. Cuando consiguieron despojarla y tajarla adecuadamente, el galeno no perdió tiempo en operar a la joven.

—La operación va a ser extremadamente peligrosa, lamento decirle que no podemos suministrarle nada que la haga dormir. Necesitaré que la sujeten.

—No se preocupe, haga lo que tenga que hacer—. Dijo Julia con la voz demasiado debilitada.

Marco se puso a la altura de su cabeza y posicionándose al lado de ella la agarró de los brazos para que se moviese lo menos posible, abrazándola la miró compungido y le dijo:

—El galeno acabará pronto. Ya verás, te curarás pronto.

Julia asintió con la cabeza y demasiado temerosa por lo que iba a pasar, volvió la cabeza hacia Marco y cerrando los ojos intentó refugiarse en el hueco que le proporcionaba su marido al cogerla entre sus brazos. Intentaba demostrar ante Marco un valor que no tenía, porque la verdad era que estaba muerta de miedo. El costado le dolía demasiado y no estaba segura si lo

podría superar. Pequeñas lágrimas empezaron a derramarse por sus ojos. Marco sintió como caían en uno de sus brazos y desesperado le pidió al galeno:

—Empiece ya, estamos preparados.

El galeno cogió una de sus agujas y cuando empezó a atravesar la clara piel de Julia, la mujer dio un respingo y se desmayó perdiendo el conocimiento para alivio de los presentes.

—Es lo mejor que ha podido pasar, por lo menos no se enterará.

El hombre con precisión y minuciosidad empezó a operar a la joven intentando salvarle la vida. A partir de esos momentos, Julia no recuperó el conocimiento durante toda la operación. Cuando acabó el hombre se volvió hacia Marco y con aire preocupado le comentó:

—Ha perdido demasiada sangre y no sé si podrá resistir la operación. He comprobado que todavía tenía reciente una herida anterior y ha sido demasiado difícil volver a reparar los tejidos dañados. He hecho todo lo que había que hacer. Solo cabe esperar la evolución. Si no le importa me quedaré con la joven por si se agravara.

Marco asintió desesperado, pasándose las manos por el pelo se volvió hacia su hermano y sin decir nada más, se abrazó a él.

—No sé qué voy a hacer si la pierdo, es la segunda vez que paso por esto.

—Vente hermano, necesitamos beber algo mientras me cuentas todo lo que ha pasado. Deja a tu mujer en manos del galeno, es uno de mis mejores hombres. No puede estar en mejores manos.

—No puedo dejarla.

—No vas a abandonarla, necesitas quitarte esas ropas mojadas. Y recuperar fuerzas, las vas a necesitar.

Marco se volvió hacia el galeno y le dijo:

—Estaré aquí al lado, no tardaré.

—No se preocupe, yo lo llamaré si ocurriera algo.

Mientras tanto en el *Fortuna*, Spículus se alejaba cada vez más del quinquerre romano, los dioses le habían favorecido ese día. Si el barco de

guerra romano les hubiera seguido, no habrían tenido la menor posibilidad de escapar de aquella encerrona. Estaba preparado para escapar de un barco mercante, pero no de un buque de guerra armado hasta los topes para abordarlos. Hasta los vientos les eran favorables. Había sido un acierto matar a la mujer del general y tirarla por la borda, sin duda eso les había tenido entretenidos.

—Hemos puesto rumbo al puerto de Éfeso mi capitán ¿Cree que nos seguirán?

—No, no lo creo. Si ese hubiera sido su objetivo, ya nos habrían abordado. Quiero un par de hombres vigilando siempre en la popa del barco. No me fio de los romanos.

—Sí, daré la orden inmediatamente.

En la domus de Livio, Horacio se enfrentaba a otro problema inesperado, el tribuno Quinto estaba empezando a despertar. Desde hacía varias horas ya no se sentían los proyectiles con que habían estado bombardeando a la ciudad, así que los esclavos que habían estado escondidos en la bodega, habían salido y habían empezado a limpiar los desperfectos que se habían originado en la casa.

El galeno que habían traído del campamento había estado un buen rato acompañándolo y vigilando el sueño del moribundo. Pero conforme habían pasado las horas, el hombre le había señalado que lo único que cabía hacer, era esperar a que el soldado se despertara. Marchándose nuevamente al campamento había dado la orden de que lo llamaran en cuanto recuperara el conocimiento. Y en caso de que el soldado le preguntara sobre el destino de los demás, el galeno había aconsejado no decirle nada hasta que el general no estuviera presente. De todos modos no habría sabido que contestar al tribuno, no sabían nada ni del general ni de Julia desde que se había ido con Graco. Y de Claudia mucho menos todavía. Solo esperaba que al general le diera tiempo a llegar antes de que su amigo recobrará plenamente el conocimiento.

Varias horas después Máximus junto con su hermano estaban en la proa del barco, acababan de atracar en el puerto de Baelo Claudia. Marco quería llevar a su mujer a la casa donde se encontraría más cómoda, pero el galeno había desaconsejado que la trasladaran de momento, ya que el estado de la joven era lo sumamente delicado para que en el traslado se le abriera la herida y se agravara todavía más.

—No te preocupes por tu mujer hermano, aquí estará bien. Mientras tú reorganizas a tus hombres y compruebas el destino del tribuno, yo me quedaré aquí vigilándola. Si hubiera algún cambio por mínimo que fuese, te haría llamar. Ya tendremos tiempo para hablar después.

—Está bien, pero no te separes de ella. No la dejes sola, no me fío de nada ni de nadie. Los mercenarios pueden haber sobornado a alguien más y podrían acceder otra vez a Julia si se enteran de que no consiguieron su objetivo.

—Vete tranquilo, que nadie ha de subir a bordo. Aquí estaré esperando noticias tuyas.

—Está bien. No tardaré, en cuanto supervise a mis hombres y compruebe como esta todo.

—Llévate a algunos de mis hombres, el que no se fía mucho de esta gente soy yo.

Marco miró detenidamente a su hermano y sin previo aviso, le dio un abrazo y le dijo en voz baja:

—Soy afortunado de tener un hermano como tú, apareciste cuando más te necesitaba. Sin ti la hubiera perdido.

—Para eso están los hermanos, ya me cobraré la deuda que me debes. Ahora vete y no tardes, no vaya a ser que se despierte tu mujer y me confunda contigo.

—Ni te atrevas a ponerle una mano encima—. Le reclamó Marco contrariado.

—Ni se me ocurriría—. Se alejó Máximus sonriendo.

Mientras Marco bajaba de la nave, el praeceptus se fue hacia su camarote para comprobar el estado de su nueva cuñada. Agachando la cabeza para poder entrar, miró al galeno que estaba volviendo a examinar a la joven.

—¿Hay algún problema? ¿Ha empeorado?—. Preguntó Máximus preocupado.

—Su estado es bastante crítico y quiero comprobar que no hay ningún daño más si da usted su permiso. Si no le importa voy a descubrir a la joven para volver a examinarla otra vez—. Preguntó el galeno a su jefe.

—Proceda a lo que tenga que hacer, estoy seguro que mi hermano no pondrá ningún inconveniente cuando vuelva.

Una vez que Marco bajó de la nave, marchó primero al campamento para que sus hombres le informaran del estado de la ciudad. Después acudiría a la domus para comprobar la evolución de su amigo.

—Hazme un informe de la situación centurión—. Pidió Marco al soldado que se encontraba en la tienda con él.

—Aunque han conseguido bombardear diversos puntos estratégicos de la ciudad, los daños no son tan sumamente graves como para que no podamos repararlos en menos de dos días. Cuando se fue en busca del barco pirata intentamos encontrar al aliado de los mercenarios pero solo localizamos a la esposa de Tiberio, el sujeto había abandonado a su esposa en la domus sin decirle nada. Hemos sellado la salida y la entrada a la ciudad para que no puedan volver a entrar por ahí. Si no ordena otra cosa más, seguiremos con la reconstrucción.

—Sí, voy a estar en el barco de mi hermano hasta que podamos trasladar a mi mujer a la domus, en caso de algún problema háganme llegar el aviso ¿Saben algo del estado del tribuno Quinto?

—No, señor. Excepto que el galeno volvió hace unas horas y todavía seguía con vida.

—Está bien, pasaré a ver como se encuentra. Ya saben dónde encontrarme si me necesitan.

Marco salió de la tienda acompañado por algunos de sus hombres en dirección de la domus. Conforme llegaba veía la cara de alivio de los hombres postrados en la puerta.

—¿Y el tribuno Quinto?—. Preguntó Marco ansioso.

—Sigue con vida señor.

—Muy bien, sigan en sus puestos.

El general con paso raudo y apresurado entró en la domus derecho a la habitación donde habían dejado a su amigo. Cuando entró en ella, Horacio que velaba al soldado no pudo disimular la cara de alivio.

—¿Todo bien señor? La señora Julia no ha venido desde que marchó de aquí.

—Lo sé Horacio, todo se complicó demasiado. El desgraciado del liberto la secuestró y se la llevó en el barco de los mercenarios. Afortunadamente pude llegar cuando la arrojaron pero se encuentra gravemente herida en el barco de mi hermano ¿Cómo se encuentra el tribuno?

Horacio lo miró con el semblante descompuesto al sentir las noticias sobre Julia, y volviéndose hacia el hombre que yacía en el lecho le comentó al general.

—Está gravemente herido y no para de moverse inquieto por la fiebre. Estoy preocupado porque la fiebre no baja. El galeno dio la orden de que lo avisáramos al mínimo cambio.

—Está bien, me vuelvo al barco con Julia, hasta que no salga de peligro y pueda traerla no volveré. Al menor cambio ya sabe dónde encontrarme.

—Está bien señor—. Dijo Horacio mientras veía como salía el general de la habitación.

Demasiado preocupado por la situación de Julia y del tribuno volvió a sentarse junto al camastro donde descansaba el soldado. Prisca apareció por la puerta en ese momento.

—He visto salir al general, ¿no ha venido Julia con él?

—Graco secuestró a Julia y aunque no me ha dado más detalles, solo sé que se encuentra gravemente herida en el barco del hermano del general.

Prisca se tapó los ojos sollozando por el destino de Julia y de Claudia. Horacio se levantó y abrazando a su mujer le dijo:

—No te preocupes, ya verás cómo sale de esta también. No es posible que le pase nada a nuestra Julia. El general no dejará que le pase nada. Anda mujer

ve y encárgate de que todo esté a punto para cuando regresen, yo me quedaré junto al tribuno cuidando de él.

—De acuerdo, así lo haré. Luego te traeré algo de comer porque no creo que el tribuno se despierte todavía—. Dijo Prisca señalando al soldado.

—Está demasiado inquieto, le está empezando a subir la fiebre.

Un rato después Marco entró al camarote de su hermano y comprobando que el galeno hablaba con él se acercó ansioso a su mujer y hablando en voz baja preguntó a su hermano:

—¿Cómo sigue?

—Será mejor que te lo explique él—. Dijo Máximus con la tez demasiado blanca y descompuesta.

—¡Hablad!, ¿qué pasa?—. Volvió a preguntar Marco acercándose al galeno.

—He vuelto a revisarla y he comprobado que su estado es más grave de lo que parecía. Me temo que la joven puede correr el riesgo de perder el bebé.

Marco trastabilló hacia la cama de Julia mirándola demasiado horrorizado.

—¿Me está diciendo que mi mujer está embarazada y que puedo perder a mi hijo y a mi mujer?

—Pensé que lo sabía pero claro la joven está de muy poco tiempo. No le puedo garantizar que sobrevivan ella y el niño. Aunque he cosido la herida corre el riesgo de que sufra un aborto y no lo pueda aguantar.

Marco se mesaba el pelo desesperado y arrodillándose al lado del lecho de Julia empezó a llorar desconsolado.

—Cálmate Marco, todavía no se puede dar nada por hecho. Es una posibilidad pero tu mujer es fuerte y joven. No hay que perder la esperanza.

—La esperanza es lo único que me queda porque como le pase algo ya no me quedará nada—. Dijo Marco mirando hacia su mujer.

Máximus se quedó callado pensativo mirando a su hermano que se encontraba de rodillas observando a su inconsciente mujer. Rogaba a los dioses que esa joven que llevaba en su seno a su sobrino sobreviviera, ya de por sí había sido prácticamente un milagro que estando tan malherida hubiera podido aguantar el avance de las olas sin saber prácticamente nadar. Sentía

demasiada curiosidad por esa joven que en apariencia era tan extremadamente débil y que ocultaba una gran fuerza interior.

El día había amanecido pálido y gris, acorde con el humor del general. Habían pasado varios días y Marco se hallaba inconsolable y desesperado, Julia no parecía mejorarse y cada vez parecía empeorar más. Aunque por un milagro del destino todavía no había perdido al bebé, todavía no recuperaba la conciencia. La herida parecía cicatrizar lentamente y aunque la infección no había hecho aparición, su estado seguía siendo demasiado crítico. Aquellas malditas horas pasaban lentamente, los pasos de los hombres en cubierta era el único sonido que se oía en la distancia, para recordarle la opresiva amenaza que se cernía sobre su mujer.

Máximus entro al camarote y con aire contrito le preguntó a su hermano:

—¿Cómo está Julia?

—Todavía sigue sin despertar y ya ha pasado demasiado tiempo.

—Pero el que vayan pasando las horas no puede ser un mal augurio, si pudiera ayudarte en algo más...—Dijo Máximus mirando el lecho de la joven.

—Solo cabe esperar. No hay nada más que podamos hacer salvo esperar—. Dijo Marco demasiado emocionado.

El general se secó las lágrimas que corrían por su cara. Se hizo un largo silencio entre ambos hombres. A Marco se le hizo un nudo en la garganta y aunque era prácticamente incapaz de hablar, solo llegó a decirle a su hermano:

—No se merece que la vida de los dos acabe aquí. Todavía no sabíamos siquiera que estaba esperando nuestro primer hijo. No entiendo porque el destino se cierre tanto sobre ella.

—¿Por qué dices eso?

—Todavía no te he contado su historia, no me creerás cuando te lo cuente.

—¿Qué es lo que no me voy a creer? —dijo mirando la joven—. Parece que cuando hablas guardas un gran secreto.

—No andas desencaminado. Siéntate, la historia es un poco larga de contar...

—Tenemos toda la noche hermano y no tenemos otra cosa que hacer, siéntate y cuéntame qué historia es esa —pidió Máximus a su hermano.

—¿Te acuerdas cuando éramos pequeños y jugábamos en el palacio del emperador?—. Dijo Marco mirando a su hermano.

—Sí ¿por qué sacas eso a relucir ahora?

—Bueno, aunque no lo creas...

Ambos hombres estuvieron hablando prácticamente hasta bien entrada la madrugada cuando Máximus demasiado asombrado no podía dar crédito a lo que le contaba su hermano.

—¿Estás seguro de lo que me estás diciendo? Esa historia es demasiado asombrosa.

—Sí, tan seguro como que tú y yo provenimos de la misma madre y del mismo padre.

—Entonces, nadie debe de enterarse de quién es y de su procedencia. Correría demasiado peligro.

—¿Crees que no lo sé? Ya había decidido establecerme aquí, no quería correr el riesgo de que alguien pudiera reconocerla y pusiera su vida nuevamente en peligro. Bastante hemos tenido con el riesgo que ha corrido por ser la protegida de Tito Livio. No sé cuántas situaciones como esta podrá superar más. Ni siquiera sé si podrá sobrevivir.

—No te preocupes, en cuanto ella salga de peligro iré tras Spículus y no pararé hasta que acabe con él. Aunque tenga que recorrer todos los mares y océanos no pararé hasta vengar la afrenta. Subiré arriba con mis hombres por si me necesitas —dijo Máximus dejándolo solo.

Marco se quedó mirando a su hermano y asintiendo siguió mirando el rostro inquieto de su mujer. En cuanto el hombre salió por la puerta Marco se arrodillo junto al lecho y a continuación empezó a reñirla, la voz le temblaba por la emoción contenida:

—¡No puedes abandonarme y dejarme aquí solo...no podéis ir los dos! Te juro que si me dejas iré detrás de ti.

Julia era consciente de que su marido estaba al lado de ella, pero era incapaz de abrir los ojos y de hablar. Cuando recuperaba levemente la

conciencia lo sentía hablar con otro hombre, pero con el susurro de sus voces no llegaba a comprender lo que decían. Debía despertarse para intentar calmarlo, pero su cuerpo se negaba a obedecer.

Marco se pasaba las manos por su pelo alborotado cuando percibió un leve y ligero movimiento encima de la cama. Una mano de Julia intentaba moverse hacia donde él estaba. De repente miró desesperado hacia la cara de la joven.

—¡Julia!—. Grito sin querer, casi desplomándose sobre la cama.

Julia intentaba abrir los ojos que le pesaban demasiado, se sentía como si un animal o algo muy pesado estuviera sobre ella. Se sentía demasiado cansada. En ese instante pudo abrir por fin sus pupilas y fijarse en el desaliñado soldado que tenía enfrente de ella.

—¿Qué ha pasado Marco? ¿Por qué estás así? Me siento como si un carro lleno de tinajas me hubiera arrollado.

—¡Por los dioses! Menos mal mi amor que has despertado. Estaba demasiado asustado, no quiero volver a pasar por lo mismo, no lo vuelvas a hacer. ¿No te acuerdas de nada? Has estado demasiados días inconsciente, no hables, no quiero que te fatigues más de lo que ya estás. Ya te contaré todo cuando te recuperes—. Dijo arrodillado a su lado mientras llorando le cogía muy suavemente la mano y le daba un beso en ella.

Julia asintió volviendo la cabeza hacia donde se encontraba su marido. Marco era incapaz de separarse de su lado. Se sentía demasiado emocionado y aliviado para poder levantarse del suelo y contarle a su hermano que Julia se había despertado. Había una mínima posibilidad de que se recuperara y él no la dejaría ni a sol ni a sombra mientras ella no fuera capaz de levantarse de esa cama.

A la mañana siguiente Quinto era plenamente consciente de todo lo que había alrededor suyo, sabía que se encontraba en la domus. El pobre Horacio estaba dormido en un camastro que había al pie de su cama. Aunque había estado sin conocimiento, sabía que alguien había estado vigilando su sueño. Había encontrado algo de paz cuando el hombre le había pasado por la frente algún lienzo húmedo intentando bajarle la fiebre.

Sabía que había pasado algo muy grave, por el dolor que tenía tan insoportable. Se acordaba perfectamente de ir andando con Claudia a su lado cuando le salieron al frente varios mercenarios. Lo último que recordaba era estar peleándose con uno de ellos. En ese instante sintió una enorme angustia ¿Dónde estaba Claudia? Esperaba que Marco hubiera podido alcanzar a los piratas. Seguramente estaría por ahí con sus quehaceres.

Intentó levantarse del camastro pero el dolor era tan agudo que tuvo que echarse otra vez, se sentía tan mareado que estaba a punto de volver a perder el sentido. El ruido despertó de pronto a Horacio, que levantándose raudo acudió en su auxilio.

—No se mueva, puede abrirse la herida.

—¿Dónde está Claudia?—. Dijo Quinto agarrándole la muñeca a Horacio.

—Llamaré al general y él le explicará todo, no se inquiete.

—Dile a Claudia que quiero verla, por favor Horacio—. Pidió Quinto.

A Horacio se le hizo un nudo en la garganta, intentaba que no le viera los ojos anegados por las lágrimas que estaban a punto de desbordarse. Desde que los piratas se habían llevado a Claudia no habían vuelto a saber nada de la joven.

—En un rato vengo, no se mueva usted.

—¿A dónde podría ir si no?

Marco se encontraba en la habitación de su amigo, había tenido que mentirle durante toda la semana para que no se abriera la herida. Se sentía fatal por lo que estaba haciendo pero era necesario que Quinto se recuperara. No sabía cómo reaccionaría en cuanto se enterase del destino de la joven por la que tanta preocupación mostraba. Solo había podido disimular la ausencia de Claudia alegando que la había dejado en el buque junto con Julia, era lo único que se le había podido ocurrir para que el joven patricio no sospechara nada. Sabía que no hacía bien, pero no le había quedado otra alternativa.

—Me ha dicho el galeno que ya te encuentras perfectamente como para poder levantarte, aunque tienes que vigilar que no se te abra la herida.

—Sí, estaba cansado de esa maldita cama. Ya no aguantaba más en ella. Nunca había pasado tanto tiempo sin hacer nada. Estoy deseando ver a Claudia, si no le avisas de que venga a verme, voy a ir yo hasta ella. Ya he esperado demasiado tiempo para verla entrar por esa puerta.

—Quinto necesito contarte algo que te he estado ocultando por el bien de tu salud.

Quinto volvió la mirada hacia su amigo, había sentido que le ocultaban algo desde que despertó y sintió que un aterrador presagio se cernía sobre su cabeza. Sintió como un escalofrío recorría su cuerpo, y una sensación de náusea se elevaba desde su estómago. Intuía que algo no marchaba bien. ¡Claudia!, no podía ser ella, ella no.

—¡Habla por los dioses, que me has ocultado!

Marco miró apenado a su amigo e intentando acercarse a él le dijo:

—Me temo que Claudia no va a poder venir. Cuando te creyeron muerto en aquella callejuela, Spículus y sus piratas se llevaron a Claudia y a Julia. A mi mujer la arrojaron por la borda creyéndola muerta, pero a Claudia se la llevaron. No hemos podido darles alcance todavía, mi hermano está preparado para partir en su busca en cuanto podamos bajar a Julia del barco. Todavía está demasiado débil.

El tribuno sintió una ira y un miedo tan atroz que de pronto volviéndose loco empezó a tirar todas las cosas que se encontraban a su alrededor y a su alcance. Marco intentó acercarse a él para que no se abriera la herida. Pero era tal el estado de locura del soldado que fue incapaz de acercarse al joven sin que acabara malherido. Comprendiéndole demasiado bien, dejó que se desahogara.

Se habían llevado a su mujer, al amor de su vida. Desolado y llorando se arrodilló en el suelo, se sentía como si lo hubieran apuñalado otra vez por la espalda y le hubieran arrancado su maltrecho corazón. Lo único que pudo hacer Marco por él, era dejarle esos momentos a solas, sabía perfectamente la desolación en que se encontraba. Lo comprendía demasiado bien. Él había estado a punto de perder a Julia también.

—Estaré ahí afuera cuando me necesites.

Quinto no fue capaz de responderle, perdido como estaba en su mundo. Solo tenía la imagen de la joven en su cabeza...se sentía como si hubiese perdido algo demasiado querido. Cuando rato después se le acabaron las lágrimas, se levantó en medio de aquel montón de enseres destrozados y decidido supo cuál era su destino. No perdería la esperanza, la encontraría viva o muerta, pero la encontraría. Aunque tuviera que remover cielo y tierra, algún día encontraría a su mujer. De nada servía, regodearse en su dolor. La esperanza de encontrarla era su destino, a ella tenía que aferrarse.

Capítulo 18

“ Desdichado es el que por tal se tiene.”

Séneca

Quinto observaba desde el marco de la puerta de la habitación como acababan de traer a Julia desde el barco. Aunque todavía no había salido completamente del peligro, ya podía ser trasladada a la casa donde estaría más cómoda. La muchacha intentaba demostrar a todos los que estaban pendientes de ella que se encontraba bien, pero el simple esfuerzo que había tenido que realizar desde el buque había agotado las pocas reservas que tenía. Su extremada delgadez junto con su tez pálida y la frente sudorosa por el esfuerzo así lo evidenciaba.

El tribuno era consciente de que los días que llevaban convalecientes les había pasado factura a todos. Marco estaba callado y reservado, a Julia se le había apagado la luz que habitualmente le brillaba en los ojos y él, se encontraba en un estado continuo de rabia y cólera sumado a un profundo desasosiego e impotencia por no poder partir en busca de Claudia.

Ahora que habían podido trasladar a la esposa de Marco, sabía que el hermano del general no tardaría mucho en marchar en busca de los mercenarios. Había retrasado su salida por el estado de salud de Julia, pero en un conversación privada había sentido a los dos hombres hablar de su próxima partida.

En la habitación, junto a Marco se encontraba Máximus, los dos hermanos eran como dos gotas de agua, eran tan parecidos en el carácter y en el físico que había ocasiones en que podían pasar como gemelos. Tenía una petición que hacerle al praefectus y rogaba a los dioses porque su general mediara en el asunto. Necesitaba urgentemente salir de esas cuatro paredes, su mundo se

había venido abajo desde la desaparición de Claudia y se asfixiaba en aquella casa sin poder hacer nada.

Marco que se encontraba acomodando a Julia, percibió la presencia de su amigo en la puerta y sonriéndole levemente, se volvió hacia él.

—¿Estás aquí Quinto? Te he traído compañía para que no te aburras tanto.

Cuando Marco habló, Julia volvió su mirada hacia el hombre que se encontraba apoyado bajo el dintel de la puerta con un bastón en la mano. Los ojos se le empañaron de repente y con un gemido quedo solo acertó a decir:

—¡Quinto!...¿qué vamos a hacer sin Claudia?

La joven empezó a llorar desconsolada, el vacío dejado por su amiga era demasiado grande para ambos.

—No debes llorar en tu estado Julia, sabes que no debes sobresaltarte, eso podría perjudicaros a los dos—. Dijo Marco preocupado mientras Quinto se acercaba cojeando a la cama donde estaba convaleciente Julia.

—¿A los dos?—. Preguntó Quinto desde su sitio.

—Todavía no hemos dicho nada a nadie porque acabamos de saber que Julia está embarazada, el galeno del barco nos lo ha confirmado—. Dijo Marco mirando a su mujer mientras le limpiaba las lágrimas que corrían por su rostro.

—¡Enhorabuena amigo! Espero que pronto podamos ver a otro pequeño miembro de la familia Vinicius—. Dijo Quinto con voz afectuosa pero triste.

—Gracias amigo pero hay que ver cómo evoluciona el estado de mi mujer. Es demasiado pronto para aventurar algo. Julia debe reponerse y alimentarse bien para que el niño pueda crecer sano. El galeno nos ha ordenado que el reposo es absolutamente necesario, sobre todo no debe recibir ningún sobresalto que pueda ocasionarle la pérdida del bebé—. Dijo Marco a su subordinado, dándole a entender que no tocara el tema de Claudia delante de la joven. Ambas habían estado demasiado unidas.

—Sin duda aquí estará muy bien cuidada y protegida por Prisca, si tranquilidad es lo que necesita, no hay lugar mejor. Solo hay que verme a mí—. Dijo Quinto intentando quitar hierro al asunto.

En ese momento llegó la cocinera y pidió permiso para entrar, en las manos

traía unas viandas para que la joven comiera algo.

—Vengo a traer algo de comer a esta muchacha, señor—. Dijo Prisca mirando emocionada a su joven ama.

—Pasa Prisca. ¡Que ganas tenía de veros otra vez!—. Dijo Julia intentando sonreír—. Se me ha hecho eterna la espera en el buque ¿Dónde están todos?

—En cuanto comas un poco, les diré que pasen a la habitación. Están deseando verte.

Marco mirando a su mujer, le dijo en voz alta:

—Nosotros vamos un rato a la biblioteca, dejaremos que Prisca te atienda. Estoy seguro que estáis deseando quedaros a solas para contaros vuestras cosas pero recuerda no cansarte, no son buenas tantas emociones.

Conforme se levantó de la cama, se acercó más a ella y dándole un beso en la frente la dejó en manos de la cocinera. Sabía que había asuntos pendientes que tenían que resolver, Quinto había solicitado hablar con él en privado junto con su hermano y se imaginaba perfectamente cuál era la urgencia.

Una vez que los tres hombres entraron al despacho y se acomodaron, Marco fue directo:

—Tú dirás Quinto, pero antes de que empieces a hablar tengo que pedirte disculpas por no haber podido rescatar a la muchacha, cuando tiraron por la borda a mi mujer perdí toda noción del tiempo y actué como me dictaba el corazón, lo siento —dijo mirando fijamente al tribuno.

—No lamentos nada, yo hubiera hecho lo mismo. Sin embargo, tengo que pedirte algo. Estar entre estas cuatro paredes sin poder hacer nada me está matando. Soy consciente de que todavía no me encuentro en mi mejor momento, pero necesito marcharme en busca de Claudia. Necesito que me liberes de mi promesa y que me dejes partir. Si tu hermano da permiso, quiero enrolarme con él. Sé que zarpará en busca de Spículus y necesito estar ahí cuando lo encuentre—. Dijo el tribuno con la mirada perdida en un punto de la biblioteca.

—Entiendo perfectamente tus sentimientos. Aunque sé que todavía no estás totalmente restablecido, ¿estás seguro de que eso es lo que quieres?—. Preguntó Marco directamente mirándolo a los ojos.

—Estoy seguro, quería a Claudia con toda mi alma y no puedo perder la esperanza de encontrarla todavía con vida. Necesito buscarla—. Rogó Quinto ahogando un gemido.

—No sigas más, no hace falta que te martirices, sabes que por mí no hay problema alguno. Soy plenamente consciente de lo que se siente cuando vas a perder a tu ser más querido, así que no podría reprocharte el que quisieras marcharte. Si mi hermano no pone ningún impedimento, por mí no hay problema alguno.

En ese mismo momento, Quinto y Marco se quedaron mirando a Máximus. Y éste moviéndose de la silla y mirando a los dos hombres les dijo:

—No me miréis así, por mí parte tampoco habrá problema. Estoy encantado de quitarle a mi hermano uno de sus mejores hombres. Si ese es tu deseo, puedes acompañarnos Quinto.

—¡Gracias!—. Dijo aliviado el tribuno, os lo agradezco. No os arrepentiréis, acabaré con ese Spículus cueste lo que cueste. No pararé hasta encontrar a Claudia.

Era un momento tan especial y emotivo que los tres hombres se quedaron callados sin saber que más que decir, estaba todo dicho ya.

Cuatro días después, Quinto se despedía de Julia y de los criados de la casa. Todos estaban demasiado emocionados mirando al soldado que todavía necesitaba el bastón para apoyarse. Sabían el motivo por el que se marchaba el tribuno junto con el hermano del general. Julia todavía tenía prohibido levantarse de la cama pero para despedirse había hecha una excepción, con la ayuda de Marco se había levantado y quería pedirle algo al hombre antes de que se marchara.

—No hace falta que te levantes Julia. Yo me puedo acercar.

—Ya lo sé, pero si no me levanto va a ser difícil que te pueda dar un abrazo—. Dijo Julia sonriente—. Acércate, Marco no te va a morder.

En cuanto Quinto estuvo enfrente de ella, Julia le dio un abrazo fraternal y con la voz demasiado emocionada le pidió:

—Espero que traigas pronto a mi amiga de vuelta, os estaré esperando. Pediré a los dioses que te ayuden en tu búsqueda—. Mirándole y con los ojos anegados de lágrimas continuó diciéndole—. Sabes que confío en ti.

—Lo sé Julia, lo sé. No te preocupes, la traeré pronto de vuelta. Tú solo cuídate, mi amigo se pone demasiado histérico cuando te muestras convaleciente.

—Gracias, te deseo toda la suerte del mundo. Sé que la encontrarás. Le he pedido a Marco que te hiciera entrega de un pequeño obsequio por si lo necesitaras en tu búsqueda de Claudia. No dudes en utilizarlo —dijo Julia entregándole una cantidad generosa de sestercios.

—No era necesario pero si te quedas más tranquila lo llevaré conmigo. Tú cuídate mucho, espero que cuando regrese, un pequeño Marco esté correteando por la domus.

—Gracias Quinto, así lo espero yo también. Que la fortuna te acompañe.

Volviéndose hacia su amigo, se disponía a despedirse también de él cuando Marco le cortó:

—De mí no te despidas todavía, te acompañaré hasta el puerto.

—Está bien, como quieras.

Fuera de la habitación esperaban los criados para despedirse también del soldado.

—Prisca, Horacio, muchas gracias por las atenciones que me habéis prestado. Os prometo que traeré de vuelta a Claudia.

—Gracias señor, no tenemos la menor duda de que nos traerá a nuestra pequeña algún día, aquí le esperaremos—. Dijo Horacio emocionado.

Por detrás del hombre, asomó la cabeza del pequeño Paulo. Quinto sonriendo le dijo también:

—Bueno, aquí tengo a mi pequeño salvador, fuiste muy valiente. Espero que sigas portándote bien y que te hagas un buen legionario.

Paulo sonriendo le dijo:

—No lo dude señor, algún día seré como usted. Puede ser que hasta le quite el puesto.

De repente todos los presentes se echaron a sonreír de la ocurrencia del

pequeño. Acercándose al niño le tocó con afecto el pelo y le dijo riéndose:

—¡No me extrañaría nada!

—¿Puedo acompañarle yo también al puerto? Quiero ver como se aleja el barco—. Preguntó Paulo.

—Claro que puedes si tus padres te dan permiso—. Señaló el tribuno.

—¡Madre, madre! ¿Me dejas?—. Prisca confirmó con la cabeza que sí y los dos hombres junto con el pequeño salieron hacia el puerto.

Una vez allí, en la quinquerre todo estaba preparado para partir rumbo a la nueva misión. Tenían que encontrar al barco de Spículus y les había sacado demasiada ventaja.

Cuando los dos hombres subieron a bordo, Máximus se abrazó a su hermano y despidiéndose de él le dijo:

—Cuida muy bien de mi cuñada, espero que en unos meses pueda estar aquí para el bautizo de mi sobrino.

—Dalo por hecho, te estaremos esperando. Cuida bien de mi amigo, todavía no está repuesto del todo. Y si encontráis al mercenario, dadle lo que se merece por mí. Yo estaré atento de todos modos, todavía no hemos localizado a Tiberio y no me fío ya de ese hombre que tantas veces ha atentado contra la vida de Julia.

—Espero que deis pronto con él. Cuídate hermano—. Dijo abrazándolo.

—Así lo haré—. Dijo despidiéndose de Máximus y volviéndose hacia Quinto, se quedó por un momento serio y dándole un abrazo le comentó en voz baja:

—A ti te espero sobre todo, espero que encuentres a Claudia y que volváis pronto.

—Lo intentaré amigo, sabes que no volveré sin ella.

Marco se quedó mirándolo en silencio asintiendo y bajándose del barco, se quedó parado en el puerto junto con el pequeño Paulo, observando como el barco romano salía del muelle, alejándose cada vez más de la costa.

—¿Cree que volverán pronto general? —preguntó el pequeño Paulo.

—Solo los dioses lo saben—. Dijo Marco con tristeza en la voz—. Pero me temo que hasta que no encuentre a Claudia, no volveremos a saber de él. Su desdicha es demasiado grande y su futuro demasiado incierto.

*Baelo Claudia,
siete meses después.*

Julia estaba sentada en un banco del atrio reposando después de la última comida, ya estaba prácticamente de ocho meses y su embarazo estaba tan avanzado que Marco no se atrevía a dejarla sola en ningún momento. Había tenido que amenazarlo para que abandonara un rato la domus y se fuera tranquilo al campamento.

Conforme habían ido pasando los meses, se había vuelto cada vez más posesivo y precavido si cabe, solo la dejaba en compañía de alguien conocido y no por mucho tiempo. Esta vez le había tocado el turno al pequeño Paulo, porque Helena ayudaba a su madre con las faenas en la casa.

Desde que Claudia no estaba, la niña había ido realizando algunas de las tareas asignadas a su amiga. Helena era una de las alumnas más aventajadas en la escuela y el pedagogo estaba bastante contento con ella. Eso le permitía ir a comprar al mercado junto con su padre porque a pesar de que Horacio no entendía ni de letras ni de números, la pequeña era tan avispada que no había ningún mercader que le hiciera sombra en las cuentas ni que la pudiera engañar. Sus padres estaban muy contentos con la pequeña, y ella también. Le recordaba mucho a ella cuando acompañaba al amo Tito al foro. Por otro lado, Paulo compaginaba sus tareas en el campamento con la tarea de vigilancia que Marco le había asignado al pequeño, el niño se había convertido en el confidente de su marido. Le hacía gracia la complicidad que había entre el niño y Marco. El pequeño solo respondía y obedecía a su esposo.

—¿Por qué me miras así Paulo?—. Le preguntó Julia con interés—. Te veo demasiado pensativo desde hace rato. Mira que es raro en ti que no abras la boca para decir algo.

—Tengo una inquietud que nadie me ha querido explicar—. Dijo Paulo pensativo.

—Bueno, ¿y cuál es esa inquietud? A lo mejor te la puedo resolver yo—. Contestó Julia con aires de suficiencia.

—Sí, si tú eres la más indicada para explicármela. Porque es sobre ti.

—¿Y qué es si se puede saber?—. Preguntó ya Julia con curiosidad.

—Nadie me quiere explicar cómo te has podido comer un melón entero, yo lo he intentado y si no lo parto en trozos no soy capaz de comérmelo. Pero a ti te crece cada vez más dentro de la barriga—. Preguntó Paulo mirándola con perspicacia.

—¡Eres un demonio Paulo!—. Julia no pudo evitar reírse mientras el pequeño le miraba ensimismado el abdomen.

—Paulo, ¿quién te ha contado eso?.

—Nadie, pero como nadie me lo explica, imagino que tu melón te lo tuviste que comer cuando era muy pequeño, porque para poder metértelo por la boca tenía que ser como una semilla.

Julia no dejaba de reírse de las ocurrencias del niño.

—Paulo voy a tener un bebé.

Paulo se levantó del asiento de al lado de ella como si le hubieran pinchado en el trasero y mirándola seriamente le volvió a preguntar:

—¿Cómo que un bebé?, eso no puede ser, los bebés no se comen.

—¿Y quién te ha dicho que yo me he comido un bebé?

—Si no te los has comido ¿Cómo ha entrado ahí?—. Preguntó Paulo pensativo y señalándole la barriga.

Ahora sí le había tocado a Julia el turno de sonrojarse, nunca se había visto en semejante aprieto.

—Además, ¿si eso es un bebé, como va a salir de ahí?

Julia no sabía cómo salir de aquel atolladero sin explicar cómo concibió a su hijo y le dijo a Paulo la primera ocurrencia que se le pasó por la cabeza:

—Bueno, cuando llegue el momento saldrá por la rodilla y ahora dejemos las explicaciones para otro momento.

—¿Cómo? ¿Pero te has vuelto loca? ¿Cómo va a salir un bebé por la

rodilla? Eso sí que no me lo creo. Porque yo me caí hace poco, me salió sangre y no vi que ningún bebé saliera de ahí. Entonces, ¿yo también puedo tener un bebé?—. Preguntó ya preocupado Paulo.

Julia roja como la grana no pudo sentirse más incómoda con la conversación tan extraña que mantenía con el pequeño, y sin dejar que la sonrisa asomara a su cara le dijo seriamente:

—Solamente las mujeres podemos tener bebés.

—¡Pufff, menos mal!, ¡menudo alivio!, porque no me imagino teniendo bebés cada vez que me caiga y se me abra la rodilla.

Marco que estaba escondido detrás de una de las columnas, había llegado hace rato al atrium y escuchando la risa tan contagiosa de Julia, se había parado un momento a la sombra observando la conversación de los dos. Era demasiado satisfactorio ver a Julia reírse, hacía tiempo que no veía la alegría reflejada en su cara, no había podido evitar ocultarse mientras escuchaba la conversación. Desde luego era imposible no contener las carcajadas con las ocurrencias del pequeño. No había visto nunca a su mujer ponerse tan colorada y mentir tanto en tan poco tiempo. Sin poder evitarlo se acercó dónde estaban sentados ante el alivio del pequeño Paulo.

—¿De qué estaban hablando ustedes? He escuchado sus risas desde la puerta.

—¡General, general! ¿Sabe que los hombres no podemos tener bebés? Me lo ha dicho Julia, menos mal porque ya estaba preocupado.

Marco se agachó a la altura del pequeño y sin poder dejar de reírse, le siguió la corriente:

—¿No me digas eso?, ¿estás seguro de lo que dices?, ¿te lo ha explicado bien Julia? —dijo mirando al niño y a su mujer.

Julia observaba a Marco con la cara contrariada y con ganas de que se callara y no siguiera por ese camino le advertía con la mirada. Sin embargo, Marco no estaba por la labor de callarse todavía mientras pudiera burlarse un poco más de ella.

—¡Vaya si me lo ha explicado!, ¿quiere que se lo explique yo de nuevo? —preguntó Paulo al general.

—No, no hace falta, no te preocupes que ya tendremos una conversación entre tú y yo cuando seas un poco más grande—. Respondió Marco.

—¿Me puedo marchar ya?, llevo tarde al campamento.

—Sí, ya te puedes ir pero no te olvides que mañana tienes que ir con Julia al teatro, debes acompañarla hasta que yo llegue.

—¿Al teatro? ¡Nunca he estado en un teatro! ¡Qué bien Julia, mañana iremos al teatro! Cuento conmigo, eso me gusta—. Dijo Paulo marchándose y diciéndole adiós con la mano a ambos.

—Hasta luego Paulo, pásatelo bien—. Le dijo Julia pero el pequeño iba tan deprisa que no llegó a escuchar el último comentario. Mirando a su marido le dijo:

—No digas nada más, que ya sé lo que me vas a decir—. Dijo Julia resignada.

—¿Por la rodilla? ¿No había otro sitio por dónde salir?—. Preguntó Marco sentándose —al lado de ella.

Fue lo primero que se me ocurrió. No te rías de mí—. Dijo Julia dándole un codazo con el brazo.

—No lo puedo remediar. Ha sido demasiado instructivo escuchar tu explicación. No te había visto nunca ponerte de tantos colores de una sola vez—. Siguió Marco burlándose de ella.

—Deja de reírte...—. Rogó Julia mientras Marco la abrazaba.

—¿Cómo te has sentido esta tarde?—. Preguntó el soldado.

—Ya has escuchado a Paulo, como si me hubiera comido un melón—. Y de pronto empezaron los dos a reirse.

—Entonces, ¿mañana hay una obra de teatro?—. Preguntó Julia con interés.

—Sí, y si el día lo permite te acompañaré después del entrenamiento con mis hombres. Aún queda tiempo para que nazca el bebé, te vendrá bien entretenerte. Además, quiero que todo el mundo vea a mi bella esposa.

Julia se quedó mirando a su marido y riéndose le contestó:

—Está bien, acepto la invitación pero porque eres tú.

—No esperaba más—. Dijo Marco mientras seguía abrazando a su mujer.

El teatro de Baelo Claudia era el mayor edificio de la ciudad, se encontraba situado en la parte más occidental, junto a la muralla y sobre todo alejado del centro. Desde la basílica se podía acceder a la puerta de acceso a la tribuna. Se había aprovechado la pendiente del terreno para que sus gradas se asentaran sobre la ladera de la colina, quedando además perfectamente alineado con el trazado de la ciudad.

En el muro del *frons pulpiti*, que era el escenario donde se movían los actores, se alternaban hornacinas semicirculares y cuatro pilas rectangulares revestidas de mármol, que servían para recoger el agua que se vertía sobre ellas, la cual provenía de un aljibe horadado junto al sector oeste del graderío.

Aunque no era de grandes dimensiones, podían sentarse hasta dos mil personas en sus gradas. Cada una de las cáveas que formaban el graderío del teatro, correspondía a los distintos estratos sociales: patricios, libertos, esclavos, mujeres,... todos tenían sus propios accesos. Julia ya estaba sentada desde hacía rato en las gradas junto con Paulo y Helena. Varios legionarios la habían acompañado también por orden de Marco. Su marido se estaba retrasando aunque le había prometido asistir en cuanto terminase el entrenamiento.

Paulo estaba tan emocionado viendo el teatro por primera vez en su vida que no hacía nada más que levantarse de su sitio y señalar todo lo que le entusiasmaba. Los espectadores que estaban a su alrededor ya estaban impacientándose por la constante inquietud del pequeño.

—¡Mira Julia!, ya empiezan a salir—. Dijo Paulo.

—Sí, ya lo veo, pero siéntate bien que nos van a llamar la atención como sigas levantándote y haciendo tanto ruido.

—¡Jooo, me encanta! Y el general se lo va a perder, ¿Dónde está que todavía no ha llegado?

—Pues no sé qué es lo que le habrá entretenido. Dijo que tardaría un poco pero que estaría aquí para cuando empezara la obra.

Desde el ataque de los mercenarios, los habitantes de Baelo Claudia se hallaban en una constante inquietud y desasosiego por el temor de ser atacados de nuevo. Para tener a la gente entretenida y más contenta, el edil había

encargado a un *dominus gregis*, que era el director de la compañía teatral, el montaje y la representación de la obra de un autor latino. Ese día se estrenaba una comedia de Plauto que nunca había tenido la oportunidad de ver llamada la *Aulularia*.

Todos los actores de la obra eran hombres, incluso los que hacían papeles de mujeres se colocaban pelucas de diversos colores y máscaras para representar a sus personajes femeninos. Además, esa vez llevaban un tipo de calzado alto, el *coturno*, para que se les viera mejor.

—¡Ya empieza Julia! ¡Mira que zapatos llevan!—. Dijo levantándose de su sitio otra vez Paulo.

—Chiss, ...siéntate ya niño, que no paras de moverte.—Le dijo uno de los espectadores cansado.

—Ves lo que te he dicho, vamos siéntate que ya empieza la obra—. Le dijo Julia en un susurro.

La comedia ambientada en Atenas trataba sobre un viejo avaro que encontrando una olla llena de dinero, vivía en constante terror porque se la pudieran robar. El público estaba encantado con las canciones y la danza, sobre todo la danza de los esclavos y de los cocineros que fue especialmente celebrada. Aunque para el gusto de Julia la obra tenía un carácter demasiado fantasioso, no podía dejar de admirar el uso que el autor hacía de la lengua y de la maestría en las palabras de sus personajes.

Julia seguía inquieta porque Marco no había llegado todavía, no dejaba de mirar hacia la entrada por si acaso llegaba. El bebé no paraba de moverse y se sentía un poco molesta. Imaginaba que su marido no tardaría mucho en llegar.

Mientras Julia esperaba inquieta en el teatro, Marco recibía una noticia inesperada. Había terminado de entrenar con los hombres y ya se había cambiado para ir en busca de Julia para ver la obra de teatro cuando el centurión Lucio Flavius entró en la tienda.

—General tengo una noticia urgente de uno de nuestros informadores.

—¿Qué noticia es esa?—. Preguntó Marco inquieto.

—Aprovechando la compañía de teatro, creen que Tiberio se ha colado entre los actores de la obra. Aunque va disfrazado han conseguido seguirlo y están esperando a que usted llegue para que disponga lo que considere. Como nuestro informador estaba solo, ha mandado a uno de los vecinos para que nos dieran aviso. No se ha atrevido a moverse del lado de Tiberio.

—¿Dónde se encuentra ahora mismo? —dijo Marco asustado, sabía que Julia se encontraba entre los asistentes. Corriendo salió de la tienda mientras llamaba a voces a varios hombre para que lo siguieran.

—En el teatro señor.

—¡Por los dioses, allí se encuentra mi mujer esperándome! Corre Lucius, no me fio de ese hombre.

Marco junto con algunos soldados, cruzaron la colina en busca del traidor. Cuando llegaron al teatro, la obra ya había empezado y el teatro estaba prácticamente lleno. El general y sus hombres se repartieron por las gradas buscando a Tiberio e intentando localizar a su esposa, tenían la orden de detener al hombre sin matarlo. El general quería interrogarlo personalmente.

Marco se dirigió hacia la zona de los patricios, aunque las mujeres tenían que sentarse en la parte más elevada de las gradas, al ser Julia una mujer casada podía esperarlo en la zona de la gente patricia. A lo lejos vio de repente un movimiento y pudo ver como el pequeño Paulo se levantaba de su asiento, siendo reprendido inmediatamente por su mujer y por la multitud que se hallaban sentados al lado de ellos.

—Allí están, ya los he visto. Lucius tú dirígete hacia la zona donde se encuentran los actores y llévate algunos hombres. Yo iré en busca de mi mujer y con disimulo la sacaré de aquí.

—Como mande general ¡Vamos!—. Ordenó Lucius a los legionarios.

Tiberio había esperado durante demasiado tiempo la oportunidad para poder entrar dentro de la ciudad. Desde el ataque de Spículus, un edicto había impedido que regresara a su casa. El general conocía su traición y había ofrecido mil sestercios de recompensa para quien ofreciese información sobre su paradero.

Habían sellado el laberinto de su casa y le había sido imposible acceder desde la entrada secreta. Aunque había intentado contactar con su mujer, la maldita no había hecho caso de sus avisos. Sin duda, debía de estar disfrutando con su orden de búsqueda. En cuanto tuviera la mínima oportunidad, acabaría con esa zorra. Debía haberla matado en cuanto le dio la última paliza. Esa vez nada impediría que viviera para contarlo.

Disfrazado como uno de los actores, nadie lo había reconocido por el momento. Desde su privilegiada posición podía ver a su mujer como disfrutaba del espectáculo en compañía de su criada. Otra traidora que también pagaría por ello.

De repente, por una de las entradas pudo observar como el general accedía a las gradas acompañado por varios de sus hombres. Vigilaban todos los accesos de las salidas en busca de algo y Tiberio pudo comprobar preocupado que quizás lo buscaban a él. El general se volvió hacia sus hombres y después de decirles algo, se dirigió hacia la zona de los patricios. Observando sus movimientos pudo ver que se dirigía hacia donde se encontraba su mujer. Ofuscado se dio cuenta que el plan de Spículus había fracasado. Cuando Julia lo vio venir se levantó para saludar a su esposo y entonces fue cuando Tiberio se dio cuenta de que la mujer estaba embarazada. El odio le salía por todos los poros de su cuerpo. Si en ese momento hubiera tenido la oportunidad de estar al lado de ella, él mismo se hubiera encargado de rematar la faena y terminar con la vida de aquella odiosa mujer y del bastardo que llevaba en su vientre. Todo había salido mal. Maldita su suerte y maldita la suerte de aquella furcia.

Marco prácticamente ya estaba llegando a las gradas donde estaba sentada su esposa cuando Julia lo vio llegar. Su cara se transformó en ese mismo momento, de una inquietante cara de preocupación pasó a un inmediato alivio en cuanto se percató de su presencia.

Marco estaba llegando prácticamente a donde ella estaba cuando sintió de repente un leve balanceo o temblor sobre sus pies. Extrañado miró hacia su esposa por si acaso se había percatado del movimiento y la cara de Julia se

había vuelto a transformar. Se quedó mirándolo asustada intentando darle alcance, pero en ese momento los objetos que estaban en el escenario empezaron a caerse y los actores junto con el público se empezaron a levantar de sus asientos asustados por el movimiento brusco del suelo.

—¡Por los dioses, es un terremoto!—. Pensó Marco mientras intentaba acceder hacia su mujer tambaleándose—. ¡Julia espérame ahí, no te muevas!

Gritaba Marco mientras intentaba alcanzarla.

Capítulo 19

*“A buen entendedor, pocas palabras bastan.”
Plauto (254 AC-184 AC. Dramaturgo cómico romano).*

En cuanto el suelo se empezó a mover bajo sus pies, Marco entendió que aquello era un terremoto. La gente empezó a correr despavorida intentando llegar hacia la salida. El público que se amontonaba en la puerta de acceso estaba a punto de crear una avalancha que con toda probabilidad provocaría más heridos e incluso muertos que el propio terremoto, todo se estaba desarrollando de una manera demasiado acelerada.

Julia instintivamente cogió a los dos niños de la mano e intentó ir hacia donde se encontraba Marco pero un fuerte temblor los sacudió e impidió que pudieran moverse del sitio. Los soldados que habían al lado de ella, procuraban protegerla de la gente que corría despavorida aunque era difícil por la inestabilidad del suelo, que los hacía caer constantemente. Helena se agarró de su hermano, así que Julia con una mano sujetaba al pequeño y con la otra puesta sobre su abdomen, intentaba que la gente no le golpeará en la barriga, al mismo tiempo que procuraba no caerse al suelo. Estaba demasiado avanzada y una caída podía ser peligrosa para el bebé. Escuchó a Marco como le gritaba que no se moviera. En ese momento otro brusco movimiento del suelo, hizo que tanto Julia como los demás se cayeran sobre las gradas. Aunque el pequeño Paulo amortiguó la mayor parte del golpe, Julia se hizo daño en la espalda al caer sobre una esquina de los asientos de las gradas. Al intentar levantarse sintió un leve dolor en el bajo vientre.

—Por los dioses, ¿te he hecho daño Paulo?—. Preguntó Julia preocupada mirando al pequeño al notar que prácticamente no hablaba debido al golpe.

—No, pero pesas demasiado —dijo Paulo.

—Tengo miedo Julia, ¿qué está pasando? —preguntó Helena.

—Espera que me levanto ya, vosotros no moveros del sitio, es un terremoto—. Decía mientras un par de soldados se acercaban a ella para socorrerla y el suelo seguía moviéndose y tambaleándose.

En ese momento Marco llegó a donde estaba su mujer y cogiéndola de los brazos le preguntó inquieto:

—¿Te encuentras bien? ¿Te has hecho daño al caer?

—Solo un poco pero Paulo es el peor parado, me he caído encima de él—. Mintió Julia a su marido para no preocuparlo más.

—¿Están bien ustedes?—. Preguntó Marco al niño y a sus hombres, mientras que con un brazo sujetaba por la cintura a su mujer intentando darle un poco de más estabilidad—. Es mejor que no nos movamos de aquí, la gente se está amontonando sobre la puerta de entrada y no se puede salir. Aquí por lo menos no nos caerá nada encima, las gradas están construidas sobre la colina.

El pequeño grupo se quedó mirando el desastre que estaba ocurriendo delante de sus ojos. Las columnas y hornacinas que decoraban el escenario empezaron a ceder y a caerse sobre los actores que corrían despavoridos. Una de aquellas piezas cayó sobre un hombre al que no le había dado tiempo a correr. Debido al polvo y a los escombros que caía sobre la gente, no se podía percibir cuanta gente yacía bajo el escenario, pero varias personas habían perecido ya. Aquellas losas pesaban demasiado para haber sobrevivido.

—Creo que lo mejor será que nos tumbemos en el suelo hasta que todo esto pase, es demasiado peligroso—. Dijo Marco mientras ayudaba a su mujer a sentarse.

Los demás imitaron la acción de su jefe y atónitos siguieron observando como el teatro fue destruyéndose poco a poco. Las personas corrían hacia las puertas de acceso intentando buscar una salida que los sacara de aquel infierno. Uno de los niños que había acudido a ver el espectáculo lloraba arrodillado al lado del cuerpo de su madre que estaba tirada en el suelo en una posición antinatural. El polvo originado iba dificultando cada vez más el poder respirar, así que Marco intentaba cubrir la cabeza y el cuello de su mujer con las manos, pero de repente Julia con voz asustada dijo:

—¡Marco, no lo puedo evitar! pero me siento mojada, se me están empapando las piernas—. Dijo mientras observaba la parte inferior de su cuerpo.

Marco miró hacia la túnica de su mujer y efectivamente una mancha empezaba a oscurecer la tela. No había que ser muy inteligente para comprender lo que estaba pasando. No queriendo asustar a Julia, el general la sostuvo suavemente hacia él y con un tono desasosegado e inquieto le dijo:

—No te preocupes, enseguida acabará esto y llegaremos a casa. Allí podrás cambiarte pero primero habrá que buscar una salida en cuanto todo esto termine. Cúbrete, no quiero que tragues este polvo.

—Sí, no sé cómo he podido dar lugar a esto, habrá sido el susto y los nervios—. Dijo Julia pensando que se había orinado encima sin darse cuenta. Y sin percatarse realmente de lo que estaba ocurriendo volvió la mirada hacia la multitud.

Mientras Marco observaba a Julia preocupado, el ruido y el movimiento cesaron de repente. Aunque el terremoto parecía haber durado bastante, en realidad el suceso solo había ocurrido en un breve y corto espacio de tiempo, pero la sensación había sido demasiado larga y angustiosa. La gente seguía corriendo asustada intentando salir al exterior. Volviéndose hacia sus hombres les miró y les ordenó:

—Tenemos que buscar una salida alternativa para que la gente pueda salir. Yo me acercaré primero a la domus para dejar a mi mujer allí. No sé lo que tardaré, así que si ven que yo no llego, organicen a la gente y que ayuden a socorrer a los heridos.

Los soldados que observaban el incidente de la mujer del general, se percataron al instante de la situación. Apresurándose, observaron el lugar y buscaron la mejor manera de acceder fuera. Bajaron por los restos de los escalones de las gradas que habían quedado y pasando a través de los escombros se percataron de los cadáveres que había bajo ellos. Marco no pudo dejar de seguir advirtiendo a sus hombres:

—Por si acaso el terremoto volviera a ocurrir y yo no haya llegado a tiempo, no se pongan junto a ninguna columna. Aléjense de las casas y de los árboles,

busquen sitios abiertos y los heridos llévenlos al campamento para que los atiendan.

—Está bien señor. Mire allí, el terremoto ha abierto una grieta bastante ancha en la pared. A lo mejor podemos pasar a la señora por ahí—. Dijo uno de los soldados.

—Comprobaré primero que no sea peligroso. Espérenme aquí, ustedes pueden quedarse junto con mi esposa mientras voy a comprobarlo—. Dijo Marco a sus soldados.

—Ten cuidado Marco—. Le advirtió Julia, mientras Marco asentía con la cabeza.

El pequeño Paulo que se había quedado completamente mudo, se aferraba a la mano de Julia asustado.

—Julia quiero irme a la casa. No me ha gustado nada la obra de teatro.

—A mí tampoco Paulo, a mí tampoco —respondió Julia con ironía.

Julia se quedó mirando al pequeño e intentando aparentar una tranquilidad que no sentía, le tocó el pelo y le dijo:

—No te preocupes, el general nos sacará de aquí enseguida.

—Sí, pero mira aquella gente. Se están cayendo unos encima de otros.

—Lo sé, pero ahora no podemos hacer nada. No los mires, nosotros saldremos por otro lado.

Marco llegó en unos minutos después y mirando al pequeño grupo les dijo:

—Efectivamente, por la grieta podemos pasar. Me reuniré con ustedes en cuanto me asegure que Julia está bien, sigan las instrucciones que les di.

—Sí señor.

Los soldados se dirigieron hacia los heridos mientras Julia ayudada por Marco junto con los muchachos pasaron por uno de los pasillos para intentar salir por la grieta. Julia no había querido decir nada pero estaba empezando a sentir unos dolores cada vez más molestos debajo del vientre. Estaba preocupada porque no sabía que podía haberle ocurrido para orinarse encima sin poder evitarlo, era algo que no le había pasado nunca. A lo mejor era una reacción del susto por el terremoto.

En silencio consiguieron acceder al exterior y una vez fuera se quedaron

prácticamente sin habla cuando comprobaron la devastación que había ocurrido en el resto de la ciudad.

La gente seguía corriendo y buscando a sus seres queridos entre los escombros. Muchas de las pequeñas casas se habían venido abajo, y la gente asustada no se atrevía a meterse en lo que quedaba de ellas por temor a que volviera a ocurrir otra vez lo mismo y se les cayera encima.

—¿Puedes caminar bien?—. Le preguntó Marco a Julia agarrándola del codo.

—Sí, no te preocupes. Estoy bien—. Le mintió para no preocuparlo más de lo que ya estaba.

Consiguieron atravesar el foro y la basílica, la estructura de los templos había aguantado la sacudida del seísmo, solamente algunas grietas de cierta consideración daban testimonio del suceso. Los puestos del mercado sin embargo, no habían corrido la misma suerte. Todo se había venido abajo, montones de ánforas se habían roto y por el suelo lo mismo te podías encontrar animales muertos que vivos, comida derramada que personas heridas, todo era una hecatombe. Nunca un suceso de tal magnitud había ocurrido en Baelo Claudia, y sus habitantes no estaban preparados para afrontar ese tipo de destrucción de tantas desgracias humanas y materiales.

Valeria seguía a su criada intentando salir de entre los escombros del teatro. Aterrada intentaba no caerse entre aquellas gigantescas piedras, debajo de ellas se podían ver los cadáveres destrozados que habían quedado atrapados. Apenas había quedado nada en el escenario, se había quedado horrorizada viendo como unas columnas se habían desprendido aplastando a uno de los actores que llevaba una peluca rubia. La suerte les había favorecido ese día. Nunca olvidaría la muerte de aquellas personas, sobre todo la del actor de la peluca rubia, su muerte había sido demasiado trágica. El hombre no había muerto instantáneamente y aunque había intentado quitarse de encima las placas y las columnas que le habían atrapado la mitad del cuerpo, no había soportado tanto peso encima. Su agonía se podía ver desde donde ella observaba.

—¿Se encuentra bien ama?—. Preguntó Servia a su dueña.

—Sí, solo estoy asustada. Tú ves delante que yo te sigo.

—Creo que si vamos por la parte del escenario podremos salir, se puede ver una grieta y el general se ha dirigido por ahí con su mujer.

—Síguelos Servia, sin duda estará buscando una salida.

Cuando las mujeres llegaron a la altura de los cadáveres del escenario, Valeria no pudo dejar de dirigir su mirada hacia el cuerpo sin vida del actor. La peluca se le había torcido y dejaba ver parte de su rostro. El estómago le hizo un vuelco de repente.

—¡Servia párate!—. Ordenó Valeria agitadamente.

—¿Qué pasa mi señora?—. Preguntó extrañada la esclava—. No merece la pena que siga mirando los cuerpos.

—¿No ves lo que yo veo Servia?, mira ahí—. Dijo Valeria señalando con la cabeza.

La esclava se quedó mirando donde su señora le indicaba y sorprendida no podía creer lo que veía. Ambas mujeres se acercaron enmudecidas hacia donde se hallaba el cadáver. Valeria se agachó y quitándole completamente la peluca torcida, volvió la cara de aquel sujeto hacia ella.

—¡Por los dioses señora, es el señor Tiberio!, todavía está vivo.

—¡Valeria, ayúdame...! —dijo el hombre agonizando.

—¿Qué te ayude? ¿Con qué brazo quieres que te quite los escombros que tienes encima, con este o con este? —señaló Valeria ambos brazos mirándolo de frente— Todavía no puedo moverlos bien por habérmelos roto en la última paliza que me diste. Sabes que te digo Tiberio, que ojalá te muerte sea lenta y te pudras en el infierno cuando llegues. Sin duda el mundo va a estar mejor sin ti, y yo también. Vámonos Servia. Aquí ya no tenemos nada más que hacer.

—¡Valeriaaaa,...! —gemía Tiberio asustado.

—Los dioses le han dado el destino que se merecía, y yo sin saberlo he tenido que presenciar la caída de este engendro del demonio. No puedo decir que lamente su muerte después del padecimiento y la tortura continua que he tenido que sufrir por culpa de él.

Y conforme terminó de decir las palabras, se quedó mirando a la otra mujer

y le ordenó:

— Con un poco de fortuna comenzaremos una nueva vida lejos del terror y del miedo.

—Como usted ordene señora. Sigamos por aquí—. Indicó la criada a su ama.

Así fue como después de tantos años de padecimiento Valeria ponía rumbo a una nueva vida, puede ser que el terremoto no le hubiera dejado nada pero tenía unas manos para trabajar, unos pies para andar y un cerebro para pensar. Caminar y caminar entre aquellos escombros sin que nadie le pusiese obstáculos en su vida era lo más liberador que le podía haber pasado. Durante muchos años había tenido que soportar una carga a sus espaldas demasiado pesada, pero por fin se sentía libre de elegir su destino sin sentir el más mínimo terror. Casarse con Tiberio había sido el mayor error de su vida, pero si de todos los años de sufrimiento había sacado algo en claro era que con cada paliza que le daba su marido, su carácter y ánimo era cada día más fuerte. No iba a empezar su vida con el sentimiento de haber sido una víctima más de aquel engendro. Bendita aquella catástrofe porque aunque lamentaba profundamente la muerte de tantas personas no podía dejar de admitir, que su suerte había cambiado con la muerte de su esposo.

Cuando por fin llegaron a la domus, comprobaron que aunque el terremoto había agrietado las paredes y ocasionado bastantes desperfectos, la casa todavía permanecía en pie. Marco empezó a llamar a Horacio y a Prisca mientras dirigía a Julia hacia el dormitorio de ambos.

—Paulo pon mucho cuidado por donde pisas pero intenta localizar a tus padres y en cuanto los encuentres mándamelos aquí corriendo. Voy a acomodar a Julia mientras los encuentras.

—De acuerdo general—. Asintió el niño mientras salía en busca de ellos. Sabía que algo pasaba con Julia.

—¿Dónde tienes la ropa para cambiarte?—. Preguntó Marco preocupado mientras registraba el armario.

—Ahí, en ése arca, normalmente la tengo ahí guardada—. Dijo señalándola.

Marco encontró lo que buscaba e intentando ayudar a Julia la despojó de la ropa, mientras procuraba ponerle otra seca y limpia, una asustada Prisca entró a la habitación pidiendo permiso.

—Pasa Prisca, estoy ayudando a Julia a cambiarse. ¿Están todos bien?

—Sí señor, ¿qué le ha pasado a esta muchacha?—. Dijo Prisca mirando a Julia.

—Compruébalo tú. Eres más experta que yo en estos menesteres—. Dijo Marco nervioso.

De repente, Julia intentó levantarse para meterse la túnica pero una gran cantidad de agua empezó a escurrirle por las piernas. Tanto la mujer como Marco se quedaron mirando el charco y cogiendo a Julia del brazo, Prisca le dijo:

—Julia será mejor que te recuestes y que no te pongas nada.

La muchacha se quedó mirando a la mujer y le preguntó:

—¿Qué pasa Prisca, qué me está ocurriendo?. ¿Le pasa algo al bebé? ¿Porqué estoy manchando?

—Acabas de romper aguas y tu bebé como tú dices, quiere salir pronto de ahí.

—¿Cómooo?...—preguntó Julia asustándose de verdad mientras le flaqueaban las piernas.

—Pues que te acabas de poner de parto pero no quiero que te pongas nerviosa, todo irá bien, ya verás. En cuanto menos te descuides vamos a conocer a este muchachito, o muchachita—. Dijo la cocinera riéndose.

Prisca confirmó lo que Marco suponía, y cogiendo a su mujer de la mano la ayudó a tumbarse en la cama.

—Marco es demasiado pronto, todavía faltaba un mes.

—No te preocupes, todo saldrá bien. Prisca y yo te ayudaremos. ¿Qué es lo que necesita?—. Dijo Marco a la cocinera.

—Agua, dile a Horacio que vaya calentando agua y que mande a por la partera porque este muchachito no va a tardar en nacer. Julia acomódate, necesito reconocerte mientras vienen con la mujer.

Cuando Julia se tumbó, Prisca le levantó la túnica para comprobar cómo iba

la cosa. Aunque la mujer intentó no poner cara de circunstancia para no asustar a la futura madre, se quedó mirando al general y le dijo:

—Me temo que esto va a ir más rápido de lo normal, tendrá usted que ayudarme. Julia ya está empezando a dilatar, la partera no llegará a tiempo ¿Julia no has sentido nada mientras venías andando?

—No he querido alarmar a Marco más de lo necesario, pero llevaba sintiendo unas molestias desde que empecé a manchar la túnica—. Dijo bajando la mirada.

—¿Unas molestias dices?—. Preguntó Marco alterado—. ¿Y porque me lo dices ahora?

—Al principio eran unas molestias, pensé que en cuanto llegara a la casa se me quitarían, no quise asustarte. Lo achaqué al susto del terremoto—. Dijo mientras empezaba a sentir las primeras contracciones fuertes.

—No te preocupes—. Dijo despeinándose el pelo con las dos manos—. Pero deberías habérmelo dicho en el momento, si nos descuidamos un poco más en venir el niño podría haber nacido allí mismo ¡No quiero ni pensarlo!—. Dijo Marco con la cara pálida mientras empezaba a ponerse nervioso.

—Prisca me está empezando a doler bastante, ¿es normal que me duela tanto?

—Claro que sí muchacha, en cuanto tengas tu primer hijo, aprenderás que esos son los primeros dolores del parto. Ahora si tu esposo se ve con ánimos suficientes, necesito que me ayude a incorporarte un poco. ¿Cree que lo podrá hacer?

—Estás hablando con un general de la legión romana, tú dime qué tengo que hacer.

—¡Bueno, ya veremos general, si puede estar a la altura! En estos momentos la madre naturaleza no hace distinción entre esclavos o señores, o entre generales y siervos—. Dijo mientras se reía al ver el nerviosismo del futuro padre.

—Vamos a ver Julia cuando sientas que te empieza a doler necesito que empujes fuerte ¿de acuerdo?

Julia asintió con la cabeza y empezando a respirar rápido, llegaron las

esperadas contracciones.

—Cuando veas que empieza a dolerte más fuerte avísame, usted general póngase detrás de ella y ayúdela para que no se venga hacia abajo, ¿entendido?

Marco miró a la cocinera y afirmando con la cabeza, agarró a Julia situándose detrás de su espalda.

—¡Prisca no aguanto el dolor!—. Dijo gimiendo intentando no asustar a Marco.

—Aguanta muchacha, ya empieza a coronar la cabeza, aprieta fuerte Julia en cuanto sientas que comienza otra vez el dolor—. Le pidió la cocinera—. Ya está ahí, sigue apretando....

—¡Ahhh!....—. Gritó Julia descontrolada ya por el dolor.

—¡Sigue, ya está aquí!. ¡Un poco más, vamos!

Una hora después, el soldado no podía dejar de sentir el sufrimiento que su mujer estaba padeciendo. Sin poder hacer nada más que sujetarla y ser un observador pasivo, nunca había presenciado un nacimiento y estaba realmente asustado.

—¡Ya lo tengo, ya ha salido la cabeza! Haz un último esfuerzo, empuja un poco más y saldrá entero—. Siguió ordenando la cocinera.

Julia reía y lloraba a la vez, Marco no pudo evitar que lágrimas emocionadas salieran de sus ojos y se escurrieran por sus mejillas. Era un momento demasiado especial que en su vida había pensado que nunca le ocurriría. Ser padre era la experiencia más maravillosa y aterradora que había presenciado. Expectante miraba a su mujer y a una diminuta cabeza que Prisca tenía en sus manos. En cuanto su mujer volvió a dar el último apretón salió el diminuto ser del cuerpo de su madre. Prisca lo sujetó y cortándole el cordón umbilical, lo envolvió en un lienzo y se lo acercó al asombrado y estupefacto padre.

—¡Es un niño!, sujételo mientras continúo atendiendo a Julia, todavía no hemos acabado.

Julia reía entusiasmada mirando el pequeño milagro que habían creado entre Marco y ella. Marco le limpiaba levemente la cara con un extremo del lienzo

mientras Prisca empezó a otra vez a sacar la placenta y ayudar a la primeriza madre.

—¡Por los dioses, es precioso Julia!—. Dijo el orgulloso padre.

—¡Mira sus bracitos y sus piernas, es perfecto!—. Dijo Julia emocionada.

—Tú sí que eres perfecta, no hubo momento más importante en mi vida que el que tuve cuando volviste a cruzarte en mi camino—. Dijo Marco sentándose en el borde de la cama, dándole un beso en la frente a su mujer.

—Aquí tienes al próximo Marco Vinicius, el joven—. Dijo Marco con alegría pasándole el niño a su madre.

Marco miraba a su pequeña familia desde los pies de la cama, Julia cansada por el largo parto, yacía dormida al lado del bebé que después de amamantarlo se había quedado también dormido. Pequeños rizos como los de su padre coronaban la cabeza del recién nacido, incluso había heredado el mentón de los Vinicius. Se encontraba en un estado de alegría y entusiasmo que hacía que el desastre natural ocurrido empequeñeciera al lado de ese acontecimiento tan especial. No podía dejar de admirar a esos dos seres tan importantes que habían echado raíces en su alma y habían llegado a su vida para quedarse.

—¿Podemos entrar general?—. Preguntaron los pequeños Paulo y Helena desde la puerta, mientras asomaban sus cabezas por ellas.

—Sí, pasad podéis ver al bebé aunque ahora está dormido.

—¡Qué pequeñito es!—. Dijo Helena riéndose.

—¡Es verdad!, pues siendo tan pequeño no voy a poder jugar con él.

—En cuanto menos lo esperéis lo tendréis corriendo detrás de vosotros.

—¡Qué bien!—. Dijo Helena mirando al general.

—Ahora vamos a dejaros solos, necesitan descansar bastante.

—No se preocupe general, yo puedo seguir vigilándolos, aunque ahora tendrá que ascenderme porque son dos personas las que tengo que vigilar.

—¡Vaya!, desde luego no pierdes el tiempo, bueno luego veremos a que te ascendemos, ¿de acuerdo?, tu vigílalos mientras yo no esté.

—No se preocupe.

Después de dejar a Julia acomodada junto al bebe y asegurarse de que los dos estaban bien atendidos Marco se había dirigido al campamento para organizar aquel desastre. Le esperaban momentos muy duros, la ciudad había quedado bastante arrasada y devastada. Lo primero que habían hecho sus hombres y los lugareños era atender a los heridos y retirar a los cadáveres de entre los escombros. Mientras se encontraba socorriendo a una de aquellas personas, el centurión Lucio Flavius le mandó el aviso de que acudiera a las inmediaciones del teatro. Cuando volvió a lo que había quedado de aquel lugar y el soldado le explicó la naturaleza de la misiva, no pudo dejar de sentir un alivio instantáneo. Agachado frente al cadáver de Tiberio sabía que aquel ser no volvería a hacer daño a los suyos. Había tenido el fin que se merecía, que no era otro que quedar enterrado entre los escombros de su propia maldad. No había cosa que aquel hombre hubiera tratado de conservar tanto, ni administrara tan mal como su propia vida, como decía el sabio Cicerón. Mirando el cuerpo sin vida que yacía en aquel suelo su pensamiento se centró en el destino de su amigo Quinto. Esperaba que su hermano y el tribuno consiguieran dar con el barco del pirata y acabaran con todo lo que había puesto en riesgo a su familia. Solo entonces podría volver a respirar tranquilo.

—¿Qué hacemos con él general?—. Preguntó Lucio.

—Retirarlo como a todo el mundo y llevarlo a la pila donde se van a quemar todos los cadáveres.

—Sí señor, como usted diga.

Esa noche un cansado Marco llegó a la domus donde se encontraba su pequeña familia, seguía pensando en el suceso de Tiberio cuando una silenciosa Prisca le dio alcance en el atrio.

—Señor le he preparado algo de comer, puede sentarse a comer, le está esperando mi marido. La madre y el bebé todavía se encuentran dormidos aunque no creo que ese muchachito tarde mucho en despertar para reclamar su comida. En cuanto Julia se despierte yo le mando aviso.

—Está bien, supongo que no puedo dejar de reponer fuerzas. El día ha sido demasiado agotador.

—Pues sí, las va a necesitar si ese niño sale con la misma energía que tenía su madre.

—Tengo que darte las gracias Prisca por como atendiste a mi mujer.

—No tiene que darte las gracias, esa muchacha ha sido siempre como una especie de hija para mí. Aunque sea mi señora yo no puedo dejar de quererla como si de un familiar se tratase. No podría ser más afortunada de tener unos señores como ustedes. A veces se me olvida que ya soy libre, ¿se lo puede creer?—. Dijo la criada volviéndose hacia Marco y sonriendo.

—Desde luego que me lo creo. Tito fue un hombre demasiado grande, logró lo que otro no hubiese hecho, formó una gran familia con todos ustedes. En el fondo han sido afortunados de tenerse los unos a los otros.

—Es verdad, lleva toda la razón—. Dijo Prisca volviendo la mirada hacia la habitación de Julia—. Solo lamento no tener aquí a Claudia. Le dejo que vaya a comer, voy a echar un vistazo a los durmientes.

—En cuanto termine, vengo a quedarme con ellos.

—No lleve prisa, no se van a mover de aquí—. Dijo la criada sonriendo.

Baelo Claudia, seis meses después.

Marco y Julia se encontraban en la biblioteca, junto a ellos se hallaba la viuda de Tiberio. La vida había cambiado para todos después del desastre, pero como el ave fénix habían resurgido de sus cenizas.

Valeria había decidido marcharse de la ciudad y empezar una nueva vida en otro lugar, lejos de aquellos amargos recuerdos.

—¿Estás segura del paso que vas a dar Valeria?—. Le preguntó Julia a la mujer que se hallaba sentada en el sillón delante de ella.

—Sí, Julia no te preocupes por mí, estoy feliz de empezar lejos de todo esto. Creo que la vida me ha vuelto a dar otra oportunidad y la voy a aprovechar. Estoy ilusionada, me vuelvo a sentir como si tuviera veinte años otra vez, soy más fuerte.

—Me alegra sentirte. Mi marido y yo nos sentimos afortunados de contar contigo como amiga. Espera que el dinero de la venta de la fábrica pueda

abrirte ese camino, no obstante si necesitaras ayuda ya sabes donde puedes encontrarnos.

—Muchas gracias a los dos, os debo demasiado. Cuando os propuse que me la compraseis no esperaba vuestra reacción, creo que me habéis pagado más de lo que valía después de cómo quedó todo después del terremoto.

—No puedo decir que las fábricas estén en su mejor momento, pero con esfuerzo e ilusión volveremos a producir el mejor garum del mediterráneo. Estamos reconstruyendo lo principal para iniciar la producción, pero las piletas que eran lo más importante no sufrieron daño alguno. No tardarás en ver la salsa de Livio allá donde te instales, ya verás.

—Eso espero. Ya os mandaré aviso cuando llegue a mi destino.

—Gracias a ti Valeria, ya sabes dónde encontrarnos si nos necesitas para algo—. Puntualizó Marco.

—Muchas gracias general. Les deseo que los dioses les sean propicios y les traigan mucha suerte—. Se despidió la mujer levantándose del sillón y dirigiéndose hacia la salida.

—Hasta luego Valeria—. Dijo Julia besando a la mujer en la mejilla.

—Muchas gracias otra vez.

Seguidamente la mujer salió por la puerta y Marco se quedó mirando a Julia mientras la cogía de los brazos y la acercaba a él.

—¿Contenta?—. Preguntó el soldado.

—Sí y ¿tu? ¿Lamentas la compra de la fábrica? Quizás ha sido demasiado aventurado lanzarnos a una producción a gran escala.

—No tengo la menor duda de que estarás a la altura de las circunstancias como la señora de la Casa de Livio—. Dijo Marco mientras agachaba la cabeza para besar a su mujer. —¿Y el pequeño Marco?—. Preguntó curioso por el paradero de su primogénito.

—Está con su cuidadora, ¿por qué?

—Porque para lo que tengo pensado no pueden estar ellos por medio.

—¿A sí? ¿y qué es lo que tienes pensado?

—Voy a llevarte a comer a un lugar especial. Prisca nos ha preparado la comida para que nos la llevemos—. Dijo Marco cogiéndole de la mano y

sacándola de la biblioteca—. Date prisa, que quiero enseñarte algo.

—Venga pues, vamos. No sé qué es lo que me quieres enseñar, pero estoy impaciente por verlo.

Una hora después Marco y Julia llegaron a lo alto de una colina, bajándose de los caballos contemplaron desde lo más alto de la ensenada de Bolonia la puesta de sol. Desde ese privilegiado lugar les llegaba con la brisa del viento el olor salado del mar. Podía verse como la ciudad iba reconstruyéndose poco a poco. Pequeñas luces iluminaban las callejuelas de Baelo Claudia llenando con pequeños y brillantes puntos fugaces el cuadro perfecto que se mostraba ante ellos.

—¿No es maravilloso este lugar?—. Preguntó Marco a su esposa.

—Es como observar un gran cuadro creado por los dioses ¿Te arrepientes de vivir aquí? Algunas veces pienso que echas de menos tu vida en Roma. Allí podrías tener a tu alcance lujos de los que aquí no llegaremos a tener nunca.

—¡Que mayor lujo que tener mi familia! Donde tú estés estará siempre mi hogar—. Dijo agachándose para besarla.

La muchacha levantó la cabeza y lo miró con los ojos llenos de amor. La respuesta de Julia no se hizo esperar, tras un corto momento de vacilación salió a su encuentro.

En ese momento Marco reaccionó como cualquier hombre apasionado, allí mismo la ayudó a quitarse su ropa y mientras ella terminaba de desvestirse, él se despojaba de su túnica y sus sandalias. Cuando quedó desnuda ante él, Marco solo pudo admirarla, era como una diosa demasiado exquisita para ser tocada por ese mortal.

Depositándola en una improvisada cama Marco se tumbó encima de Julia y procedió a hacerle el amor. Igual que el rumor de las olas del mar llegaba a la costa, así Marco posaba su mano acariciando el cuerpo de su mujer. Adoraba acariciar la piel de esa muchacha que lo volvía loco, besándola sobre el centro del pecho fue descendiendo poco a poco hasta llegar a la zona más sensible de su cuerpo.

Julia extasiada de tanto placer no pudo hacer otra cosa más que dejarse llevar por esa pasión desenfrenada que alcanzaba con ese maravilloso hombre.

Epílogo

“Mucho amor germina en la casualidad; tened siempre dispuesto el anzuelo, y en el sitio que menos lo esperáis encontraréis pesca”.

Ovidio

Baelo Claudia, siete años después.

Marco estaba quitándose el uniforme militar en su habitación, después de un día duro de trabajo y de entrenamiento su cansado cuerpo solo le pedía llegar a casa con su mujer y sus dos pequeños hijos. Julia y él habían aumentado la familia dos años después de nacer el pequeño Marco, la llegada de la pequeña Claudia había incrementado la felicidad de ambos padres. Le habían puesto el nombre de Claudia en honor de la desaparecida y querida amiga de su mujer. Desde entonces no habían vuelto a saber nada de ella ni de su amigo Quinto. Lo último que su hermano había podido decirle era que el César lo había mandado a Tarraco. El emperador le había asignado ese nuevo destino después de estar años y años buscando infructuosamente a su amada.

Desde el atrium le llegaban las voces de los pequeños junto con las risas de su madre. Una vez que se puso cómodo se dirigió hacia allí.

—¿Dónde están esos niños?—. Preguntó Marco desde lejos avisándoles de su llegada.

—¡Papa, papa!—. Gritó el pequeño Marco.

Echándose a correr se abalanzó hacia su padre seguido por la pequeña Claudia que con sus pequeñitas piernas intentaba seguir a su hermano. Marco se agachó para rodear a sus hijos en sus brazos. Julia se levantó de la silla donde había estado sentada.

—¿Papá me vas a llevar a la playa cuando terminemos de comer?—. Preguntó el pequeño Marco.

—Yo también quiero ir—. Dijo la niña.

—Bueno si os habéis portado bien y habéis hecho caso de vuestra madre puede ser que os lleve esta tarde y sigamos con las clases de natación.

—¡Bieeenmn, bieeenmn!—. Gritaron los dos niños dando saltos sobre los brazos de su padre.

—¿Ya estás aquí?—. Se acercó Julia dando un beso a su marido.

—Sí, cada día estás más preciosa, no sé cómo lo haces—. Le dijo Marco a su mujer mientras la besaba.

—¿Qué adulator que eres! Tú siempre me ves con buenos ojos.

—¿Te he dicho cuanto te quiero?—. Preguntó Marco a su mujer.

—Unas diez veces desde ayer—. Rió Julia—. Anda vamos a comer que Prisca lleva un buen rato con la comida preparada.

Mientras Julia decía eso a su familia, un soldado entró en el atrium.

—Señor ha llegado una misiva desde Tarraco. El soldado que la ha traído espera su respuesta.

—Hacedlo pasar—. Ordenó Marco mientras dejaba sus hijos con su mujer.

—Niños esperar aquí a papa, ahora mismo viene—. Dijo Julia mientras veía como su marido se acercaba al soldado que entraba al atrium.

Marco cogió la misiva que le entregaba en ese momento el legionario y leyéndola, se volvió hacia su mujer.

—Es de Quinto—. Dijo Marco mirando a Julia.

—¿De Quinto?—. Preguntó la joven a su marido mientras le daba un vuelco el estómago —¿qué dice?

—Nos ruega que acudamos urgentemente a Tarraco—. Dijo Marco mirando seriamente a Julia.

—¿A Tarraco? ¿Eso significa que...?—. Preguntó Julia con lágrimas en los ojos.

—Sí, prepárate nos marchamos y será un viaje largo —dijo Marco observando a su mujer con una sonrisa de complicidad en la cara.

Nota histórica

En un espectacular paraje conocido como Ensenada de Bolonia, dentro del término municipal de Tarifa y muy cerca del Estrecho de Gibraltar en España, las ruinas de la ciudad romana de Baelo Claudia permanecieron prácticamente ignoradas entre dunas hasta que, a principios del siglo XX, una serie de campañas dirigidas por el hispanista francés Pierre París, permitieron sacar a la luz los primeros restos de uno de los mejores asentamientos romanos conservados de la Península Ibérica.

Levantada sobre un enclave fenicio, los orígenes de la Baelo Claudia romana se remontarían a finales del siglo II a.C., concibiéndose desde un principio como puerto marítimo de enorme importancia estratégica en el comercio con las principales urbes norteafricanas. Alcanzaría, gracias a la pesca y a la industria del apreciado “garum”, un enorme desarrollo durante siglos sucesivos, hasta el punto de que, a mediados del siglo I d. C., el emperador Claudio acabaría por elevarla a la categoría de “municipium”. En este siglo tuvo lugar también un terremoto del que la ciudad logró recuperarse, sin embargo, es en la segunda mitad del siglo II cuando quedó arrasada tras sufrir otro devastador terremoto, y pese a que constan intentos por reconstruirla poco tiempo después, jamás lograría recuperar su primitivo esplendor. A estos desastrosos efectos se sumaron la crisis del siglo III y las incursiones de hordas de piratas, fundamentalmente mauritanos y germanos. La ciudad fue abandonada definitivamente en el siglo VII.

Si alguna vez visitáis Cádiz en España os animo a que visitéis las ruinas de esta hermosa ciudad romana así como el hermoso museo que se levanta allí. Y cuando estéis frente al mar, cerrad los ojos y pensar en Marco y Julia. Un beso fuerte para todos.

Glosario de términos

- Aurige:** Los romanos, movidos por la riqueza y abundancia de la tierra, llamaron *Aurige*, a la provincia de Jaén, que quiere decir: *Aurum gignit sive aurum gerit* (engendra y produce oro). Es decir riqueza y abundancia de cosas.
- Baelo Claudia:** La antigua ciudad [romana](#) de *Baelo Claudia* está situada en la [ensenada de Bolonia](#), a unos 22 km al noroeste de la ciudad de [Tarifa](#), en la [provincia de Cádiz \(España\)](#). Se encuentra dentro del actual [Parque Natural del Estrecho](#). El estudio de sus restos arquitectónicos muestra su origen romano a finales del [siglo II a. C.](#), observándose ya desde esa época una gran riqueza que la convierte en un centro económico importante dentro del área del Mediterráneo.
- Baetis:** Río Guadalquivir.
- Basílica judicial:** Era el palacio de justicia, situado en el foro frente a los templos. Tenía planta rectangular y estaba presidido por una estatua del emperador Trajano de más de tres metros de altura.
- Bética:** Era lo que se conoce como la Andalucía romana, era provincia senatorial, donde sus ciudadanos tenían la ciudadanía romana con los mismos derechos que cualquier habitante de Roma.
- Calceolarius:** Zapatero que fabricaba unos zapatos llamados *calcei* y las típicas sandalias romanas que eran llamadas *cáligas*.
- Centuria:** Unidad militar formada por 80 hombres.
- Centurión romano:** Oficial con un mando táctico y administrativo, siendo escogido por sus cualidades de resistencia, templanza y mando. Comandaban una centuria formada por 80 hombres.
- Cohorte:** Unidad militar formada por 600 hombres.

- Cónsul:** Magistrado de más alto rango de la [República romana](#). El cargo era anual y colegiado, y se elegía a dos cónsules cada año entre ciudadanos mayores de cuarenta y dos años. Su cometido era la dirección del estado y, especialmente, del ejército en campaña. Originalmente, a los cónsules se les llamó [pretore](#)s, haciendo referencia a sus obligaciones como comandantes supremos del ejército de Roma.
- Derecho al ius connubium:** El ius connubium, es el derecho de contraer matrimonio válido para el Derecho Civil, según lo dispuesto en el antiguo Derecho Romano. Los hijos nacidos de padres unidos en virtud del “ius connubium” seguían la condición del padre, siendo también ciudadanos.
- Domus:** Grandes casas independientes y de planta baja donde vivían las familias más ricas, algunas con jardín y agua corriente.
- Escorpión:** [Máquina de guerra](#) principalmente utilizada por las [legiones romanas](#). Usaba la proyección, o tiro, para el ataque y defensa de plazas. Su nombre se debe a unas tenazas parecidas a las del [escorpión](#), con que agarraba las [piedras](#) o [dardos](#) que tenía que proyectar.
- Foro:** Plaza pública donde se desarrollaba toda la vida comercial de la ciudad.
- Fundo:** Finca, también denominada en Derecho **fundo** o predio, es una propiedad inmueble que se compone de una porción delimitada de terreno. La delimitación, llamada linde, puede ser física, mediante vallas, mojones u otros sistemas, o simplemente jurídica, mediante la descripción en una escritura de propiedad.
- Garum:** Salsa preparada con [vísceras fermentadas](#) de [pescado](#) que era considerada por los habitantes de la [Antigua Roma](#) como un alimento [afrodisíaco](#), solamente consumido por las [clases altas de la sociedad](#). Era una salsa que, mezclada con [vino](#), [vinagre](#), [sangre](#), [pimienta](#), [aceite](#) o [agua](#), servía para aliñar otros manjares. El garo se empleaba principalmente para condimentar o acompañar gran cantidad de comidas, aunque se usaba asimismo en medicina y cosmética.
- Guardia Pretoriana:** Guardia personal del emperador. Jugó un papel decisivo en la proclamación de los distintos emperadores.
- Legión romana:** [Unidad militar](#) de [infantería](#) básica de la [antigua Roma](#). Consistía en un cuerpo de infantería pesada de unos seis mil hombres. Cada una de estas legiones estaba constituida por diez cohortes (numeradas del I al X), y a su vez, estas cohortes tenían seis centurias cada una.

- Legio IX Hispana** (Novena legión «hispana»), también llamada **Legio IX Hispana Macedonia Victrix**, fue una [legión romana](#) creada a mediados del [siglo I a. C.](#), junto con la [VI.^a](#), la [VII.^a](#) y [VIII.^a](#) por [Pompeyo](#) en el año [65 a. C.](#)
- Liberto**: Esclavo que había obtenido la libertad.
- Ludus**: Escuela de gladiadores.
- Ludus litterarius**: Escuela primaria.
- Lupanar**: Prostíbulo romano, la ley en Roma no perseguía a las prostitutas porque no violaban la ley, pero éstas carecían de ciertos privilegios.
- Macellum**: Mercado, recinto cerrado destinado a la venta de carne y comestibles en general y formado por catorce tiendas y un patio interior.
- Mauritania**: En el siglo I, el emperador Claudio dividió el recientemente anexionado [reino de Mauritania](#) en dos provincias: [Mauritania Tingitana](#) y Mauritania Cesariense.
- Naviculari**: Transportista que controlaban las mercancías llegadas desde todos los rincones del imperio al Puerto de Ostia.
- Negotiatores**,: Mercaderes que traficaban con materias primas, productos agrícolas y artículos de lujo en el Puerto de Ostia.
- Ológrafo**: testamento que ha sido escrito por el propio testador.
- Pater familias**: El *pater familias* era el hombre mayor de la casa y él manda más. Pater familias significa el “padre de la familia”. Tenía todo el poder de su familia podía vender a sus hijos como esclavos, pero si los vendían tres veces ya no se podía hacer cargo de ese. También podía aprobar o no admitir los matrimonios de sus hijos e hijas, dentro de un hogar solo podía haber un pater, solo cambiaba lo de pater hasta que el anterior no falleciera.
- Rangos de la Legión** (de menos a mas):
- **Tropa**:
 - Soldado (Milites – Pedes)
 - Soldado de Caballería
 - **Suboficiales**:
 - **Cornicen** (Cabo Especialista): tocaban el corno, trompeta de la antigüedad.
 - **Tesserarius** (Cabo de Guardia)
 - **Optio** (Sargento)
 - **Portaestandartes** (Sargento)
 - **Oficiales subalternos**: comandante de una Centuria.
 - **Centurión**: era el comandante de una centuria. Los centuriones podían ser:

- **Primus Pilus** (Teniente Coronel): era el Centurión de mayor rango, uno sólo por Legión. Dependía directamente del Legatus.
- **Primi Ordinis** (Mayor): eran los Centuriones que comandaban cada una de las restantes Centurias de la Primera Cohorte, 4 en total. Se dividían en orden por: Primus Princeps, Hastatus, Princeps posterior, Hastatus Posterior.
- **Pilus Prior** (Capitán): eran los Centuriones que comandaban las restantes 9 Cohortes.
- **Ordinarii** (Teniente):
- **Oficiales superiores:**
 - **Praefectus castrorum** (Coronel) era el tercer rango en importancia dentro de la Legión.
 - **Tribunos** (Coronel/General): Era el oficial de la legión sin mando definido, podía recibir el mando de una legión. Solía haber seis de estos oficiales en la Legión, cinco del Orden Ecuestre y uno del Orden Senatorial. Estos eran:
 - **Tribunus Angusticlavii** (Coronel): Eran los del rango ecuestre. Tenían tareas administrativas dentro de la Legión, sin mando táctico durante el combate, a pesar de poder tener experiencia militar.
 - **Tribunos Laticlavii** (General): El tribuno de rango ecuestre, servía como segundo al mando de toda la Legión.
 - **Legatus** (General): es el *Comandante* de la Legión, un hombre designado por el poder político, usualmente de las clases senatoriales patricias romanas. Era nombrado directamente por el Emperador, o el Cónsul en la época de la República.
- Vestal**: Una Vestal era una sacerdotisa de antigua Religión de Roma, que estaba consagrada a la diosa del hogar Vesta y su misión fundamental era mantener el fuego sagrado de la ciudad, así como la preparación de la mola salsa y la muries, productos necesarios para los sacrificios en diferentes festividades religiosas romanas.

Otros títulos de la colección

TARRACO

Maribel Díaz González

Raptada por piratas mauritanos y vendida en el mercado de esclavos de Éfeso, Claudia llega a la ciudad hispana de Tarraco para convertirse en la nueva atracción del anfiteatro y la mejor gladiatrix que el Imperio romano ha dado. Solo sobrevivía para conseguir su libertad y encontrar algún día a su gran amor pero cuando descubre toda la verdad su objetivo será matarlo.

Quinto Aurelius es el nuevo procónsul enviado por el emperador Vespasiano a la ciudad de Tarraco. Allí encontrará a la mujer que ha estado buscando durante años pero tendrá que enfrentarse a dos graves problemas: se encuentra casado con una mujer que no ama y parece tener un nuevo enemigo: ella. Todo impide que puedan estar juntos pero no contaban con que la pasión de ambos era más fuerte que el odio de Claudia.

Índice

[Agradecimientos 9](#)

[Personajes 11](#)

[Capítulo 1 15](#)

[Capítulo 2 23](#)

[Capítulo 3 33](#)

[Capítulo 4 45](#)

[Capítulo 5 57](#)

[Capítulo 6 71](#)

[Capítulo 7 85](#)

[Capítulo 8 99](#)

[Capítulo 9 119](#)

[Capítulo 10 135](#)

[Capítulo 11 155](#)

[Capítulo 12 173](#)

[Capítulo 13 191](#)

[Capítulo 14 211](#)

[Capítulo 15 231](#)

[Capítulo 16 247](#)

[Capítulo 17 267](#)

[Capítulo 18 287](#)

[Capítulo 19 303](#)

[Epílogo 319](#)

[Nota histórica 323](#)

[Glosario de términos 325](#)

[Otros títulos de la colección 331](#)